

DRAMAS POLICIALES

IGNACIO MONGES

ESCRITO PARA "EL ORDEN"

POR

EDUARDO GUTIERREZ



Editor---Natalio Tommassi --- Libreria: Calle Cuyo número 398

Imprenta de **EL ORDEN**--76 Defensa 78

1886

Ignacio Monjes

No es nuestro ánimo entrar en apreciaciones sobre los hechos que determinaron lo que podría llamarse el drama del Congreso, ni hacer una demostración médico, legal sobre el estado patológico á que obedeció ó no obedeció Ignacio Monges al herir al Presidente de la República.

La historia triste y dramática de Monges, no es en nuestras manos una arma política, tampoco, tendente á favorecer un partido ó una aspiración política en perjuicio ó menoscabo de otro partido.

Simple narradores, emprendemos este trabajo para ofrecer á nuestros lectores un Romance lleno de interés palpitante y hacerles conocer uno de los mas interesantes tipos de la Provincia de Corrientes de quien todos hablan y á quien todos juzgan, sin conocer siquiera la mas leve línea de su espíritu soberbio ó de su físico interesante.

¿Quién es, en efecto, Ignacio Monges, en quien unos se empeñan en mirar un sér insignificante y otros un sér monstruoso, desprovisto de todo sentimiento elevado?

¿Cuáles son los rasgos característicos de este sér moral que todos creen conocer y todos ignoran?

Ignacio Monges es un hombre de estatura mediana, nervioso, de músculos fuertes y cuyo poder puede verse bien á través de su piel morena y pálida.

El timbre de su voz es melodioso y típico: tiene ese acento, esa cadencia peculiar á los hijos de Corrientes que canta en la voz de la mujer y que acaricia en la voz varonil y abaritonada del hombre.

Esta misma cadencia cariñosa y esencialmente correntina se refleja en su mirada franca y mansa, donde alumbran por momentos y como un lámporojizo, todas las tempestades de que ha sido teatro aquella alma poderosa.

Pero aquel relámpago se apaga pronto y sus ojos pardos é intensos vuelven á su eterna expresión mansa y buscan en el vacío como algo donde quisieran posar la caricia que de ellos brota.

Aquella cabeza poderosa se ilumina por algo como un pensamiento recóndito, y sonríe en su expresión llena de amargura resignada.

Su cara, encuadrada con una barba negra y brillante, es bella y varonil, respondiendo en todas sus líneas á un espíritu de extraordinario temple.

La boca, cortada en una línea suave y ondulada, sonríe en su expresión habitual y se contrae ligera y brevemente cuando habla de su Provincia ó de las causas que lo han llevado á la solitaria celda que ocupa.

Porque Monges antes que nada es correntino, Corrientes condensa todos sus cariños, todas sus pasiones y todos sus dolores, y es allí donde se reasume toda su vida, feliz ó desamparada.

Su frente es espaciosa y se pierde en una lijera curva entre su cabello negro y ondulado.

Sobre el arco del ojo derecho hay una cicatriz que se estiene de arriba abajo, y que no ha podido quebrar el conjunto interesante y vigoroso de aquella cabeza hermosa.

No es esta sola la cicatriz que puede verse en su cuerpo.

Sobre el ojo izquierdo hay otra mas pequeña y en su cuerpo nervioso pueden verse otras muchas que forman su foja de servicios á la patria y á la libertad.

Porque Monges ha consagrado su vida á las libertades de su Provincia y cada batalla ha dejado en su cuerpo la marca de su bravura y de su arrojo.

Cuando le hablan de Corrientes, su mirada expresiva se humedece y su boca se contrae en un movimiento de dolor y de pena.

Su suerte, el peligro que corre, actualmente su libertad personal, le son indiferentes por completo.

Es la suerte y la libertad de Corrientes lo que lo preocupan y lo hacen soñar en tiempos mejores para ella.

En todo lo demás, hay para él una indiferencia suprema.

Recibe la galleta que por la ventanilla de la celda le alcanza el carcelero, como el millonario que recibe y tira al fondo del cajón la renta que le lleva el cobrador y que ni siquiera le merece la pena de contarla, y pone aquella galleta miserable en la maleta de lona colgada de la pared desnuda y vuelve á la conversación que le ha interrumpido aquella realidad de su miseria.

No es la miseria lo que ha contraído su boca espresiva en una sonrisa amarga.

El ha sufrido miserias mayores en sus penosas campañas, en que aquella galleta habría sido un signo de riqueza y abundancia.

Es que aquella galleta dada por aquella mano y al través de aquella ventanilla, es el hecho latente que le muestra cada día su libertad perdida y le amenaza de una condena eterna.

Un relámpago brilla entonces en el fondo de su pupila parda, pero como si tratara de sacudir aquella impresión penosa, levanta los hombros y vuelve á su interrumpida conversación sobre Corrientes ó sobre el cúmulo de desventuras que lo han llevado á aquella celda.

En un lenguaje vivo y un ademán soberbio á veces, narra este último episodio de su vida con los amargos detalles que conocerá el lector más adelante.

Y no se arrepiente, resignado á sufrir la suerte que le deparen el destino y sus jueces.

Entonces, al pensar en el porvenir tal vez triste que le espera, su fisonomía franca se contrae en un movimiento de dolor supremo, y sus ojos se empañan, bajándose para ocultar el enternecimiento que siente, más fuerte que su voluntad.

Es que la silueta de su hijo ha cruzado su espíritu y aquel hombre sereno y bravo ha temblado por el porvenir de aquel joven que reasume para él todos los afectos de la vida.

—Allá está en Corrientes, nos dijo, acompañado de mi anciana madre: es un corazón de oro que mi desgracia vá á conmover de la manera más amarga.

—Y no pensó tal vez en él en aquel momento fatal? su recuerdo no detuvo su mano?

—Pensé yo en algo acaso en ese instante? aquello fué más poderoso que mi voluntad, añadió levantando sus ojos altivos y húmedos, y nos narró en sus más leves detalles el drama del Congreso y los tocantes episodios que se siguieron.

Monges no es un hombre vulgar, como lo cree la generalidad, ni un espíritu inculto.

Aprécia los hechos y las personas con criterio elevado, habla con inteligencia y escribe con soltura.

Se dá cuenta exacta de su posición y acepta con magnífica resignación todo aquello que pueda sucederle: lo único que lo aflige es que las desgracias de su vida vengan á herir de rechazo á su hijo y á su anciana madre.

En la misma miseria de su celda se adivinan sus costumbres correctas y distinguidas.

Su barba y su cabello brillan por el cuidado prolijo y toda su persona respira el aseo más minucioso.

Parece siempre un hombre que acaba de salir del baño y que vá á cambiarse ropa.

El piso de su celda, donde no se vé ni un fósforo ni una cola de cigarro, tiene siempre el aspecto de haberse limpiado en aquel momento, y aquel aspecto general de limpieza se estiende á todas las cosas que lo rodean.

El mismo calentador donde ceba mate, brilla como recién bruñido y la bombilla de este parece que sale de manos del joyero.

Su vida de procesado la pasa solitariamente, leyendo los diarios ó algún libro que le ha facilitado algún compañero de infortunio.

Tranquilo, y resignado en su soledad, no tiene más placer ni más consuelo que aquel momento de las cuatro de la tarde en que abre la celda y le permiten pasear y respirar en aquel largo pabellón sexto en que está situada esta.

Entonces en un movimiento soberbio y altivo, mira los elevados muros y respira con fuerza el aire puro que pasa por entre los gruesos barrotes.

Y como el Cóndor prisionero que plega las alas que no pueden ya alzarlo en su vuelo, agobia sobre el pecho la juvenil cabeza y se abisma en sus pensamientos.

Monges cuenta solo treinta y seis años, de los cuales ha pasado veinte y dos sirviendo á la patria y á la libertad.

Y está tan orgulloso de los sacrificios que por ambas ha hecho, que no cambiaría su título de Sargento Mayor del Ejército por un título de nobleza.

Manso, de una bondad infinita y de un carácter suave y dócil, su vida está sembrada de episodios interesantes.

Desenvolviéndose en otros medios y sin las desventuras con que ha luchado desde sus primeros años, Ignacio Monges habría descollado en las armas y en las artes, que ha cultivado por necesidad y por pasión.

Terminada esta digresión que puede dar una ligera idea del hombre, tomemos la narración de su vida, empezando por un episodio que puede pintar vigorosamente su intrepidez y su audacia en la guerra.



Los siete bravos

Habian terminado los tristes sucesos del año 80y la República se preparaba á entrar en un período de paz y de tranquilidad.

La guerra civil había terminado con los arreglos de Julio y los contingentes salidos de las Provincias volvian á sus hogares con la satisfacción del descanso próximo y el deseo de abrazar á los seres queridos.

La Provincia de Corrientes, la mas heroica y brava de todas sus hermanas, habia levantado un ejército de catorce mil hombres que habia salido de la capital para organizarse y prepararse á la lucha.

Aquel ejército debia caer primero sobre Entre Rios y en seguida sobre Santa-Fé, para unirse luego al ejército de Buenos Aires.

Muerto Plácido Martinez, el valiente y querido Plácido Martinez, aquel ejército numeroso no tenia una cabeza que lo dirigiera ni el armamento necesario para lanzarse á la lucha.

Ambas cosas las esperaba de Buenos Aires, cuyo original gobierno les habia ofrecido un gefe aguerrido que los mandara y todos los elementos bélicos que pudieran necesitar.

Ninguna de aquellas dos promesas se cumplia, pero no por esto se abatía el ánimo de aquel ejército entusiasta y ávido de combate.

Así es el correntino; no hay contratiempo capaz de abatir su ánimo, ni revés que pueda apagar su soberbia.

Contento y activo en campaña, en medio de la miseria y las penurias, todo lo sufre y lo tolera pensando en el día de la batalla que es para él el día del triunfo.

Y entonces todo lo olvida, no pesando nunca los sacrificios que ha hecho, puesto que con ellos ha obtenido por resultado el triunfo de la buena causa.

Patriota y bravo sobre toda exageracion, pelea con buenas armas si las tiene, y sinó pelea con sus lanzas improvisadas, sus rebenques y hasta á mano limpia, soberbiamente convencido que al buen correntino no lo hacen las armas con que combate, sinó su arrojo y un patriotismo jamás desmentido.

Siempre alegre, siempre risueño y siempre activo, desafiando la inclemencia del tiempo con su traje liviano, lo mismo salta en un caballo en pelo para desempeñar una comision de chasque por entre el enemigo, que pasa un riacho á nado burlándolo en una larga zambullida, que se lanza á pié por entre los esterros y los montes, desempeñando la comision mas peluda y delicada.

Porque para el soldado correntino, así como nunca hay peligros, nunca hay obstáculos, y así se le vé que marcha á la muerte con la misma sonrisa que salta sobre un yacaré que ha de domar en medio del rio y la misma sonrisa plácida con que recibe su racion de galleta y sobre todo su racion de yerba.

Porque lo único que el correntino no puede mirar con indiferencia, es que le falte la yerba.

Así es que aunque de Buenos Aires no llegaban nunca ni el gefe ni el armamento prometidos, aquel ejército estaba contento y animoso esperando siempre la llegada de ambos, y dispuesto en último caso á marchar y combatir sin ninguna de las dos cosas.

En su entusiasmo y en la confianza de su número, creian cosa fácil poder pasar á la Provincia de Entre Rios y someterla solo con su presencia y el prestigio de la causa que sostenian.

Así como escaseaban las armas escaseaban los víveres, apenas tenian una mala cebadura de yerba, sin azúcar, carneaban los caballos menos servibles, á falta de reses, pero en aquellas circunstancias una picana de potro es un manjar exquisito y un matambre de yegua no tiene comparacion posible con el mejor bocado.

La caballeria era numerosísima y armada de chuzas á falta de otra cosa mejor, pero si venian armas en la cantidad prometida, seria lo de menos improvisar infanterias, pues el soldado correntino, general en su servicio, es tan buen ginete como exelente marino y sobérbio infante.

Los gefes estaban al frente de sus respectivas divisiones, esperando que llegara la cabeza que habia de organizar aquella inmensa masa de hombres y llevarla al campo de accion inmediata.

El Coronel Reyna, uno de los correntinos mas valientes y patriotas, estaba al frente de la division formada por las fuerzas de los Libres y departamentos vecinos.

Jefe prestigioso y sumamente querido, á su lado se habian aglomerado elementos valiosísimos, pues aquellos bravos correntinos estaban habituados á marchar con él á la victoria.

Viejo soldado de las libertades correntinas y espada decisiva en los combates donde se habia hallado, que eran todos los librados hasta entónces, de veinte años atras, las tropas correntinas tenian ciega confianza en sus aptitudes militares y en su golpe de vista claro y rápido.

Por eso es que la division que habia levantado era la mas numerosa y la mas entusiasta.

Todo era motivo de chacota entre aquella gente alegre y risueña.

La demora del jefe y las armas era un motivo de alegria y de las peullas mas traviesas. Si habia gallena y carne, se reian por el placer de que aquel dia comerian, y si no la habia la diversion se hacia mas bulliciosa, dándose cada cual el mas risueño consejo para sacar la tripa de mal año.

Pero los dias pasaban esperando inútilmente, y ya la gente no contaba con mas armas que la que cada uno pudiera improvisarse ó conseguir.

Los gefes de aquellas divisiones que miraban todo aquello como un presagio de descalabro, se alarmaban por aquella tardanza inesplicable, comunicándose por medio de chasques con el gobierno de la heroica Provincia, para que éste activara la remision de las armas sobre todo, elemento indispensable para ejecutar el plan tan habilmente trazado.

Ya los soldados empezaban á salirse de la vaina y á mirar con estrañeza y desconfianza el silencio y la inaccion del gobierno de Buenos Aires que tanto les habia prometido y que nada cumplia.

Las noticias vagas y exageradas de los choques habidos en Buenos Aires, llegaban á ellos alteradas en todo sentido.

En el litoral el Gobierno levantaba un ejército poderoso no solo ya para venir sobre Buenos Aires, sino sobre Corrientes, y la situacion de aquel ejército comenzaba á hacerse dificil y diversa.

Ya no solo tenian que pensar en caer sobre Entre Rios, sino en defenderse de la agresion que de aquella provincia podrian traerles, agresion que podia ser muy bien de muerte, dados los elementos de que disponia aquella Provincia, hostil á la causa de Corrientes.

Si Entre Rios llegaba á reunir sus elementos antes que Corrientes, Corrientes estaba perdida.

Aquel ejército desarmado y desorganizado no podria resistir un ataque serio y tendria que elejir entre ser prisionero ó desbandarse.

Y los elementos del Gobierno en el litoral seguian concentrándose en Entre Rios, y observando atentamente los movimientos que pudieran producirse en su heroica vecina.

Ya los gefes empezaban á perder toda esperanza de recibir los elementos prometidos y el desaliento empezaba á ganarlos porque veian el sacrificio inútil de aquellos patriotas que habian acudido al primer llamado sin mirar el cúmulo de sacrificios que tendrian que hacer.

En esta situacion desesperante llegó el rumor de las últimas batallas de Junio, con alarmantes contradicciones.

Se decia que la causa de Buenos Aires estaba perdida, y perdida ésta, la de Corrientes no tenia salvacion posible.

Sin embargo aquella gente no se desanimó, sin que los gefes y oficiales tuvieran que hacer el menor esfuerzo para conservar el espíritu.

Casi simultáneamente con la noticia de los últimos

combates, les llegó la noticia de la capitulacion de los Gobiernos.

El sacrificio se hacia estéril y era necesario evitar sus peores consecuencias.

El mismó Gobierno de Corrientes tratando de ahorrar mayores sacrificios, dió orden de que cada gefe regresara á sus departamentos y disolviera sus divisiones.

Aquella noticia causó penosa expresion en la espléndida tropa.

Despues de tanto esperar y de tanto mortificarse era doloroso tener que retirarse sin haber combatido.

Pero no habia otro remedio.

Además de la orden terminante del Gobernador que asi lo disponia, la prudencia lo aconsejaba claramente.

Entre-Rios podia venirse encima, y hacer de ellos desarmados y desorganizados, una verdadera carniceria.

Las divisiones formaron en aquel vasto campamento, y cada una de ellas tomó el camino de sus departamentos.

El Coronel Reyna seguido de sus bravos tomó la direccion de Libres.

No queria regresar á la capital sin haber cumplido el cariñoso deber de dejar en seguridad á aquellos bravos.

Ignacio Monges, por quien Reyna tenia un cariño especial nacido en las condiciones magníficas de su carácter, iba á su lado.

Cada cual, silencioso y triste tomó el camino de su casa ó de su pago, sin mirar atrás y castigando el caballo como quien trata de escapar á un peligro de muerte.

El Coronel Reyna estuvo mirando un largo rato á aquella division tan entusiasta pocos dias antes, y que se alejaba ahora como envuelta en la verguenza de una derrota.

Y una lágrima cruzó como una brasa de fuego su semblante altivo y fué á perderse entre la sedosa barba.

Y cuando todos hubieron desaparecido, cuando solo pudo verse en el campo el polvo que levantaban los caballos, se volvió á Monges y dominando su emocion le dijo:

—Vamos nosotros tambien; todavia nos queda mucho que hacer, tenemos que acompañar hasta Libres esta última reliquia de la division, y despues será lo que Dios quiera: pasaremos al Brasil.

—Yo me vuelvo á casa despues que lo haya dejado en seguridad, respondió Monges cariñosamente y dejando ver en su semblante espresivo toda la pena en que estaba impregnado su espíritu.

Allí están los dos únicos seres que embellecen mi vida, mi madre y mi hijo: todos saben que yo he formado en el ejército y quiero estar en posibilidad de defenderlos si por vengarse de mí algo intentaran contra ellos.

—Eso será una imprudencia, Monges.

Sabiendo que usted no está en Corrientes, nadie se preocupará de usted, porque una anciana y un niño no ofrecen el menor peligro.

Si usted se queda en Goya, vá á llamar sobre si la atencion y el deseo de vengarse, y entonces, sabiendo que es cosa que á usted puede dolerle, tal vez ejerzan algun acto de violencia sobre su señora madre y su hijo de usted.

No queda otro camino por ahora, que la emigracion, créalo Monges, y á mi lado, ésta le será siem: pre mas llevadera y mas facil.

Tal vez la situacion cambie mas pronto de lo que pensamos y entonces compensaremos estos malos ratos.

—Yo no puedo abandonar aquellos dos séres queridos, dijo Monges resueltamente: Soy lo único que tienen sobre la tierra.

—Es que precisamente quedándose les hace usted mas mal, porque atrae sobre ellos todas sus desgracias y los envuelve en la desventura suya.

Ellos mismos, sabiendo que usted está en el extranjero y fuera del alcance de sus enemigos vivirán mucho mas tranquilos y felices.

No aumente con la pena de verlo siempre en peligro el dolor que su situacion le cause.

—Ta vez tenga usted razòn, mi Coronel, respondió el jóven conmovido por el recuerdo que su gefe y amigo habiadespertado en su corazon.

Tal vez tenga usted razon y yo deba espatriarme de nuevo por su misma felicidad.

Nosotros estamos condenados á no gozar de un momento de reposo, y lo que es peor, á no vérselo gozar á las personas que nos son queridas.

En fin, allá veremos: nada resuelvo todavia hasta no ver cómo pintan las cosas en el último momento.

Y ambos siguieron al tranquito de los caballos y hablando tranquilamente.

Pero ninguno de los dos se escuchaba.

El coronel Reyna iba absorto y preocupado en la triste situacion en que quedaba sumida su Provincia y en el modo de salvar aquel último grupo que lo acompañaba.

Monges iba abismado en un mundo de reflexiones que le habian sujerido las palabras de Reyna.

La felicidad de la madre y el porvenir del hijo lo preocupaban de una manera inmensa y no atinaba qué era lo que mas convenia á la seguridad de estos dos séres queridos, si su presencia en el hogar ó su ausencia de la Provincia.

Allá veria, en el último momento, como lo habia dicho á Reyna.

Segun pintaran las cosas tomara una ú otra resolusion, siempre la que mas conviniera á aquellos dos séres queridos, por cuya felicidad lo hubie: ra sacrificado todo, sin vacilar un segundo.

Sin aquellas dos personas en el mundo, para él la existencia no valia ni siquiera la pena de vivirla.

Así conversando sin escucharse y cada uno absorbido por sus reflexiones, el gefe y el oficial siguieron márchando al tranquito de los caballos, durante muchas horas.

El resto de la division que aún seguia al coronel Reyna y que debia ser disuelta en Paso de los Libres, era sumamente reducido.

El se componia de dos compañías de infanteria y un peloton de caballeria, de unos cien hombres.

Toda esta fuerza sacada de Libres tenia allí sus hogares y allí queria dejarla libre de todo peligro el Coronel Reyna.

Reyna, que tenia un gran aprecio por este joven y una buena idea de su criterio, conversaba con él frecuentemente, matando el tiempo y consultando ciertas medidas que pensaba tomar, para la seguridad de aquella gente que con tanto cariño lo habia acompañado á la patriada de que iba á soportar las duras consecuencias si se entronizaba en Corrientes el partido que ellos llamaban de la mazorca.

Derqui no olvidaria nunca las humillaciones que ellos le habian hecho sufrir, y si volvía al poder, sería para vengarse de una manera terrible.

Los correntinos de recursos, pensaba el noble Reyna, tienen siempre el medio de escapar á toda venganza contra sus personas.

Les robarán las vacas, talarán los campos y embargarán y destruirán tal vez sus propiedades.

Pero no correrán mayor peligro porque tienen el recurso de poder emigrar y salvar así á toda mortificacion de su persona.

Es preciso atender á los que no tienen recursos, á los que no pueden inmigrar porque tienen que sostener á sus familias con el trabajo diario y no pueden abandonar éstas á la miseria mas desamparada y al ódio de los enemigos.

Es preciso atender á estos ante todo y licenciarlos antes que el enemigo se apodere de todo, para que puedan disimular, ocultar que han formado con nosotros y escapar así á toda venganza y persecucion.

Monges escuchaba atentamente estas nobles razones del bravo coronel y sonreía al ver el interés paternal que tomaba por sus compañeros de armas.

—A nosotros, añaía, no nos queda mas remedio que pasar al Brasil, eterna puerta abierta á nuestras desventuras, pero antes es preciso salvar á esta gente y dejarla á cubierto de toda miseria.

Es preciso apurarse, amigo mio.

Un comisionado Nacional no tardará en venir á Corrientes: quien sabe en qué manos caeremos, y es necesario que cuando esto suceda nuestra gente esté á cubierto de todo peligro.

De esta nobleza de proceder, de esta elevacion de sentimientos nacia el prestigio que tenia el Coronel Reyna en toda la Provincia de Corrientes.

Los paisanos sabian que no los habia de abandonar nunca en el peligro, así es que siempre se apresuraban á partirlo con él acudiendo á su primer llamado.

Siempre habia sido él el último en retirarse á cuarteles de invierno, siempre era él la última persona en quien él pensaba y los correntinos formaban á su lado llenos de entusiasmo, sabiendo que habia una persona que miraba por ellos, mas allá del peligro inmediato y que se pensaba hasta en su seguridad personal para el futuro.

Por esto es que Reyna no queria pasar á Libres, último departamento que habia de recorrer, sin haber dejado en completa seguridad á los paisanos que pertenecian á los demás departamentos.

El pensaba pasar al Brasil y entonces, si no mira-

ba antes por ellos, ¿quién pensaría en la protección de sus bravos y leales soldados?

En el camino, el Coronel Reyna supo que había llegado á Corrientes el Comisionado Nacional doctor Goyena y entonces creció su apuro en licenciar sus tropas.

Miguel Goyena es un espíritu noble y recto: tiene esta condición de todos los Goyena.

Su carácter elevado los ponía por el momento á cubierto de toda venganza y de toda persecución cobarde que un hombre de sus condiciones no podría nunca autorizar.

¿Pero quién los pondría á cubierto de las persecuciones y rapiñas que pudiera ejercer el gobernador que Goyena les dejara por indicación del fatal gobierno de Avellaneda?

¿Quién los libraría de las venganzas cobardes de un Derqui ú otro por el estilo?

No era, pues, el Comisionado Nacional lo que preocupaba á Reyna, sino la personalidad que detrás de éste se levantaría, y que quedaría dueño y señor de los destinos de Corrientes y de la vida de sus habitantes.

El Coronel Reyna debía apresurarse á licenciar su gente y pasar en seguida al Brasil, pero nunca sin saber que quedaban libres de toda venganza y de toda persecución.

Y se apresuró á hacerlo, aislándola en medio de los mas saludables consejos.

—Ninguno debe mostrarse hostil á la autoridad que quede, les habia dicho; preséntense al primer llamado del Gobierno y obedezcalo en todo.

Es preciso evitar que las filas del ejército de línea seengrosen con ciudadanos de Corrientes, y para esto no hay mas que obedecer á la autoridad que nos depare la suerte.

Dias mejores han de brillar para nuestra valiente provincia, y entonces tendremos tiempo de tomar desquite.

Paciencia pues, hasta entonces y suframos con brava resignación las amarguras con que por el momento nos obsequia el destino.

Un velo de tristeza cubría el semblante de aquella noble paisanada al escuchar la palabra cariñosa del jefe y pensar que pasarían muchos años sin volverlo á ver.

Muchos le tendían la mano silenciosamente sin acertar á pronunciar una frase de despedida, mientras otros daban vuelta la cabeza activa para ocultar las lágrimas que aquella despedida arrancaba.

Qué sería de ellos sin el amparo de Reyna y con el delito de haberlo acompañado en aquella desventurada intentona?

Esta fuerza era la mejor armada, pues los infantes tenían fusiles de fulminante, dotados de algunos tiros, muchos de ellos, y la caballería llevaba chuzas, que aunque improvisadas con hojas de tijeras de esquilár, cuchillos ó pedazos de bayoneta, en momentos de peligro podrían muy bien dragonear de lanzas.

Todos iban silenciosos y como contaminados por a tristeza que mostraba su jefe, tristeza que éste no habia tratado de disimular.

Todos ellos sabían que iban al hogar á reposar de sus fatigas.

Y sin embargo aquella marcha se hacia con ademan tan triste, que parecia mas bien un destacamento convencido que marcha al sacrificio estéril.

Pocas leguas antes de llegar á Libres, el Coronel Reyna fué sorprendido por un chasque que le traía una noticia desagradable y que iba á entorpecer todos sus proyectos de seguridad para su gente.

¿Cuál era aquella noticia que lo habia hecho palidecer, á pesar de su entereza de ánimo?

Monges vió la impresión que lo dicho por el chasque le habia causado una impresión de inmensa angustia y se retiró mas de lo que lo hiciera al principio, tratando de dejarlo contestar libremente al chasque ó escuchar cualquier otra cosa que aquel quisiera decirle.

El Coronel, viendo la acción delicada de Monges, lo llamó, comunicándole en seguida lo que sucedía.

—No se retire amigo, le dijo, que no tengo nada reservado: al contrario, necesito que escuche la noticia que me traen para que consultemos.

Dice el amigo, añadió señalando al chasque, que el pueblo de Libres ha sido tomado por una columna de infantería y caballería que manda el Comandante Maidana.

La columna es fuerte y muy bien armada, agrega este amigo, y Maidana parece que viene precisamente á cortarme el paso.

—Maidana es un flojo, dijo Monges, y no ha de salir á cortarle el paso al Coronel Reyna.

—Es que si sabe de qué número se compone mi gente y la clase de armas que tenemos, puede venirnos encima, y francamente no vamos á poder resistir.

—Es que Maidana, si sabe esto, contestó Monges, debe saber también que el Coronel Reyna es quien manda este grupo de inservibles y no se ha de esponer á que le demos una corrida.

Lo mas que hará será atrincherarse en el pueblo, fiado en su superioridad numérica y en la calidad de sus armas, y ya se dará por muy feliz con que usted no le caiga encima.

Reyna trató de tomar datos sobre la fuerza de Maidana, pero el chasque no pudo dárselos como él deseaba.

Solo sabía que la infantería traía armamento del que usaba el Ejército Nacional, y que la caballería venia muy bien montada.

Agregaba que Maidana se habia apoderado del gran cuartel del pueblo con sus infantes, que nadie se habia atrevido á intentar una defensa que hubiese sido un sacrificio estéril, y que la caballería habia campado en las afueras del pueblo, al extremo opuesto al por donde ellos venían.

Reyna despachó al chasque con encargo de hacerle saber cualquier novedad que pudiera ocurrir, y empezó á conferenciar con Monges.

—Por lo pronto, dijo Reyna, estamos impedidos de entrar al pueblo, lo que es un grave inconveniente, porque no podré dejar á esta gente segura en sus hogares, y porque nuestro pase al Brasil será mas espuerto y mas difícil.

Esto, en el mejor de los casos.

Ahora si á Maidana se le ocurre salir á batirnos, por la inmensa superioridad de su tropa, temo que haria gran destrozo entre estos valientes desarmados y sin salvacion, pues á los destrozos de una infanteria armada á remington se seguirá la persecucion que puede hacer una caballeria de linea bien montada.

La situacion es dura, mi amigo, y merece pensarse.

—El cuidado de los muchachos no lo deja pensar con libertad, mi Coronel, respondió Monges, sonriente siempre y animándose á medida que hablaba.

Maidana es flojo por naturaleza, y se limitará á defenderse simplemente.

Por mas aporreada que fuera nuestra tropa, ella está mandada por el Coronel Reyna que él conoce muy bien, y nunca se espondrá á jugar un choque peligroso.

—Pero aún suponiendo esto, puede tener gente suficiente para mandarnos dar un golpe y para quedarse en el cuartel seguro de que no podemos hacerle nada.

Es que aún así, él conoce el prestigio que usted tiene en todo el departamento, y sabe que á su voz tendria dos mil hombres y que armados de rebenque serian capaces de doblarlo. Luego, la jente de pelea vale segun el valor del que la manda, y el pobre Maidana no vale cuatro reales, mientras que usted Reyna, concluyó Monges haciendo un epigrama, seguirá reinando.

El Coronel sonrió y guardó silencio, pensando en lo que debia hacerse para salvar á aquella gente ante todo.

¿Quién era aquel comandante Maidana, á quien el flamante Gobierno de Corrientes, sostenido por el de la Nacion enviaba nada menos que al Paso de los Libres el departamento mas libre y mas bravío de todo Corrientes?

Maidana, segun la opinion general, era un gefe de gran arrojo y de asombroso brio en la pelea.

El Gobernador Madariaga, entre otros, decia que era el gefe mas notable y valiente que habia tenido en su gobierno y otros muchos gefes sostenian que el valor de Maidana era de aquellos valores que no pueden discutirse porque se imponen solos.

Sin embargo Ignacio Monges sostenia que Maidana era flojo, sumamente flojo y Reyna no podia combatir esta creencia con hecho alguno y solo se limitaba á observar:

—Pero piense amigo que ningun flojo puede llegar á ser gefe en el Ejército correntino.

—Esto seria exacto, respondia á Reyna Ignacio Monges, si los ascensos se dieran como es debido, pero recuerde usted que el favoritismo de los Gobiernos que han necesitado sostenerse á fuerza de dádivas, ha sido capaz de elevar á la categoria de generales á los más mándrias, creyendo que con uniformes vistosos podian meternos miedo.

Yo sé quien es Maidana, mi Coronel, y le aseguro que el hombre no vale la pena.

—Sea como sea, concluyó á su vez Reyna, la cosa merece pensarse, porque no es bueno fiar á cálculo la seguridad de estos valientes.

Es preciso meditar un momento antes de resolver lo que ha de hacerse.

Entre tanto, veamos lo que pasaba en Libres.

El Gobierno que la política nacional triunfante por las armas imponia á Corrientes, necesitaba ante todo asegurarse contra todo golpe de mano y toda tentativa de acogotamiento.

Sabiendo que todo Corrientes estaba no en armas porque no las tenia, pero si alzado y en contra de todo Gobierno que no naciera del partido liberal, su primer cuidado habia sido acogotar los departamentos donde la exaltacion liberal era mas exaltada y mandar á reprimirlos y castigar los rebeldes á los gefes mas valientes de los que le fueran adictos, apoyados en buenas tropas.

Sabiendo que por el departamento de Libres andaba el Coronel Reyna, gefe influyente y de imponderable bravura, mandó allí al Comandante Maidana, fiado en su reputacion de valiente, y en sus conocimientos militares.

Consultado Maidana aseguró que se comeria al mismo Reyna si Reyna se le ponía por delante y se le dió una columna de infanteria y caballeria, bien armada y municionada.

Maidana se encargaria de montar su caballeria lo mejor que pudiese, como se encargó de tomar preso y remitir á Corrientes á todo el que le alzara el gallo.

Maidana marchó con su columna sobre el Paso de los Libres, lleno de precauciones, porque el Coronel Reyna podia estar en el pueblo y no era cuento de irse á meter entre la boca del lobo.

Poco antes de llegar hizo bombear el pueblo y supo que podia entrar libremente, porque todo se hallaba abandonado.

La gente de pelea que tenia armas, andaba en campaña con el Coronel Reyna cuyo paradero no se conocia. En el pueblo no habia quien se resistiera ni quien tuviera tampoco los medios de hacerlo.

El cuartel estaba abandonado de tropas, y solo habia allí un par de soldados enfermos por toda guarnicion.

El Comandante Maidana, á pesar de estas seguridades formó su tropa en orden de pelea y penetró al pueblo, donde lejos de resistirse cada cual cerró su puerta al saber que venia fuerza del gobierno, y esperó hasta ver la forma en que empezaba á llover.

Maidana entró al pueblo y se fué directamente al cuartel, del que tomó posesion, no encontrando en él, como le habian dicho, mas que aquella yunta de habitantes enfermos, los que sonrieron amistosamente queriendo echarla de amigos, pues ya se sospechaban lo que les podria pasar si mostraban otra disposicion de espíritu.

Maidana envió un parte dando cuenta de haber tomado el pueblo de Libres, y empezó sus pesquisas para averiguar el paradero del Coronel Reyna, y los elementos de que éste podia disponer.

Se quedó con la infanteria en el cuartel, com-

puesta de dos buenas compañías y envió á su caballería á campar en las orillas del pueblo.

Las prisiones de los vecinos mas conocidos como liberales empezaron, para que estos le suministraran todas las noticias que sobre Reyna tenían.

Pero los que algo sabian guardaron silencio, pues nada en este mundo les hubiera hecho vender al benemérito Coronel. Y los que nada sabian, aunque quisieran, nada podian decir.

Y fué entonces que un amigo á quien Reyna habia escrito anunciando su vuelta, le hizo el chasque que le llevó la noticia que tanta impresion causó en el ánimo del Coronel.

El cuartel donde Maidana se habia encastillado con su infantería, era ó mejor dicho es, un edificio espacioso y cómodo, edificado con aquel objeto.

Está rodeado de una pared baja y sólida por cuya cornisa puede asomar la infantería que lo guarneceza y defenderse ventajosamente de una fuerza diez veces superior, mas, si como la que tenia Maidana es una fuerza brava, bien armada y con abundantes municiones.

Por esto es que Maidana se habia apoderado del cuartel, en la seguridad de que allí estaria como en una fortaleza.

Además, y en caso de apuro, su caballería podia prestarle un auxilio eficaz en caso de ser atacado por Reyna.

Esta era la situacion de Libres cuando Reyna por medio del chasque tuvo noticia de lo que pasaba.

Así es que para él no habia nada mas cuerdo y prudente que retirarse de allí con sus hombres.

Pero, entonces, ¿qué porvenir esperaria á aquellos desventurados? ¿cómo escaparían á las persecuciones del Gobierno, ó que en nombre del Gobierno les haria Maidana, cuando supiera que andaban con Reyna?

Sus hogares serian asolados, saqueados sus intereses, y destinados ellos mismos á ser otros tantos Juan Sin Patria el día que cayeran en sus manos.

Ya sabia Reyna cómo trataban los gobernantes á sus enemigos del pueblo, ó mejor dicho cómo los trataban los comisionados de los gobiernos.

No pudiendo ejercer entre ellos la menor venganza, por que andaban espatriados ó huyendo entre montes y yerbales, era la familia de estos infelices el blanco de todas sus venganzas, odiosidades y malos instintos.

Condenada á la miseria mas espantosa, porque lo primero era saquear sus intereses y cortar sus recursos, se veían forzadas á vivir entre el hambre y las lágrimas; dándose por felices si en esto solamente paraban sus desventuras.

Porque si la mujer de alguno de estos infelices, ó sus hijas eran hermosas, tenían que soportar las persecuciones amorosas de los vencedores, quienes para lograr sus afanes llegaban hasta ponerles un sitio de miserias y de dolores.

La que era fuerte para resistir, sufría todo género de desventuras, hasta que veía venir la muerte como final de todas ellas.

Y la que sucumbia á su debilidad ó al hambre

de sus hijos, rodaba á otro género de abismos mucho mas espantoso que la muerte misma.

Así el pobre que para escapar á la muerte ó á las filas del ejército de línea huía ó emigraba, sabia de antemano la suerte que correria su hogar y sus intereses.

Cuando volviese se encontraria con sus intereses saqueados, sus vacas cuereadas y su esposa muerta de hambre y de miseria ó alegrando con su presencia el hogar del vencedor.

Sus hijos, diseminados por la miseria en toda la provincia, y teniendo que vivir de sus propios recursos se habrian lanzado en el camino del vicio y de la degradacion mas abyecta, cuyo fin para ellas seria la cárcel correccional y para ellos la cárcel del crimen.

Si en Buenos Aires solemos ver aun estas cosas, qué seria en Corrientes, donde la familia del vencido era considerada como un botin de guerra!

Muchas veces el Gobierno ignoraba todas estas iniquidades, porque el comisionado nombrado por él en cada departamento estaba investido con toda la suma del poder público y daba cuenta de los hechos segun le convenia ó adornándolos de todos aquellos antecedentes que debian asegurar su impunidad.

Y como generalmente estos comisionados se elijan entre los partidarios mas seguros, sus nombramientos recaian en gefes bárbaros que habian llegado á tales por su servilismo y sus "entrañas" para ejecutar toda órden que emanara de los gobiernos que los nombraban.

Así aunque el gobierno conociera mil hechos monstruosos por ellos ejecutados, hacia la vista gorda, porque no habia crimen ni monstruosidad capaz de hacer destituir un comisionado que á todo se prestaba.

Y como estos puestos eran siempre una mina de dinero y de amores, los comisionados á pacificar departamentos eran muchos y el gobierno tenia donde elegir á su paladar.

La vida de un liberal no merecia la pena de averiguar como habia sucedido su muerte, y en cuanto al honor de su familia no tenia el derecho de conservarlo, porque un liberal estaba fuera de las leyes del honor, de la política y de la humanidad.

Era un liberal enemigo del gobierno, y entonces no tenia ni siquiera el derecho de quejarse.

Así otra vez no se opondria á los actos del gobierno, y si se esponia á su venganza, que soportara sus consecuencias.

Así el árbitro de los destinos de cada departamento, era el comisionado del gobierno, gobierno que no conocia de sus actos y rapiñas, mas que lo que aquel queria dejarle conocer, ni recibia mas coima que la que éste queria pagarle.

El derecho de queja estaba suprimido y el comisionado hacia lo que le daba la gana, porque si:

Todas estas reflexiones pasaron por la mente del digno Coronel Reyna en un momento.

Antiguo y fiel servidor del partido liberal, él conocia los medios de venganza á que recurría siempre el enemigo vencedor y se aterraba entonces ante la suerte que esperaba á aquellos hombres que lo ha-

bían seguido sin mirar las consecuencias á que se esponían una vez que fueran vencidos.

Él los habia llamado y ellos habían acudido por que era Reyna quien los habia llamado y sin preguntarle qué género de sacrificios les exigía el partido de la libertad.

Por esto Reyna no queria abandonarlos sin tentar el último esfuerzo y si éste salía fallido, entonces los acompañaría en el destierro hasta el último acto de aquella campaña, compartiendo con ellos todas sus miserias. No era posible abandonarlos así y hacerse para con ellos reo de tan inicua ingratitud.

Ellos lo habían seguido porque sabían que no los abandonaría ni en la derrota ni en la fuga ni en el destierro.

Entonces no habia que pensar en lo que no podría hacerse.

Reyna al resolver tentar un medio extremo para salvar á su gente y salvarse él en seguida, llamó á Monges y le comunicó todo este cúmulo de reflexiones que habia cruzado su pensamiento.

Conocía toda la hombria de bien, toda la nobleza que caracterizaba su espíritu y entonces á nadie mejor que á él podía confiarse.

Además, para cualquier golpe audaz que intentara, para cualquier resolucíon que adoptase, Monges le era tan necesario como sus propias manos.

—Es preciso entonces no permanecer inermes, le dijo siguiendo el hilo de su rápido pensamiento, porque pueden salir á batirnos y entonces no nos queda mas remedio que huir y rendirse á discrecío á los azares del destino y como esto es lo último que debemos tentar, es preciso resolver algo para salvar esta gente.

—Yo no veo mas que dos caminos, contestó Monges sonriente y con su espresíon mansa y bondadosa, y creo que estos dos caminos serán los mismos que usted verá, porque no hay otros.

Estos dos caminos son huir y perderse entre los montes para ir cayendo al hogar así que se pueda y gradualmente, ó atacar réciamente y abrirnos el camino que nos cierra el enemigo atemorizándolo con un golpe temerario.

Así verán que no estamos vencidos y que todavia hay que respetarnos.

Al ver comprendido su pensamiento y compartido por un hombre como Monges, un rayo de alegría iluminó la valiente mirada del Coronel Reyna.

Sin embargo se contuvo en su movimiento de arrojó y exclamó:

—Pero un ataque en nuestras condiciones, es llevar este puñado de valientes á una muerte estéril, á una carnicería segura.

La infantería de Maidana está armada á remington y bien municionada, encontrándose además parapetada en el cuartel, que es una fortaleza.

Su caballería está bien montada y mejor armada.

Nosotros sin siquiera conocer el número de ese enemigo que está apoderado de todo, no tenemos mas que chuzas para nuestra caballería y unos ma-

los fusiles para los infantes, fusiles que no tienen ni cartuchos ni bayoneta.

—Pero tenemos un corazon que ellos no tienen, contestó Monges animándose por momentos, y combatimos por la causa de la libertad y por nuestros hogares.

Además, ya le he dicho la opinion que yo tengo de ese famoso Maidana: es un hombre flojo y que no tiene además el menor prestigio de la gente que manda, un golpe de audacia nuestro lo sorprendería y quien sabe, quien sabe si no lo ponía en fuga.

El no conoce además la clase de armas que tenemos, aunque todo Corrientes sabe que estamos desarmados y puede ser facil crea que nosotros somos simplemente la vanguardia del Coronel Reyna.

Reyna no pudo por menos que mirar con asombro tanta bravura y tanta decisíon.

Pareció reflexionar un momento y sonriendo en seguida como si hubiera adoptado su resolucíon, dijo á Monges, que esperaba sus palabras con ansiedad creciente.

—Bueno, tal vez tenga usted razon, aunque esto es temerario: pero antes de resolverse á obrar, es preciso conocer el número del enemigo y los elementos que tiene bajo la mano.

Y sonriendo cariñosamente agregó:

—Se animaría usted á ir con un grupito á reconocer al enemigo? es el único hombre capaz de hacerlo, por, eso le propongo.

Monges sonrió á su vez y con infinita soberbia repuso:

—A mi no me consulte nunca, mi Coronel, mándeme que yo seré feliz solo con poder obedecerle.

Aquellos dos corazones valientes se entendieron en el acto; sonrieron de nuevo y se tendieron la mano, no como gefe y subalterno, sino como dos buenos y viejos amigos.

Reyna estaba orgulloso de tener bajosus órdenes á un oficial semejante y Monges de tener por gefe á un hombre de espíritu tan soberbiamente templado.

El Coronel dejó de sonreír entonces y pasando del tono cariñoso del amigo á la voz breve y firme del gefe, le dijo:

—Bueno; elija usted de entre las filas los hombres que le inspiren mas confianza, en el número que usted los necesite y prepárese á marchar al reconocimiento.

—Con seis hombres tengo bastante, mi Coronel

—Pues elíjalos y vuelva á tomar instrucciones, concluyó Reyna que quería tomarse aún tiempo para reflexionar.

Monges se alejó orgulloso y feliz, mientras aquel quedaba entregado á sus últimas dudas.

Cuáles podrían ser estas dudas, despues de lo que habia conversado y convenido?

Sus dudas eran simplemente sobre si tenia ó no derecho de llevar á aquellos leales á un combate y á un sacrificio tal vez, dadas las superiosísimas ventajas que tenia el enemigo.

Pero pensando en las miserias y peligros que correrían sus soldados huyendo, se convenció que aquel

combate no solo no era estéril sino que se hacia necesario.

Ahora, ¿podría librarlo con probabilidades de éxito?

Esto era por el momento lo interesante y lo que sabría despues que Monges hubiera practicado su reconocimiento: pero aquí mismo lo asaltaba una duda cruel.

Podría Monges llevarlo á cabo con felicidad?

Solo aquel oficial pundonoroso y bravísimo era capaz de llevarlo á cabo, y por esto Reyna lo habia elejido entre sus tropas, como lo habria elejido entre todo el Ejército.

Era preciso solamente darle instrucciones severas para que no fuera á esponerse demasiado, comprometiendo su vida y el éxito de todo el plan que se habian formado.

Monges se metió entre las filas del pequeño ejército que se habia detenido á reposar cerca de donde ellos habian hablado, y entresacó seis hombres, á quienes dijo que el Coronel los llamaba.

Aquellos seis hombres eran seis correntinos valerosos, capaces de cometer todas las hazañas de este mundo y á quienes conocia por haberlos visto en otras patriadas donde habian peleados como leones.

Uno de ellos sobre todo, llamado Pedro Sosa, habia sido conocido por él en el siguiente acto de bravura infinita.

Era un día en que se habia peleado de una manera imponderable bajo las órdenes del heróico é inolvidable Plácido Martínez.

Los choques habian sido tan sangrientos y rícos que aquella tropa magnífica se hallaba postrada de fatiga, y el combate continuaba con igual entusiasmo por ambas partes.

El polvo levantado por las cargas de caballería, al pegarse en el sudor copioso que arrojaban todos los sembrantes, se habia convertido en un barro finisimo que los cubria en una máscara negra, zurcada por rayas blancas que formaban las nuevas gotas de sudor al brotar de la frente para ir á perderse entre las espesas barbas.

Al mirarse, aquellos valientes no podian contener una carcajada arrancada por el aspecto de bandidos que les daba aquel barrito cruzado por aquellos surcos blancos y aquel cabello pegado á la frente por el sudor.

Y el combate continuaba cada vez con mayor encarnizamiento y los brios que á ambos ejércitos daba el deseo de triunfar.

No es un fenómeno ver en nuestros ejércitos las mujeres y amantes de los soldados seguirles para aliviar las miserias de la campaña.

Y en los ejércitos correntinos esto es mas general, porque sus mujeres son mas bravas y abnegadas, porque están habituadas al combate y familiarizadas con su fragor al estremo de no abandonar á su hombre en la batalla mas dura.

Ellas son las que asisten al Correntino en todas las penurias de la campaña, cuidándoles la ropa, dándoles mate en medio de la marcha mas precipitada, y fabricando sobre las coronas las famosas

tortas fritas cuando el hambre empieza á chupar los estómagos.

Y asisten á su hombre en medio de la batalla mas sangrienta, reanimándolo cuando desfallece, con el trago de caña que llevan de reserva en un frasco que ocultan en el seno con aquel objeto desde el principio de la campaña y cerrando sus ojos con mano amorosa y tierna cuando la muerte ha apagado en ellos todo brillo de vida.

Y se les vé guardar aquel cadáver con un recogimiento místico, hasta que despues de la batalla vienen los compañeros que le han de dar sepultura.

Asi no es extraño ver en aquellos campos de batalla, las mujeres corriendo de un lado al otro en busca del agua que ha de mitigar la sed de su hombre ó de su oficial, ó jadeantes y llorosas detras del peloton que lleva una terrible carga.

Y magníficas de bravura y de belleza, no es tampoco extraño verlas levantar un sable ó un fusil, para defender la vida de su hombre que acaba de caer herido mortalmente y que no podría defender por sí aquel pucho de vida que queda.

Y el soldado la respeta y la quiere, porque ella representa la única asistencia ó el único consuelo á que puede aspirar una vez tendido en el campo de batalla.

Pedro Sosa, sargento de la compañía del teniente Monges entonces, asistia á la batalla, seguido de su valiente y espléndida amante Sofía, que no lo habia abandonado desde que empezó la campaña.

En los momentos de tregua era ella quien limpiaba amorosamente el sudor que bañaba su rostro varonil y espresivo y sin perderle pisada para poder asistirlo en el acto en el momento que fuera herido.

Y reia como una loca ante los actos de bravura que se sucedian unos tras otros en aquel sangriento campo de batalla queriendo adivinar en los ojos de Sosa cualquier necesidad que éste pudiera sentir.

Y mostrando en su risa sus blanquísimos dientes, trataba de animarlo con sus frases mas cariñosas pronunciadas en guaraní.

Monges, como otros muchos miraban de cuando en cuando á la hermosa Sofía, entusiasmados por su propio entusiasmo y observando la felicidad suprema que espresaba el bravo semblante del sargento Sosa.

A cada tregua que les daba el enemigo, Sosa descansaba en la plácida mirada de su amante que le daba á beber un traguito de caña de la que llevaba en el seno y de reserva para remedio, en el caso que Sosa pudiera ser herido.

Porque un trago de caña en caso de herida, es un bálsamo que fortalece y que consuela, de una manera que solo puede apreciar el que se ha hallado en el caso de necesitarlo y de obtenerlo.

De pronto la compañía de Monges fué seriamente cargada por un peloton de caballería que parecia los iba á arrollar de una manera inevitable.

La compañía se sostuvo con una bravura inmensa, soportó la carga con todo su empuje y el enterezo se produjo.

En las cargas de caballería cede siempre el que ha de recibirla y que permanece firme, ó el que la trae, rechazado por el violento choque del que espera.

Cuando ninguno de los dos cede en el primer momento, el entrevero se produce de una manera sangrienta.

Los ojos chocan sus relámpagos, el golpear de los sables se mezcla al maldecir de las bocas, el lamento del que cae se confunde con la injuria del que fuga y el revolver de los caballos y las voces de los hombres y el golpe seco de las armas forman un conjunto indescriptible.

Y se véal ginete que cae entre los vasos de los caballos, mientras el suyo, libre de todo gobierno sale de aquel campo de muerte, á la carrera lanzando ese relincho sordo y especial que le ha arrancado el asombro.

De pronto un inmenso clamoreo lo domina todo, gritos alegres reemplazan el fragor de las armas que ha cesado y un alegre movimiento se produce allí donde poco antes se hadado y recibido la muerte.

Es el clamoreo inmenso con que el grupo que queda despide al grupo que se retira vencido y estenuado.

Así la caballería que cargaba á Monges había chocado con su tropa que permanecía impenetrable, y el entrevero se había producido.

El sargento Sosa, seguido siempre por su amante en la confusión del combate, hacia proezas de valor.

En todos los instantes se veía alzarse su brazo armado del luciente sable y sembrar á su lado la muerte y el espanto.

Y era magnífico ver aquel hombre jóven y hermoso atender á todos los puntos del combate, sin abandonar de su mirada á la bella Sofía que no se separaba de la grupa de su caballo.

Aquello tenía que terminar pronto.

El enemigo comprendió que estaba vencido y empezó á remolinear preparándose á la huida.

Entonces sucedió una cosa inesperada.

El jóven oficial que mandaba la tropa enemiga y que combatía cerca de Sosa, asombrado ante el valor y la espléndida hermosura de Sofía, mientras los suyos cargaban al sargento la levantó en un descuido y poniéndosela por delante de su caballo, salió de entre la confusión del combate acompañado de cuatro ó seis hombres.

—Sosa! me llevan! gritó Sofía luchando por desprenderse de los brazos que la aprisionaban.

Pero aquel oficial, jóven y sonriente por el placer de contemplar su presa, tenía mas fuerzas de las que hubiera sido posible calcular en su aspecto delicado.

El sargento al sentir aquella voz de "Sosa, me llevan" se estremeció poderosamente y miró al grupo que rodeando á su oficial y á su amante se ponían en fuga.

Y sintiendo un vértigo de muerte salió de entre las filas rápido y magnífico y se lanzó en persecución del grupo aquel, que trataba de alejarse á toda la velocidad de sus fatigados caballos.

Felizmente Sosa estaba muy bien montado, de

modo que apenas habían tenido tiempo de correr dos cuabras, cuando el sargento Sosa hundía de un sablazo la cabeza del soldado que guardaba las espaldas á un oficial.

Y vió entonces á Sofía prendida de la cara del oficial, á falta de barba, que luchaba por libertarse de entre sus brazos.

Todos se volvian á contener al sargento facilitando la huida del oficial y se trabó entonces una lucha tan desigual como sangrienta.

Sosa, temiendo que el oficial pudiera llevar su presa peleaba como un leon para abrirse paso, habiendo postrado á otro enemigo y recibido él una herida seria.

Sin perder la serenidad y el valor, Sofía, luchando desesperadamente se había prendido de las riendas del caballo de su raptor, para impedirle adelantarse.

Y tales habían sido los esfuerzos hechos, que ésta y él habían caído del caballo, y forcejeaban, él por arrastrarla hácia su campo y ella para aproximarse á Sosa, que peleaba de una manera desesperada.

—Mátenlo de una vez! gritó en guaraní el oficial á los suyos.

Y éstos cargaron contra Sosa tratando de cumplir la órden.

Pero Sosa, recogiendo todas sus fuerzas y limpiando con la mano la sangre que salía de la herida y lo ennegrecía, cargó de una manera decisiva.

Uno de los soldados rodó por el suelo bajo el filo de su sable, mientras otro recibía una herida de hacha, y él mismo era herido de nuevo.

Pero pasó por entre ellos y jadeante y magnífico cayó sobre el grupo que formaban su amante y el oficial.

Éste no tuvo mas remedio que soltar la presa para sacar el sable y defenderse de aquel hombre que, como una fiera, se le venía encima.

Sosa realmente, despues de mirar á su amante con toda la pasión de su alma, cayó sobre el jóven.

En el choque, la espada de éste saltó hecha pedazos y Sosa levantó su brazo poderoso armado del sable y fué á descargarlo sobre el jóven cuyo semblante estaba despedazado por las uñas de Sofía.

—No lo mates Pedro! gritó ésta deteniendo el brazo del sargento, mira que tal vez tenga madre.

El sargento miró á su amante y se contentó con dar un puntapié al jóven, mientras le decía picaramente: que Dios te ayude! te dejo vivo pa que te acordés de mí toda la vida, y porque la Reyna lo quiere así.

El oficial quedó allí avergonzado é indeciso, mientras el sargento y Sofía se alejaban á reunirse con los suyos.

No habían andado dos varas, cuando tres compañeros del jóven les cerraron el paso, mientras aquel, vuelto en sí, lo acometía por la espalda.

Y ni siquiera le dieron tiempo para saltar á caballo.

Sosa dió un salto prodigioso de costado, puso á Sofía á la espalda asegurándola por la cintura con

su brazo izquierdo y empezó á batirse nuevamente de una manera desesperada.

Estaba tan cansado, que él mismo desconfiaba que sus fuerzas le alcanzaran para luchar con ventaja mucho tiempo.

Y pretendía abrirse paso, descargando sablazos tremendos, mientras Sofia le suplicaba la dejase libre para poder ayudarle.

Entretanto la victoria se habia acentuado en las filas de Plácido Martínez y el enemigo empezaba á ponerse en fuga.

El grupito que combatia contra el sargento Sosa habia sido aumentado con otros soldados, que luchaban desesperadamente por arrebatárle la mujer, incitados por la voz del oficial.

Sosa habia logrado matar á uno de los soldados y herir á dos.

Pero él mismo habia recibido un par de heridas que, contribuyendo á debilitarlo cada vez mas, le hacian temer un mal resultado.

Así es que Sosa peleaba ya con verdadera desesperacion, pues si aquel combate se postergaba, seria vencido, indudablemente, por su propia fatiga y heridas.

En aquel momento, el mas difícil de todos y cuando ya Sosa empezaba á perder terreno, fué visto por los suyos.

—Allí está el sargento Sosa peleando solo para que no le lleven la moza! gritó un soldado que habia mirado al grupo lejano parándose sobre los estribos.

Fué entonces que Monges vió á su sargento, comprendió lo que habia pasado y lo que pasaba, y se lanzó en su socorro seguido de sus soldados.

El sargento, aturdido por otros dos golpes que recibiera y debilitado por la pérdida de sangre, habia doblado una rodilla para estar en posicion mas cómoda, y así seguia combatiendo de una manera heroica.

Sofia lloraba aterrada, cerrando con sus manos una ancha herida que su amante habia recibido en la frente y sin perder de vista el puñal que éste tenia en la cintura.

No se le escapaba que Sosa tendria que sucumbir de un momento á otro y pensaba ya en hacerle compañía, herida por su propia mano.

Por esto no perdía de vista el puñal de su amante, para poder darse la muerte antes que nadie pensara en impedirsele.

Fué entonces que llegó Monges seguido de los suyos, decidiendo rápidamente aquel combate tremendo.

Como si Sosa se hubiera estado sosteniendo con los segundos contados, en cuanto vió llegar aquel alivio inesperado se desplomó en medio de los tres cadáveres que lo rodeaban.

Y Sofia, con voz sollozante narró todo lo que habia pasado en aquellos cortos momentos, mientras se desgarraba la ropa para vendar las heridas de su hombre.

Monges acometió al oficial que en aquel momento trataba de saltar á caballo para huir.

Pero Sofia lo detuvo como habia detenido á Sosa, gritándole:

—Dejalo ché mi oficial! ya Sosa lo perdonó dándole una patada, porque tal vez tenga madre.

Y Monges, sonriendo ante aquel acto de suprema nobleza volvió al lado de Sosa á quien hizo envolver en una manta y llevar entre los suyos.

Así conoció Monges el valor de Sosa, siendo por esto que lo eligió el primero de todos.

El sargento por su parte guardaba un reconocimiento profundo para aquel oficial que no solo le habia salvado la vida, sino que, lo que para él importaba mucho mas, habia impedido que su Sofia fuera tratada como un botín de guerra.

Monges eligió otros cinco hombres, entre los cuales habia uno de quien conocia el siguiente rasgo.

Sabiendo que esa misma noche debian asesinar al Coronel Reyna, Carlos Luna, que así se llamaba este soldado, habia espiado á los asesinos que eran cinco, decidido á evitar el crimen á toda costa.

Y cuando éstos se hallaban reunidos en una esquina tomando la copa del estribo para partir á ejecutar aquel crimen, cayó sobre ellos como una tormenta.

Dos paraguayos que dirigian el asesinato y que eran los mas encarnizados en llevarlo á cabo, fueron los primeros que roderon bajo los golpes de su puñal, huyendo los otros tres, de los cuales uno cayó tambien al franquear el dintel de la pulperia.

Luna habia estado escuchándolos, recostado en el mostrador y fingiéndose el borracho de modo que los asesinos nada pudieran sospechar.

Así es que cuando Luna cayó sobre ellos quedaron tan helados de sorpresa, que solo atinaron á huir cuando los dos paraguayos eran cadáveres.

De este modo Luna salvó la vida de Reyna, diciendo á los que le pedian detalles:

—Como ellos querian matar á mi Coronel á traicion y por sorpresa, á traicion y sorpresa los maté yo tambien.

Si no los hubiera peleado y les hubiera dado tiempo para que se defendieran.

—Tan guapo te consideras? preguntaban á Luna para buscarle la boca.

—No es eso, respondia él, es que conmigo peleaba tambien el cañño que tengo á mi Coronel y esto solo es ya la media arroba.

Los otros tres hombres que habia elegido Monges, tenian tambien su foja de bravura ilustrada con hechos heroicos.

Uno de ellos, conocido por *Chiquita*, por la frecuencia con que tomaba la chiquita, era domador de yacarés, por diversion favorita.

Chiquita se echaba al rio de Corrientes, descolgándose sobre el lomo del paimer yacaré que asomaba, llevando el cuerpo desnudo y un largo y filoso cuchillo entre los dientes.

El yacaré embravecido por aquel ginete inesperado, corcobeaba sobre las aguas desesperadamente, como el potro mas brioso.

Zambullia hasta el fondo del rio y volvía á aparecer en su superficie dando saltos prodigiosos pa-

ra despedir primero y despedazar despues al audaz ginete.

Pero Chiquita, firme en su lomo como en el lomo de un potro, reía como un loco é imitaba con su cuerpo los movimientos desésperados del yacaré.

Cuando el animal estaba bien fatigado y él aburrido de reirse y de jugar, Chiquità desmontaba, se sacaba el cuchillo de la boca y zambullia junto al yacaré, que abría la enorme boca y en un movimiento rápido se deslizaba hácia su ginete que para zambullir habia esperado este movimiento.

De modo que cuando éste pensaba engullirse á Chiquita, éste que esperaba bajo del agua, calculando los movimientos con una prccision matemática, le abría el vientre con un tajo vigoroso y asomaba sobre la superficie de las aguas, siempre sonriente y jugueton.

Solía suceder que mientras Chiquita gineteaba á un yacaré, aparecia otro en la superficie de las aguas, atraído por el olor de carne y pensando que su colega estaba de banquete.

Entonces Chiquita, sin inmutarse ni perder su

aire travieso, concluía á puñaladas con el yacaré que montaba y enderezaba al otro, siempre sereno y espiano el momento de ganarle el tiron.

Y el triunfo seguro y rápido habia estado siempre de su parte.

Habia otros correntinos, hay muchos correntinos que se dan un corte sobre los lomos resbaladizos de un yacaré.

Pero no habia ninguno capaz de hacerlo con la habilidad serena de Chiquita, ni con su gracia esquisita.

Era una especialidad del género conocida en todo Corrientes.

Habia muchos aficionados que acudian á la playa como á la mejor fiesta, cuando sabian que Chiquita andaba por hacer alguna de las suyas.

Estos eran los seis compañeros que Monges habia elegido para su expedicion.

Los otros tres no tenian ningun rasgo especial que los caracterizara, pero eran igualmente bravos, é igualmente capaces de cometer una hombra, por el solo placer de cometerla.



El lujo del valor

Ignacio Monges que desde que lo habló Reyna en aquel sentido había pensado hacer algo grande y digno de su jefe, eligió aquellos seis hombres, con los designios que veremos mas adelante.

Tenia la conciencia de que con aquellos seis hombres podia acometer la empresa mas temeraria y capaz de asombrar á los mas valientes, y los llevaba consigo como quien lleva la seguridad de vencer todo imposible. Cuidó que su jente llevara los mejores puñales que habia en la division y pidiéndolo á los demás, consiguió seis revólver que le eran indispensables.

¿Qué se proponia Monges que hacia semejantes preparativos, él acostumbrado á saltar en pelo si era preciso y cargar á mano limpia?

Ya hemos dicho que Monges meditaba una hombrada desde el primer momento, hombrada que hemos de ver pronto de qué manera se realizo.

Contento y orgulloso de aquella pequeñísima tropa, se presentó á Reyna para recibir sus últimas instrucciones.

Reyna miró los hombres que llevaba Monges y sonrió como buen conocedor del género.

—No ha tenido mal ojo mi oficial, se limitó á decir, es imposible hallarlos mejores en todo Corrientes, lo que es mucho decir.

—Ya lo creo respondió Monges, orgulloso— con hombres como estos no hay Maidana que valga: son un Ejército.

—Bueno, mi oficial, es preciso bombear el campo enemigo, con ojo seguro, pero sin comprometer la vida: por nada de este mundo quiero que ni usted ni uno de los hombres que lleva se espongan á caer en manos de esa gente.

—Ya sabe mi coronel que soy práctico en estas cosas.

—Ya lo sé y es por eso que lo he elegido, Monges, mucho ojo, obrar con rapidéz, y sobre todo muchísima prudencia.

—Mi coronel quedará tan satisfecho, que yo mismo me alegraré de verlo tan contento.

Reyna vió brillar algo estraño en los ojos de Mon-

ges, cuya temeraria bravura conocia á prueba, asi es que sospechándose alguna imprudencia, le dijo poniéndole la mano en el hombro:

—Cuidado con alguna temeridad inútil ó alguna imprudencia, Monges, que les haga correr á ustedes un peligro de muerte y comprometa la seguridad de la columna entera.

Es preciso no separarse un ápice de las instrucciones que le he dado.

Si no pueden practicar un reconocimiento sin esponerse á caer prisioneros, prefiero que se vuelvan sin traerme noticias: prefiero esto á la noticia de que les haya sucedido una desgracia.

—No tenga cuidado mi Coronel, respondió Monges apagando el rayo de sus ojos para que no fueran á ver por él los proyectos de su espíritu audaz.

Todavía no ha anochecido y antes de amanecer el día de mañana, usted tendrá las noticias que vamos á buscar, sin que el éxito de su proyecto sea comprometido.

Monges se separó de su jefe, y se alejó á elegir caballos, conforme habia elegido hombres.

Si el Coronel Reyna hubiera sabido el interés con que Monges habia buscado puñales y revólveres para sus hombres, tal vez algo habria sospechado de los planes de su oficial.

Pero creia que estos irian simplemente armados de sus chuzas y de su sable el que lo tenia, y como con semejantes armas no se puede hacer otra cosa que ponerse fuera de tiro, Reyna no sospechaba la hombrada que meditaba Monges.

Este, desde que el Coronel le habló de bombear al enemigo, habia concebido una idea que al mas bravo y decidido le hubiera parecido una locura irrealizable.

—Qué diria este hombre tan bravo y tan leal, pensaba Monges, si en vez de las noticias que del enemigo me pide, le mandara yo un parte dándole cuenta de haber tomado los fantasmones que se han apoderado del pueblo?

Cuál no seria su satisfaccion al entrar al cuartel! ahora en poder de los federales y apoderarse tran-

quilamente de sus armas y licenciar su gente, que es lo que él quiere, en medio del mayor orden y seguridad?

Pero para esto se necesita media docena de hombres mas duros que bronce y con un corazon correntino que no haya cosa capaz de meterle miedo.

Y mientras elegía esos hombres daba vuelta en su pensamiento á su atrevido plan, pareciéndole cada vez mas difícil.

—Ese Maidana es un miserable, seguía pensando, sus soldados pueden ser muy buenos y estar muy bien armados, no lo niego, pero á los soldados los hace el jefe, qué diablos!

Los mejores soldados de este mundo, mandados por un mulita, se hacen mulitas tambien y no atinan á disparar un tiro.

Y sinó ahí están los soldados de Napoleon I que á las órdenes de este jefe sobrehumano, se pasaron la Europa entera á culatazos y que mandados por un Bazain, se rindieron, sin disparar un tiro, á aquellos mismos alemanes á quienes habian combatido y triunfado de ellos, uno contra cinco.

Así, por buenos que sean los soldados que tiene Maidana, mandados por él no valdrán cuatro reales.

Y si lo ven asustado, entonces será cosa de derrotarlos á moquetes.

Y á medida que desenvolvía su pensamiento encontraba que aquello era de mas fácil ejecucion de lo que parecía.

—Para un hombre solo la cosa sería peluda, no lo niego, volvía á pensar, pero si doy con seis hombres de los que yo busco, el pobre Maidana se embroma: no doy por su vida la pitada de un cigarro de papel.

Cuando Monges tuvo reunidos aquellos seis hombres de la talla moral de Sosa, Luna y Chiquita, creyó que su golpe no podía fallar.

Y escondido en el relámpago de sus ojos la satisfacción suprema que sentía al pensar la impresion que haría en el espíritu bravío de Reyna la noticia de un triunfo insospechable, y el beneficio que de él reportarian todos aquellos bravos que, sin que nadie los molestara podrían retirarse tranquilamente á su hogar, ocultando así que habian formado en las filas de la revolucion.

Cuando tuvo los hombres, Monges pensó en las armas.

Con las chuzas é infames tusiles que tenía, no podría no digo realizar, pero ni aun intentar la ejecucion de su plan.

Para ello se precisaban armas cortas y seguras, que les permitieran mezclarse á un grupo cualquiera y dominarlo por el pánico.

Fué entonces que empezó á campear puñales y revólveres, hasta que encontró los que necesitaba.

Su plan, segun todos sus cálculos, quedaba entonces perfectamente realizado.

Tenía los hombres que necesitaba, armados como deseaba, y en su corazon habia todos los bríos de arrojo y bravura necesarios.

Lo único que habia que temer era que el Coronel Reyna conociese su plan y prohibiese terminantemente su ejecucion.

Pero como hemos visto, Reyna no sospechó nada, limitándose solamente á recomendarle la mayor prudencia y tino y no esponerse él ni esponer su jente á un desastre.

El estaba seguro de su plan; tal vez costara la pérdida de algunas vidas, la de la suya misma.

Pero en cambio el beneficio general sería completo y Reyna podría obrar sin obstáculos de ningun género.

—No se agarran pescados sin mojarse, decia Monges alegremente, ó por lo menos sin correr el riesgo de mojarse.

Pueda ser que volvamos secos ó que quedemos secos allí: pero lo que es á Maidana se lo lleva el diablo, de eso respondo con mi cabeza.

Su jente iba bien montada y él mismo llevaba un caballo que el Coronel Reyna lo habia obligado á aceptar, pues podía encontrarse en apuros serios y el jefe no queria que por falta de caballos fuera á sucederle una desventura.

Monges se despidió de su jefe hasta la madrugada siguiente, como término mas largo, pues estaba seguro que antes del dia podría traerle noticias satisfactorias.

Y se alejó con sus seis compañeros en direccion al pueblo de Libres y al tranquito de los caballos.

Recien empezaba á oscurecer.

El tiempo era frio y la noche oscura y nebulosa, pero esto mismo venia á proteger los planes del valiente Monges.

La gente de Maidana que no esperaba enemigo alguno, estaria acurrucada para combatir el frio, y aquella bendita niebla impediría que los centinelas que hubiera en el cuartel pudieran verlos.

—Todo, hasta Dios mismo está con nuestra causa porque es la causa de los buenos, exclamó Monges, entonces no hay nada que temer.

La noche, á medida que iba cerrando, se hacia cada vez mas oscura y la niebla mas espesa.

Era necesario ser sumamente baqueano de aquellos parajes para no perder el rumbo por completo.

Pero felizmente los siete eran criollos de Libres y cónocian todos sus alrededores á grandes distancias, al estremo de poder conocer por el pasto el punto fijo donde se encontraban.

Cuando se habian alejado media legua del campamento de Reyna y no corrían peligro de ser vistos, por la oscuridad y la niebla, Monges echó pié á tierra y lo hizo echar á sus compañeros, segun les dijo para combinar lo que habian de hacer, pues tal vez tuvieran que separarse momentáneamente, y era entonces necesario convenir de antemano dónde, cómo y en qué casos se habian de juntar.

Sentados en rueda sobre aquel campo húmedo y teniendo cada cual su caballo de la rienda, empezó aquella curiosa sesion.

Con esa travessura incomparable y esa práctica pasmosa de nuestros veteranos, cada uno habia encendido un cigarrito bajo el poncho, de manera que

à dos varas de distancia nadie pudiera sospechar la presencia de jente.

A cada fumada cada cual hundía su cabeza entre la boca del poncho y la volvía à sacar despues de haber tragado la humada para escuchar lo que se decia.

Monges estaba sentado en el centro de la rueda: tragó una gruesa humada y con voz reforzada y serena empezó à hablar así:

—Mis compañeros, el Coronel me ha dado orden de recorrer el pueblo porque quiere saber cuanta gente hay, y ver entonces si es posible tentar un ataque que nos permita entrar à él como vamos à nuestra casa.

Maidana, con algunas fuerzas que trae, se ha apoderado del pueblo y atrincherado en el cuartel para hostilizarlos y saber quienes hemos formado en esta patriada con el objeto de mandar muchos destinados y tener hogares desamparados que saquear.

—Mire qué figura para hacer todo eso! dijo el sargento Sosa.

Maidana, añadió riendo alegremente—una vez lo saqué cortito porque le vino arrastrar el ala à Sofia.

Lindo soy yo para que me vengan con esas, estoy seguro que en cuanto nos topemos frente Maidana se apreta el gorro.

—Y cómo no, añadió Chiquita: yo conozco à ese hombre como si lo hubiera parido: es mas flojo que tabaco pátrio, aunque tiene la parada de una gran cosa.

Eso sí, à parada nadie le pone el pié adelante.

Como buen flojo, agregó aquel soldado travieso, Maidana es mas desconfiado que un tuerto, así es que tenemos que andar con mucho cuidado para poder bombearlo sin que nos sienta.

Si él sabe que andamos por aquí, ha de tener mas centinelas que pecados, aunque la niebla está fría, mas à propósito para dormir que para andar de centinela.

Qué se habrá propuesto ese infeliz en tomar el pueblo?

—Pues no es nada! dijo Sosa—irnos echando el guante à medida que vayamos cayendo à nuestros hogares y tener casas y establecimientos donde manotear à su gusto.

—Y Sofia que ha quedado en el pueblo! como no se le ocurra tentar alguna heregia. . .

Monges escuchaba con placer todas estas opiniones, porque ellas venian à facilitar enormemente su propósito.

Mientras peor opinion tuvieran de Maidana sus soldados, con mas fé lo ayudarían à la ejecucion de su plan.

—Amigos, les dijo, desde que el Coronel me dió la orden de reconocer al enemigo, me ha ocurrido hacer una hombrada, y es por esto que los he elegido à ustedes entre todos.

Pienso que es mucho mejor tomar el pueblo en vez de reconocer qué fuerza lo guarnece, y hacer prisionero à Maidana y à su tropa.

—Ya decia, ché mi oficial, interrumpió Sosa, que

para algo nos habia de haber armado de puñal y revolver! y sonrió con su espresion valiente y franca.

—¿Y qué les parece la cosa? se animan? preguntó Monges tratando de sondear el semblante de sussoldados entre la oscuridad de la noche.

—Y cómo no nos hemos de animar, contestó Luna—eso no hay que preguntarlo, mandá nomás ché mi oficial, que nosotros estamos para obedecer.

El correntino, siempre franco y alegre, no conoce la palabra usted ni la emplea nunca.

Lo mismo dice ché Gobernador al que lo es, como le dice ché amigo al Obispo y se lo diría al mismo Papa si tuviera que hablar con él.

—Yo, antes de disponer nada, necesito saber si ustedes están conformes, contestó Monges con toda la hidalguía que le es característica.

Como puede ser que esta hazaña nos cueste la vida à todos, no se trata de mandarlos, sinó de que todos estén conformes en su ejecucion.

Por el momento aquí no hay oficial ni soldados, sinó amigos que se han juntado para un mismo fin. Como oficial, yo los guiaré à practicar el reconocimiento que ha ordenado el Coronel.

Pero para tomar el pueblo y hacer prisionera su guarnicion, seremos todos compañeros y aquel que no quiera acompañarme tiene el derecho de quedarse aquí y esperar nuestra vuelta, si es que volvemos.

Todos se manifestaron conformes en seguir à Monges hasta el infierno si era preciso y ayudarlo con todo su esfuerzo à salir airoso de una empresa cuyo objeto era facilitar la vuelta de todos los compañeros al hogar y sorprender al Coronel Reyna con una noticia tan agradable como inesperada.

Reyna que esperaba solamente los datos de un reconocimiento simple, quedaria asombrado ante el parte en que Monges le anunciara el triunfo obtenido.

La empresa es muy sencilla porque no puede tener mas que dos resultados forzosos, dijo Monges.

O tomamos al pueblo haciendo prisionera la guarnicion, ó quedamos todos tendidos, despues de haber vendido la vida tan cara como nos sea posible.

—Los tomaremos, exclamó Sosa alegremente, y así nos libramos de que ellos den malon en nuestras casas y nos tomen à todos à medida que vamos cayendo al pago.

Pues entonces no hay mas que decir, y à la obra, terminó Monges poniéndose de pié de una manera nerviosa.

Como llegará un momento en que tendremos que separarnos y obrar cada uno por su cuenta, es necesario que cada cual jure no solo cumplir las instrucciones que lleve, sinó lograr el objeto que nos lleva ó perecer en la empresa, porque si ella fracasa, no hay que pensar en presentarse à donde esté el Coronel.

Nuestro juramento debe ser entonces vencer ó morir.

Todos se habian puesto de pié para jurar, cuan-

do Monges los interrumpió con un movimiento nervioso.

—Este juramento debe ser libre y espontáneo, dijo, porque habrá que cumplirlo à toda costa.

El que no esté contento, el que no tenga fé en el temple de su corazón, que no jure, todavía es tiempo, porque el que jure y no cumpla, se las entendería despues conmgio.

Y los ojos de Monges brillaron como un relámpago entre la oscuridad que los envolvía.

Siempre alegres, siempre sonrientes y decididos, aquellos seis valientes juraron acompañar à Monges, obedecerle ciegamente y morir ó apoderarse del pueblo de Libres.

Y el que falte à su juramento, dijeron, que se entienda no solo con nuestro oficial sino con cada uno de los que quedemos con vida.

Monges sería el director del audaz golpe y cada uno obedecería ciega y rápidamente lo que él mandara.

Y montaron à caballo siguiendo la marcha lentamente y tratando de producir en ella el menor ruido.

La noche era sumamente oscura y había una densa niebla que les impedía ver los objetos mas cercanos.

—Mejor que mejor, murmuraba Monges: ni mandada hacer à propósito sería mejor la noche.

Los centinelas que nada temen estarán descuidados y fuera de su puesto.

Eso, si han colocado centinelas, que lo mas seguro es que todos esten dentro del cuartel huyendo del frio de la noche.

Antes de entrar al pueblo yo lo bombearé, añadió, y así cuando vamos iremos à golpe seguro.

Unas diez cuadradas antes de llegar al pueblo, el grupo se detuvo y echó pié à tierra.

Desde allí y à través de la niebla podían mirar las luces del pueblo envuelto en el mayor silencio.

No llegaba hasta ellos el mas leve rumor, de modo que à no ser por las luces que veían, se hubieran creído à mayor distancia.

—Como que con semejantes huéspedes quien se va à atrever à tener la puerta abierta.

—Bueno, dijo Monges entregando su caballo al sargento Sosa.

Ustedes me esperan aquí mientras yo voy à bombear.

Si algo extraordinario sucede yo volveré en el acto.

El modo como hemos de llevar el ataque, será según estén las cosas, así es que hasta que yo vuelva no se podrá resolver nada.

Es preciso guardar silencio para no hacernos sentir y no fumar, porque à la mayor sospecha del enemigo estamos no solamente perdidos, lo que no importa tanto, sino que nuestro plan se lo llevará la trampa, lo que importa un poco mas.

Monges dejó à sus compañeros su espada por el ruido que ésta podría hacer, y con mil precauciones para no hacer el mas leve ruido, tomó la dirección

del pueblo, perdiéndose poco despues su silueta entre las sombras de la noche.

Los seis compañeros quedaron allí agrupados esperando la vuelta de su oficial, comentando silenciosamente su valor sereno y su voluntad inquebrantable.

Porque Monges era una verdadera reputación entre sus compañeros de armas.

Todos lo conocían por uno de los oficiales mas valientes, lo que es mucho decir tratándose de oficiales Correntinos, y uno de los valores mas brillantes y audaces de que tenían memoria.

Monges entró al pueblo confundiendo entre las sombras y los árboles y se situó tan cerca del cuartel como le fué posible, observando atentamente el aspecto exterior que presentaba.

Este cuartel, como hemos dicho, era un edificio bajo y sólido, edificado en un terreno espacioso y rodeado por una pared que podía servir de parapeto à su guarnición.

El cuartel tenía dos puertas, una principal donde estaba el cuerpo de guardia y que caía à la calle donde se había situado Monges, y otra à los fondos, que caía à una plazoleta ancha y cómoda, donde se estacionaban carretas y vendedores que formaban en ella una especie de mercado.

En esta otra puerta se colocaba generalmente un centinela.

A la derecha y lo largo del gran patio, estaban los cuadros de la tropa.

A la izquierda había alojamiento cómodo para oficiales y gefes y un buen cuarto destinado à mayoría.

Desde que Maidana tuvo el cuartel, había cambiado sus costumbres, para mayor seguridad sin duda.

Había colocado el cuerpo de guardia en el porton que dá à la plazoleta, como punto accesible à un ataque, y había colocado un centinela en la otra puerta que caía à la calle como menos peligrosa.

Despues de recorrer el pueblo en todas direcciones, preñiendo y llevando al cuartel à todo el que creía era un enemigo político ó un partidario de Reyna, se había instalado allí como un monarca.

No había mas autoridad que él, ni mas ley que su palabra.

Al que le parecía sospechoso lo prendía y lo mandaba al cuartel para de allí remitirlo con nota al gobierno, según le caía ó no le caía en gracia.

Y siempre no consultando mas que su voluntad absoluta, citaba al cuartel à tal ó cual familia de gente liberal y su compañía, para que prestaran declaración sobre el paradero del ausente y para prevenirles que pronto les haría una visita, ante cuya promesa las familias quedaban heladas de espanto porque sabían el cúmulo de pretenciones que esto significaba.

Aunque la protesta mas enérgica estaba en todos los corazones, ninguna asomaba à los labios.

Quién se iba atrever à protestar contra los avances de Maidana, sabiendo que esta protesta les ha-

bria valido una paliza, en el mejor de los casos?

Todos trataban de cumplir sus órdenes lo mas rápidamente que les era posible, para evitar un castigo ó un avance.

Sus soldados se paseaban por el pueblo como verdaderos conquistadores, haciendo lo que querian, pues Maidana por tenerlos contentos, les consentia que hicieran cuanta iniquidad les pareciera bien.

Así es que las palizas mas morrudas estaban à la órden del día, y à disposicion inmediata de aquellos que pudieran necesitarlas.

De ellas no se escapaban ni siquiera las mujeres, quienes por el delito de haber resistido una pretension amorosa, se habian hecho acreedoras à un castigo.

Maidana que temia un avance del Coronel Reyna, que no habia de andar muy lejos de allí, segun suponía, tomaba sus precauciones de seguridad personal y de seguridad para el cuartel.

Ademàs, el servicio de guardias del cuartel, que ya hemos descrito, colocaba cuatro ó seis centinelas al rededor de la pared, encargados de vigilar lo que sucediera en las calles inmediatas.

Una vez que cerraba la noche, se metia dentro del cuartel, donde permanecia hasta el día siguiente.

Así quedaba libre de un mal encuentro ó de una puñalada con que pudieran obsequiarlo al volver una esquina.

Se hallaba en un pueblo eminentemente liberal y entonces toda precaucion era poca.

Dentro del cuartel y rodeado de su tropa estaba en absoluta seguridad, para lo cual despues de la lista de la tarde, ningun soldado ni oficial podia salir fuera del cuartel.

Con esta medida, Maidana lograba dos cosas: tener toda su tropa organizada y pronta para la defensa en un momento de peligro é impedir que los soldados fueran à embriagarse en las pulperias y à provococar riñas, tentando la venganza de aquella gente poco amiga de sufrir sin protestar en alguna forma.

Pero con esta medida en que Maidana creia asegurar su persona y la defensa del cuartel en caso de ataque, no hacia mas que empeorar su situacion en este último caso.

Los soldados, viciosos por naturaleza, sabiendo que de noche no podian salir del cuartel, hacian su provision de día, de modo à tener abundante caña con que matar el frio à la noche.

Los pobres pulperos que habian tomado el pulso à la gente en cuyo poder habia caido el pueblo, les fiaban, con algunas reservas.

Los pobres habian calculado que una negativa no haria otra cosa que provocar una paliza y aalto à sus negocios y preferian fiar, porque así no perderian mas que la mercancia.

Muchos pulperos habian creido prudente, al principio, quejarse al comandante Maidana.

Pero éste, que queria conservar contenta à la tropa, no les habia hecho caso, diciéndoles que

abrieran crédito à los soldados no mas, que eran buenos muchachos y que cuando les pagaran, estos tambien pagarían.

Así es que los pulperos habian resuelto seguir el consejo, viendo que era el mejor modo de conservar el negocio y la vida.

Por esto es que à los milicos nunca les faltaba caña de noche, y como con ésta engañaban el frio de las noches, se lo pasaban en un estado que ni era tranca ni dejaba de serlo.

La mayoría de la poblacion que pasaba su día encerrada para no tener un mal encuentro, durante la noche salía à hacer sus compras sabiendo que los soldados no salían à aquella hora.

Pero como aquella medida no comprendia à los asistentes, una noche dos asistentes borrachos asaltaron à unas señoras provocando un escándalo y una lucha à mano armada, así es que desde esa noche solo los hombres de entrañas se permitian salir de noche.

Y Maidana que se habia pegado un susto formidable, creyendo que se trataba de una revolucion, prohibió desde esa noche la salida à los mismos asistentes.

Este era el estado del Pueblo de Libres, cuando Ignacio Monges tuvo la idea de irsele al humo.

El ignoraba todos estos detalles y contaba por el contrario con que el cuartel se encontraria debilitado por la falta de los soldados que andarian de par-randa.

De modo que su golpe se hacia mas difícil y el combate desproporcionado à sostener seria mas récio y encarnizado.

Si no lograba sorprender al enemigo en las condiciones que él habia pensado, su empresa era tal vez cosa perdida.

Monges estuvo gran rato observando el cuartel, estando atento à los ruidos que se producian, cuya causa buscaba inmediatamente.

Cierto movimiento que se notaba en el pueblo y las alegres voces que partian del cuartel, le hicieron sospesar la verdad de lo que sucedia, pensando entonces que un golpe, aunque mas difícil era mas seguro, porque no habiendo soldados en la calle, no temia entonces ser acometido por la espalda por los soldados que anduvieran francos que podian venir en auxilio de sus compañeros, única dificultad sería que temia si no podia obrar con la rapidéz necesaria.

Sonriendo ante la perspectiva de un éxito completo y tratando siempre de confundirse con la oscuridad nebulosa que todo lo envolvia, Monges rodó el cuartel con paso cauteloso, observándolo todo y dándose cuenta del menor ruido que llegaba à su oido siempre atento.

Las paredes que rodeaban el cuartel estaban desiertas, lo que venia à favorecer todos sus planes.

O no ponian allí centinelas, ó los que pusieron se habian retirado por su cuenta, corridos por el intenso frio y por la niebla que mojaba la ropa helándolas carnes.

El cuerpo de guardia se hallaba completo y ro-

deando un gran brasero, entre la puerta espaciosa que dà à la plazoleta ya descrita.

Ahi estaban el oficial, las clases y los soldados de relevo.

Sobre la otra puerta se veia al centinela paseando à grandes trancos y recostándose de cuando en cuando contra la pared, arrebujado en su capote hasta las narices.

Era un centinela puesto por fórmula, porque tapado hasta los ojos, para evitar el frio, no podia dar cuenta ni de lo que pasaba à dos varas de distancia.

Monges estuvo un cuarto de hora escondido entre las carretas, observando el movimiento del cuartel. Los asistentes cruzaban con el mate en la mano, hácia el alojamiento de los oficiales y una que otra guitarrase dejaba oír alegremente en las cuadras.

Todo ese movimiento fué cesando poco à poco. Se tocó silencio y al poco tiempo solo el cuerpo de guardia estaba en pié.

El oficial envuelto en su capote dormitaba al lado del brasero que habia entrado à la pieza de la derecha y los soldados no tardarian en hacer lo mismo.

Para el ojo práctico y militar de Monges, era indudable que en aquel cuartel la disciplina estaba relajada y el servicio nocturno se hacia no ya con descuido sinó con abandono: una vez que el cabo cuarto llegara à dormirse era indudable que el centinela haria otro tanto.

Tomados todos los datos que le eran necesarios, Monges se retiró en busca de sus compañeros.

Para él era indudable que el golpe tendria un éxito feliz, pues si su ejecucion no ofrecia à aquella hora grandes dificultades materiales, menos ofreceria mas tarde cuando el cuerpo de guardia, convencido que ningun peligro los rodeaba se entregara al sueño ó al juego.

Monges se fué usando de mayores precauciones de las que habia tenido, pues la neblina empezaba à levantarse y aunque la oscuridad era igual, las precauciones no estaban demás nunca.

El pueblo quedaba envuelto en el mayor silencio, al estremo de no divisarse ni una luz en direccion alguna.

Monges iba con la ropa empapada por el rocío que habia recibido sobre si durante mas de cuatro horas, y transido de frio.

Pero la energia poderosa de su espíritu le hacia pasar por sobre todo esto.

Estaba lleno por la empresa que tocaba à su momento de ejecucion y estaba nervioso por cansarse cuanto antes à su logro.

Para aquella naturaleza poderosa no habia cansancio físico ni moral.

Su voluntad incontrastable lo suplía todo haciendo olvidar toda necesidad y todo cansancio.

Despues descansaremos, pensaba, cuando el Coronel esté satisfecho y los compañeros puedan ir à reposar tranquilamente à sus hogares.

Cuando llegó à donde estaban los suyos, éstos discutian sobre la conveniencia en acercarse al pueblo, pues se hallaban alarmados por su tardanza.

Aunque no habian sentido nada en el pueblo que

pudiera indicarles una desgracia sucedida à su oficial, se hallaban violentos por su tardanza.

Varias veces habian intentado acercarse, pero otras tantas los habian retirado las reflexiones del sargento Sosa que les decia:

—Cuando él se tarda es porque necesita tardarse, si algo le hubiera sucedido, algun tumulto en el pueblo nos lo habria revelado.

No hay que moverse de aqui, que podemos desencontrarnos y si él no nos encuentra donde nos dejó, vamos à alarmarlo, y tal vez todo se malogre por nuestra imprudencia.

Estas justas reflexiones del Sargento Sosa habian tranquilizado à los compañeros disipando toda alarma.

Pero todos se hallaban violentos, interrogando con el oido atento todo rumor que se producía en el campo.

Tan sigiloso era el andar de Monges, que solo lo sintieron cuando lo tuvieron al lado.

—No les dije yo? exclimó Sosa— aqui los muchachos estaban intranquilos con su tardanza y querian irse para alli.

—Habrian hecho muy mal, contestó Monges, con su voz breve y enérgica, porque me lo habrian echado todo à perder.

He tenido que tardarme para tomar todas las medidas necesarias, que la empresa no pueda fracasar por un descuido imperdonable.

Ahora todo está listo y podremos obrar cuando nos parezca mejor.

Antes es preciso que nos pongamos de acuerdo en lo que se ha de hacer, porque cada uno tendrá que hacer por su lado y cuando nos reunamos en el punto convenido, es preciso que cada cual haya ejecutado su parte exactamente de acuerdo con lo que les voy à decir.

Todos rodearon à Monges para no perder una palabra de lo que dijera y éste les habló asi, pegando su semblante al de ellos, para hablar tan bajo como le fuera posible.

—En el cuartel, les dijo, no hay mas servicio de vigilancia que el cuerpo de guardia, situado en la puerta de la plazoleta y un centinela colocado en la puerta que dá à la calle, de este lado.

En el cuerpo de guardia habrá el oficial y cinco ó seis hombres.

Los soldados duermen en las cuadras y los oficiales en su alojamiento.

Bueno, yo con Chiquita y esos otros dos, à sorprender la guardia, tratando de atarla para no deramar sangre inútilmente: en seguida paso al cuartel del Comandante Maidana y lo ato tambien, lo que nos dará la mitad del éxito porque los soldados, no teniendo quien los mande no harán resistencia.

El Sargento Sosa con Luna y el otro, entrarán por la puerta de calle, desarmando al centinela y atándolo rápidamente.

En seguida atan à dos oficiales que están en el cuarto de la derecha y saltan à la cuadra dando la voz de rendirse à nombre del Coronel Reyna, é impidiendo que ninguno pueda tomar su fusil, lo que es fácil porque los soldados están durmiendo, se des-

perarán sobresaltados y pensarán, como es natural, que sobre el cuartel está toda la division de Reyna.

Que ninguno haga fuego sobre nadie, sinó en el caso de imperiosa necesidad y tratando de asegurar el tiro porque no tenemos mas que los que hay en el revólver.

En caso de fracaso inmediatamente todos deben acudir al cuerpo de guardia porque allí tendré yo las armas y municiones de este, y entonces no hay mas que obedecer mi voz de mando, para morir todos en nuestra ley de correntinos y rindiendo la vida tan cara como sea posible: conformes?

—Conformes, respondieron todos secamente, buscándose las manos en la oscuridad para estrechárselas en señal de que aquel pacto heroico quedaba concluido y sancionado.

—Una palabra mas, dijo Monges, porque es bueno que desde que salgamos de aquí no hablemos mas que aquello que sea de imperiosa necesidad.

A unas cinco cuabras de aquí y cinco del cuartel por consiguiente, dejaremos los caballos y seguiremos la marcha á pié porque asi ofrecemos menos probabilidades de ser sentidos.

Sosa y los suyos no deben llevar el ataque, hasta que no sientan que yo lo he iniciado, porque asi la guardia que es lo que hace mas dificultad por su número, será perfectamente sorprendida.

Ahora en marcha, si es que alguno no tiene observacion que hacer.

—En marcha respondieron los demás, y saltando á caballo silenciosamente, se pusieron en marcha con las mayores precauciones.

Cuando calcularon haber andado las cinco cuabras convenidas; echaron pié á tierra, sin producir el menor ruido, ataron los estribos y siguieron á pié tratando de ocultarse lo mas posible.

Cuando llegaron á la esquina del cuartel, aquellos siete valientes se estrecharon de nuevo las manos, y cada grupo tomó la direccion convénida.

Todo estaba mas ó menos en el estado en que Monges lo dejara.

Los soldados dormian profundamente en las cuabras, puesto que de ellas no salia el menor rumor.

No se veia en ellas ni una luz, ni se sentia nada que acusara la presencia de un hombre despierto.

El centinela de la puerta que daba á la calle, envuelto siempre hasta las orejas, se hallaba acostado plácidamente contra la pared, y con su fusil en su lugar de descanso.

De cuando en cuando emprendia un paseo rápido y pisando fuerte, como si quisiera hacer circular la sangre por los piés helados.

Y al poco tiempo volvía á recostarse contra la pared donde pellizcaba una narigadita de sueño.

Nada temia y se hallaba en el mayor descuido.

En el cuerpo de guardia todo estaba mas ó menos en el estado en que lo dejó Monges, con la sola diferencia que dentro del cuartel todos parecian dormir, menos los hombres que hemos indicado.

Una sola cosa mortificaba á Monges porque podia hacerle perder un tiempo precioso y era no saber con exactitud donde dormia Maidana.

Esta ignorancia podria hacerle perder un tiempo precioso y lo que era mil veces peor, dar tiempo á Maidana para que pudiera escapar.

No tenia mas remedio que atacar el cuarto donde suponía estuviera, sin perder de vista á los demás ni un segundo.

Así, si el Comandante despertaba á consecuencia del barullo que se produciría y queria huir, siempre tendria tiempo de irsele al humo y acogerlo.

La cuestion era que la tropa lo viese amarrado para que no se resistiese mucho tiempo y los obligara á dar una batalla donde solo querian dar un golpe de manos.

Monges habia fijado su atencion en la pieza mas espaciosa de la izquierda, pues era natural que fuese aquella, como mejor, la que habitara el Comandante, pensando:

—Si Maidana está allí, la causa está ganada rápidamente, sino, es cuestion de pelear un poco mas fuerte de lo que yo habia pensado.

Pero el resultado será el mismo; momento mas, momento menos, el cuartel tiene que pertenecerme al fin.

Monges tomó pues, la direccion de su puesto, usando siempre del mayor sigilo, mientras el Sargento Sosa y los suyos, confundidos en la oscuridad esperaban el momento de atacar.

Sereno y valeroso, sin llevar un arma en la mano y fiado á su propia audacia y el efecto que la sorpresa produciría en los otros, Monges animó á los suyos con un lijero ademán y se lanzó sobre el cuerpo de guardia, diciendo á Chiquita que estuviera atento para que atase al oficial en cuanto él lo volteamara.

Los milicos del cuerpo de guardia, rellenos de mate con copa, dormian plácidamente en su mayor parte.

El oficial de guardia dormitaba, la cabeza caída sobre el pecho, con esa descanso íntimo del oficial que nada teme porque no tiene al enemigo al frente, y que monta su guardia por pura fórmula.

Si no se habia acostado en el catre no era porque creyera no poderlo hacer, si no por no dar el consiguiente mal ejemplo á su tropa.

Así es que la sorpresa fué enorme, tal cual Monges la habia previsto.

El oficial no tuvo ni tiempo de ponerse de pié, cuando rodó por el suelo impelido por la mano poderosa de Monges, que arrancándole la espada de la vaina mandó á Chiquita que lo atara.

Los otros dos compañeros habian caído sobre el cabo de cuarto y sobre el sargento que fueron atados rápidamente.

El cabo que estaba mas despierto, intentó una resistencia desesperada queriendo sacar la bayoneta.

Pero Luna le echó su enorme mano sobre el cogote, y al mismo tiempo que le notificaba no se moviese, sino queria que le hiciese una sangría en la garganta.

Y efectivamente, si no hubiera sido por las recomendaciones insistentes de Monges de no matar sin

necesidad absoluta, no hubieran perdido tiempo en atarlos con su propio corraje.

Pero había que complacer á Monges que era muy ríjido y severo cuando se trataba de una desobediencia, no por el castigo que pudiera aplicarles, que nunca sería gran cosa, sino por el reproche que podría dirigirles, lo que era para ellos mil veces peor que un castigo.

Una vez que Chiquita se hizo cargo del oficial y empezó á atarlo, Monges dió por terminada la escena de la guardia y pensó en Maidana, poniéndose en dos brincos en la puerta del que él creía su alojamiento.

Monges no se había equivocado: aquella pieza, como la mejor y mas espaciosa de todas, había sido elegida por el Comandante Maidana para su alojamiento.

Un Comandante militar de sus condiciones y en su posición de personaje omnipotente, no se para en medios para colmar sus menores deseos.

Así Maidana haciéndoselos llevar de las casas de negocio y aun de las particulares, había hermoseedo aquel alojamiento provisorio con los muebles que necesitaba para pasar la vida cómodamente.

A pesar del barrullo que se había producido en el patio y cuerpo de guardia, no se percibía el menor rumor á través de la puerta del cuarto.

Indudablemente Maidana dormía tan profundamente que nada había sentido.

Monges fué asaltado aqui por una nueva duda que lo mortificó sobre manera: estaria ó no estaria Maidana en el cuartel?

Los mas probable es que estuviese, pero tambien era muy posible que alguna aventura amorosa lo retuviera por ahí hasta el dia siguiente.

No había mucho tiempo que perder en reflexiones, pues el tumulto se hacia general en el cuartel y su presencia iba á ser necesaria en el sitio de peligro.

Así Monges, viendo que la puerta no cedia á la presión del picaporte la hizo saltar de un puntapié vigoroso, saltando el mismo el centro de la habitacion y dominándolo todo con una mirada investigadora.

Una vela que ardia sobre una mesita al lado de la cama le permitió apreciar la habitacion hasta en su menor detalle.

Maidana estaba alli en el lecho: no había tenido necesidad de distraerse en aventura amorosa alguna, porque allí con él tenia su aventura.

Si no se había despertado con el sofocado barrullo que se produjo en la guardia, no sucedió lo mismo con el que se produjo en su pieza.

Al estrépito que produjo la puerta abierta de un formidable puntapié, Maidana abrió los ojos desmesuradamente y se puso livido ante la actitud y apostura de aquel oficial que permanecia de pié en el centro de la pieza.

No podia existir duda; el cuartel había sido tomado por fuerzas enemigas: harto claro lo decia la presencia de aquel oficial.

Instintivamente y mientras su novia trataba de perderse entre la ropa de la cama, como la inocente

perdiz que por tener la cabeza oculta entre unas matitas creé que nadie la vé, Maidana llevó la mano á un revólver que estaba al lado de la vela sobre la mesita.

Pero Monges no le dió tiempo á montarlo.

Con una rapidez de relámpago estuvo á su lado y tomándole la mano del revólver con la suya que hizo en Maidana una impresion de tenaza, le dijo secamente:

—No haga resistencia amigo mazorquero, porque sería obligarme á apretarle la mano, el cuartel está en nuestro poder y es inútil todo esfuerzo.

Y mientras le decia esto y con una rapidez vertiginosa, le arrancó el revólver y empezó á atarle prestamente las manos á la espalda sin que Maidana, convencido tratara de oponerle la menor resistencia.

En aquel momento sonó un tiro se concluyó de disipar en el espíritu de Maidana toda duda sobre lo que Monges le había dicho, y que alarmó é hizo apresurar á éste en su operacion, porque creyó que la tropa se resistía y hacia fuego sobre los suyos.

Pero como el tiro no se repitiera y solo se sintieran voces y tumulto, Monges quedó mas tranquilo.

Concluyó de atar á Maidana y como prueba conveniente para que la tropa se rindiera porque el cuartel estaba en su poder, se echó al hombro el cuerpo de Maidana y salió con él al patio poniéndolo en el suelo, mientras con una mirada rápida se daba cuenta de lo que allí había pasado, que era lo siguiente:

Mientras Monges y los suyos acometían el cuerpo de guardia, y amarraban al oficial, el Sargento Sosa había caído de improviso sobre el azorado centinela, que viendo lo que pasaba en la guardia se dejó atar sin ofrecer la menor resistencia.

Hecho esto, los tres compañeros se lanzaron al cuartel, y asaltaron las piezas de los oficiales, como se los había recomendado Monges.

Y mientras dos entraban en la primera, el Sargento entró á la segunda con el revólver amartillado y decidido á hacer fuego al primer movimiento de resistencia.

En la primera pieza había dos oficiales que tomados dormidos, no tuvieron tiempo de resistirse.

En la segunda había otros dos, pero estos estaban despiertos ó se habían despertado con el ruido, porque cuando el sargento Sosa entró, ambos se preparaban á salir, con la espada en la mano.

—Es inútil mis oficiales, les dijo éste, entreguen las armas porque el cuartel está en poder del Coronel Reyna que acaba de tomarlo.

Uno de ellos, el Capitan alzó la espada, y con infinita bravura se vino sobre el sargento Sosa, pronunciando palabras enérgicas.

Pero Sosa á su pesar, bajó la mano y le hizo fuego.

El Capitan, herido en medio del pecho, rodó por el suelo y poco despues quedaba inmóvil sobre un charco de sangre.

—Ya lo vé mi oficial, dijo entonces Sosa dirigiéndose al otro, no me obligue á hacer lo mismo con usted y entréguese, ya los compañeros se han

apoderado de todo y resistirse no es mas que hacerse matar.

El oficial, sin cobardía y cediendo á la razon y á la evidencia de que tan elocuente prueba acababa de ver, arrojó la espada sobre su cama tibia aún y se dejó atar sin hacer la menor resistencia.

Para que iba á resistirse si la cosa no tenia remedio?

Entre tanto los compañeros que acababan de recorrer las otras piezas de oficiales sin hallar en ellas mas que un alferez que tambien fué atado, se precipitaron á las cuadradas que empezaban á moverse como un inmenso hormiguero.

Los soldados turbados por la sorpresa y el sueño de que tan violentamente habian despertado, y algunos por la caña que habian bebido, se movian de un lado á otro buscando sus armas y sin atinar con ellas.

Los compañeros de Monges se habian armado de fusil y de provision de tiros en la guardia, operacion que habia hecho tambien uno de los compañeros de Sosa con el centinela sorprendido.

Los otros dos creian tener bastante con el puñal y el revolver que blandian de una manera amenazadora.

Cuando Monges asomaba al patio y ponía el cuerpo de Maidana en el suelo los suyos se lanzaban á la cuadra gritando:

—Ríndanse al Coronel Reyna, que les perdona la vida! á nadie se le hará el menor mal, salvo el caso en que no quieran entregarse, que entonces los obligaremos á obedecer á la fuerza.

Y aquellos valientes saltaron á la cuadra, iluminada confusamente por dos velas y ganaron el sitio donde estaban las armas.

En aquél instante llegó Monges, magnífico de fiera y de soberbia y les dió tambien la voz de rendirse añadiendo:

—Acabamos de atar á ese gallina de Maidana y á todos los oficiales, mientras el resto de nuestra tropa rodea el cuartel.

Ríndanse pues, y pronto, si no quieren que les pase nada malo.

Un Sargento de aspecto imponente y bravío, saltó sobre Monges, mostrando la carabina, al mismo tiempo que gritaba:

—Mienten, compañeros! vamos á formar!

Pero poco le duró el entusiasmo.

Monges apartó con un ademan rápido de su pecho la carabina en momento que hacia fuego, mientras descargaba sobre la cabeza del Sargento su mas formidable puñetazo, haciéndolo rodar por el suelo.

Chiquita corrió á rematarlo, con el puñal alzado, pero Monges lo contuvo de un grito diciéndole:

—He dicho que no maten sin necesidad! cuidado con desobedecer!

Aquellas palabras y aquel ademan soberbio dominaron por completo á la tropa sorprendida.

Pensaron que el hombre capaz de hacer esas cosas no podia ser otro que algun gran jefe disfrazado.

Muchos creyeron que era el coronel Reyna en persona y no vacilaron mas, exclamando:—estamos rendidos!

—Nosotros no estamos rendidos, gritó un cabo que permanecia en un rincon al frente de unos diez hombres: nosotros no estamos rendidos sino pasados, queremos servir bajo las órdenes de un gefe que hace hazañas tan lindas.

—Pues con escepcion de estos, dijo Monges, los demás quedan arrestados en la cuadra por el momento.

Sargento Sosa—haga sacar todas las armas y llevarlas á aquel cuarto grande donde dormia Maidana, y que un centinela quede en la puerta de la cuadra, con órden de matar al que quiera salir.

Todo se cumplió en el acto y segun las órdenes que habia dado Monges, que se alejó al alojamiento de Maidana.

Allí hizo conducir á este, que miraba con asombro lo que estaba sucediendo, porque no veia mas que siete ejecutores de aquella verdadera hazaña y á los oficiales, que sumaban cuatro por todos.

En la pieza estaba la amante del gefe atado, que se habia vestido ya, llorando de miedo, y á quien Monges dijo jovialmente:

—Buena moza, aquí las mujeres están en plena libertad: si usted quiere irse le daré un soldado para que la acompañe, si quiere quedarse, nadie le tocará un pelo de su ropa.

La buena mujer, que lo era realmente, se retiró á un rincon, buscando la oscuridad y permaneció quieta.

Maidana guardaba silencio mirando todo cuanto lo rodeaba y sin esplicarse con claridad la intencion que podia tener aquella gente al asaltar el cuartel.

La provincia estaba en manos del gobierno impuesto para en triunfo de toda la República.

Si ellos se apoderaban del cuartel, era para tener que desatarlo por la fuerza dentro de dos ó tres dias.

Esto que debian saberlos los revolucionarios los hará acreedores á castigos sumamente crueles.

Qué objeto podia llevarlos á dar un asalto tan sin fruto?

Los Libres era un pueblo cuyo comercio no podia ofrecer gran aliciente de saqueo, y para robar vacas solamente no necesitaban esponerse á tanto peligro.

Otra cosa intrigaba mas á Maidana.

En el interior del cuartito no se sentia el menor rumor que hiciera sospechar la presencia de fuerzas.

Dónde estaba la division que habia tomado el cuartel? dónde estaba el Coronel Reyna cuyo nombre habia oido pronunciar á aquella gente?

Hasta ahora él no habia visto mas que aquel grupo de siete hombres que eran los que habian andado en todo y no esa posible que estos siete hombres, por bravos que fuesen, hubieran realizado aquel golpe de audacia.

Talvez, rendido el cuartel, Reyna habia ido á rendir la fuerza de caballeria situada á orillas del pueblo, otra cosa no podia suponerse.

Armados sus hombres con las mejores armas que hallaron en el cuartel, y concluido lo que antes tenia que hacer Monges empezó á tomar medidas tendientes á ampararse allí para poder resistir un

ataque de la misma fuerza de caballería, que de un momento á otro, sabedora de lo que pasaba, podía venir en auxilio de Maidana.

Si todos aquellos prisioneros reaccionaban apercibiéndose que no tenían mas que siete enemigos y resolvían pelear, podían ponerlos en serios apuros.

Era necesario seguirlos dominando para que no reaccionaran y mandaron aviso al Coronel Reyna del resultado de la expedición.

Monges se fué á la cuadra donde estaban sus prisioneros de tropa, despues de dejar sus compañeros de guardia en el alojamiento de Maidana, les habló así:

—Muchachos, tengo orden del coronel Reyna de tratarlos como á sus propios soldados y amigos, puesto que ustedes no han hecho resistencia á sus disposiciones.

El ha mandado ahora con un poco de fuerza á tomar la caballería de Maidana y notará en venir.

Una vez que el coronel Reyna regrese, ustedes serán puestos en libertad inmediatamente, porque ustedes no tienen la culpa de lo que haya hecho ese flojonazo de Maidana, único á quien se le seguirá causa por las iniquidades que haya cometido.

Yo les aconsejo como amigo y compañero que tengan paciencia y no den motivo de enojo, porque tambien tengo orden de proceder con toda severidad, contra aquellos que se resistan á obedecerme.

Ya ven que demasiada confianza tengo en ustedes cuando solo los dejo al cuidado de un centinela.

Ante aquellas palabras habladas al corazón de la tropa, porumpió en vivas á Reyna y á aquel oficial, lo que hizo suponer á Maidana que su tropa habia estado en combinacion con los asaltantes.

Para evitar todo peligro y tentacion, Monges hizo sacar de la cuadra las armas y municiones que amontonó en el patio, poniendo ahí otro centinela.

Así era imposible que los soldados, sin armas, intentaran nada, aunque conocieran el número escaso de sus guardianes, mas cuando sus jefes y oficiales estaban atados y cuando sabían que Reyna debia regresar de un momento á otro.

Monges hizo cerrar las puertas del cuartel en prevision de todo, y colocó á Luna, Sosay Chiquita de centinelas, en la siguiente forma:

Uno en las armas, otro en el alojamiento de Maidana y otro delante de la cuadra.

Con los otros tres, él patrullaría el resto del cuartel y sus alrededores, pues en caso de ataque se proponía resistir rícidamente hasta que Reyna llegara.

Con tanto sigilo y tan rápidamente habia obrado Monges que en los mismos alrededores nadie pudo apercibirse de lo que sucedía.

Era urgente avisar á Reyna de lo que sucedía y Monges pasó entonces á la mayoría, donde redactó el siguiente parte, tan sencillo como lacónico, pero cuya gran elocuencia estaba precisamente en su laconismo:

En el cuartel de los Libres.

Nos hemos apoderado del cuartel y de la guarnición, sin faltar entre los prisioneros el comandante

Maidana y sin tener nosotros que lamentar un rasguño.

Apúrese en venir porque hay caballería en las orillas del pueblo, que si se apercibe puede disputarle el paso.

Mas detalles, si los necesita, se los dará el portador.

Su amigo y subalterno.

Ignacio Monges.

Este parte de aquella verdadera hazaña, lo entregó Monges al mas vivo de sus compañeros, diciéndole:

—Ahora es preciso ser tan vivo como valiente has sido hasta hace un momento.

Es preciso que llegues hasta nuestros caballos empleando todo género de precauciones para no ser sentido.

Una vez que estés acaballo, desloma el mancarron si es necesario, para llegar pronto donde está el Coronel y entrégale esta carta.

Es preciso que el coronel esté aquí antes de amanecer.

El soldado, siempre vivo y alegre, sin demostrar la menor fatiga, partió como una exhalacion, mientras Monges se dirigía á la calle seguido de su patrulla compuesta de dos hombres.

Cuando el coronel Reyna recibió el parte de Monges, aquel lacónico y pintoresco parte, le pareció estar soñando.

El esperaba como el mejor resultado de la comision confiada á su oficial el simple detalle de la guarnicion que habia en Libres, y se encontraba con que Monges habia tomado el pueblo y hecho prisionero á Maidana con toda su tropa.

Por lo que supuso ó que aquello era una locura de Monges, hija de algun ataque epiléptico de los que solia padecer, ó que aquella guarnicion tomada no seria otra que Maidana y sus dos ó tres asistentes.

Y la prueba era que el mismo Monges le avisaba que á orillas del pueblo habia una fuerza que era preciso esquivar para que no le disputara el paso.

En la duda y mientras daba las órdenes de prepararse á marchar llamó al soldado para que lo sacara de dudas.

Y cuando este le dió todos los detalles de aquel hecho heroico, cuando le dijeron que en poder de de Monges quedaban mas de cincuenta soldados prisioneros, con sus respectivos remingtons y municion Reyna, á pesar de conocer el valor denodado de su oficial, no podía salir de su asombro.

Le parecia imposible que solo siete hombres hubieran podido desarrollar y ejecutar un plan semejante.

Como le decia Monges, era urgente ponerse en camino, no solo para evitar que la caballería pudiese disputarle el paso, sino para evitar que, en conocimiento de lo que pasaba fuera á atacar y tomar el cuartel, haciendo inútil la heroicidad de su oficial.

Reyna hizo montar á caballo su division y se puso en marcha inmediatamente y al galope.

Ahora toda la cuestion era ganar tiempo, con el doble objeto que hemos indicado.

La narracion de la hazaña de Monges, narrada por el conductor del parte, circulaba de boca en boca despertando el asombro y el entusiasmo de todos.

Y todos querian llegar cuanto antes, para felicitar á su oficial por su hecho heróico y asombroso.

Aquello importaba para ellos la vuelta al hogar, el abrazo á la familia y la huida al castigo que les aplicarian por ser revolucionarios.

Así es que todos iban contentos y retozones, dispuestos á vencer un ejército, no ya la caballeria de Maidana si lessalia al paso.

De pronto, el soldado que marchaba en descubierta, una cuadra antes del resto de la columna, dió la voz de ¡un grupo!

El mismo Reyna, seguido de su tropa fué á reconocer el grupo, encontrándose con los caballos de Monges y sus cinco compañeros, que hizo desatar y seguir con ellos, pues no seria extraño les hicieran falta.

Cuando Reyna llegó al pueblo y al cuartel, no dejó de sorprenderlo la tranquilidad que reinaba en sus alrededores.

Iba á mandar cuatro soldados á reconocer al centinela, que suponía en la puerta del cuartel, cuando Monges se le puso por delante, seguido de su famosa patrulla.

Habia sentido el tropel de la columna y queria ser el primero que saludara á su jefe.

Reyna echó pié á tierra y abrazó estrechamente á aquel valiente por su accion heróica, que la Provincia en sus buenos tiempos le tendria en cuenta.

Pero militarmente lo reprendió por aquel acto de arrojo incalificable, que habia puesto en peligro la vida del mejor de los oficiales correntinos y de seis soldados de aquel temple inestimable.

—Yo calculé que la cosa podia salir bien; contestó Monges sencillamente y quise mostrar que estimaba la confianza que habia merecido de mi jefe, haciendo algo digno de él.

—Pero esponiendo la vida y tranquilidad de todos esos bravos, y la de usted mismo, Monges, que está destinado á prestar á la patria servicios que la arraquen de su esclavitud y desventura.

Y aquellos dos hombres tan inmensamente bravos al pensar en la patria y la suerte que le esperaba, se estrecharon la mano en un movimiento de fraternal cariño, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Todavía nos falta algo que hacer, mi Coronel, dijo Monges, limpiándose los suyos, y este algo es tomar esa caballeria que algun mal puede hacernos.

Deme usted veinte hombres, mi Coronel, y yo se la traeré en un momento.

—Todavía no está contento con lo que ha hecho, el ambicioso? preguntó alegremente el Coronel.

—No, porque todavía nos falta eso que hacer.

Manos á la obra mi Coronel: ellos no se sospechan lo que les ha sucedido y les voy á caer como una bomba.

Ahora veremos eso, respondió Reyna, sin resolver-

se en el primer momento: vamos al cuartel que estoy deseando ver el cuadro por mis mismos ojos.

El Coronel Reyna, acompañado por su oficial y seguido de su entusiasta tropa, penetró al cuartel, hallándolo todo como lo hemos descripto.

El Comandante Maidana, lívido como un muerto, por el despecho y el temor y amarrado como un Cristo fué la primera cosa con que tropezaron sus ojos.

—Buenos dias mi Comandante, le dijo, no creia que tan pronto nos volviéramos á ver, trocados los papeles; ¿cómo le va?

Maidana no respondió una palabra á aquella sátira y rodó los ojos en las órbitas, animándolos por una espresion de venganza.

—Es una lástima que el amigo esté prisionero y vencido, exclamó Monges, porque si no fuera así yo le enseñaria que de esa manera no se mira al coronel Reyna!

Era preciso pensar en tomar la fuerza de caballeria para evitar un combate sangriento si ella atacaba, y en esto pensó el Coronel Reyna mientras paseaba el cuartel revistando los prisioneros y las armas.

Y no habia mas remedio para dar el golpe con éxito, que confiar la expedicion á Monges.

Reyna armó á regimiento veinte y cinco hombres, y montándolos en los mejores caballos los entregó á Monges diciéndole seriamente:

—Es necesario dejarse un poco de temeridades y no esponerse cuando no hay necesidad.

Piense que nuestro objeto es solamente poner á salvo estos valientes y piense la falta que ahora mas que nunca hacemos á la provincia madre.

No combata sinó despues de agotar todos los medios para convencer á la tropa que debe rendirse, y si dispararan, persigalos solo lo necesario para hacerlos dispersar, lo que es prudente porque así tendremos menos gente que cuidar.

Monges se alojó con su tropa lleno de orgullo por las pruebas de confianza que le daba Reyna, y llevando, por su puesto, los seis valientes que lo habian acompañado aquella noche memorable.

Empezaba amanecer y el tiempo seguia frio y nebuloso.

A dos cuadras de distancia era imposible distinguir un grupo y esto facilitóte enormemente el desempeño de la comision que llevaba Monges, pues así podria caer de sorpresa sobre el enemigo.

Para evitar vacilaciones y caer sobre el punto preciso, Monges, que no sabia con exactitud donde se hallaba la fuerza, llevaba como baqueano al asistente de Maidana, bien asegurado para que no pudiera escaparsele.

—Y cuidado con engañarme, no seas zonzo, le habia dicho, porque te hago descalabrar de un culatazo!

Así Monges quedaba seguro de caer sobre su presa antes de que ninguno pudiese apercebirse de la cosa.

En el Regimiento no se sabia nada de lo ocurrido en el cuartel: habian sentido el tiro único que se disparó en el asalto, pero como no se habia repetido no le habian dado importancia.

En este destacamento de caballería se ponía una guardia durante la noche, para evitar que los soldados salieran y fueran al pueblo á armar camorras y beberajas.

Ya una noche habian encontrado un soldado muerto á puñaladas, y por mas que se averiguó no pudo saberse quién ó quiénes habian sido los autores de la muerte.

Monges se hizo guiar hácia la guardia, que supo la mandaba siempre un oficial, y se adelantó un poco de su tropa, con el guia, tratando de ver si sorprendía el centinela.

Pero allí estaban con mayores precauciones que en el cuartel.

Como el oficial de guardia era seriamente responsable de todo soldado que saliese y fuese al pueblo, éste á su vez hacia responsables á los centinelas, que no descuidaban un momento la vigilancia.

La oscuridad seguía siendo intensa.

Los soldados de la guardia tenían hecho un fuguito para engañar en lo posible el frio que hacia y desde lejos podia verse las sombras de los que se acercaban, envueltos en los ponchos á calentarse las manos ó á cebar algun mate.

A pocas varas del centinela y cuando Monges hubo tomado todos los datos que necesitaba, hizo hacer alto á su tropa, entregó al guia temiendo una traicion y se adelantó resueltamente á donde estaba el centinela á quien podia ver perfectamente por la claridad del fogoncito.

El tal centinela se paseaba golpeando fuertemente los piés en el suelo para mantenerlos calientes, con cuyo ruido, Monges, que habia desmontado trataba de confundir sus cautelosas pisadas.

Si lograba apoderarse del centinela, podria facilmente apoderarse del cueapo de guardia y facilitar su operacion enormemente.

De pronto el centinela, que era un soldado corpulento y ágil se detuvo y pareció escuchar con atencion, sondeando la oscuridad con una mirada penetrante.

Sin duda algun ruido habia llegado á sus oídos y trataba de rectificarlo.

Para él, el que anduviera por allí, no podia ser mas que un soldado que trataba de escaparse, ó que habiéndose escapado trataba de entrar sin ser sentido.

Si el centinela lo habia sentido, no tardaria en dar la voz de alarma, aun por la sospecha, era prudente entonces no detenerse y seguir avanzando.

Siempre con la mayor cautela y sujetando con la mano la vaina de la espada para que su ruido no lo fuera á vender, Monges siguió avanzando.

A unos seis ó siete pasos de distancia, el centinela sintió, ó con su ojo práctico vió su silueta ágil y movable y preparando su carabina dió el "alto ahí, quien vive!" con una voz breve y enérgica.

Un segundo perdido era la pérdida del éxito, asi es que Monges, sin responder dió dos saltos prodigiosos hácia el centinela.

Iba éste á repetir su voz de alto, cuando Monges, con una agilidad insospechable se le echó encima y lo

tomó por el cuello desarmándolo mientras le decía:

—No grites ó me obligarás á matarte.

Viéndose agarrado de aquella manera por un hombre con traje de oficial y capaz de hacer aquello, el soldado sorprendido, aturdido, no trató de hacer la menor resistencia y se entregó á discrecion.

Pero el alto que habia dado y el rumor de lucha que se sintió después, puso en alarma al resto de la guardia, que con el oficial á la cabeza, salió á enterarse de lo que sucedia.

Y á la luz del fogón vieron á Monges que, con la carabina del soldado en la mano, les apuntaba diciéndoles con voz breve y enérgica:

Abajo las armas y ni un paso mas!

El oficial que se habia sorprendido en el primer momento, viendo que por ahí no habia mas hombre que aquel, se repuso inmediatamente y dando la voz de alarma, mandó preparar las armas, al mismo tiempo que imponia á Monges que se entregara.

Aquella escena fué rápido como el pensamiento.

Entre la tropa se empezó á sentir el movimiento brusco de los que despertaban sin poder darse cuenta de lo que sucedia.

Y Monges que cifraba todo su éxito en la rapidez de la accion, se echó la carabina á la cara y apuntando al oficial volvió á intimarle que se rindiera.

Pero el oficial, lejos de obedecer la intimacion, avanzó espada en mano mandando hacer fuego.

Ocho ó diez tiros sonaron simultáneamente y uno de los hombres rodó por el suelo.

Era el desgraciado oficial á quien Monges habia puesto los puntos.

Aquella noche era fatal para los oficiales, y Monges habia escapado milagrosamente á los efectos de aquella descarga hecha á quema ropa.

O los soldados no eran muy prácticos en el manejo de la carabina, ó haciendo fuego dominados por la sorpresa y el valor inmenso de aquel hombre, no habian podido dar en el blanco.

La señal que Monges habia dado á su tropa para avanzar á gran trote, era la detonacion del primer tiro.

Asi es que cuando los milicos sintieron en vez de un tiro una descarga, avanzaron, encontrándose al lado de Monges dos minutos después.

Y lo miraron vivo como por un milagro, pues aquella descarga no podia haber sido hecha sobre otro que sobre él.

La guardia volvía á cargar las carabinas y á ponerle los puntos, cuando sintieron el tropel de los soldados que avanzaban, así es que dispararon sus armas al acaso y quedaron sin saber lo que debian hacer, á pesar de la voz con que el sargento pretendia mandar cargar las armas nuevamente.

—Ríndanse al coronel Reyna! grito Monges alegremente, y sacando la espada saltó sobre un caballo que le alcanzaba un soldado, mandando cargar.

Aquello fué una confusion terrible, no pudiéndose dudar, desde el primer momento, de parte de quién estaba el triunfo.

Los de la guardia arrojaron sus carabinas, rin-

diéndose unos mientras otros echaron á disparar con toda la lijereza que les prestára el espanto.

La voz de rendirse al Coronel Reyna les habia hecho sospechar que se trataba de un Ejército, que habia tomado el pueblo, y entónces no habia resistencia posible.

Era mucho mejor rendirse para escapar á una muerte estéril.

Concluidos de despertar por el estruendo de la descarga y el creciente rumor de armas y tropel de caballos, soldados y oficiales corrían de un lado á otro, buscando sus caballos y armas los primeros y los segundos tratando de hacer formar á la tropa.

El natural aturdimiento y espanto que causa siempre una sorpresa, aun entre los soldados mas bravos y aguerridos, se habia apoderado de aquella tropa, que se resistia á obedecer la voz de sus oficiales, tratando de ascascar á la matanza consiguiente á este género de sorpresas.

Los que acertaban con sus carabinas, las cargaban y hacían fuego al acaso sin objeto alguno y maquinalmente.

De modo que todos aquellos tiros que sonaban á pequeños intervalos, no ofendían á nadie.

Para dominar mas á aquella aterrada tropa, Monges hizo hacer una descarga al aire y se lanzó á una violenta carga.

Y desde aquel momento el triunfo quedó asegurado sin el menor trabajo.

Los soldados que no podían huir á caballo ó á pié, no hacían resistencia, limitándose á pedir que no los mataran.

Y Monges, garantiendo la vida á todo el que no hiciese resistencia, los hacìa formar en pelotones, sin armas, en el parage donde habia sorprendido al cuerpo de guardia.

Algunos oficiales trataron de hacer resistencia, prefiriendo morir á caer prisioneros y envueltos en aquella terrible sorpresa.

Pero Monges los hizo desarmar con todo miramiento y haciéndoles guardar todo género de consideraciones.

Generoso y noble sentía profunda pena por la humillacion de aquellos oficiales, en cuyo rostro podia leerse toda la desesperacion de su situacion amarga y angustiada.

Así es que al que queria huir para escapar á la verguenza, se lo permitia diciendo á sus soldados que hicieran la vista gorda.

Como segun se lo habia manifestado Reyna, su objeto no era sostenerse en el pueblo sino dejar á sus soldados libres de todo peligro, y en seguridad; no habia la menor conveniencia en retener á aquellos prisioneros.

Aquella confusion duró pocos minutos mas, quedando aquella famosa caballeria de Maidana tan prisionera como al principio de la noche lo habia quedado él con su infanteria.

Empezaba á amanecer y Monges aprovechando aquella primera luz de la mañana, recogió todas las armas que andaban diseminadas y junto con los

caballos, las mandó á su Coronel, mientras él seguía la marcha con los prisioneros que habian quedado.

Entre tanto las descargas y tiros, el tropel de los caballos y las disparadas de los que huían habian despertado en alarma á los habitantes del pueblo que se preguntaba de ventana á ventana lo que sucedía.

Ninguno se atrevía á salir á tomar datos de lo que sucedía, pues así como podia ser un combate contra gente revolucionaria, podia muy bien ser alguna barbaridad que cometieran los soldados de Maidana, de puro bandidos ó de puro borrachos.

Podía tambien ser un choque entre las mismas tropas de este, y á ninguno le convenia esponerse entonces á una mala ventura.

Cuando los tiros cesaron por completo, sin que en el pueblo se sintiese cosa extraordinaria y cuando la luz de la mañana permitió distinguir los objetos, la gente empezó á salir de sus casas á informarse.

Y por todas partes empezó á correr la voz de que el Coronel Reyna habia tomado el pueblo haciendo prisionera á la guarnicion del gobierno, con su gefe el Comandante Maidana y dos hermanos del Coronel Poriva que lo acompañaban como sus oficiales de mayor confianza.

La primera persona que habia ido al cuartel á averiguar la verdad de lo sucedido, era la hermosa Sofía, la novia del Sargento Sosa y la misma que habia lanzado la noticia que circulaba por todas partes.

El Coronel Reyna habia tenido la precaucion de hacer formar su gente en la calle, así que amaneció, para que Maidana ó los suyos no pudieran anunciarles mas tarde, cuando volviera á apoderarse del pueblo y vengar en ellos su verguenza.

Y empezó á licenciarlos de á grupos, recomendándoles se fueran directamente á sus casas y no se metieran en nada para no dar que desconfiar.

Ya les habia él hecho explicar con sus oficiales el objeto que habia tenido al tomar el puesto, que pensaba abandonar en cuanto los hubiera dejado seguros.

Y habia que apresurarse á efectuarlo, porque el gobierno, sabiendo lo que pasaba mandaria allí tropas cuyo número no podrian resistir.

Los grupos licenciados se retiraban tranquilamente á sus casas, á gozar de los halagos de la familia y del descanso que tanto necesitaban.

Para guardar á aquellos pobres vencidos, aglomerados en las cuadras á cuyo frente se veía un centinela, Reyna no necesitaba mas que ocho ó diez hombres, que tendria que llevarse con él, porque éstos tenían que ser forzosamente conocidos y con ellos se ensañarian despues para hacerlos confesar quiénes eran sus compañeros y dónde estaban.

El resto de su tropa formada afuera, iría siendo licenciada por grupos.

Maidana estaba con un cerote de todos los diablos, temiendo que fuera á pasarle algo de terrible.

Cuando se sintieron las descargas hácia el lado donde estaba su caballeria, tuvo un momento de jú-

bilo creyendo que ésta pudiese resistirse, triunfar y venir en su auxilio.

Pero este momento de alegría fué como un relámpago.

Sin necesidad de ver las armas que mandaba el valiente Monges, el movimiento de alegría que sentía en todo el pueblo, era demasiado elocuente para que abrigase la menor duda sobre lo que había pasado.

Y se resignó á correr la suerte que Dios y el Coronel Reyna quisieran depararle, mientras el Gobierno tenía conocimiento de lo sucedido y mandaba buenos refuerzos.

Entre tanto Reyna, por no mortificar con su presencia á aquel desgraciado, y por no encontrarlo mas, no había vuelto á entrar á la pieza donde lo había colocado junto con los oficiales, pieza que cerró con llave para que éstos no pudieran ver á su gente.

Cuando Monges llegó con el resto de los prisioneros y dió cuenta exacta de lo sucedido á Reyna, se le levantó un enorme peso del espíritu.

Las descargas que se produjeron, descargas con las que el enemigo se había resistido indudablemente á Monges, lo habían llenado de tristeza, por que esas descargas importaban para él la certeza en que algunos de sus valientes habrían perecido.

Así es que cuando Monges le comunicó que no había tenido ni una sola baja, ni un solo herido, se entregó á la alegría mas franca.

A cada momento llegaban al cuartel grupos del pueblo, compuestos de hombres y de mujeres, pues en Corrientes las mujeres son tan patriotas como los hombres, que lo saludaban y vivaban llenos de entusiasmo.

Y él disolvía los grupos con el mayor cariño, mandándoles retirar á sus casas, para no provocar venganzas.

Pero era tal la idolatría que había por Reyna en los Libres, que á pesar de todas sus reflexiones los grupos continuaban llegando y vivándolo cada vez con mayor entusiasmo.

Todo aquel día se pasó entre festejos.

Los amigos llegaban al cuartel á cada momento, porque el hecho de haber tomado el cuartel y hecho prisionera su guarnición, significaba para ellos que Corrientes liberal estaba sobre las armas y que lo sucedido en Libres era lo que á aquellas horas estaría sucediendo en todo el territorio de la Provincia.

Así es que cuando Reyna les refería la única razón que había tenido en cuenta al tomar á Libres, todos admiraban el fraternal cariño de aquel jefe extraordinario para con sus soldados.

—Ya ven que los estoy licenciando, decía Reyna, con aquella amargura del que depona las armas despues de haber batallado rudamente por la buena causa sin haber logrado la menor ventaja.

Y como esto volverá á quedar en poder del enemigo, añadía, es preciso que ustedes mismos no se hagan ver por aquí: así cuando yo me retire no tendrán contra quien vengarse.

Reyna pasó todo aquel día en el cuarto licenciando á su pobre gente y repartiéndole las raciones de vícios que allí había, pues todos estaban en un bárbaro estado de pobreza.

Para que nadie tuviera que echarle en cara, hizo hacer un enorme rancho y lo repartió entre sus prisioneros.

Maidana fué prevenido de que podía mandar á su asistente no solo á hacerle de comer, sino á llevarle cuanto necesitaba.

El hubiera tenido deseos de darle pasaporte para la Capital, con una gruesa de cohetes atada á la cola del caballo, pero no quería exasperarlo, no porque fuera á vengarse en él que no se pondría á su alcance, sino para que no fuera á vengarse en la pobre gente que allí quedaba y por cuya felicidad hacia todo aquello.

A la noche Reyna había concluido de licenciar toda su gente, despues de haberles recomendado escondieran sus uniformes y todo aquello que pudiese delatarlos como soldados revolucionarios.

Si sus soldados cumplían sus instrucciones, nada tendrían que temer, pues ya les había dicho que en el caso que el Gobierno citase á la Guardia Nacional, se presentarón todos inmediatamente, mostrándose grandes partidarios del gobierno.

De esta manera podrían ustedes ser útiles siempre al partido liberal, porque así, aun en el mismo campo de batalla y en las filas enemigas, tendremos soldados, bien armados con quienes contar en el momento de prueba.

Muchos de estos soldados se habían resistido á abandonar á su jefe, pretendiendo acampañarlo en su retirada de los Libres.

Pero tales habían sido las reflexiones de Reyna, que al fin habían tenido que ceder y hacer lo que aquel mandaba.

De modo que á la noche Reyna no tenía á su lado mas que sus dos asistentes, que no habían querido abandonarlo y Monges con sus seis valientes que querían acompañarlo hasta el último momento.

—Nosotros no tenemos nada que perder, decía Chiquita, mas que un poco de tiempo, y como el tiempo no se ha hecho para negocio, de todos modos estamos siempre con el mismo capital.

Ya no tenía Reyna nada que hacer allí, sino pensar en la manera como había de poner en libertad á aquellos prisioneros, sin que se apercibieran de lo que allí había pasado.

Si se iban dejándolos en el mismo estado, cuando se apercibieran de que nada tenían que temer, descargarían su ira contra los que no habían venido á libertarlos.

Era preciso también que no se apercibieran del licenciamento que había tenido lugar, porque entonces todo lo hecho no habría servido de nada.

—Yo me encargo de la libertad, dijo Monges; tengo mi idea.

Reyna sonrió ante la voluntad de aquel hombre siempre dispuesto á todo, preguntándole cuál era su idea.

—Déjeme la cumplir mi jefe, dijo á Reyna, porque todavía no he desarrollado todo el plan.

Usted se retira con esa pequeña escolta de valientes y me dice á donde vá, para poder alcanzarlo y yo le garanto que dentro de un par de horas estoy á su lado, dejando aquí las cosas á su entera satisfacción.

Tal confianza tenia Reyna en aquel valiente oficial que ya no se preocupó mas de aquello, considerándolo perfectamente arreglado.

Así es que empezó á hacer todos sus preparativos para la marcha, dando á Monges el itinerario exacto de la marcha que iba á seguir para pasar á Uruguayana.

Allí tengo amigos y buenas relaciones, añadió y nada nos ha de faltar.

Usted se vendrá conmigo, Monges y compartiremos juntos este nuevo destierro.

Las miserias de la emigración no nos han de tomar de nuevo ¡qué diablos! tal vez algun día logremos ver la patria libre de los enemigos que la saquean y la degradan.

—Yo no puedo mi Coronel, porque de aquí me voy á Goya al lado de mi madre que me ha de necesitar; sabe Dios qué clase de miserias estará pasando la pobre.

—Usted no hará eso porque seria una locura sin perdon: si usted se vá á Goya, allí lo buscarán y no descansarán hasta no haberlo fusilado, porque ya saben lo que usted vale.

Así es que yendo á Goya, lejos de auxiliar y socorrer á su buena madre, usted iria á darle los mas dolorosos disgustos.

Imagínese lo que sufrirá la pobre si usted cayera en manos del enemigo!

Usted se vendrá conmigo y juntos pasaremos esta nueva condena de destierro.

Ya vendrán mejores tiempos y usted podrá permanecer de firme en su hogar, sin que nadie venga á molestarlo.

Esta última reflexión fué de un peso decisivo en el ánimo de Monges, que bajó su hermosa cabeza y dijo:

—Está bien mi Coronel, lo acompañaré.

Reyna estrechó la mano de aquel valiente y montó á caballo entre el grupo de soldados que lo esperaban.

Y vió entre ellos á la espléndida Sofía, que hacia á su amante la caricia del estribo, como llaman entre los milicos á aquella última caricia que se hace antes de partir.

—El Sargento Sosa se queda, exclamó Reyna resueltamente.

Yo puedo consentir en que me acompañen los que no tengan que perder, ni nadie á quien hacer sufrir con su ausencia, los que no tengan en fin ni bienes ni familia.

Pero tu tienes mujer, canalla y yo no tengo necesidad de que nadie me maldiga por tu causa.

A ver, pié á tierra y á lanzarse de aquí con su compañera.

—Yo no tengo nada en el mundo mas que á esta, dijo á su vez el Sargento, hablando mas resueltamente que el Coronel.

Todo lo que tengo en mi casa no vale el gusto

de acompañar á mi Coronel, agregó sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Por consiguiente, con echarme esta en ancas, todo queda concluido.

Y uniendo á la palabra la acción, tiró de un brazo á Sofía, que saltó á sus ancas con una lijereza encantadora y con todo el placer que experimentaba pintado en el semblante.

—Ahora, concluyó Sosa, si usted no quiere que lo acompañemos, mi Coronel, no hay mas que una sola manera de hacerme echar pié á tierra: bajarme de un tiro.

Reyna no supo qué responder á las nobles palabras del Sargento, que mostraban toda la lealtad de que aquel hombre era susceptible.

Dió vuelta rápidamente el caballo para ocultar la emoción que lo dominaba y sintió á Sosa que resongaba de esta manera:

—No faltaba mas, que porque uno tenga mujer ha de perder el derecho de acompañar á su padre en los momentos de peligro ¡vaya una linda hazaña!

Reyna no pudo contenerse y volvió á dar vuelta entonces para estrechar la mano noble de aquel veterano.

—Perdona Sosa, le dijo sonriendo, no creí que lo tomaras á mal.

—Por una vez pase, respondió el Sargento, con una travesura infinita, pero que no vuelva á suceder.

Y los dos soltaron la carcajada, no como gefe y soldado sino como dos buenos y viejos compañeros.

Reyna volvió al lado de Monges y Sosa se confundió entre sus compañeros que al verlo recibir los cariños que le prodigaba Sofía, le decian:

—Así, llevando su capital en las ancas, bien se puede emprender una marcha hasta el mismo infierno.

El momento de la marcha llegó por fin, y el Coronel Reyna, despues de haber estrechado nuevamente la mano de Monges y recomendándole la mayor prudencia, se puso en camino tranquilamente.

Cualquiera que lo hubiera visto, habria pensado que era un gefe que abandonaba el cuartel, segun costumbre, para trasladarse á su casa.

Y sin embargo en el espíritu de aquel correntino pasaba en aquel momento un mundo de amargura.

Se veia obligado á abandonar en manos de un enemigo cruel y vengativo, aquel pueblo de patriotas y se veia forzado á abandonar la Provincia madre, por cuyas libertades tanto habia luchado, dejándola presa de todos los horrores con que trataria de dominarla un enemigo cobarde apoyado en todo el poder militar de la Nación.

Miró una última vez al pueblo que no volveria á ver en mucho tiempo, saludó á algunos grupos que lo habian acompañado silenciosamente, y puso su caballo al galope en direccion á la frontera brasilera, seguido de su pequeña escolta.

Monges habia quedado en el cuartel silencioso, y reflexionando lo que tenia que hacer.

Al pensar en todos los horrores que esperaban á su Provincia, una vez que los liberales hubieran sido amordazados en todos los departamentos, sentia una amargura infinita y una desesperacion creciente.

No podia pensar en la série de venganzas y crímenes de que iba á ser teatro todo el territorio de Corrientes sin un dolor supremo, que aumentaba poderosamente al palpar su impotencia.

Patriota de corazon, patriota fanático, sentia el deseo de hacer algo por la libertad de su Provincia, pero no sabia que hacer y su imaginacion se iba exaltando por momentos.

Si estuviera cerca de la casa de Gobierno, la tomaria como habia tomado el cuartel, y haria prisionero al Gobernador.

Pero como estaban en poder del enemigo eterno, contra el cual Corrientes combatia desde hacia treinta años, nada hubiera remediado con un golpe de audacia, puesto que otro gobierno de igual procedencia hubiera venido á reemplazar al caido.

Y Monges, convenciéndose de su impotencia y resignándose á la dura suerte del vencido hasta que llegara el momento de ser vencedor, pensó en el mejor desempeño de la comision que le habia dejado su Coronel.

Por él y siguiendo los impulsos de su corazon, habria guardado aquellos prisioneros hasta que hubiese tenido que entregarlos á la fuerza.

Pero era preciso rendirse á la razon y obedecer las órdenes de su jefe que veia mas lejos que él.

Monges, arrancándose á sus penosas reflexiones, solo pensó en cumplir las órdenes de su jefe, de manera que éste quedase satisfecho.

Preparó un buen caballo para ir, y un mancarron de los muchos que por la plazoleta andaban, dedicándolo á Maidana, porque como pensaba sacarlo del cuartel, deseaba que tardarse en volver el mayor tiempo posible.

Los soldados seguian presos en las cuadras, sin sospechase que para cuidarlos no habia en el cuartel mas enemigo que Monges.

Estaban persuadidos que la division de Reyna permanecia alli y ya sabian que toda tentativa de fuga era inútil.

Además habian sido despojados de sus armás y no tenian por consiguiente con qué intentar la mas leve defensa.

Y como por otra parte estaban tratados con todo género de consideraciones, no tenian mucho apuro de ponerse en libertad.

Monges entró resueltamente en la pieza donde estaba Maidana, atado siempre de los brazos y le dijo que lo siguiera, que el Coronel Reyna queria hablar con él.

Maidana lo siguió, silencioso y desconfiado.

Tenia miedo que fueran á matarlo, pero no se atrevia á formular su sospecha por temor de irritar á Monges.

Este volvió á cerrar la puerta del cuarto una vez que hubo pasado Maidana, y se dirigió con él á la salida del cuartel, donde se hallaban los dos caballos preparados.

—Monte y sígame, le dijo señalándole el que le habia destinado, mientras él montaba en el suyo.

Maidana lo miró con desconfianza estrañando el silencio que reinaba en el cuartel, pero Monges le repitió la orden, añadiendo:

—Suba sin miedo, que si algo quisiera hacerle se lo habria hecho ya.

—Con las manos atadas no puedo—respondió, desátete y montaré.

—Todavía no hay orden de desatarlo respondió Monges y bajándose de su caballo ayudó á Maidana á montar en su mancarron.

Y rompieron la marcha en la misma direccion que habia llevado Reyna.

Cuando salieron del pueblo, Maidana intentó resistirse, diciendo que no queria seguir mas adelante.

Pero como llevaba las manos atadas no podia detener el caballo, que seguia galopando tirado por Monges.

Para Maidana era ya indudable que se trataba de asesinarlo.

Para qué lo sacaban al campo de noche, atado y acompañado de aquel hombre á quien habia cobrado un miedo invencible?

Era claro para él que no podia ser sinó con la intencion de degollarlo y ocultar por allí su cuerpo para no dejar rastros del crimen.

Y empezó á dejarse dominar del miedo á tal extremo, que no pudiendo sujetar el caballo, se dejó caer al suelo á riesgo de romperse la cabeza, amarrado como estaba.

Monges, comprendiendo entonces lo que pasaba en el pequeño espíritu de Maidana, no pudo contener una carcajada, al mismo tiempo que paraba los caballos y se ponía en persecucion del prisionero, que dominado por el mas profundo espanto habia echado á disparar.

Una vez que lo alcanzó, Maidana empezó á hacer terribles esfuerzos para escaparse.

Pero la mano que lo sugetaba era una verdadera tenaza que no habia fuerza capaz de hacer saltar.

—No se asuste á ese extremo amigo, que nada malo vá á pasarle, le dijo Monges, tratando de calmar su espanto.

Si mi intencion fuera asesinarlo, si yo fuera algun asesino, ya usted estaria muerto.

—Y por qué me ha sacado usted al campo? por qué me lleva usted atado de brazos?

Lo saco al campo, respondió Monges sonriendo, porque tengo que decirle algo de modo que nadie vaya á escucharlo, y lo llevo atado para que usted no se me quiera disparar y me dé el trabajo de estarlo alcanzando á cada momento.

Ya vé que mi precaucion no está demas, puesto que así atado ha tratado usted de mandarse mudar.

Y subiéndolo á caballo nuevamente, siguieron galopando.

Monges no perdía de vista á su prisionero, temiendo que vencido por el espanto volviese á tirarse del caballo.

Cuando hubieron andado unas seis leguas, Monges hizo alto en un montecito y le dijo:

—Hemos llegado al término de la jornada, ya vé que no era muy lejos á donde lo llevaba.

Y dejóse caer del caballo, ayudó á levantar á Maidana.

Para este era indudable que aquello era el término de la jornada, porque lo habia llevado allí para matarlo.

Allí estarian los que habian de ejecutar el asesinato y enterrar su cuerpo para destruir todo rastro.

Y siempre con esta idea dijo á Monges.

—Es una iniquidad cobarde y ruin asesinar á un hombre de esta manera, cuando no tienen necesidad de hacerlo porque este hombre no les estorba, ni motivo, puesto que ningun mal les ha hecho.

Francamente nunca creí que el Coronel Reyna fuese capaz de un acto tan bárbaro, de mandar asesinar á un prisionero que no le incomoda.

—Esa es una barbaridad tan grande, respondió Monges severamente que si yo la tolero es simplemente porque usted no sabe lo que dice de puro asustado, y á un hombre que habla de miedo todo se le puede tolerar.

Pero no insista en eso amigo, deje el miedo á un lado y no vuelve á repetir este desatino, porque si es cierto que yo no soy capaz de asesinar á nadie, tambien es cierto que tengo la paciencia en donde Dios me la puesto y no tolero que se digan tales barbaridades.

Diga de mi todo lo que quiera que yo lo perdono de antemano porque usted habla de miedo, pero no mezcle al Coronel Reyna que demasiado bueno ha sido con usted.

Tal era el acento de Monges, que Maidana guardó silencio empezando á tranquilizarse respecto á su vida.

—Pero si no se trata de matarme ó de hacer conmigo una heregía, ¿para qué me han traído á este parage solitario? qué estamos esperando?

—Para que hemos venido, ya se lo dije, ánorá estamos esperando que pase un poco de tiempo.

Siéntese y estése tranquilo que no vamos á esperar mucho.

Maidana se sentó y guardó silencio, sumamente intrigado con aquella espera.

Monges de pié y apoyado en su caballo, empezó á hablarle de una manera solemne.

Como todo su pensamiento, todo su ser estaba engolfado en las desventuras que esperaban á Corrientes bajo el gobierno de los federales empezó á hacer á su prisionero las siguientes reflexiones:

—Usted va á volver á Libres y á mandar en el pueblo como antes de venir nosotros, porque así lo quiere la suerte ingrata.

En poder de ustedes toda la Provincia y apoyados en el Gobierno Nacional, nada podemos hacer nosotros sinó darle un consejo.

No sea cruel ni ingrato con los pobres habitantes del departamento, y acuérdesse que todos somos correntinos.

Piense que siempre no hemos de estar vencidos y como conquistados, la suerte de las armas es muy variable y ya vé lo que á usted mismo le ha suce-

didó anoche. No se esponga á que otra vez tengamos que tratarlo con mayor dureza y vengar en usted ofensas innmerecidas.

Y á medida que hablaba la voz de Monges se iba conmoviendo poco á poco hasta las lágrimas, de tal manera, que Maidana estaba profundamente emocionado.

—La fuerza de los sucesos nos obliga hoy á retirarnos, añadió visto que nada podemos hacer, el Coronel Reyna se interna con su division y sabe Dios á donde iremos á parar.

Trate de ser bueno entónces, y así cuando volvamos á encontrarnos, no nos tendremos que dirigir el menor reproche.

Y Monges aseguraba que Reyna se habia internado con su division, para que Maidana no sospechase el licenciamiento y persiguiese y mortificase á los compañeros que allí habian quedado.

—Quiere decir que ustedes han abandonado á Libres cuya guarnicion habian hecho prisionera?

—Si, y usted vuelve á mandarla sin que le falte un solo soldado y sin que nadie tenga el derecho de quejarse del menor abuso cometido por nosotros.

Usted vá á volver allí sin que nadie lo moleste para nada y ahora ya puedo decirlo por qué lo he traído aquí.

Era necesario que el Coronel Reyna pudiera retirarse con su division, sin que nadie lo hostilizara.

Si lo hubiéramos puesto en libertad antes de la marcha, usted hubiera sido el primero en perseguirnos, valido de su tropa y de su buen armamento.

No queríamos tampoco dejarlo amarrado y mortificado inútilmente, sin que hubiera quien lo pusiese en libertad.

Por eso yo lo traje conmigo, para dar tiempo al Coronel Reyna que hiciera una buena jornada con su division y quedar libre de que pudieran hostilizarlo.

Ahora yo lo voy á poner en libertad y usted, en ese mismo caballo que lo he traído, puede regresar á Libres y poner en libertad á los demás prisioneros.

Entretanto, y cumplida mi comision me incorporo á mi gefe porque ya nada tengo que hacer aquí.

La fisonomia de Maidana cambió su expresion de terror y angustia por una expresion de inmensa alegría.

Despues de haber estado convencido de que lo llevaban allí para asesinarlo, le parecia imposible que fueran á ponerlo en libertad sin condiciones y para que regresara á Libres á tomar posesion del mando.

—Y todo esto no me lo dirá para distraerme y para engañarme mejor? preguntó haciendo lo posible para alejar el último vestigio del miedo que lo dominaba.

—Y con qué objeto habia de engañarlo? continuó Monges—con ello no puedo lograr nada, y para que usted se vaya convenciendo voy á desatarlo.

Tambien asegurado estaba Maidana, que fué preciso cortar las ligaduras, porque tratar de desatarlo era perder tiempo inútilmente.

Una vez desatado y en libertad, Monges le dijo que podía montar á caballo y regresar al pueblo cuando quisiera.

—Yo voy á incorporarme á mi gente para internarme en tierra Paraguaya, único refugio que nos queda.

De este modo Monges despistaba á Maidana completamente y Reyna no tendría nada que temer, pues si intentaban perseguirlo lo harían en dirección á la frontera Paraguaya.

—En el tiempo que hemos empleado para llegar aquí, concluyó y el que usted empleará para llegar á Libres, nosotros habremos hecho una gran jornada.

Puede pues, irse cuando quiera, y no olvide lo que le he dicho.

Ser bueno con los pobres correntinos de Libres que son tan patriotas, y yo le aseguro que no tendrá nunca por qué arrepentirse.

Maidana prometió hacerlo así y montó á caballo pareciéndole increíble aun que estuviera libre de todo peligro y que podía regresar á Libres á ocupar su puesto.

Y mirando á Monges con un resto de desconfianza, como temiese que este fuera á matarlo de un tiro así que diese vuelta, cerró los talones á su manguito y tomó al galope el camino del pueblo en donde había salido poco antes amarrado como un criminal.

Momentos despues se confundía con la oscuridad de la noche, mientras Monges montaba tranquilamente á caballo y se alejaba al tranquito en la dirección que debía llevar el Coronel Reyna.

Como á la hora de marcha Monges que iba aborrito en sus tristes reflexiones, fué sacado de ellas por el vivo resplandor de unos fogones.

Eran los fogones de la pequeña escolta de Reyna que se había detenido á tomar mate mientras daba descanso á los caballos.

Entonces puso su caballo al galope, y en un momento anduvo las dos leguas mas ó menos que lo separaban de los fogones.

Allí estaba Reyna tomando el mate que le cebaba Sofia, mientras los milicos daban vuelta los alrededores buscando un carnero con que hacer unos churrascos.

Monges fué recibido con muestras de cariñoso placer y Reyna le hizo que se acercase á descansar, que bien había de necesitarlo, mientras su asistente se encargaba de arreglar el caballo.

Y sentado al calor del fuego, dió cuenta detallada del desempeño de su cometido, sin omifir el jабon formidable que se había apoderado de Maidana cuando creyó que lo trataban de matar.

—Así, concluyó, él mismo pondrá en libertad á la tropa y oficiales, sin que nadie se mezcle en la cosa y sin que tenga por consiguiente á quien acusar de estar mezclado en el secreto.

Y como cree que usted sigue la marcha al frente de la division, no podrá sospecharse que nuestros soldados quedan licenciados en Libres y por consiguiente no intentará perseguirlos y destinarlos á la tropa que manda.

Reyna no pudo menos que felicitar á Monges por su conducta de aquellas dos noches, diciéndole:

—Esto mas le debe Corrientes, amigo mio, y yo seré el encargado de contarle para que lo tengan presente en debido tiempo.

—Corrientes! exclamó Monges con espresion de infinita amargura—quién sabe si lo dejan con la sangre suficiente para seguir viviendo!

Este golpe es de los mas duros mi Coronel, esa esclavitud vá á ser larga y penosa porque está bajo la garra de sus enemigos irreconciliables.

—Nada hay eterno en la vida, Monges, mientras nuestra Provincia cuente con hijos como usted, no hay motivo para desmayar.

Pronto hemos de volver á verla libre y feliz.

Y aquellos dos patriotas se estrecharon nuevamente la mano como si aquel apretón de mano fuera un solemne juramento y se prepararon á seguir la marcha penosa hácia la imigracion.

Y siguieron al galope largo, tratando de ganar el mayor tiempo posible para evitar toda persecucion.

Y dando descanso á los caballos, de jornada en jornada, llegaron por fin á Uruguayana, donde estarían seguros contra las persecuciones del gobierno y prontos á pasar la frontera en cuanto hubiese el menor movimiento favorable.

Alli Reyna licenció á sus muchachos repartiéndoles un poco de dinero y aconsejándoles que volverán á su pago y permanecieran allí sin meterse con nadie, hasta que la patria reclamase de nuevo sus servicios.

Convencidos de que ya no le podrian ser útiles y si servirle de estorbo, aquellos soldados se despidieron de su jefe y volvieron á pasar á tierra de Corrientes, tomando un camino distinto al que habían traído.

Solo el sargento Sosa y su amante se resistieron á separarse del jefe, diciendo:

—Un par de asistentes no estan demás en parte alguna, mi coronel.

Donde no podamos ser soldados seremos sirvientes y así Vd tendrá quien le cebe un mate y quien le lave una muda de ropa.

Y como cuatro amigos se internaron en territorio brasilero, yendo en busca de la autoridad de Uruguayana para presentarse á ésta y que no fueran á tomarlos por conspiradores.

Entre tanto Maidana había llegado á Libres y armado un alboroto de todos los diablos.

Pesionado nuevamente del cuartel y despues de poner en libertad á oficiales y tropa, había despachado chasques en todas direcciones, pidiendo refuerzos, porque Reyna con un grupo de foragidos pretendia apoderarse de la poblacion.

Uno de los hijos del Coronel Paris fué despachado á la Capital con un parte verbal para el gobierno, á quien debía pedir refuerzos.

Segun ese parte el Coronel Reyna había pretendido tomar al pueblo, de donde había sido rechazado con fuertes pérdidas.

Pero como veia que la guarnicion era escasa é insuficiente para hacer una salida con ella, se había quedado en los alrededores del pueblo siempre ame-

nazando y con la intencion de llevar un nuevo asalto.

Así Maidana se daba un poco de bombo, pasaba por hombre guapisimo y se hacia mandar un buen refuerzo para estar bien seguro para cualquier otro golpe de manos.

Al principio no le habian faltado ganas de salir en persecucion de Reyna, en la esperanza de hacerle pasar un mal rato.

Pero él ignoraba qué número y qué calidad de tropas llevaba Reyna y entonces no podia tener la seguridad que no le sucediese un descalabro.

Encontró mucho mas cuerdo y lógido esperar allí los refuerzos que le enviaran y darse despues con ellos los humos de un gran militar, emprendiendo con ellos la persecucion de su enemigo imaginario.

Y así lo hizo, pasando por un gran valiente y celoso guardian de los intereses federales.

Ahora que hemos hecho conocer de nuestros lectores en estos capitulos el carácter y el corazon de Monges, tomemos la narracion de su vida desde un poco mas lejos, pues ella despierta un gran interés desde su principio.

Una familia unitaria

Vivia en Goya, allá por el año 47, una familia de Monges, que se había hecho notar siempre por el exajerado patriotismo de sus hijos.

En aquellos buenos tiempos de la tiranía aunque los hombres habían perdido hasta el derecho de pensar, cualquier hombre que contraía una orden del tirano ó se permitía hablar de la federación sin el debido fanático respeto, despertaba el asombro de los demás, por que aquello era suficiente motivo para perder la vida, y la fortuna quien la tenía.

Se hablaba del Gobierno con mas respeto que de Dios mismo, pues se había llegado en Buenos Aires mismo á adorar en los altares, el retrato del Supremo Restaurador de las leyes.

Si los pueblos de nuestra campaña estaban entregados á la ferocidad y rapiña de los jueces de paz mas federales y bandidos que perseguían y mataban solo para hacer mérito ante el tirano, es fácil calcular lo que pasaría en Corrientes y sus pueblitos que como todas las ciudades del litoral é interior estaban entregados á los caudillos mas sanguinarios y feroces, que superaban al mismo Rosas, por aquello de que los adulones son mil veces mas temibles que los tiranos mismos, pues para complacerlos y hacer méritos inventan toda clase de monstruosidades.

Entonces el pueblo de Goya era un pueblito miserable y pequeño, puesto bajo la ley marcial de uno de aquellos federalotes monstruosos cuyo lujo era pasear con una unitaria atada á la cola del caballo ó un par de cabezas de Lavallistas acollaradas como boleadoras y atadas á la argolla del lazo.

Resistirse á aquellas heregias bárbaras y cobardes, protestar contra ellas era morir sin haber remediado nada.

Así es que los hijos de Goya que no adoraban al Dios de la federación, andaban emigrados y miserables, ya mezclados en los pequeños Ejércitos que habían levantado los Unitarios, ya ganándose el pan de cada día en pueblos Brasileños que les brindaban con una hospitalidad generosa y noble.

El que no era federal y quería conservar la vida, no tenía mas remedio que emigrar, pudiendo considerarse feliz si llegaba á la frontera sin haber sido sentido.

No había medio de escapar á la persecución feróz de aquellos caudillos sedientos de sangre y de dinero, porque el que era federal de buena fé era

ocupado en el servicio gratuito de la federación, y el que no lo era, no tenía mas remedio que elegir entre la emigración y el cementerio.

Así es que el que se permitía ciertas libertades de pensamiento y de acción, era mirado por los demás con el asombro que despierta el valor temerario y el respeto que á todo corazón Correntino despierta el amor á la libertad.

En aquella Provincia brava y heroica todos son liberales de corazón y de principios; se odia la tiranía y el servilismo y se desprecia de una manera profunda al que las apoya y las sirve.

Así es que durante aquella tiranía bárbara y vergonzosa, Corrientes fué la tierra fecunda donde mas exuberante creció el árbol de la libertad.

No era un fenómeno en aquellos tiempos y en aquellos nobles pueblos Correntinos ver un alcalde ó Juez de Paz de la federación apaleado y colgado en una plaza por tres ó cuatro gauchos liberales, ni una autoridad del tirano escarnecida y latigueada en media calle.

Esto había hecho crecer el vigor sanguinario con que trataban á los Correntinos los agentes de la federación, al extremo de que no había quien se permitiera alzar la voz contra tales cosas, sin que fuese inmediatamente preso y degollado.

En Corrientes solo habían quedado los que tenían suficiente paciencia para sufrir estas enormidades ó aquellos que las sufrían por no perder su fortuna emigrando y dejándola entregada á la rapiña de los federales.

Así los pueblos de Corrientes habían concluido por ser totalmente dominados no habiendo mas salvación posible que ser federal.

Por esto es que en Goya la familia de Monges se había hecho notable, porque sus hijos, no solo odiaban á muerte á la federación, sino que no ocultaban aquel odio, manifestándolo en alta voz y desafiando á que vinieran á tomarles cuenta de sus ideas.

La autoridad conocía este modo de pensar de los Monges, pero se hacía la indiferente porque conocía el carácter bravo de aquellos hombres y sabía que ir á prenderlos era ir á dar una batalla cuyos resultados no podían ser seguros.

Y el Juez de Paz de Goya, por conveniencia propia se fingía amigo de los Monges aunque éstos le demostraban el mayor desprecio, porque sabía que cualquiera de ellos era muy capaz de sacudirle una

latiguedadura en pleno Juzgado y entre sus mismos vigilantes.

Los Monges, siempre dispuestos á servir á la libertad, habian asistido á todos los movimientos de fuerzas intentados contra la tiranias, y vencidos, habian vuelto á Goya sin ocultarse y sin preocuparse de las iras del juez de Paz.

Vivian con todas las precauciones posibles para no caer en manos de la justicia por alguna traicion, pero conociendo el respeto que les tenian, ni se ocultaban, ni parecian preocuparse de lo que contra ellos pudiera intentar la autoridad.

Cuando llegaba al pueblo algun destacamento del gobierno y su seguridad peligraba entonces porque el Juez de Paz así reforzado hubiera podido decidirse á prenderlos, ensillaban su caballo y desaparecian de Goya, pero era para volver inmediatamente que el destacamento habia abandonado al pueblo.

Y como la autoridad sabia que los Monges volverian, no se atrevia á cometer el menor atentado contra esos pocos bienes, temiendo la venganza consiguiente.

Así es que se iban abandonándolo todo por que sabian que la autoridad no se atreveria á proceder con ellos como lo hacia con el resto de los unitarios que emigraban para no volver más.

Una vez, un alcalde famoso por su feroz bravura y ensobrecido con el miedo que inspiraba se comprometió en llevar á los Monges al Juzgado, muertos ó vivos.

Los Monges habian sido prevenidos por algunos amigos, del peligro inminente que corrian, para que tuvieran tiempo de huir.

Pero ellos, léjos de huir, lo que hubieran podido efectuar fácilmente, resolvieron esperar el ataque y dar una leccion dura á los asesinos.

El alcalde en el orgullo supremo de su valor y de la jente que debia acompañarlo, habia charlado en todas las pulperias de la prision que iba á efectuar aquella noche, de modo que la cosa no era un misterio para nadie.

Así es que todos se habian preparado á ver la riña de mas ó menos lejos, porque si era proberbial la guapeza del alcalde, no era menos proberbial el valor sereno é incommovible de los Monges, sobre todo el de uno de ellos, cuyas fuerzas de hércules eran el asombro de todos.

Los que sabian que los Monges habian sido prevenidos, no dudaban un momento de que saldrian triunfantes.

Pero los que no conocian este detalle temian que pudieran ser vencidos, dadas las condiciones del alcalde y que sabiendo éste á qué clase de gente iba á prender, habria llevado soldados elejidos y tan desalmados como él.

Los hermanos Monges acompañados de la gentil su hermana menor, vivian en una casita de pocas piezas, pero cuyo terreno se estendia hasta la calle de la espalda.

En los fondos tenian sus caballos, espléndidos pa-rejeros que cuidaban prolijamente, pues ellos serian su salvacion en cualquier caso de apuro.

Desde temprano, en los alrededores de la casa de la familia Monges, se habia producido un movimiento inusitado.

Los curiosos cruzaban la calle en todas direcciones y se estacionaban en el paraje desde donde creian poder ver la riña en todos sus detalles.

Y muchos de ellos se habian ido, con el intento de socorrer á los Monges en caso de apuro.

Es que aquellos jóvenes eran sumamente queridos por toda la poblacion Goya, que admiraba la belleza de su carácter y el raro temple del valor de que tantas veces habian dado pruebas.

Los Monges prevenidos desde temprano, observaban todo este movimiento inusitado cuya significacion comprendian y cada vez se hallaban mas decididos á escarmentar no solo al Alcalde sino al Juez de Paz que lo habia consentido y envalentonado.

Desde temprano habian hecho sus preparativos para la batalla, preparativos que consistian en ensillar sus caballos y mandar á su hermanita á casa de una familia amiga, no solo por temor de que algo pudiera sucederle, sino para evitarle el espectáculo terrible de una escena de sangre y el terror consiguiente.

Ellos se habian quedado en las piezas que daban á la calle para observar la llegada del famoso alcalde y formar un plan de defensa, en que hasta entonces no habian pensado.

Intencionalmente habian dejado luz en la salita, para que vista por sus enemigos al través de las ventanas, los persuadiera de que estaban allí.

La noche era clara y calorosa, una de esas espléndidas y tibias noches de verano, tan frecuentes en la provincia de Corrientes, de modo que á corta distancia podria verse una escena callejera en sus menores detalles.

A eso de las nueve de la noche se sintió cierta agitacion especial en los grupos y un tropel de caballos que se acercaba.

Aquello no podia ser otra cosa que la aproximacion del alcalde y su agente.

Efectivamente, pocos minutos despues dieron vuelta la esquina de la calle envueltos por la nube de tierra que levantaban los caballos.

Los grupos de curiosos, sin pronunciar una palabra pero dejando ver la inmensa curiosidad que los dominaba, se hicieron á un lado para dejar libre el paso, para no esponerse á una insolencia ó á una órden de arresto.

Delante del grupo venia el alcalde montado en un magnifico caballo, fruto de alguna rapiña federal, mirando con satisfaccion á toda aquella jente en la que no veia sino otros tantos testigos de la hazaña que iba á acometer.

Pues realmente era tal el prestigio que su valor habia dado á los Monges, que el solo hecho de ir á acometerlos á su propia casa, era mirado como una hazaña.

El alcalde iba seguido por cuatro soldados bien montados tambien y armados tres con sable y carabina y uno con sable y trabuco.

El arma de fuego entre esta jente era perfectamente inútil, pues no solo no sabian manejarla sino

que ni le tenían la menor confianza porque jamás habían aprovechado un tiro.

El alcalde Hevaba en la cintura un par de pistolas de aquellas que ya no se ven ni en los museos, y atravesada en la espalda, como si fuera ensartado en un asador, una enorme daga de empuñadura de plata que debía llamarse daga solo por su colocación, pues por sus dimensiones era un sable.

El alcalde pasó mirando á los grupos con marcada satisfacción y seguido de sus milicos se dirigió resueltamente á la casa de Monges á cuya puerta golpeó con el cabo del rebenque y con ademán insolente.

Sin dejar mucho tiempo para que le contestaran, volvió á golpear la puerta y en seguida la ventana, siempre con el cabo del rebenque y con creciente insolencia.

Segundos despues se oia en el interior de la salita una voz enojada que preguntaba:

—Quién es el borracho que golpea de esta manera y qué quiere?

—Que abras canalla la puerta á la autoridad, respondió el alcalde, sinó quieres que la abra yo junto con tu cabeza.

—Un momento, un momento volvió á decir la voz, vamos á ver qué cara tiene el guapo á quien el vino y la caña prestan tanto corage.

Y se sintieron en la sala pasos de jente que se alejaba.

El alcalde con sus soldados fué á situarse nuevamente frente á la puerta mandándoles que prepararan las carabinas.

Y los curiosos se movieron en una especie de remolino, para no perder un solo detalle de la aparición de los Monges.

Estos entre tanto acababan de resolver su plan, que se redujo á estas rápidas palabras:

—Mientras ellos sitian la puerta, salgamos por los fondos y podremos agarrarlos por la espalda y meterles un buen susto.

Los dos hermanos salieron rápidamente en dirección al fondo, tomando Márcos una barra de fierro que manejaba como un simple baston, y saltando á caballo.

Fuera de esto los hermanos no tenían mas arma que una pistola que llevaban á la cintura y un buen sable acomodado entre las caronas de la montura.

Con estas armas que eran sus habituales de combate, iban á dar la batalla, puesto que dada la superioridad numérica de sus enemigos, se hacia necesario dar una batalla.

Abrieron silenciosamente el portillo de los fondos y salieron á la calle con algun recato, por si acaso el enemigo les habia puesto allí una emboscada.

Para no llamar la atención de los curiosos, dieron vuelta la cuadra al tranquito, aparentando cierta indiferencia.

Dos ginetes que de aquel modo avanzaban serian recibidos como dos curiosos mas simplemente; y era esto lo que deseaban, porque querian caer de sorpresa sobre los sitiadores para ganarles el lado del miedo, segun decia Márcos con infinita travesura.

Entre tanto, viendo que se tardaban tanto en

abrir, el alcalde se habia impacientado y golpeaba las ventansa con creciente impaciencia, al mismo tiempo que decia:

—Si se estarán escondiendo bajo de tierra estos guapos!

Oigan! señores valientes! les prevengo que si no abren de una vez, les echo la puerta abajo y los deslomo á azotes en seguida.

Y en cumplimiento de la amenaza, dió vuelta el caballo haciéndole apoyar el anca contra la puerta, en ademan de forzarla.

Fué en aquel momento precisamente que los hermanos dieron vuelta la esquina y miraron hácia la puerta, dándose cuenta inmediatamente de lo que pasaba.

—Es el momento, dijo Marcos á su hermano, en cuanto se siente crujir la puerta, caimos sobre ellos sin la menor lástima y tratando de concluir pronto por que son muchos y si llegan á tomar el menor alivio pueden cansarnos y entonces la ventaja estaria de parte de ellos.

Los curiosos, absortos en observar lo que hacia al alcalde y con la atención pendiente de aquella puerta detrás de la cual suponian á los hermanos Monges, no hicieron el menor caso de aquellos dos ginetes que habian avanzado por el medio de la calle hasta situarse frente á la puerta.

Los soldados que acompañaban al alcalde, si algun recelo habian abrigado al principio, se habian entonado despues con la tardanza de los Monges en abrir la puerta.

Era claro que si así retardaban era porque tenían miedo y entonces tenían andada la mitad del camino.

Tan entonados estaban, que se habian puesto á compadrear, golpeando á su vez la ventana, gritando á los de adentro que no les tuvieran miedo, que ellos no eran tan feos como parecian.

—Bueno, esclamó el alcalde preparen las armas que voy á voltear la puerta, sinó es negocio de perder toda la noche esperando á que estos señores guapos concluyan de esconderse.

Y dando á las riendas de su pingo un fuerte tiron, hizo saltar la hojas de la puerta con tal violencia que quedaron hechas pedazos.

Este fué el momento elegido por los dos hermanos para cargar sobre el alcalde y los soldados, por que esperando todo ataque del lado de adentro, no podian contar con lo que iba á sucederles.

El alcalde no tuvo tiempo de dar vuelta su caballo para entrar á la casa, cuya puerta enfilaban los soldados con sus carabinas.

Márcos Monges habia saltado sobre el alcalde, y de un formidable porrazo le habia volteado del caballo.

El otro hermano que habia sacado su sable de entre las caronas, habia caido como una tormenta sobre los soldados que, arrojando la inútil carabina habian echado mano al cuchillo para defenderse mejor.

No se daban cuenta de lo que pasaba: creian que aquel ataque de la calle era llevado en combinación con los de adentro, de modo que esperaban ver salir

à los Monges, de un momento á otro y concluir con ellos.

El espanto producido naturalmente por la sorpresa de aquel ataque inesperado les habia hecho perder un tiempo precioso, pues aunque reaccionaran ya era tarde.

El Alcalde habia caído al suelo como un muerto y esto concluía de desmoralizarlos.

Marcos habia acudido en defensa de su hermano, armado siempre de la terrible barra de fierro, que maneja con una facilidad y una contendencia tremenda.

Los curiosos entretanto, y una vez que hubo pasado el primer movimiento de sorpresa, habian reconocido á los hermanos Monges y aplaudian con verdadero entusiasmo el éxito del ataque.

Muchos de ellos habrian tomado parte en el combate á su favor, pero era tal el miedo que habia sabido imponer al pueblo la autoridad federal, que á cada momento miraban al lado de la plaza, como si temieran ver llegar algun refuerzo mandado por el juez de Paz que era tan bandido y bravo como el Alcalde.

De todos modos los Monges no necesitaban ayuda, estaban muy aliviados en el combate y parecia que ninguno de ellos hubiese recibido un golpe de consecuencia.

Los soldados peleaban con verdadera desesperacion, pues no tenian otro recurso.

Se veian perdidos, creian que vencidos serian muertos y hacian entonces lo posible, no ya para vencer, cosa que sabian era inútil, sinó para hallar un alivio que les permitiera huir y salvar la vida de esta manera.

Uno de ellos estaba totalmente fuera de combate.

Habia recibido un porrazo, que lo volteó del caballo con la cabeza rota, y recostado contra la pared á penas atinaba á limpiarse la sangre que le bañaba el semblante con una mano, mientras con la otra defendia automáticamente el pescuezo como si alguien luchara por degollarlo.

Como era aquella la primer operacion que ellos practicaban con el enemigo que caía, estaba plenamente convencido de que le iba á suceder lo mismo.

Entre tanto los otros tres seguian defendiéndose desesperadamente, tratando de abrirse paso y huir.

Pero los Monges que habian penetrado la intencion se lo cerraban con los caballos y les descargaban cada garrotazo que les sonaban las espaldas como un golpe de bombo.

Otro de los enemigos cayó tambien al suelo, mientras los otros dos, dándose por completamente perdidos, abandonaban toda defensa y emprendian la fuga, sin tratar de evitar siquiera la lluvia de palos con que seguian persiguiéndolos.

En aquel momento uno de los hermanos que hacia ya un largo rato habia cambiado el sable á la mano izquierda, se dejó caer del caballo y se sentó en el suelo.

En el acto fué rodeado por los curiosos que aumentaban á cada momento, y que creyéndolo herido de gravedad se apresuraban á socorrerlo.

—Qué tienes? le preguntó Márcos conmovido y

pensando tambien en una herida grave: dónde estás herido?

—No es nada respondió éste con acento dolorido.

Desde el principio recibí una puñalada en el brazo que me obligó á cambiar el sable á la otra mano, pero no es nada.

Me he tirado al suelo porque me siento débil y tuve miedo de caer, nada mas.

Con que no hay que alarmarse y es preciso atender á esos pillos no se vayan.

Pero ya era tarde para pensar en los que habian emprendiendo la fuga y que aprovechando el accidente habian puesto sus caballos á todo lo que podian dar su velocidad.

—Vamos á ver que es eso, dijo un viejo saliendo del grupo de curiosos, yo entiendo este negocio de tajos: no hay que descuidarse con ellos, porque muchas veces lo que no ha podido hacer el cuchillo lo hace la gangrena traicionera.

Y con marcada solicitud se acercó al herido, que sonrió diciendo:

—No es nada, no es nada, un puntazo que me ha hecho salir un poco de sangre—eso es todo.

—No importa, dijo Márcos, entrate á la casa para que se pueda ver bien lo que es eso, mientras lo reviso á estos y veo qué es lo que tienen.

Y mientras Márcos se acercaba á los vencidos que creyeron que ahora si habia llegado el momento del desguello, el otro se dejó conducir á la casa donde los amigos le lavaron y vendaron la herida por única cura.

Era un puntazo en el brazo derecho, que pasaba de lado á lado y que habia producido una hemorragia abundante, pero que no ofrecia el menor peligro.

En aquellos momentos el Alcalde, que habia caído como muerto, volvia en sí, y se incorporaba penosamente, aturdido aun por la violencia del golpe.

Habia recibido un porrazo dado con toda la fuerza de que era susceptible el vigoroso brazo de Márcos, y si estaba con vida, era debido á la casualidad.

Márcos se acercó entonces y le dijo de una manera burlona:

—Vaya amigo, parece que no morimos todavía Dios quiere conservarlo en la tierra sin duda para que siga haciendo justicia.

Me alegro mucho, aunque seria mejor que ustedes los federales se fueran al otro mundo y nos dejaran en paz.

El pobre alcalde estaba en tal estado, que no oia lo que le decian.

Miraba á todos lados como si no comprendiera lo que allí pasaba y como si quisiera darse cuenta de su situacion.

Convencido Márcos de que por allí no habia nada que temer, se acercó á los otros dos heridos, queriendo conocer su estado.

El que estaba recostado en la pared defendiendo el cuello de una degollada imaginaria, se habia desmayado sin duda á consecuencia de la pérdida de sangre, pues aunque tenia el cráneo fracturado, parecia que la herida no era de consecuencias mortales.

—Este se vá á curar pronto, dijo Marcos, que

tenia el hàbito de ver aquellas heridas: vamos à ver el otro.

Este otro era un cadàver.

Ademas de varios golpes recibidos en la cabeza, tenia una profunda estocada sobre el pecho.

Se conocia, ó mejor dicho, parecia, por la expresion del semblante, que la muerte se habia producido al instante de recibir la herida.

Concluido aquel exàmen hecho mas para conocer lo que podian temer de los heridos que por conocer su estado, Monges entró à la casa llevando de la rienda su caballo y el de su hermano.

Como aquellas escenas de luchas y de sangre era cosa frecuente en las calles de Goya, el suceso no dejó en el espíritu de los muchos curiosos que lo habian presenciado, mas que la grata impresion de que los hermanos Monges quedaban vivos, despues de dar unanueva y severa leccion à los señores federales.

Como era natural que el Juez de Paz mandase recoger al Alcalde y sus compañeros, una vez que supiera lo sucedido, era prudente alejarse de allí porque no fueran à complicarlos en el suceso.

Asi es que cada cual se retiró hàcia su casa, comentando lo sucedido y asombrados todos del valor y la audacia de los Monges, que no temian à la federacion, à la temible federacion que tenia dominada toda la República.

Solo quedaron en casa de Monges dos ó tres amigos, à comentar lo sucedido y por si acaso podian ser útiles al herido.

—Váyanse compañeros, les habia dicho Marcos que en todo pensaba.

En el juzgado todo ha de estar en movimiento, y no será extraño que de un momento a otro sintamos llegar por aquí à toda la partida del Juez de Paz, que debe estar acuartelada en la Policía.

No es prudente que ustedes se queden aquí, porque si los ven tratarán de vengarse con ustedes lo que nosotros les hemos hecho.

Además, y por lo mismo que Manuel está herido conviene que salgamos de aquí tambien nosotros, pues podrian traer un ataque à la casa y no estamos en estado de resistirlo ni de pelear récio.

Si ellos saben que Manuel está herido se nos vendrán encima sin vacilar y tal vez ahora lleváramos la peor parte.

Con que retírense à sus casas que yo voy à poner en seguridad à Manuel mientras pienso lo que debe hacerse.

Cuando los dos hermanos quedaron solos y pudieron hablar con franqueza, Manuel, que estaba sumamente pálido, manifestó à su hermano que la herida le hacia sufrir horriblemente.

—Aunque no es de peligro, decia, es dolorosa como un diablo: siento los dedos paralizados y la mano tan sin fuerza, que no podria ni siquiera manejar la rienda del caballo.

Es bueno que nos vamos, entonces, porque tu solo, cansado como estás y con la preocupacion de mi estado, no harias nada bueno en el caso de que esos volvieran con mas refuerzo y mas brios,

—Nadie vendrá, repuso Marcos buscando de tranquilizar à Manuel, porque felizmente nos tienen miedo, pero no es bueno fiarse en cálculos.

Es preciso que nos vamos, no solo para evitar una desgracia sinó para que tu te pongas en condiciones de curarte pronto y bien.

Nos iremos a lo de Martinez que pasa por gran federal, y allí vendremos à saber lo que tramen contra nosotros.

Yo vuelvo en el acto para poner en seguridad tambien à nuestra hermana, pues pueden intentar algo contra ella, y en seguida vuelvo à tu lado para no dejarte hasta que estés bueno.

Martinez era un viejo amigo de la familia, que tenia à los jóvenes un cariño de padre.

Unitario de sangre y de raza, habia tenido el talento de fingirse federal y pasaba por uno de los mas fanáticos partidarios de Rosas.

De esta manera Martinez podiaser útil à sus amigos, escondiéndolos en su casa y auxiliándolos con recursos de vida.

Cuando los Monges se habian visto apurados, siempre habian acudido à casa de Martinez que los habiaes condido y amparado.

Y sonriendo bondadosamente solia decir à Marcos que le reprochaba fingido federalato.

--Ya ves como no està demàs fingirse federal y como de esta manera se puede servir tambien à los queridos unitarios.

Mi casa es un escondite seguro, porque primero sospecharian del Gobernador que del viejo Martinez el federal, como me llaman.

Y valido de esta argucia podia siempre prestar una poderosa ayuda à los unitarios que la necesitaban.

Martinez, que era hombre de posicion desahogada, vivia en una especie de estancia situada à muchas leguas del pueblo.

Asi quedaba libre de toda vigilancia inmediata y nadie podia saber quien entraba ó salia de su casa.

Sus peones eran unitarios puros, asi es que por este lado estaba tambien seguro.

Hubiera tenido en su casa al mismo Juan Lavalle sin ocurrirsele que un peon pudiese divulgar el secreto: tan seguro estaba de ellos!

Muchas veces que tenia dos ó tres unitarios escondidos en su casa, habia tenido que recibir la visita de algunos federalazos que iban de paseo, yendo entre ellos el mismo juez de Paz.

Pero todo se arreglaba metiendo à sus amigos en dos grandes sótanos que tenia la casa, y de donde no podian salir hasta que los federales no se habian mandado mudar.

Quién se hubiera atrevido entónces à dudar del federal Martinez?

Entre una denuncia de éste en contra del mismo Juez de Paz, el Gobierno no hubiera vacilado un momento.

Porque el sabe muy bien dar sus pruebas de ser gran federal, sin que estas pruebas pudieran perjudicar en lo mas mínimo à los unitarios.

Cuando los Jueces de Paz habian necesitado au-

xilio de dinero ó de caballos, siempre habian acudido á Martinez sin que éste les hubiera querido cobrar jamás un centavo, diciendo que servia á la federacion con cuanto tenia, era para él un placer y un honor que no cambiaba por ningun otro.

Era á la estancia de Martinez donde Monges pensaba llevar á su hermano herido, porque en ninguna otra parte podia estar tan seguro como allí.

Y allí pensaba tambien llevar á su hermana adoptiva si algo pensaban intentar contra ella.

Decidido á hacer esto antes de que amaneciera y se hiciera entonces visible la traslacion de Manuel, Márcos le ayudó á montar á caballo y cuando en las calles no se sintió el menor rumor, tomaron al tranquilo la salida del pueblo.

No se veia persona alguna en la calle.

Alli estaban los dos heridos y el muerto, en el mismo paraje donde habian quedado.

Los habitantes estaban entregados al sueño, ó pensando que la justicia podia caer por allí á averiguar los hechos, se habia ocultado y finjian dormir.

Los dos hermanos, tratando Márcos de evitar todo mal encuentro por el estado de Manuel, tomaron direccion al Sud, aunque despues tuvieron que dar un largo rodeo.

Si el Juez de Paz intenaba algo contra ellos, vendria por el lado del Norte, de modo que marchando hácia el Sud evitaban cualquier encuentro.

La herida de Manuel le mortificaba mucho, al estremo de no poder galopar sin sentir dolores terribles.

Asi es que la jornada fué penosa, pues para andar aquellas dos leguas tardaron un par de horas.

Cuando llegaron á la estacion de Martinez, todos se hallaban entregados al descanso.

Habian perdido mucho tiempo los hermanos, y era ya mas de la una de la madrugada.

Márcos siguió avanzando para llamar, en cuanto culculara que podria ser oido.

Pero en la tranquera fué detenido por los perros, que le cerraron el paso de una manera amenazadora.

Márcos, práctico en aquellas aventuras, se detuvo dando tiempo á los perros para que siguieran ladrando.

Y cuando calculó que alguno habria despertado al bochinche perruno, llamó á grandes gritos.

Pero no era facil hacerse oir en aquel espantoso bochinche de ladridos, y Márcos tuvo que llamar dos ó tres veces mas.

Por fin sintió una voz que llamaba á los perros que, obedientes, dejaron de ladrar aunque no de gruñir.

Y Márcos aprovechó este silencio momentáneo para volver á llamar, avanzando su caballo. Momentos despues se sentian los pasos de alguien que avanzaba apresuradamente, rodeado de la numerosa tropilla y Monges reconoció á Juan, el peon de confianza de Martinez.

Juan estaba al cabo de todos los secretos de su

patron, era el único que conocia en su casa sus verdaderas opiniones políticas y la única persona á quien confiaba ciertos secretos.

Juan dormia bajo el alero de la casa, rodeado de sus perros y con su carabina y su facon al lado de la mano, para estar siempre listo á la menor novedad que pudiera suceder.

En el acto reconoció á Monges, que era una de las personas á quienes mas estimaba Martinez y mandó á los perros que se sosgaran, pues éstos no se mostraban muy conformes con la llegada de las dos visitas y gruñian siempre de una manera amenazadora.

Al ver á Manuel con el brazo vendado, Juan sospechó en el acto que algo grave habia sucedido, y se apresuró á hacer entrar á los hermanos, cerrando la tranquera y escuchando atentamente para cerciorarse si alguien mas andaba por el campo.

—No temas, pues creo que nadie nos ha seguido, le dijo Márcos, y llévanos donde está Martinez, que tengo que hablarlo sin perder tiempo.

Juan se apresuró á obedecer: entre los dos ayudaron á desmontar á Manuel cuya herida se hacia cada vez mas dolorosa.

Poco despues Juan llamaba á la habitacion de Martinez, de una manera convenida para que éste no se alarmase.

Martinez habia establecido con su peon una coleccion de señales tal, que este, con un golpe, podia comunicar á su patron lo que sucedia.

Martinez que estaba despierto, sintió el golpe y se apresuró á abrir, pues con aquel golpe Juan le habia dicho “no hay peligro inmediato pero sucede algo grave”.

Acostumbrado á que Monges no aguantara imposiciones á la federacion, en cuanto lo vió comprendió que su amigo venia huyendo por algunas insolencias que habia dicho al Juez de Paz.

Pero así que vió á Manuel con el brazo vendado y la fisonomia livida, se apresuró á hacerlos entrar, comprendiendo que algo mas grave debia haber sucedido.

Y cerró tras ellos la puerta diciendo á Juan:

—Mucho ojo, Juan, mucho oido sobre todo y en cuanto sientas la aproximacion de gente, me avisas en el acto.

—Me parece que podemos estar tranquilos en cuanto á persecucion, dijo Monges estrechando la mano que le tendia su amigo.

No nos han visto salir del pueblo y la autoridad probablemente estará creyendo que le vamos á llevar algun ataque.

—Pero qué diablos ha sucedido que veo herido á Manuel?

Ante todo digan si la herida es grave para atender á su cura que despues habrá tiempo para ocuparse de lo demás.

—No es nada, respondió Manuel dominando el dolor intenso que espermentaba.

Es una puñalada en el brazo que, aunque me incomoda un poco no tiene la menor gravedad.

—Pero qué diablo les ha sucedido? debo saberlo

porque cuando uno de ustedes viene herido, es porque han de haber peleado duro.

Después que se sentaron con comodidad, y mientras Martínez se vestía, Márcos le contó en sus menores detalles lo que había sucedido y los temores que tenía respecto á su hermana adoptiva, pues si la autoridad sabía que ellos no estaban en el pueblo, eran muy capaces de vengarse en la pobre niña.

Quisiera dejar aquí á Manuel, donde queda perfectamente seguro, é irme en busca de Cecilia: la llevaré por ahí, donde pueda también dejarla en seguridad, y en seguida vuelvo á atender á este. Es preciso que disculpe el abuso, amigo Martínez, abuso que cometo porque este está herido, porque sinó esté seguro que no habría venido á incomodarlo.

—De mí no abusa ningún unitario, Monges, respondió Martínez con cierta severidad, menos puede incomodarme ningún unitario amigo á quien quiero y estimo.

Aquí están ustedes en su casa, donde ya saben que hay buenos escondites, para el caso en que tuvieran que ocultarse, escondites impenetrables para el que no los conoce y donde un hombre bien armado, en caso de ser descubierto puede defenderse de doscientos.

Una sola cosa le voy á exigir en nombre de nuestra amistad y de nuestros intereses de causa y es que no lleve á su hermana á ninguna otra parte.

Aquí estará mejor porque está mas seguro y porque está al lado de ustedes.

Conque déjese de embromar, que en cuanto usted se vaya voy á mandarle arreglar un cuartín.

Usted es demasiado vivo y prudente para evitar que lo sigan y que vea donde vá, así es que á este respecto nada tengo que decirle.

Lo espero esta noche con su hermanita y espero entonces que Manuel estará mas aliviado.

Desgraciadamente no tenemos de donde sacar un médico por acá, pero en último caso lo haríamos traer de Corrientes y no se habría perdido mas que que un poco de tiempo.

Márcos dió un abrazo á su amigo Martínez, en el que le expresó todo su reconocimiento, y se preparó á marchar, porque decía que, para evitar vieran el rumbo que llevaba, quería llegar al pueblo antes de amanecer.

Juan, que en todo pensaba, había calentado agua, de modo que antes de salir pudo Márcos tomar unos mates.

Y recomendando á Manuel que se cuidase y no pensase en él, volvió á montar á caballo.

Al verlo tan ágil y resuelto, nadie hubiese sospechado todo lo que había andado y sufrido aquella noche.

Además de sus armas, Martínez le había obligado á llevar una pistola de dos tiros, sumamente segura, pues no era posible calcular en todos los peligros que se vería envuelto á su regreso.

Y como no se trataba solamente de él sinó de Cecilia á quien quería con idolatría, toda precaución y seguridad le parecía poca.

Márcos salió al campo y cuando se hubo alejado

unas diez cuadras de la casa, puso su caballo al galope.

Quería llegar al pueblo antes de que amaneciera, no solo para no ser visto, sinó para no dar tiempo á que intentaran nada contra Cecilia.

Martínez quedó solo con Manuel, á quien tranquilizó en lo posible, pues el jóven se hallaba sumamente mortificado.

—Parece increíble, decía, que una miserable puñalada me inutilice de tal modo!

Quisiera acompañar á Márcos, pues no me conformo con dejarlo ir solo, pero en este estado voy á servirle de estorbo en vez de serle útil, pues por cuidarme á mi no se cuidará él.

Es tal el dolor que tengo, que ni siquiera puedo manejar la rienda del caballo: tengo la mano como muerta.

—No será extraño que la puñalada haya cortado alguna vena.

Mañana temprano mandaremos por un médico á Corrientes y pronto se pondrá bueno.

Ahora lo que conviene es que no se agite y que descanse.

Ya sabe que Márcos es vivo, prudente y bravo, así es que luego lo tendremos por aquí con su hermanita y será un gran consuelo para el pobre hallarlo á usted mejorado.

Y con un cariño de hermano verdaderamente, lo ayudó á acostarse en su cama.

Manuel era un jóven de espíritu fuerte y de voluntad incontestable.

Era valiente hasta lo temerario y no había dolor físico ni sufrimiento moral capaz de abatirlo.

Mucho mas jóven que su hermano, poseía sus mismas condiciones de carácter y tenía mas conformidad que aquel para sobrellevar ciertas pequeñas desgracias.

Sin embargo, Manuel se sentía doblado aquella noche.

Sentía un malestar físico que no atinaba á explicarse y algo como el presentimiento de una desventura superior cruzaba su espíritu sin que su voluntad pudiera desecharlo.

El dolor de aquella herida era insoportable, en vano lo ocultaba, en vano lo trataba de dominar, el dolor lo vencía y de cuando en cuando lo hacía contraer los músculos del semblante.

Otras veces había sido herido en parages mas sensibles y delicados, pero nunca el dolor había sido tan intenso y tan sin tregua.

—Dominando este dolor insoportable tanto como le fué posible, se recostó en la cama de Martínez y pretendió dormirse para descansar y estar mas fuerte al siguiente día.

Pero quién duerme con un dolor semejante y una preocupación de espíritu como la que él tenía?

Cerró los ojos y fingió dormir con cierta tranquilidad, para engañar á su amigo, que se alejó de la pieza para no turbar su sueño.

Márcos entretanto galopaba en dirección al pueblo.

El pobre jóven iba doblemente mortificado pen-

sando en el peligro que corria Cecilia y en el estado afligente en que habia quedado Manuel.

Los dolores que causaban á aquel la herida, lo tenian intranquilo pensando que pudiera venir alguna complicacion peligrosa.

La puñalada en sí no era grave, no era una puñalada que pudiera comprometer la vida, pero sí podia comprometer el brazo ó la mano dejándolo manco.

Así galopó sin sentir el tiempo, pareciéndole que recién salia del lado de Martinez cuando llegó á las primeras casas del pueblo.

Y como empezara á amanecer, apresuró la marcha de su caballo: en Corrientes la gente madruga mucho y dentro de poco las calles estarian llenas de gente.

Monges se dirigió á su casa primero, donde entró por los fondos, usando todo género de precauciones, pues podia haber allí alguna emboscada que hubieran puesto para prenderlos en cuanto llegasen.

Así es que antes de entrar á las piezas montó los dos cañones de la pistola que le diera Martinez y sacó su sable para el caso en que la emboscada fuese numerosa.

Y recorrió así toda la casa sin encontrar siquiera vestigios de que allí hubiera habido gente estraña.

En la sala habia algunos pedazos de trapos súcios de sangre, lo que le recordó la herida de Manuel que habia olvidado un momento.

Todo estaba pues allí conforme lo habia dejado.

Monges se asomó entonces á la calle por la puerta despedazada, notando en el acto la presencia de la autoridad, acusada por la ausencia de los cuerpos que allí habian quedado, y que indudablemente no habian sido levantados por los vecinos, á quienes dejó encerrados en sus casas para no comprometerse.

No estaban mas que los tres charcos de sangre de los tres enemigos que habian caído y que tal vez á aquellas horas hubieran pagado con la vida su injustificable delito.

Un poncho y en cuchillo se veian tirados hácia la derecha de la puerta, pero Monges no sabia si aquellas prendas pertenecian á los caidos ó á los que vinieron á buscarlos despues.

Marcos sintió pasos de jente que se aproximaba, y se emboscó al lado de la puerta, dispuesto á hacer fuego si era jente de la Policia.

Pero pronto vió que eran curiosos que venian á visitar el teatro de la lucha para tener que conversar aquel dia.

Entonces salió de su emboscada con gran sorpresa de los curiosos y les preguntó lo que habia pasado durante la noche y despues que él se fué.

Marcos queria saber de una manera indirecta si algo habia sucedido á su hermana, y lo mejor era preguntarles por todo lo que en el pueblo habia pasado aquella noche.

Los paisanos que vivian fuera del pueblo, le dijeron que ellos habian venidos atraidos por las noticias del combate, que circularon en las primeras horas de la noche y que habian llegado precisamente en el momento en que la autoridad recogia de allí un muerto y dos heridos que habian quedado.

—Aquí estuvieron obligándonos á ayudarles, dijo

uno de ellos y escuchando las barbaridades que decian.

—Y qué barbaridades eran esas? preguntó Monges con curiosidad marcada; pues preocupadísimo con la suerte de su hermana pensó que á ella podian referirse.

—Decian que en cuanto los agarraran á ustedes los iban á degollar por saltadores y unitarios.

Y el mismo Juez de Paz, que estaba con ellos, decia que habia mandado pedir gente á la capital, para agarrarlos en cuanto asomaran las narices por Goya.

—Y á la casa no entraron? preguntó Marcos.

—Cuando nosotros estabamos aquí no entraron, pero debian haber entrado antes, porque dijeron que ustedes habian huido, pero que no habian de tardar en volver porque eran muy audaces y que entonces les darian el golpe.

—Ah! piensan darnos golpe! exclamó Marcos con cierta espresion de ferocidad.

No se contentan con uno, quieren otro combate, pues lo tendrán, pero no ahora, sino despues, cuando me haya desocupado de algo que nos urge mas.

Entonces les contaré un cuento que no han de olvidar en la vida.

—Ellos, segun lo que hemos oido, creen que el golpe se presenta muy fácil, porque les han dicho que uno de los hermanos está herido.

—Mejor, porque mientras mas facilidades se prometan, mayor será el desencanto y mas duro el porrazo.

Es bueno que se hagan esas ilusiones, porque vienen mas confiados y no nos dan tanto trabajo.

Como ya el dia estaba claro y mucha gente andaba por la calle, llegando casi toda á la casa de los Monges para averiguar el último cuadro de la borrasca pasada, Marcos halló prudente retirarse.

Sacó de su casa y puso en ancas de su caballo la ropa que creia necesitarian en el tiempo que iban á estar ausentes, y sacó el caballo á la calle.

Y recordó entonces que estando la puerta despedazada, la casa iba á estar á merced de todos y seria saqueada.

Entonces Monges escribió un papel, como podia haber hecho un general vencedor en pais conquistado.

Aquel papel, con letra clara y muy grande decia esto:

“Hago responsable á la autoridad de Goya, de la manera mas seria, de todo lo que falte de mi casa.

Marcos Monges.

Aseguró aquel papel en la reja de la ventana y se alejó tranquilo despues de saludar á los amigos que quedaban allí asombrados de la audacia del joven perseguido, que como autoridad superior, amenazaba á la autoridad que lo obligaba á salir de Goya.

De otra persona que hubiera tenido igual pretension, se hubieran reido, Monges los asombraba porque sabian que era capaz de hacer efectiva aquella res-

posibilidad à pesar de todas las precauciones que se tomaran.

Monges se alejó de allí como si fuera à salir del pueblo, dió un gran rodeo, y se metió por el otro extremo apresurándose à pasar por la casa donde estaba Cecilia.

Si no era notado por gente sospechosa, entraria en casa de su hermana, si alguien lo viera, pasaria de largo, indiferente, y dejaria la diligencia para la noche.

Si se hubiera tratado de él solo, poco le hubiera importado que lo vieran ó nó.

Pero le hacia muy poca gracia esponer à Cecilia à los horrores de un combate, y menos gracia todavia comprometer à los amigos que le habian dado hospitalidad para ella, arriesgando el clasificado de salvajes unitarios y tratados como tal.

Solo una duda lo mortificaba: si la casa de sus amigos estaba cerrada, su viaje era inútil porque no podria golpear la puerta sin llamar la atencion. Y esto lo mortificaba sobremanera, no por el dia que perdia, sino que durante él los federales podrian saber donde se hallaba la jóven y vengarse en ella, sabe Dios de qué modo, del daño que ellos les habian hecho.

Es natural que trataran de vengar el descalabro de aquel feroz alcalde, que era todo el crédito de la federacion en Goya.

Pensandó así, Monges dió vuelta la esquina y pudo ver la casa de sus amigos, situada al medio de la cuadra.

Siendo una de las últimas calles del pueblo, no se veia por allí en aquel momento una sola persona y Monges pudo ver con placer infinito que la puerta estaba abierta.

Era un gran porton de dos hojas, que daba paso con facilidad à tres ginetes.

Como todos tenian sus caballos en las casas, las puertas eran generalmente espaciosas para poder entrar hasta con un carrito.

Aprovechando aquella soledad momentanea, Monges oprimió los talones à su magnífico caballo y se metió à la casa à media tienda.

Y no fué chico el susto que allí se pegaron!

Como tenían el delito de amparar à la hermana de Monges cuya hazaña de la noche anterior ya conocian, pensaron que aquel tropel seria ocasionado por alguna partida de Policia que vendria à mazorquearlos.

Así es que la alegría fué mayor tambien cuando vieron que el recién venido no era otro que Márcos.

Y temiendo por su vida le dijeron asombrados:

—Pero tienes valor de estar todavia en Goya?

La imprudencia no es valentia, Márcos y con esponente así no sacas nada sino comprometer à tu hermana haciendo sospechosa la casa.

—Es que la vengo à buscar para llevármela tambien fuera de Goya, porque aquí no está segura, contestó Monges, y ya ven por qué no pierde tiempo ni siquiera ni me bajo del caballo

Llámenla para que venga pronto, porque si nos

demoramos, temo que à la salida nos vean y nos persigan.

—Y perché no la dejas hasta la noche?

Piensa que si eres perseguido puede sucederte una desgracia de que no te consolarias nunca.

—Habia pensado decirlo, pero no lo hago porque sé que ellos tienen certeza de que Cecilia ha quedado en Goya y como durante el dia pueden dar con ella y prenderla como una rehenes, me he apresurado à llevármela.

—Entonces no hay que perder un momento.

Y el leal amigo entró a la casa de donde volvió à salir acompañado de Cecilia, que venia pàlida y llorosa, porque conocia ya todos los detalles de lo sucedido la noche anterior.

Se acercó cariñosa y gentil à Márcos, por quien tenia idolatria verdadera y le preguntó por Manuel Sabia que estaba herido y el hecho de ver solo à Márcos le habia sumido en la mayor angustia.

No te aflijas por él que está bien, le respondió suavemente.

Es preciso que vengas conmigo sin perder tiempo, que nos vamos donde él está.

La jóven, comprendiendo la urgencia de Marcos, saludó à sus amigos con una mirada preñada de cariño, y saltó à las ancas del caballo de Márcos, valiéndose del pié que él le estiraba para que le sirviera de estribo.

Uno se asomó à la puerta para ver qué gente andaba por la calle.

Dejó pasar dos paisanos que cruzaban la esquina de la derecha y gritó à Monges.

Ahora, la calle está sola.

Márcos afirmó de nuevo los talones y salió de la casa con la misma rapidez que habia entrado.

A la puerta se amontonaron los amigos para verlo salir, él los saludó cariñosamente al volver la esquina, y bien pronto salió del pueblo en una carrera vestigiosa.

Márcos galopó unas cinco leguas, tratando de evitar las poblaciones y pulperias del camino, para no tener un mal tropiezo, y sin dejar de observar el campo en todas direcciones.

En las pulperias siempre hay jente en aquellas horas de la mañana, pero como Márcos pasaba à la mayor distancia de ellas y siempre à gran galope, la jente aquella no podia hacer otra cosa que verlo pasar, sin tener siquiera el tiempo de pensar en quien seria.

Un hombre con una mujer en ancas, no es una cosa que pueda asombrar à nadie en nuestros pueblos de campo, y en aquel tiempo era la cosa mas natural del mundo, puesto que no habia otro medio de transporte.

Así es que por el hecho de llevar à su hermana en ancas el jóven no llamaba la atencion en manera alguna.

Como hemos dicho, Monges se detuvo à unas cinco leguas del pueblo, en un campo solo y lejos de la poblacion.

Quería dar resuello à su caballo, de cuyo descanso podia necesitar de un momento à otro.

Además él necesitaba descansar algo porque no

solo no habia dormido la noche anterior, sino que no habia descansado un solo momento.

Siquiera entoncestenia el espíritu tranquilo respecto à Cecilia, lo que ya era un gran consuelo y un gran descanso.

Bajó del caballo à su hermana y se bajó él mismo, tendiendo en el suelo un poncho para que aquella pudiera sentarse.

En seguida aflojó la cincha al caballo y le quitó el freno para que pudiera pellizcar algo, viniendo à sentarse al lado de la jóven cuando todo estuvo arreglado.

Era Cecilia una espléndida joven, que podría contar quince años cuando mas.

Su semblante era hermoso, con esa expresión candente é inolvidable de la mujer correntina.

Sus hermosos y aterciopelados ojos, sombreados por largas pestañas, miraban con una mansedumbre infinita y una voluptad suprema.

Toda su persona tenia el acento cálido y languido de la naturaleza tropical donde se habia criado.

Habia en su semblante cobrizo y bello una expresión de tristeza indefinible que no la abandonaba nunca y que daba à su misma risa franca y juvenil un tinte melancólico que conmovia muchas veces.

Su espléndida cabeza adornada de una cabellera negra y ondeada que caia sobre su espalda gentil, la llevaba casi siempre agobiada sobre el pecho, como si el peso de alguna desventura la mantuviera en aquella posicion.

Asi que cuando la levantaba para mirar, la luz que irradiaba todo el bello conjunto de aquel semblante, deslumbraba como el astro que rompe los nublados y sorprende nuestra pupila que lo espia, hiriéndole con su rayo de fuego.

Cecilia no tenia sobre la tierra mas cariño que el de aquellos dos jóvenes à quienes llamaba sus hermanos y à cuyo lado habia crecido.

Y los queria con locura sobre todo à Marcos, cuyo carácter caballerezo y dulce la seducia inmensamente.

Criada sin pretensiones y en los pocos medios à su alcance, sin el menor adorno de traje ni tocado, aquella belleza tropical se mostraba purísima en todo su apoyo exhuberante y con aquella inocencia y candidez tan natural en la mujer correntina.

Para ellas no existia mas mundo que su hogar y el cariño de sus hermanos à quienes cuidaba como una madre en todo cuanto de ella pudiera depender.

Y era en presencia de ellos y para verlos contentos que despejaba aquellas noches tristes de su gentil semblante alumbrándolos con toda la luz cariñosa de su mirada mansa y aterciopelada.

Cecilia estaba entonces en todo el apogeo de su belleza y de su juventud, que tantos codiciaban y habian codiciado.

Sus relaciones, que eran puede decirse casi todo el pueblo de Goya, la invitaban siempre à sus reuniones familiares y à sus fiestas, pero ella siempre se negaba à asistir porque las diversiones no le atraian, segun decia, y por no dejar sola su casa.

Sus hermanos la obligaban entonces à concurrir à aquellas fiestas, haciéndole mil reflexiones juiciosas.

—Ya estas envejeciendo aquí encerrada y tirando a la calle una juventud que Dios te ha dado para divertirtirte y para lucirla.

—Es preciso que vayas, Cecilia, mira que hasta pueden decir que nosotros somos unos locos tiranos que te tenemos encerrada.

Y Cecilia tenia que ceder al fin, pero con una condicion ineludible: que sus hermanos tambien habian de ir.

Manuel, que era el mas jóven y alegre y que siempre andaba en aventuras naturales de la edad, no aceptaba siempre esta condicion.

Pero Márcos consentia siempre en acompañarla, puesto que era el único modo de hacerla divertir.

Y sin embargo, no por esto la jóven se divertia mucho mas.

Se sentaba en la sala, entre los dueños de casa y solo salia à bailar cuando la instaban mucho.

Su fisonomia no abandonaba un momento aquel tinte de tristeza que le era habitual, y todo era mirado por ella con indiferencia suprema.

El momento de mayor alegría para ella, y cuando se le veia sonreir y conversar algo alegre, era el momento de la retirada.

Muchos jóvenes se le acercaban atraidos por su belleza y su juventud.

Muchos le habian perseguido tenazmente con sus amores y sus obsequios, pero ninguno habia llegado à conmovier aquel corazon que hubiera parecido de hielo si su mirada apasionada no hubiese desmentido esta creencia que su indiferencia hacia abrigar.

Tendria Cecilia algun amor oculto é imposible que le hacia desdeñar todos los otros amores?

Habia comprometido ya su fé empeñando su corazon à alguna persona ausente de Goya?

Solo así podia explicarse su indiferencia y hasta el hastio con que recibia los amores que se le brindaban à cada rato.

Sin embargo nadie le conocia aquella pasion secreta, con nadie se escribia y sus mismos hermanos habian jurado que no tenia el menor compromiso amoroso.

Cecilia no tenia mas amor que para ellos, únicos que lograban hacerla sonreir con verdadera pasion cariñosa.

Léjos de ser fria é indiferente à todo, Cecilia tenia una naturaleza ardiente y apasionada.

Para comprender esto, bastaba solo el amor infinito que profesaba à Manuel y Marcos, sobre todo à éste, porque era el que mayores atenciones le dispensaba, el que mas intimamente correspondia à su cariño.

Bastaba cualquier peligro que estos pudieran correr, para que Cecilia se desesperara y cruzara la ciudad como una loca pidiendo noticias de ellos.

Y era tal el dolor que se pintaba entonces en su semblante, que hasta los mas indiferentes se sentian conmovidos y trataban de tranquilizarla prometiéndole llevarle las noticias que anhelaba.

Una vez se dijo en Goya que Marcos había sido preso y que lo iban á degollar por unitario.

Y Cecilia como una leona se trasladó á la Policía á indagar por si misma lo que habia de verdad en aquel rumor.

El Juez de Paz, que era uno de los tantos desdeñados por la jóven, quiso tranquilizarla dándole á entender que si ella correspondia á su amor, sus hermanos nada tendrían que temer.

Pero Cecilia le hizo notar con acento glacial, que ella no habia ido allí á escuchar palabras de amor federal.

Es que la jóven, como sus hermanos, era una unitaria fanática, á quien nada repugnaba tanto como la presencia de un federal.

El Juez de Paz irritado entonces por el proceder de la jóven la despidió de la Policía, llenándola de insultos.

Y un hecho repugnante tuvo lugar entre ambos, que no tomó proporciones mayores gracias á la mediación de algunos empleados.

Y Cecilia no se movió de allí hasta que no tuvo la certeza de que todo era mentira y tal vez mentira propalada que el mismo Juez de Paz para hacerla ir á la Policía y cambiarle por amor la vida de Márcos.

Este no estaba preso: habian intentado prenderlo si, como otras veces, pero él se les habia escapado despues de darles un mal rato.

Alegre y feliz hasta el punto de olvidar todo lo que le habia sucedido, al convencerse que su hermano no estaba preso, Cecilia se retiró de la Policía, despues de decir al Juez de Paz con acento de profunda amenaza:

—Yahora, átese usted los calzones, porque si Márcos llega á saber lo que usted me ha hecho, vá á serle poca la persona de usted para cobrarle.

Sin embargo la jóven no dijo nada á su hermano: porque si éste hubiera sabido todos los insultos que le dirigió el Juez de Paz, hubiera hecho una atrocidad y ella por nada hubiera querido verlo envuelto en un peligro y menos aún si este peligro era provocado por ella.

Dos dias despues regresó Márcos, y aunque supo que su hermana habia estado en la Policía, llevada por el rumor de su prision, nunca supo lo que habia pasado entre ésta, y el Juez de Paz, y mucho menos que éste habia pretendido golpearla.

Márcos Monges, por su parte, era entonces un soberbio moceton jóven y esbelto.

Valiente hasta la exageracion, se hallaba siempre dispuesto á cualquier sacrificio, mas si este sacrificio habia de causar el mas leve bien al partido Unitario.

Márcos habia perdido sus padres desde muy jóven, á consecuencia de las feroces persecuciones federales.

Por eso odiaba con toda su alma á todo lo que podia venir de aquel partido maldecido donde no veia figurar mas que asesinos y ladrones.

Desde aquella edad habia tenido que ser el padre de su hermano, mucho menor que él, y de la gentil

Cecilia de quien venia á ser él el único amparo.

Como la federacion le robara los pocos intereses de hacienda que tenian, habian quedado en la miseria: no tenian mas bienes que la casita donde vivian y unos terrenos que la federacion no conocia y por eso no le habian echado la mano, ó porque no habia encontrado quien diera un peso por ellos.

Asi es que Márcos, solo primero, y ayudado de Manuel despues, habia tenido que atender al sostenimiento de la casa.

Las necesidades de la vida eran entonces pocas y baratas y el trabajo abundaba, porque los federales no se ocupaban de trabajar y los unitarios andaban emigrados ó huyendo entre los montes.

Márcos era todo un hombre sério y reposado, no faltaba nunca de su casa en las horas de reposo, ni se le veia jamás en bailes ni parrandas.

De este modo evitaba mezclarse á los federales, que aunque le temian lo odiaban, y evitaba tambien riñas inútiles en las cuales podia ser víctima de una traicion.

Manuel por lo contrario, mas jóven y de carácter expansivo, se divertia en toda regla siempre que podia.

El no perdía baile, ni jarana, ni ocasion de espiarse una novia buena moza con que entrenarse de noche.

Por eso es que de noche era mas fácil hallarlo por las orillas del pueblo, en alguna fiesta de guitarra que en su casa.

Muchas veces Marcos le habia aconsejado y aún pedido, que no se prodigara tanto en semejantes parrandas y fiestas.

Y él, que tenia el mayor respeto por su hermano, lo obedecia unas cuantas noches, pero se olvidaba pronto de sus promesas y volvía á las mismas.

—Mira que una noche te van á partir la espalda de una puñalada! le decia Marcos tratando de alejarlo de sus parrandas.

De los federales no se puede confiar, acuérdate que ellos fingen la mayor amistad para asegurar el golpe en seguida!

Pero todo esto era inútil.

Manuel, cuando no tenia una jarana donde concurrir, tomaba su guitarra y se iba á armarla en cualquier rancho de sus relaciones.

Muchas veces habia tenido que escurrir el bulto para evitar alguna escena de puñaladas y evitar así un disgusto á su hermano.

Pero otras habia olvidado toda prudencia y se habia trezado en combates reñidísimos, de los que habia salido mas ó menos lastimado.

Marcos era mucho mas respetado por la federacion, á consecuencia de una aventura que hubo tenido con un Juez de Paz malísimo que hubo en Goya.

Este Juez de Paz lo habia mandado citar por unitario á la Policía, y el encargado de citarlo, que era un amigo de la familia, le habia dicho que no fuera que trataban de degollarlo, y se fuera á otra parte hasta que cambiaran á aquel Juez de Paz.

Marcos no fué al llamado, pero tampoco se mo-

vió de su casa, decidido á no hacerlo hasta que no corriese un peligro sério y capaz de hacerlo huir de Goya abandonando sus hermanos sobre los cuales recaería el furor que su huida habria levantado en el ánimo del Juez de Paz.

La segunda citacion fué mas perentoria y breve.

—Díganle á ese mocoso que si no se presenta en el acto, llamandole, decia el Juez de Paz, lo voy á hacer degollar.

Marcos tuvo una corazonada: sin decir nada á Manuel, se armó de una pistola que puso en su cintura, y de un largo cuchillo que tenia mas aspecto de sable que de otra cosa.

Y se largó á la Policía en busca del Juez de Paz.

Cuando éste lo tuvo por delante y supo quien era, empezó á insultarlo de la manera mas soez y federal, porque no habia acudido á su primer llamado.

—Es usted un unitario á quien le de hacer bajar el cogote cortándose, sinó obedece á la autoridad.

—Mire usted que figura para hacerse citar dos veces.

Con el Juez de Paz habia dos empleados que no hubieran dado un peso por la vida de Monges y un soldado que cebaba mate y que se quedó parado cuando entró Monges, añadiendo que allí iba á suceder algo de extraordinario.

—Como usted no tiene razon ni derecho para hablarle de ese modo y llenarme de insultos, respondió Monges con altanería insolente, le pido por lo que pueda convenirle que baje la prima.

A mi no me insulta nadie sin llevar la contestacion que merece.

—Ahora mismo vas á ir á la cuadrá a que te pongan un traje de la partida.

Así voy á tener el placer de darte una paliza diaria, para enseñarte á ser insolente.

A ver, añadió dirigiéndose al soldado que cebaba el mate, llévamele á ese á la cuadrá para que le encajen el uniforme y en seguida me lo traes para encajarle la primer paliza.

Monges que vió que esto se cumpliría al pié de la letra, si se dejaba agarrar, resolvió hacer una hombrada.

Dijo al Juez de Paz que era una basura para hacer todo lo que habia dicho y atropellándolo en el escritorio, donde se hallaba sentado y sin darle tiempo á levantarse le sacudió unas trompadas.

Todos quedaron asombrados ante semejante golpe de audacia, al extremo de que ninguno intentó auxiliar al Juez de Paz.

Cuando el Juez de Paz gritó desesperadamente pidiendo socorro y el soldado intentó prestárselo ayudado de los empleados, ya Monges habia dado al federal juez de Paz, tan formidable lluvia de trompadas, que la *chocolata* brotaba de sus narices y boca con una abundancia magnífica.

Los empleados intentaron detenerlo, mientras otros acudian en auxilio del Juez de Paz, atraídos por las voces.

Pero Marcos sacó entonces un cuchillo y al solo

ademan de herir, logró abrirse camino sin que ninguno tuviera el coraje de cerrarle el paso.

El que habia hecho aquella hombrada con el juez de Paz, era muy capaz de cortarles el resuello.

Monges salió rápidamente sin darles tiempo á que reaccionaran, y saltando sobre su caballo volvió á su casa.

Y allí se quedó mostrándose á la jente que pasaba para que todos supieran que no habia temido y que estaba dispuesto á recibir en son de guerra á los que fueran á prenderlo.

En cuanto al asendereado Juez salió de su aturdimiento, mandó fueran á traerle á Monges muerto ó vivo.

—Y cuidado con dejarlo escapar, agregó, porque me fusilo á media partida y degüello por mi mano á la otra media.

Los milicos que vieron que Monges los esperaba de una manera resuelta y provocativa, dieron un paseo por el pueblo y regresaron diciendo que Monges no estaba en parte alguna; que habia salido de Goya y que nadie sabia á donde se habia dirigido.

Y el juez de Paz no tuvo mas remedio que conformarse con esta contestacion.

Después supo que Monges se hallaba en Goya y en su casa, pero se hizo el que lo ignoraba, reservando su venganza para un momento mas favorable.

De esta manera debutó Monges en el ánimo de los federales, logrando que lo dejaran tranquilo por mucho tiempo.

Si no hubiera sido por su hermana, Marcos hubiera hecho otras hazañas mas.

Pero se sujetaba cuanto podia, temiendo tener que huir de Goya y abandonar á la venganza federal á Cecilia y á Manuel.

Pero logró en cambio que la federacion lo respetara y no se metieran con él para nada.

Sabiendo que era inútil meterse con él, porque los mismos soldados de la partida le temian y lo dejaban en paz, sin olvidar por esto que era un enemigo de Dios y de la federacion.

Así es que en cuanto caía á Goya alguna fuerzita del Gobierno, por cualquier pretexto, se intentaba un golpe contra Monges.

Y siempre quedaban burlados porque Manuel y Marcos se habian precabido con tiempo y escondido á Cecilia, ó les jugaban alguna mala pasada.

Cuando Manuel fué ya hombre, acompañó á su hermano en todas las expediciones que la federacion les obligaba á hacer.

Combatía á su lado con una bravura notable, obedeciendo siempre sus órdenes como el mas sumiso de los soldados, y debiendo los hermanos mas de una vez, el éxito de una empresa, á la bravura de Manuel.

Cansada de luchar y de quedar en ridículo, la autoridad habia tentado muchas veces atraérselos por las buenas, haciéndoles todo género de tentadoras propuestas.

Pero Marcos se habria pegado un tiro mil veces, antes que hacerse aliado de los federales.

Le hubiese parecido que su padre se levantaba de la tumba para maldecirlo.

Por esto es que aquel alcalde valiente y decidido se comprometió á prender á los Monges muertos ó vivos, el Juez aceptó en el acto, poniendo á su disposicion todos los elementos de que creyó necesitar.

Pero ya hemos visto el éxito que tuvo esta nueva tentativa, éxito debido en gran parte al aviso que dieron á los hermanos, pues de otro modo aquella victoria les hubiera costado mas cara, pues uno de los proyectos de la autoridad federal era apoderarse de Cecilia, no solo para poder dictar condiciones á los Monges, sino que ya sabemos que el Juez de Paz era uno de tantos enamorados de la hermosa jóven.

Y Marcos que algo de esto sospechaba se habia apresurado como hemos visto á sacarla del pueblo para burlar toda pezquisa de la autoridad y ponerle á cubierto de todo peligro.

Muchas veces habia pensado hacer esto, ¿pero dónde llevar á Cecilia que estuviera mas segura que á su lado?

En toda la Provincia se hallaria expuesta á las mismas dificultades y peligros, y emigrar con ella al extranjero habria sido esponerla á la miseria y al hambre, pues los pocos bienes que poseian eran irrealizables. Tratar de vender cualquier cosa, era hacer conocer á la autoridad que eran propietarios de algo, y por consiguiente hacerse despojar del bien sin ningun provecho.

Y era por esto que Marcos preferia tener consigo á su hermana, pues así estaba mas seguro de poder defenderla en caso dado.

Cuando conocian algun peligro ó se disponian á algun combate, llevaban á Cecilia, con todo género de precauciones, de donde la sacaban en seguida, no solo como esta última vez para que no fuese a caer en manos de sus enemigos, sino para no comprometer la seguridad de sus propios amigos, que habrian pagado con la vida la hospitalidad que le habian dado.

Ahora era cosa distinta, pues tenia la casa de Martinez, de su entera confianza, donde habia escondites que hubieran despistado al federal de mejor olfato.

Y mientras él tomaba otro género de seguridades y espiaba el momento de poder regresar al pueblo, Cecilia estaria cuidada por Manuel, á quien la herida retendria algun tiempo posegado y sin poderse mover de la Estancia.

Los dos jóvenes se sentaron pues, en la manta que habia tendido Marcos y empezaron á conversar sobre los sucesos que los habian traído á aquella situación.

—Se lo que ha pasado, así es que es inútil ocultármelo dijo Cecilia, para no aflijirme.

Manuel ha recibido una herida en la pelea de anoche y es por esto que no lo veo á tu lado.

Como está?

Y miró á Marcos de una manera profunda é íntima.

—Es cierto, respondió Marcos sin turbarse, pero con cierta agitacion, agitacion que sin poderse es-

plicar la causa, sentia cada vez que su hermana lo miraba de aquella manera.

Manuel ha recibido una herida, pero que no ofrece ningun peligro, pues es herida en un brazo.

Está en seguridad en casa de un amigo, mientras yo he venido á buscarte para que vamos á buscarlo y no estés expuesta á un nuevo susto.

—Ya sabes que conmigo se puede ser franco y que si Manuel corre algun peligro, no hay razon para que yo lo ignore.

Me aseguras que no tiene mas que la herida en el brazo?

—Ya sabes Cecilia que yo no miento nunca, respondió Marcos con voz segura: si te digo que Manuel no corre el menor peligro, es la verdad, de otro modo me apresuraria mas en volver á su lado.

—Quedo tranquila entonces porque tengo fé en tu palabra y porque sé que ni yo misma te haria abandonar en caso de peligro—no es verdad Marcos?

Marcos se estremeció ante aquella pregunta tan sensible, sin darse cuenta de lo que por él pasaba y sin querer indagarlo tampoco.

—Ya sabes cuanto me eres querida, repuso, sabes que es tu felicidad lo que mas me hace querer la vida, pero que te lo voy a contar si lo sabes tan bien como yo?

Pobre Marcos, dijo, es nuestro padre, nuestro hermano y.... mi providencia.

Qué será de nosotros si llegara á faltarnos!

Por eso es que, aunque sé que eres valiente como un leon y que no hay quien pueda contigo, cada vez que estás en peligro me pongo á temblar y llorar sin poder dominarme.

Creo que si te sucediera una desgracia, aún antes de conocerla yo me habria muerto de pena.

Y los dos jóvenes se estrecharon y Cecilia se abrazó á Marcos como si éste hubiera corrido en aquel momento un peligro inminente.

Marcos, para distraer su propio pensamiento turbado por aquella escena de una manera inexplicable, empezó á hablar a Cecilia de lo que harian en seguida, pues por el momento no habia que pensar en volver a Goya.

No nos van á perdonar la muerte del alcalde y la burla que esto importa para ellos, decia, así es que van á tomar todo género de medidas seguras para caernos en cuanto volvamos a Goya.

Estoy seguro que ya han mandado pedir refuerzo a los departamentos vecinos, para salir á buscarlos ó para tendernos una trampa segura en el momento que regresamos.

La estancia de Martinez es segura, creo que ya otras veces te he hablado de ella, pues el pobre amigo, de quien no desconfian hasta ahora los federales, es el único amparo que tenemos por aquí.

No solo lo creen un federal de los buenos, sino que por la misma razon que su estancia está sobre el pueblo, no piensan que pueda ser guarida de unitarios perseguidos.

Allí he dejado á Manuel, mas seguro que en ninguna otra parte, pues además de su buen escondite

tendrá cuanto pueda hacerle falta para su mas rapida curacion.

Allí vamos nosotros tambien, pero tenemos que valernos de muchas precauciones para no descubrir aquella pequeña guarida.

Por eso es que, aunque desearia verte en seguridad cuanto antes en aquella casa, tenemos que esperar la noche para que nadie nos vea entrar.

Allí te quedas con Manuel el tiempo que sea necesario, mientras yo bombeo lo que pasa en el pueblo y si podemos volver.

Ah! si tu pudieras quedarte siempre aquí que contento y tranquilo estaria yo sabiendo que estas segura!

—En primer lugar, respondió Cecilia, que tú te quedaras con nosotros mientras Manuel se cura y podremos ir á otra parte.

Yo no quiero estar allí y que tú vengas aquí á esponerte a peligros continuos y á que te maten sin razon ni necesidad.

En segundo lugar que no hay razon para que estemos separados, sofocandonos al pensar en los trabajos que puedes correr acercandote al pueblo.

—Es que yo volveria todas las noches, ademas que tres seriamos mucha carga para nuestro amigo, y no es bueno abusar nunca.

—Qué cosa tan agradable! exclamó: me dormí mirándote, he soñado contigo todo el tiempo que dormía y despierto encontrando que velabas mi sueño.

No me acostumbres mal, Marcos, mira que despues yo seré la única que lo pague.

Marcos volvió á turbarse entonces, sin atinar con la causa de su turbacion, pero se dominó pronto y respondió jovialmente a Cecilia:

—Pues me gusta! si por una vez que te suceda una cosa vas a acostumbrarte a ello, ya estas lucida

Cecilia se puso de pié perezosamente y dijo á Marcos, mientras se arreglaba la ropa.

—Vamos cuando quieras que ya estarde, y mientras nosotros nos entretengamos y divertimos, tal vez el pobre Manuel nos esta esperando lleno de ansiedad.

—Es que de todos modos tenemos que esperar á noche, lo que importa una pérdida forzosa de tiempo.

Pero vamos que todavia nos falta mucho que andar.

Marcos arregló el caballo, montó primero y poniendo un pié de estribo, hizo montar a Cecilia que se acomodó en las ancas y se agarró de su cintura.

Marcos tuvo que hacer un esfuerzo poderoso para dominar el estremecimiento que agitó todo su ser, al sentir la presion de aquellos brazos cariñosos.

—Me estoy sospechando que yo quiero á Cecilia mas de lo que debo y esto no es prudente y tal vez sin saberlo, estoy encendiendo un sentimiento idéndico ó me estoy poniendo en condiciones de encenderlo.

Marcos empezaba a darse cuenta de todas las impresiones que experimentaba al lado de Cecilia, y empezaba a temer que todo aquello degenerase en una pasion violenta.

Y al pensar que a Cecilia podia sucederle lo mis-

mo, se sentia feliz y bendecia hasta las desventuras pasadas, que podian haber influido en el aumento del cariño que le profesaba su hermana.

Y si se equivocaba respecto á ella?

Si Cecilia lo queria simplemente como á un hermano, mientras para otro guardaba todo su amor de mujer?

Bastó esta sola sospecha para dejarlo helado, mostrándole en aquel segundo de tiempo, cuanto es lo que amaba á Cecilia sin sospechárselo.

Así anduvieron vagando por el monte hasta que cayó la noche, él entregado a sus pensamientos que cada vez se aumentaban mas en mil deducciones descabelladas, ella al parecer, entregada á admirar la magnificencia de aquella noche tibia cuyas brisas llevaban hasta ellos el delicioso perfume de las flores silvestres tan abundantes en la campaña eorrentina.

Y distraido por el mundo de pasion que arrullaba su espíritu, Monges vagó mucho mas de lo necesario.

—Caramba pensó, tal vez sea muy tarde ya, y Martinez estará con cuidado á causa de mi tardanza.

Cecilia, engolfada tambien en un cúmulo de diversos pensamientos, no se habia apercebido del tiempo que transcurria.

Marcos salió entónces del monte y se orientó en el camino, escuchando atentamente los ruidos del campo.

No se percibia el menor rumor que indicara la presencia de gente por los alrededores: no tenian entónces por qué temer un mal encuentro.

Márcos temeroso siempre de que fuera tarde y estuvieran con cuidado respecto á ellos, tomo la direccion de la Estancia de Martinez y puso su caballo al gran galope.

Estaria á unas siete leguas de distancia y estar no las podia andar en menos de dos horas y media, atendiendo el doble peso que llevaba el caballo y que no se le podia apurar ni esponerse á postrarlo y seguir la jornada á pié.

Márcos además queria conservar su caballo en buen estado; quien sabe aún lo que podria sucederle en el camino que le hiciera necesitar toda la velocidad de su buen pingo.

Podia muy bien llegar hasta la estancia sin el menor tropiezo, pero podia encontrarse con alguna partida que lo obligase á huir, pues con Cecilia á las ancas, no era posible pensar en combate alguno sinó en huir, para no meterla en algun peligro sério que le costara la vida ó caer en manos de los federales bandidos, lo que era aún peor.

—Estamos léjos todavia? preguntó Cecilia, que empezó á sentir cierto temor, no por ella, sinó por el hermano á quien tal vez auduvieran buscando por allí mismo.

—Estamos á un galopcito no mas respondió Márcos que, por el acento de su hermana comprendió que ésta tenia miedo.

—Nos hemos entretenido mucho entre el montecito, y ya debe ser tarde.

—No creas, te parece que estas deseando llegar,

pero apenas nos hemos detenido lo necesario para dejar caer la noche en lo que no ganamos tanto como parece, porque es tan clara que estoy seguro que cualquiera nos conoce á las dos cuerdas.

Cecilia se echó à temblar exclamando:

Entonces, si crees esto, es preciso que dispares en cuanto veas algun bulto sospechoso, porque yo no quiero que te vaya á suceder una desgracia.

Y lo afirmó mas entre sus brazos, como si así fuera á escudarlo à las miradas indiscretas.

Marcos se estremeció de nuevo ante la presión de los brazos y castigó el caballo, no solo para apurar la marcha, cuanto para ocultar con el movimiento el temblor que agita ba su cuerpo.

—No tengas miedo Cecilia, le dijo, dentro de un momento mas estaremos en parage seguro.

—No es por mi que tengo miedo, sinó por tí, pues pienso que con mi estorbo, si te salen al camino te vá a suceder una gran desgracia.

Apura la marcha, Marcos, apura la marcha, mira que si por mí te sucede algo, no voy à tener conformidad en toda la vida.

—No seas loca, qué vá à sucederme: á esta hora no hay autoridad que se atreva á salir al campo, á estas horas, además que á mi me crearán en compañía de Manuel sinó léjos de aquí, por lo mismo que saben que està herido.

Mal presagio

Cuando Marcos despertó, la hora sofocante de la siesta había pasado.

Una brisa fresca y lijera movía mansamente el follaje de los grandes árboles.

Se sentía por todo ese movimiento vital de la madrugada, y de cuando en cuando llegaba hasta él el eco de galopar de algún caballo cuyo jinete cruzaba el campo aprovechando el fresco de la tarde.

Cecilia seguía durmiendo como en el primer momento dejando vagar por sus lábios una sonrisa de felicidad suprema.

Tal vez soñaba en aquel momento con algo que debía arrobar su espíritu en medio de un placer inmenso.

Monges se cruzó de brazos y como antes de dormirse, quedó extasiado en la contemplación de Cecilia.

No era posible, contemplar algo más hermoso que la expresión bella é incente de aquel semblante tan juvenil y puro!

Parece imposible, pensaba Marcos, que estos bárbaros sean capaces de perseguir un ser como este! una niña que no se puede mirar sin sentirse conmovido y deshombrado!

Bárbaros, volvió á decir: por el solo placer de mortificarme, de verme sufrir, serían capaces de matarla después de haberle hecho sufrir toda especie de martirios.

Y siguió contemplándola y velándole el sueño hasta que empezó á caer la tarde.

Era prudente andar un par de leguas más, para regresar ya de noche á la Estancia de su amigo.

Entonces Marcos, con una delicadeza que no se hubiese sospechado en él, se acercó á Cecilia y la movió suavemente por el hombro.

Ella despertó sin alterar la expresión de felicidad suprema que bañaba su semblante.

—Supongo que te quedarás con nosotros hasta que nuestro hermano esté bueno? le preguntó dulcemente.

—No es posible, no es bueno abusar de la amistad: Martínez es generoso y por lo mismo no se puede echarle tanta carga encima.

Es preciso que tu te quedes á acompañar á nuestro hermano hasta que esté bien, mientras yo me ocupé en ver lo que contra nosotros se trama: no podemos descuidarnos y encerrarnos así esponiénd-

onos á que traigan á lo de Martínez un ataque como el que nos llevaron á casa.

—Donde caben dos caben tres y para que quepan mejor, yo trataré de hacer el menor bulto posible y de no incomodar para nada.

Además, si ese Martínez es tu amigo, comprendiendo el peligro á que te espones, no te dejará salir.

Yo misma le haré apercibir de todo y le pediré que te retenga con nosotros todo el tiempo que sea necesario.

Será posible que esta situación sea eterna y que esta tiranía horrible no caiga nunca?

—Por ahora no hay que pensar en eso, Cecilia: creo como es natural, que esto no puede ser eterno, pero sabe Dios cómo y cuándo vendrá á concluir!

Por ahora pensemos en nosotros, que en lo más urgente: después tendremos tiempo de pensar en lo demás.

—A otra cosa, te pido que no digas una palabra á Martínez para que me haga quedar en su casa, pues podría creer que era enseñado por mí, aunque él me ha ofrecido espontáneamente la casa para los tres, y será ridículo que yo insistiera en hacerme rogar.

—Entónhes promete que te quedarás con nosotros y que no te irás hasta que nosotros no podamos seguirte.

—Yo me quedaré con ustedes todo el tiempo que me sea posible: ya sabes que mi vida entera está al lado de ustedes, pero algunas salidas tendré que hacer á llevar recursos y á ver si podemos volver para no ser tan gravosos al amigo.

—Si pero siempre que no corras peligro, porque de otro modo soy capaz de irme contigo.

Los dos jóvenes se miraron sonriendo y otra vez volvieron á guardar silencio.

Sin sentirlo y entregados á sus conversaciones se había pasado la mañana.

Ya el calor de la siesta empezaba á picar de una manera seria y los ojos de Celia, entrecerrados y lánguidos, dejaban ver la necesidad que tenía la pobre joven de dormir un poco.

El sueño de la siesta es para los Correntinos una necesidad imperiosa además de un hábito, en aquellos calores abrasadores y bajo aquel sol quemante.

Por la noche el sueño se puede resistir fácilmente,

el mismo fresco de la brisa invita á estar despierto para gozarla.

Pero á la siesta cuando los miembros se postran por el calor sofocante y el cuerpo entero cae sobre la molleje tropical que todo lo envuelve, los ojos se cierran á pesar de uno y se duermen de una manera deliciosa, guarecido entre el follaje de los árboles, ó bajo el toldo improvisado al efecto.

Así los ojos de Cecilia se iban entrecerrando á pesar de los esfuerzos que hacía la joven por mantenerlos abiertos, y el deseo vehemente de echar una siesta se adivinaba en todo su cuerpo.

Y como la noche anterior no había dormido ni un minuto, el deseo se convertía en una necesidad incontrastable.

—Es preciso que descansemos un momento, dijo Márcos, arrobándose en la somnolencia de su hermana.

Es preciso que duermas un poco para que recuperes las fuerzas perdidas y puedas hacer con comodidad las jornadas que aún nos faltan para alejarnos de la Estancia lo mas posible y llegar á ella á la caída de la noche, de manera que si alguien pudiera vernos, pensaría que venimos de otro Departamento y no que venimos del pueblo.

—Si yo tengo necesidad de descanso, mas debes tenerla tu, así es que podemos dormir los dos unas horas, desde que de todas maneras tenemos que hacer tiempo.

—El paraje no es seguro, aunque el campo está á esta hora tan desierto, que no habrá quien venga á interrumpirnos.

Pero siempre será mas prudente que ganemos el monte y así estaremos mas seguros de no ser molestados.

Efectivamente á aquella hora de la siesta y bajo aquel sol abrasador no hay quien se atreva á cruzar el campo en su jornada mas corta.

Cada cual duerme donde lo toma la hora de la siesta como si aquel sueño fuera una cosa ineludible y una necesidad imposible de dejarse de llenar.

Al que lo toma en medio del campo, desensilla, busca la sombra de los árboles ó improvisa un toldo con el poncho, y duerme en el suelo tan plácidamente como en la mejor de las camas.

Todo duermen á la siesta y el soseguimiento y el silencio son mayores que en la noche misma.

Se puede dormir tranquilamente en medio del campo, con la seguridad que nadie vendrá á turbar el sueño.

Márcos se levantó, tomó el caballo de la rienda y seguido de Cecilia que había recogido el poncho donde antes estuviera sentada, se dirigió á un montecito bastante espeso que se veía hácia la derecha.

Y allí en su centro donde nadie pudiera verlos, aún pasando á corta distancia, improvisó una cama para Cecilia donde ésta se sentó á seguir la conversacion, diciendo á Márcos que si quería que ella durmiese había de dormir él tambien.

Y Márcos sonreía cariñosamente, viendo que á pesar suyo, los ojos de Cecilia se iban entrecerrando

poco á poco, mientras su gentil cabeza buscaba un punto de apoyo.

Su palabra empezó á hacerse mas lenta, diciendo que si él no dormía ella tampoco había de dormir, hasta que se calló del todo.

Durmió profundamente con una placidez arrobadora.

Márcos se sentó á su lado y cruzado de brazos empezó á contemplarla, estasiado en su juventud y su belleza.

El tambien no había dormido un minuto durante aquella última noche, que había pasado en medio de la mayor fatiga moral y física.

Y tenía sueño, un sueño invencible, pero no quería dormir para velar el sueño de Cecilia.

Pero á poco sus párpados se fueron tambien cerrando en una pesadez deliciosa, el calor sofocante le dió mas sueño, el sueño de Cecilia concluyó de tentarlo, y á pesar de toda su voluntad y sus esfuerzos, pocos momentos despues dormía de una manera profunda.

Sin embargo apuró el caballo prudentemente, porque él era el primero en no creer una palabra de cuantas decía.

Así, conversando para engañar su miedo cada cual como mejor podía, llegaron á corta distancia de lo de Martínez.

—Allí está la estancia, dijo Márcos alegremente, mostrando á Cecilia las poblaciones de aquel bello establecimiento entre las que caía á plomo la luz clara de la espléndida luna.

—Es extraño, murmuró Cecilia, mirando por sobre el hombro de Márcos, no se vé ni una luz ni se siente el menor movimiento.

Cualquiera pensaría que era una poblacion abandonada.

Es que Martínez es un hombre muy prudente y que sabe hacer las cosas en toda regla.

En primer lugar, que tiene ahora bastante luz con la de la luna, y despues, que teniendo adentro luz artificial se harían sospechosos para el que pudiera pasar.

Ya verás como cuando nos acerquemos mas no te parece la casa tan abandonada y tienes ocasion de apreciar todas las precauciones que allí se usan para la seguridad del amigo que esté allí alojado.

Efectivamente, cuando estuvieron á unas dos cuerdas de distancia empezaron los perros á torear de una manera amenazadora.

Pero inmediatamente sintieron la voz de una persona que los llamaba con acento breve y energético.

—Ya vez que nos espeñan, dijo entónces Márcos, y que nos han conocido, puesto que hacen callar los perros.

Es imposible sorprender á Martínez cuando este no quiere que lo sorprendan, pues hasta creo que los mismos perros conocen las órdenes de vigilancia ó de descuido que les dá.

Debido á esta buena vigilancia en que los asilados en su casa pueden estar perfectamente seguros, pues uno tiene pronto aviso de la clase de gente que se acerca, siempre tiene tiempo para ocultarlos en escondites imposibles de descubrir.

Y Márcos guardó silencio porque ya se acercaban á las primeras tranqueras.

Los perros debían estar instruidos por personas á quien respetaban mucho, porque no se había vuelto á sentir el mismo gruñido.

No habían llegado aun á los palos, cuando sintieron una voz que les decía:

—Es usted no? caramba! hace tiempo que lo estábamos esperando y el patron empezaba á alarmarse pensando les hubiese sucedido algo.

Y el mismo peon que lo había recibido la noche antes, se le puso al lado como brotado de la tierra. Lo estaba esperando desde temprano, allí escondido y era él quien había hecho callar los perros cuando empezaron á ladrar. En el acto Márcos y Cecilia fueron conducidos á la habitación de Martínez, donde se hallaba el herido Manuel, sufriendo de una manera terrible, pues su herida se había agravado al extremo de tener Martínez que enviar á Corrientes por médico.

Veamos lo que había sucedido desde que Márcos salió de la estancia.

Martínez había hecho acostar á Manuel en su propia cama para que descansara 'as fatigas de la noche creyendo que con esto solo sentiría un gran alivio.

Ni él ni el jóven daban gran importancia á la herida por el parage en que se hallaba situada:

Lo único que les inspiraba algun cuidado era la falta de movimiento que Manuel notaba en los dedos, pero esto, si bien podía comprometer la movilidad de la mano, en ningún caso creían que podría comprometer la vida.

Dominando los dolores que sentía, con inmensa fuerza de voluntad, el jóven Manuel logró dormir unos minutos, pero esto fué para aumentar aún mas sus sufrimientos.

Al cabo de una hora los dolores eran tan violentos, que lo obligaban á levantarse de la cama, pareciéndole que la quietud del reposo los hacia crecer aún mas todavía.

—Sin duda lo que se me ha enfriado el cuerpo con el descanso, decía á Martínez, y se me ha enfriado la herida, me duele mucho mas.

Pero esto pasará, tiene que pasar, no le haga caso, porque no ha vuelto á salir mas sangre, lo que quiere decir que la herida está cerrada.

Y el valeroso jóven miraba á Martínez y sonreía para disimular aquel dolor tremendo que á cada momento se le hacia mas insoportable.

Así pasaron aquella noche espantosa, él disimulando y Martínez comprendiendo que disimulaba, porque en las contracciones del semblante se veía claramente cuanto debía sufrir.

A la madrugada ya los dolores se habían hecho tan intolerables, que Manuel se desvaneció dos veces.

En una de estas dos veces, se le acercó Martínez y examinó ligeramente la mano que había dejado descubierta el vendaje.

En aquella mano pálida y encogida se veían al-

gunas manchas negras, pocas, pero que se extendían hasta las uñas cuyo arranque se iba ennegreciendo visiblemente.

Martínez se quedó helado de espanto al ver esto, pues sospechó que la gangrena se había declarado en la herida y que esto era la causa de los sufrimientos que experimentaba el jóven.

Si la gangrena se había declarado era necesario llamar sin pérdida de tiempo un médico que amputara el brazo, para impedir su propagacion, que sería la muerte.

Así es que en el acto llamó á su peon de gran confianza y lo mandó á una estancia situada veinte leguas de allí, donde residía un médico italiano de su confianza, que ya otras veces había venido á asistirlo mientras escribía á Corrientes llamando á otro médico á quien pedía viniera inmediatamente dejando todo cuanto tuviera que hacer porque se trataba de la vida de un amigo por quien tenía gran cariño.

El primer chasque fué enviado con su mejor tropilla y la órden terminante de ir y volver con toda la rapidéz posible, aunque para esto fuera necesario matar hasta el último caballo.

El peon partió sin pérdida de tiempo, y Martínez envió su otro mensajero á Corrientes con idéntica premura.

Era cuanto podía hacer.

Por allí había curanderos, curanderos bucnos para atender una herida, pero allí segun pensaba Martínez no se trataba de otra cosa que de amputar, y no había curandero que se hubiera prestado á amputar un brazo.

El día empezó con mayores sufrimientos que la noche.

Los dolores se hicieron tan terribles, que Manuel para buscar un alivio poniéndose unas cataplasmas en la herida, se desató el brazo apareciendo éste lleno de pintas negras.

Era indudable que la herida se había echado á perder y que la gangrena se había declarado francamente.

Es que la herida había sido cerrada de una manera bárbara.

Para sostener la salida de la sangre se había fajado el brazo tan fuertemente, que la faja se había metido en la carne marcando un profundo zurco é impidiendo en el brazo la circulacion de la sangre.

Esta ligadura terrible era la que determinaba los dolores tremendos que sentía Manuel, y lo que había producido el tétano.

En cuanto hubo quitado la venda los dolores se calmaron tanto que el pobre jóven pudo dormir y descansar algunas horas.

Pero Martínez empezó á ver con terror que las pintas negras se multiplicaban y que la mano se ponía cada vez mas negra.

Y á cada momento mandaba un peon á ver si regresaba el mensajero salido en busca del doctor Rossi.

Este era un cirujano de marina mercante que había llegado á Góya un par de años antes y á quien

Martinez habia hecho algunos servicios de importancia, con el desinterés que le era característico.

No era un hombre de gran ciencia, pero sí un cirujano práctico y hábil para atender los accidentes de quebraduras, ó heridas que se producen en el campo.

Poco despues, ayudado por Martinez y disponiendo de algun dinero que habia llevado consigo, Rossi se habia convencido que el negocio de campo le daría mas que la cirujía y se habia establecido á veinte leguas de la Estancia de Martinez con unas doscientas vacas y algunas ovejas.

Martinez lo habia ocupado como médico para sí y como cirujano para algun peon que se habia lastimado en el rodeo ó peleando y la buena amistad de aquellos dos hombres se habia estrechado cada vez mas.

En prevision de que sus temores fueran ciertos y para que pudiera operar rápidamente, Martinez le habia mandado decir que se trataba de una amputacion, para que trajese sus instrumentos y cuanto pudiera necesitar.

Andando bien y sin economizar caballos como él habia dicho, el peon necesitaria para ir y volver, por lo menos de once á doce horas.

Ahora habrá que agregar el tiempo que emplearia Rossi para prepararse y el que perderia en el viage, pues no era un ginete á quien pudieran pedirle jornadas de cuatro ó cinco leguas por hora.

Así es que cuando mas pronto, el peon y el médico no podrian estar en la estancia antes de las diez de la noche.

Ya á esta hora Márcos estaria tambien de regreso y ya tenia él con quien compartir la responsabilidad de un accidente fatal.

Porque no era lo mismo estar acompañado de Márcos, que tener que disponer él mismo la amputacion del brazo, asumiendo toda la responsabilidad moral del accidente que pudiera resultar y de la pérdida del brazo mismo.

Manuel habia dormido profundamente hasta la hora de la siesta, en que despertó sofocado por el calor espantoso que hacia.

Estaba mas aliviado y los terribles dolores de la noche anterior no habian vuelto á acometerlo.

—Todo ha sido causado por la fajadura, decia Martinez, qué bárbaros! ni que se hubiera tratado de vendar á un caballo!

El brazo se habia hinchado de una manera notable lo que habia aumentado la afliccion de Martinez, que veia en ello un nuevo signo que confirmaba sus temores.

Pero el jóven, que no entendia de estas cosas, pensaba que tanto la hinchazon como las manchas negras eran causadas por la fuerza de las ligaduras y que todo eso iria desapareciendo con las cataplasmas que seguia aplicándose de hora en hora.

Hablaba con mas reposo y manifestaba el deseo de hallarse bueno pronto para tomar un desquite en toda regla.

Lo único que lo preocupaba era la falta de movimiento en los dedos, pero tambien lo atribuía á las

fuertes ligaduras y decia que en cuanto la sangre empezara á circular libremente el movimiento habia de volver.

Era asombrosa la entereza del jóven, en situacion tan desesperante.

—¡Caramba! exclamaba de cuando en cuando pensando en su hermano: quiera Dios que no vaya á sucederle á Márcos una desgracia.

El ha ido á buscar á Cecilia y no es difícil que la casa donde la dejamos esté vigilada y que hayan cometido con elle alguna tropelia si es que han sabido donde está.

Si ha sucedido algo de esto, tiemblo por Márcos, porque él tiene ciega idolatria por Cecilia y ha de haberse vengado de cualquiera cosa que le hubieran hecho.

—Es difícil que en tan poco tiempo hayan dado con su hermana, decia Martinez para tranquilizarlo.

Además es preciso pensar en que no han quedado para andar provocando peleas, y es que apesar de todo tenian miedo de ustedes.

—Quiera Dios que esa como usted dice, porque sino y para evitar un disgusto á Cecilia, Márcos es muy capaz de hacerse matar.

—No hay que estrañar tampoco que pueda tardarse, añadió Martinez, porque como siempre es bueno ser prudente, convenimos en que no volveria hasta la noche, para evitar que lo siguieran y supiesen á donde venia.

Márcos se habrá alejado de Goya anoche mismo, todo lo que le haya sido posible, y recién esta noche se pondrá en camino de regreso, por eso es que yo no lo espero hasta la media noche.

Martinez decia todo esto para que si Monges tardaba por cualquier accidente Manuel estuviera tranquilo y no temiera una desgracia.

Y para que la tranquilidad del jóven fuera mas absoluta, le prometió que á la noche mandaria al pueblo un hombre de su confianza, á fin de que averiguase lo que hubiese sucedido respecto á Márcos, porque si éste habia tenido alguna dificultad seria en el pueblo, lo sabrian.

A la tarde Manuel empezó á sentirse descompuesto, lo que alarmó mas á Martinez.

Aquellas manchas negras habian aumentado su tamaño y su cantidad y con ellas la afliccion de Martinez.

Los dolores habian empezado á cargar sobre todo el brazo y la fisonomia del jóven se hallaba muy desencajada.

Fué entónces que Martinez mandó al peon de su confianza íntima que se escondiera al lado de la tranquera para que hiciera callar los perros en caso que ladraran, y de avisarle inmediatamente la llegada de Márcos, que debia venir acompañado de una niña.

Martinez se hallaba ya desesperado, pues por el desencajamiento de la fisonomia de Manuel, temia que el jóven podria morir antes que él viniera.

Y aunque no habia estado en su mano impedir un accidente semejante, podian tal vez pensar que no hizo todo cuanto pudo.

Así es que cuando vió que Márcos y Cecilia estaban al lado del enfermo, se sintió contento y con el espíritu libre.

El salió al encuentro de Márcos cuya mano estrechó efusivamente, sintiéndose algo turbado para responder á las primeras preguntas que le hiciera Monges respecto á su hermano.

—Hombre, á decir verdad, respondió queriendo aparentar una tranquilidad que no sentía, á decir verdad encuentro que Manuel no sigue tan bien como debía, y esta mañana he mandado buscar médico, que pueda atenderlo en lo que necesita.

Márcos se alarmó mucho al oír esta respuesta, pero nunca pudo sospecharse la clase de peligro que su hermano corría, pues desde el primer momento todos se habían convencido que no se trataba de una herida peligrosa para la existencia.

—Pero qué es lo que tiene? preguntó, qué novedad ha sobrevenido?

—Nada mas que el caimiento, un caimiento extraño y que puede ser muy bien causado por la pérdida de sangre y el cansancio.

La herida le duele mucho, aunque menos que anoche y esta mañana.

Mejor es que lo vean ustedes mismos, que así se darán cuenta de la situación mas fácilmente.

Yo estoy esperando de un momento á otro el doctor Rossi que ya no puede tardar mucho y que nos tranquilizará curando á Manuel con la prolijidad que le es habitual.

Todos pasaron á las piezas de Martínez donde se hallaba sentado Manuel.

Desde que el joven sintió la proximidad de sus hermanos se sintió mas tranquilo y cuando Márcos se acercó á la cama, le tendió la mano diciéndole:

—Gracias á Dios que has venido! me parecía que me iba á morir sin volver á verlos.

—Y porqué hablas de muerte sin necesidad y sin ser al caso? preguntó Márcos que habia quedado aterrado ante el aspecto de su hermano.

—No sé, pero desde hace un rato me asaltan ideas extrañas que no puedo explicarme.

Me están acometiendo las sensaciones mas extrañas y siento dentro de mí algo que no comprendo pero que me parece que es la muerte.

No tengo ninguna razón para suponerlo, pero que quieres, me parece que me voy á morir y me mortificaba que me sucediera la cosa sin volverte á ver.

Ahora es distinto: tu estas á mi lado. Cecilia está aquí también y entonces puedo morir tranquilo.

Márcos quedó aturdido, porque las palabras de su hermano coincidían perfectamente con su aspecto general.

Tenia el semblante horriblemente desencajado y el caimiento de su cuerpo era particular.

El pobre joven se esforzaba en sonreír á su hermano, comprendiendo el sufrimiento que debía experimentar.

Pero aquella sonrisa era tan forzada y tan

triste, que lejos de tranquilizarlo venia á aumentar su pena.

Cecilia qué habia escuchado todo cuanto Manuel habia dicho, no se habia atrevido á mostrarse y parada detrás de Márcos lloraba amargamente.

Ella también habia comprendido el estado gravísimo de Manuel y presentia una desgracia terrible.

El pobre está aflijido porque ustedes tardaban y la herida lo mortifica mucho, dijo Martínez acercándose y tratando de tranquilizar á todos: ahora verán como la sola presencia de ustedes lo mejora.

Además, dentro de poco vendrá el médico y ya no tendremos nada que temer.

Y tomando de un brazo á Márcos lo apartó de la cama, á cuyo lado quedó Cecilia enjugando y tratando de esconder su llanto, para no aflijir mas al enfermo.

Martínez y Monges salieron de la pieza para hablar con mayor libertad, mientras Manuel sonreía nuevamente con esa espresion burlesca del que quieren convencerlo de una cosa, contra toda la seguridad que él tiene de que es inevitable.

—No me esplico lo que sucede, dijo Márcos á su amigo, entregándose completamente á su dolor.

Veo en Manuel el aspecto inequívoco de la muerte pero no me puedo explicar la causa.

Como es posible que la herida de un brazo pueda comprometer la vida tan rápidamente?

Yo lo dejé un poco dolorido, es verdad, pero entero y hasta cierto punto alegre, y ahora lo encuentro tan próximo á la muerte como lejos lo habia encontrado antes.

—Sin embargo es muy sencillo, respondió Martínez y es por esto que que he mandado buscar á Rossi esta madrugada, quien ya debia estar aquí.

Yo me hecho muy práctico en heridas y creo que no me equivoco si le digo que lo tiene Manuel es gangrena en la herida, que se ha estendido ya por todo el brazo.

Y creo también que amputando el brazo no tendremos nada que temer.

Márcos quedó helado ante la revelacion de su amigo, porque se dió cuenta en el acto de su exactitud.

Márcos era valiente, tenia un corazón á toda prueba y un espíritu soberbiamente templado.

Pero aquel golpe tan inesperado que venia á herirlo en la persona de su hermano, lo anonadaba completamente.

Y dejándose arrastrar por el dolor y la desesperacion, cerró los puños diciendo:

—Puede morir Manuel á consecuencia de esta herida, pero yo juro que si tal cosa sucede, lo que yo voy á hacer es tremendo.

Qué motivo han tenido para atacarnos? el lujo de prendernos y de matarnos porque hubo un guapo que se dijo capaz de hacerlo.

Nada habíamos hecho, con nadie nos habíamos metido, no hemos cometido mas delito que ser unitarios y amar la libertad.

Y es esta causa para que se nos asalte y quieran matarnos como á perros?

Ah! Manuel puede morir, añadió con suprema

amargura, pero ellos han de pagar esa muerte como no se imaginan.

Yo les mostraré cómo un hombre puede hacerse justicia entre la justicia misma, cuando ella está compuesta por bandidos de la última especie.

—Cálmese amigo, cálmese, decia Martínez bondadosamente, pues es ahora cuando usted necesita de toda su calma.

El caso es grave, pero no tan desesperado como creemos tal vez.

Si yo no me he equivocado y realmente la gangrena ha invadido la herida, con amputar el brazo quedamos en paz.

Al fin y al cabo no es lo mismo morir que perder un brazo.

Por otra parte yo puedo muy bien equivocarme y no haber tal gangrena.

Los mismos médicos se equivocan, con que bien puedo equivocarme yo que no lo soy.

Cálmese y no me haga arrepentir de haber sido tan franco con usted.

—Aquí no hay error posible, amigo mio, respondió Marcos con desesperacion creciente: no hay error posible—ya vé que yo no sabia nada de la gangrena y el aspecto del pobre Manuel me ha revelado la verdad de su estado.

El peligro es inminente y la muerte muy cercana; temo que si el médico no llega pronto, no pueda ya hacer nada.

Yo solo tengo la culpa de lo que ha pasado, porque yo debí alejar á Manuel de todo peligro y defenderme solo, así no hubiera tenido de que arrepentirme, y si me hubieran muerto no habria sucedido nada de extraordinario, puesto que al fin y al cabo hemos de concluir.

Y ahora tengo un pesar como si hubiera cometido un crimen, pues me parece que solo yo soy el culpable en la muerte de Manuel: caramba! no me lo voy á perdonar mientras viva!

Y vencido por el dolor y por su impotencia para salvar al hermano, Marcos dejó correr por el semblante pálido las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Voy á volver á su lado, dijo al fin, porque me parece que lo voy á perder de un momento á otro: cuando llegue el médico, si es que llega á tiempo, hágalo apresurar, amigo Martínez.

Y se volvió á la pieza donde se hallaba Manuel.

El jóven, como si la presencia de sus hermanos lo hubieran fortalecido, se hallaba mas enteró y mas conforme.

Tenia su mano sana entre las manos de su hermana, de cuyo semblante no quitaba los ojos un momento.

Pero aquellos ojos tan vivos y brillantes, tenian ahora una espresion de agonía suprema.

Al entrar Márcos miró á Cecilia y en aquella mirada los dos hermanos cambiaron toda la desesperacion que tenian en el espíritu y que no podian mostrarla en el semblante por no aflijir mas á Manuel.

—No quiere convencerse de que me voy á morir,

dijo Manuel mansamente á Márcos cuando lo sintió á su lado, y sin embargo es una cosa inevitable.

Siento la muerte en todo el cuerpo y si no fuera por estos dolores condenados, moriria plácidamente.

Es extraño, pero esta languidez que postra mi cuerpo, me es sumamente agradable y lo único que me aflije es verlos á ustedes tan desesperados.

—No seas loco, murmuró Márcos, dominando su angustia: por lindo lado te podia dar! en cuanto venga el médico verás como todo pasa.

Entretanto Cecilia, aprovechando la llegada de Márcos y el diálogo que entablara éste con Manuel, se daba vuelta á llorar libremente, porque el llanto la sofocaba ya.

—Bueno, no quiero insistir mas, porque no quiero contrariarte ni afligirte, dijo Manuel, el tiempo se encargará de darle la razon al que la tenga.

Lo único que yo no quiero es que se aflijan como Cecilia que ahí la siento estarse tragando las lágrimas para que yo no la oiga.

Llore hermana, llore libremente que el llanto alivia mucho las penas.

Ahí queda Márcos que es mejor apoyo que yo, que diablos! peor seria que esta desgracia le hubiera pasado á él, porque entonces nos habriamos quedado sin padre.

Yo á nadie le hago falta en el mundo, felizmente, así es que puedo irme sin pena y sin congoja.

Vamos no sean zonzos, porque me ván á hacer llorar á mi tambien y entonces no voy á estar tan tranquilo.

Es que Márcos se enternecia de una manera profunda al escuchar las palabras de Manuel y dos nuevas lágrimas habian asomado á su semblante varonil.

Amaba profundamente á su hermano y su dolor aumentaba al ver la conformidad valiente y tranquila con que aceptaba aquella muerte tan prematura é inesperada.

La fisonomia se iba desencajando cada vez mas y los dolores aumentaban al estremo de hacerlo lanzar frecuentes quejidos.

—Estos dolores son los que me mortifican, decia: sin ellos estaria bien y hasta creo que podria dormir para descansar un poco.

Hay veces que los ojos se me cierran en el mas agradable de los sueños, pero me dan unas puntadas que me obligan á abrirlos á pesar mio y por mas deseo que tenga de dormir.

Martínez, devorado por la impaciencia y queriendo huir de aquella excena conmovedora, habia salido á la tranquera á esperar el médico.

Era mas de media noche y le parecia imposible que estuvieran lejos.

Esque Martínez no calculaba que el doctor Rossi no podia andar con la celeridad de su peon, y que con él ya la jornada no era cuestion de buenos caballos, sino de poder resistirla.

Su peon llevando caballos abundantes y buenos bien podia haber galopado á razon de cuatro leguas por hora, pero el doctor Rossi no podia hacer lo

mismo por mas que se apurara y mas deseo que tuviera de ganar tiempo.

Y la impaciencia lo ganaba, calculando la justa desesperacion en que estarian sumidos los jóvenes.

Y no es esto lo peor, pensaba, sino que todo este esfuerzo vayo á ser inútil y que ni la misma imputacion del brazo sea suficiente para atajar la gran-grena.

Y mientras Márcos y Cecilia se entregaban á aquellas íntimas expansiones con Manuel, él se estuvo paseando frente á la tranquera, como si con su presencia allí fuera á apresurar la marcha del médico que esperaba.

Por fin cuando empezaba á pensar en alguna des-gracia sucedida á su peon mensajero, sintió el rumor lejano de un grupo de caballos.

Seria su médico y su peon, ó seria alguno de tantos grupos que frecuentemente pasaban por Goya?

Martínez escuchó con ansiedad: el rumor aumentaba siempre, lo que significaba que aquellos caballos venian en direccion á la Estancia, y á aquella hora, solo su peon podia venir.

Poco tiempo mas de duda tuvo Martínez, pues al cuarto de hora los caballos estaban cerca y sus frecuentes y alegres relinchos le decian que aquellos animales eran de la casa.

El único peon con tropilla que andaba afuera, era el que mandó en busca de Rossi: entónces no podia ser otro.

Los perros de la casa saltaban á su lado alegremente y sin ladrar, prueba evidente de que habian conocido á los caballos y á los ginetes.

Cuando éstos se acercaron á la tranquera ya no hubo lugar á la menor duda, pues sintió la voz del peon que decia al que venia con él:

—Deben estamos esperando con apuro porque veo luz en la pieza del patron.

—Vaya! exclamó Martínez alegremente, creí que nunca ibas á volver!

—He andado por el aire, patron, respondió el paisano echándose al suelo; lo que hay es que la vuelta ha sido media lerdá porque el compañero doctor no ha podido hacer la jornada de un tiron.

Martínez entretanto se habia acercado á su amigo estrechándole la mano afectuosamente y disculpándose por haberlo incomodado de una manera inusitada y con aquel apuro, porque se trataba de la vida de un amigo, en serio peligro.

Empezaba ya á amanecer y á sentirse en el campo ese movimiento típico de animales y de gente que caracteriza la madrugada.

—No pensemos en mí, respondió Rossi con una graciosa media lengua, puesto que se trata de un caso urgente en el que no puede perderse tiempo.

Ya sabe que usted nunca puede incomodarme y que puede disponer de mi como de un hermano.

—Ya lo sé amigo mio, y por eso lo he hecho: trae sus instrumentos?

—Traigo la caja de cirujia con todo lo necesario menos cloroformo, porque no tengo, lo que es

un inconveniente si se trata de una operacion dolorosa.

—Es sensible, pero no importa porque se trata de un valiente, respondió Martínez, vamos allí.

Y tomando la caja de su amigo empezó á caminar lentamente hácia la casa, mientras le esplicaba lo que sucedia con sus menores detalles.

A los pocos pasos se encontraron con Márcos que venia hácia ellos.

El joven habia sentido la llegada de gente y las conversaciones y sospechándose que el recién llegado debia ser el médico que esperaban, salló á su encuentro lleno de ansiedad.

—Qué tal? preguntó Martínez despues de presentar uno al otro.

—Mal, muy mal me parece: está sumamente caído y el brazo le duele de una manera insoportable.

Y en el temblor de su voz se revelaba cuan agitado debia estar su espíritu.

—Vamos á ver, vamos á ver dijo Rossi, tal vez no se haya perdido nada mas que un poco de tiempo y aun podamos hacer mucho de bueno.

Los tres entraron entónces á la habitacion donde se hallaba Manuel, quien hizo un movimiento para incorporarse en la cama, movimiento que le arrancó un quejido, sin que pudiera incorporarse.

No se mueva amigo, no se mueva, exclamó Rossi en su graciosa media lengua: pronto le vamos á aliviar sus dolores.

—O pronto me voy á aliviar yo mismo respondió Manuel con entereza, porque me parece que esto no es negocio muy largo que digamos.

Y mientras el médico se acercaba, Cecilia se retiró de la cama ahogando el llanto que la sofocaba.

—Mientras ustedes se quedan aquí á curarlo, dijo ella á Márcos, yo me voy á llorar un poco afuera, porque siento que el llanto me ahoga á pesar de todos mis esfuerzos.

Si me necesitas llámeme, hermano.

—No te aflijas Cecilia: con médico á la cabecera la situacion cambia de la muerte á la vida: no te aflijas y llora, llora para aliviar el corazon de penas.

—Dios te oiga Márcos, pero me parece que Manuel está perdido: la angustia que siento en el corazon me dice bien claro que Manuel se va á morir.

Y sofocando el llanto que sus propias palabras habian aumentado, se alejó rápidamente mientras Márcos, tan aterrado como ella, volvia al lado de la cama de Manuel, donde ya Rossi procedia al reconocimiento de la herida.

Bastó al práctico cirujano ver la mano del herido, para hacer un gesto de profundo disgusto.

El peligro debia ser inminente cuando no habia podido contener aquel gesto revelador.

—Son las ligaduras, dijo, son esas bárbaras ligaduras las que han ocasionado todo esto: la circulacion ha faltado y el brazo privado de vida y como

un brazo muerto, ha sido atacado rápidamente por el tétano.

Veamos, veamos; y descubrió todo el brazo para examinarlo hasta el hombro.

Márcos seguía todos los movimientos de aquel semblante inteligente, espionando en él la verdad que el médico no había de decirle con la franqueza que hubiera deseado.

Pero pasada la primera impresión el cirujano se había dominado y temiendo que el enfermo fuese á conocer su estado por una indiscreción de su semblante, lo había obligado, puede decirse, á una indiferencia glacial.

El peligro debía ser grande, porque aquellas pintas negras que tanto alarmaron á Martínez desde que las vió, habían invadido el brazo hasta el hombro.

Indudablemente, si el cirujano hubiese tardado unas horas más, ya toda imputación habría sido inútil.

Manuel se había dejado remover el brazo, todo el tiempo necesario, sin lanzar la menor queja, aunque al ser tocado, por más delicadeza que usara el médico, lo hacía sufrir de una manera inmensa.

—Que le parece? preguntó Manuel de una manera extraña; no hay lugar á equivocarse aquí, pues parece que mi brazo está tan muerto como yo mismo ó mejor dicho, que yo estoy tan muerto como mi brazo.

—No es exacto, dijo el médico con la mayor naturalidad, puede ser que el brazo se pierda, que sea necesario cortarlo para salvar el cuerpo, pero usted no corre igual peligro.

Y era tan natural y franca la expresión del cirujano, que Márcos mismo empezó á alimentar alguna esperanza.

—Por lo pronto, agregó, es preciso darle un poco de coñac ó de vino, porque el enfermo está débil á causa de no haberse alimentado, sin duda y por la pérdida de sangre que habrá tenido.

Y se retiró seguido de Márcos y Martínez á quienes hizo una leve seña.

Márcos llamó á Cecilia para que cumpliera la prescripción del médico, consolándola con el diagnóstico que éste acababa de hacer.

—No tenga cuidado señorita, añadió el cirujano: lo peor que puede suceder á su herido es la pérdida del brazo.

Y como Márcos, la joven sintió desaparecer sus temores ante aquella palabra tan franca y tan naturalmente cariñosa.

Y se fué al lado de Manuel con una botella de coñac que le pasara Martínez.

Manuel que había escuchado cuanto hablaban la recibió sonriendo y con una expresión llena de cariño.

Parecía que el médico hubiera alejado también de su espíritu la idea de la muerte, pero no era así.

Manuel estaba convencido de que se moría, pero disimulaba para no afligir más á sus hermanos y dejarles aquel consuelo momentáneo.

Para que había de mortificarlos, si de todos mo-

dos según creencia poco les había de durar aquella tranquilidad?

Entre tanto los tres hombres se habían retirado á hablar á donde nadie pudiera oírlos, sobre todo Cecilia y Manuel.

—Es necesario que yo hable con franqueza dijo el cirujano porque considero que en ciertas situaciones no debe ocultarse nada.

Ante estas solas palabras Márcos palideció densamente presintiendo un mal pronóstico.

—Perdone mi rudeza, añadió el cirujano notando el efecto que sus palabras hacían en el joven, pero hay que decirlo todo, por lo que pueda importar al mismo enfermo, puesto que es usted quien resuelva lo que ha de hacerse.

—Hable no más como si hablara con un indiferente y no haga caso de las impresiones que yo pueda sentir.

—Bueno el caso es sumamente grave porque el tétano ha bajado mucho.

Ayer, anoche mismo, yo había dado toda seguridad de vida, amputando el brazo: hoy no sucede lo mismo, porque la gangrena puede pasar al cuerpo, si es que no ha pasado ya.

La amputación del brazo es necesario hacerla sin pérdida de tiempo, pero yo ya no puedo garantizar su éxito, ni abrigo esperanzas de que la tenga.

Por eso decía que ya con usted debía ser dolorosamente franco, pues es usted quien ha de resolver si se hace ó no la amputación.

Martínez escuchaba su silencio, abatido por la profunda pena que se traslucía en el semblante varonil y expresivo de Márcos.

—Si el brazo no se amputa la muerte es inevitable, el caso está perdido, dijo Márcos.

—Si no se amputa el brazo el caso es pronto y necesariamente mortal, respondió el cirujano.

—Si se amputa, no hay seguridad de vida, volvió á decir el joven, pero hay mayores esperanzas.

—Si se amputa, yo no puedo garantizar que el caso se salvará, volvió á decir el cirujano, pero tampoco puedo asegurar de una manera absoluta que se pierda: puede salvarse porque hay más tiempo para evitar la propagación del mal.

Hay una esperanza sin otra seguridad que la de prolongar un poco la vida.

Es usted pues, quien debe decidir si se hace ó no la amputación, desde que conoce los resultados buenos y malos que puede tener.

—No hay que vacilar entonces, dijo Márcos reueltamente, más, desde que no se puede perder tiempo.

Ampute usted el brazo y que Dios lo ayude en sus resultados.

—Es preciso tener presente que la operación va á ser sumamente dolorosa, porque yo no traigo cloroformo ni sé de donde sacarlo.

—Oh! no importa! Manuel tiene un corazón bien templado y no es el dolor lo que puede intimidarlo, ya verá usted como lo sufre!

—Pues vamos á decirle lo que se ha resuelto, pues ya se ha perdido mucho tiempo.

Y los tres volvieron al lado del herido, que con

el coñac que le diera Cecilia se había entonado mucho.

—Hermano querido, le dijo Márcos, sin andar con rodeos, todas las bromas te han caído hoy mismo y es preciso que te conformes ya que no hay otro remedio.

—Que me voy á morir? preguntó el jóven con la mayor seriedad—eso lo sé yo desde anoche y no me toma de nuevo.

—No es eso hermano, al contrario: para evitar la muerte, es preciso que te resuelvas á hacerte cortar el brazo: es el único medio de curarte, porque desgraciadamente el brazo está ya perdido y en un estado que compromete la vida.

—No creo que el remedio sea eficaz, porque la muerte la siento dentro de mí, respondió el jóven con la misma tranquilidad, pero si ustedes creen lo contrario, que corten no mas, siempre es un recurso.

De todos modos no he sentir mayor dolor que los que estoy sintiendo desde ayer.

El cirujano trajo su caja y empezó á preparar rápidamente sus instrumentos.

Todos guardaban el mayor silencio, silencio interrumpido solo por los sollozos y el llanto sofocado de Cecilia.

—No llores hermanita, porque entónces me voy á entristecer, dijo Manuel cariñosamente.

Es un dolorcito mas, pero un dolorcito provechoso puesto que me va á salvar la vida, no llores y anda tomó un mate mientras me curan con eso 'puedes darme otro á mí cuando esté curado.

—Déjame aquí, que puedo ser útil para algo.

—Al contrario, señorita, es mejor que usted se retire para que el enfermo quede en mayor libertad: pronto vamos á concluir y consuélase pensando que esta operacion es la vida de su hermano.

Márcos acompañó á Cecilia hasta afuera, consolándola con algunas palabras cariñosas y regresó al lado de la cama, donde el cirujano tenia ya todo preparado.

Márcos y Martinez tendrian que ser los ayudantes á lo que se resolvió el primero con profunda pena, pensando que en la Estancia no habia otra persona capaz de reemplazarlo.

Y el pobre Manuel sonreía ante aquellos preparativos que hubieran aterrado á cualquiera, aunque no le estuvieran destinados.

Era un valiente en toda la expresion de la palabra.

El cirujano ligó el brazo y la amputacion empezó con toda la rapidez posible, haciendo sufrir á Manuel inmensamente, no por la amputacion, sino porque cualquier movimiento que se le impusiera al brazo, le hacia sentir mas dolores que los de la amputacion misma.

El corte del hueso y las costuras fué lo que mas hizo sufrir á Manuel, que durante toda la operacion no dejó escapar la mas leve queja, dejando asombrado al cirujano mismo, que decia no haber visto nunca un valor moral semejante ni un espíritu tan fuerte.

—Esto no es nada, decia el jóven, porque al fin y al cabo un brazo vale bien poca cosa.

Ya me verá usted mañana ó pasado, cuando llegue el mal momento como lo paso de igual manera.

—Es de esperar que no llegue, respondió el cirujano, comprendiendo la alusion del jóven; para evitar que llegue, precisamente, es para lo que hemos cortado el brazo.

Manuel sonrió mientras Rossi hacia los últimos arreglos y dijo á Márcos que pálido y desencajado no se le habia separado un momento:

—Seguro que mas me duele tu afliccion y la de la pobre Cecilia, que todo lo que puedo yo sufrir.

No puedo verte con esa cara de pena: ríete caramba, ríete!

Y fué tan juguetona la inflecion con que dijo estas palabras que todos rieron á pesar suyo.

Parecia imposible que á aquel hombre acabaran de amputarle un brazo,

La operacion habia durado hora y media que fué para Manuel hora y media de terribles sufrimientos.

El doctor Rossi mandó dar á su enfermo un poco de café ó té con cognac, retirándose del lado de la cama.

Ya era tiempo tambien que él se entregara al descanso, pues estaba destroncado con el galope de aquella noche.

Churrasquéo un momento y se entregó al reposo, operacion con que lo invitó Martinez que llevaba ya dos malas noches.

Como Manuel se durmiera tambien, mas aliviado de los sufrimientos y fatigado por estos mismos, Márcos tendió cama al lado de la del enfermo y se recostó á cuidarlo, despues de obtener de Cecilia que hiciera lo mismo.

La pobre jóven que creia que aquel remedio heroico aseguraba la vida de su hermano, su habia tranquilizado muchísimo, alimentando mil esperanzas de salud.

Los dos peones de Martinez, aquellos en quienes tenia mayor confianza, velaban el sueño de todos, colocados en puertas estratégicas desde donde podian ver con seguridad y á gran distancia, cualquier grupo ó ginete que de la ciudad viniera á la Estancia.

A la hora de la siesta ellos despertarian á Martines quien los relevaria para que descansaran á su vez y volvieran al puesto de vigilancia.

Cuando Martinez se despertó á esa hora; enfermo y enfermeros dormían profundamente el sueño reposador de que tanto necesitaban.

El doctor Rossi hacia lo mismo, con una placidez que causaba envidia.

El pobre descansaba el galope mas rudo que habia pegado en su vida.

Era ya un poco tarde cuando Manuel fué el primero en despertar, despertando tambien sus hermanos al primer movimiento que hizo.

El enfermo tenia mucha fiebre y sus dolores habian vuelto á mortificarlo con la misma intensidad que antes.

Entónces Martínez despertó á Rossi que vino

á examinarlo, encontrándolo segun dijo, en buenas condiciones.

Le preparó él mismo un calmante del botiquin que habia llevado y dijo á sus hermanos que se encontraba en mejores condiciones y que los dolores que sentia no eran sinó los dolores naturales de la amputacion.

Pero otra cosa dijo á Martinez cuando se retiraron de la pieza.

—No he descubierto la hcrida, porque es inútil, segun creo.

Harto me dicen la fiebre y los dolores que se han declarado: luego examinaré el hombro y podré hablar con mas seguridad.

—Y cree acaso que no está en buenas condiciones el enfermo?

—No es que lo temo sinó que creo tener la seguridad.

La amputacion se ha hecho demasiado tarde y cuando la gangrena estaba ya arriba del paraje donde he cortado.

Para mi es un caso perdido, aunque uno no debe perder toda esperanza mientras haya vida en el enfermo, porque he visto muchas casualidades y he visto volver á otros desde mas lejos, qué diablo!

Se hará todo lo que esté á mi alcance en estos casos, aunque no es mucho lo que hay que hacer.

Lo alimentaremos todo lo posible para reponer las fuerzas perdidas y combatiremos el tétano por todos mis recursos.

Manuel descansó todavia algunas horas, pero á la noche los dolores cargaron y la fiebre aumentó de una manera alarmante.

Márcos estudiaba la fisonomía del médico, espian-do en ella las impresiones mas escondidas, pero el cirujano nada dejaba traslucir en su semblante inteligente y reservado.

Dos veces habia descubierto el hombro, apercibiendo la segunda unas ligeras manchas negras hácia el cuello, que le hicieron fruncir el ceño á pasar de su propósito en mantenerse impacible.

Para Márcos que no lo perdía de evista un solo instante, aquello fué mas elocuente que cuanto pudieran decirle.

Asi es que cuando Rossi salió de la pieza, se le acercó y como si respondiera al pensamiento del cirujano, le habló así:

—Veo que es inútil hablar y que Manuel está perdido: le ruego que sea franco amigo y que no me haga abrigar esperanzas que me seria doloroso perder despues.

—No me doy aún por vencido, pero el caso es muy grave, el tétano ha vuelto á aparecer donde ya no es posible amputar, y si no cede, sinó se detiene por lo menos, creo que no habrá que hacerse ilusiones y que tendremos que conformarnos con la suerte.

Márcos guardó silencio, sofocado por la pena y no volvió á preguntar mas nada, dedicándose á consolar á Cecilia y fortalecer su espíritu lo mas que le fuese posible.

Cecilia era valiente, tan valiente como él mismo, y se sobrellevaria aquel rudo golpe que los esperaba con toda la resignacion posible.

Aquella noche fué terrible para el herido: la fiebre aumentó hasta el delirio y los dolores no le dieron un momento de reposo.

—Es inútil luchar, decia este, que comprendia claramente su estado: es mejor que me dejen tranquilo, porque esto no tiene remedio—lo único que yo pido al médico es que me alivie estos dolores brutales para poder siquiera morir en paz.

Son los mismos dolores que sentia en el brazo y que ahora se me estienen hasta la cabeza.

Del brazo se me fueron porque lo cortaron, pero como no es posible cortar la cabeza, no hay mas que conformarse y tener paciencia.

Yo no hago falta en el mundo, qué diablos! mi vida no es necesaria á nadie como la tuya Márcos, á quien queda todavia una carga por quien velar! puedo pues, morir en paz y contento.

Márcos todavia quiso tranquilizar á Manuel, dándole seguridades de salud, pero todo fué inútil porque el jóven presentia su fin no muy lejano.

—Mo te esfuerces en darme esperanzas que tú mismo no tienes, ni quieras engañarme porque yo no es posible.

Ya sabes que no le temo á la muerte, que no he de morir desesperado y tratando de resistirme al destino.

Estoy tranquilo y si algun pesar tengo es el que voy á causarles á ustedes con mi muerte.

Ócupate de consolar á Cecilia y vé si la sacas de aquí, porque para ella el golpe va á ser mas rudo, porque ella no sabe lo que nosotros sabemos y la muerte mia la va á sorprender en medio de sus esperanzas.

Y te se aseguro que si la viera á mi lado sufriendo las angustias de mi muerte, entónces si que pasaria yo un momento amargo.

Una vez que Manuel estaba convencido de su estado, Márcos no insistió mas en hacerle creer lo contrario y se dedicó como él le habia pedido á consolar á Cecilia, é irla preparando suavemente para el momento fatal.

Cecilia habia creido al principio que con la amputacion del brazo no habia ya nada que temer, pero cuando vió que los dolores reaparecian y que Manuel seguia en la misma postracion empezó á perder todas sus esperanzas.

No dijo nada por no amargar mas á Márcos que tal vez no tenia su mismo modo de pensar.

Asi es que la conformidad que mostraba era fingida, pues su desesperacion léjos, de ceder aumentaba de momento en momento.

Cuando Márcos vino á hablarla diciéndole que el médico conservaba sus buenas esperanzas, ella se echó á llorar y abrazándose á Márcos le pidió que no la engañara mas, pues con ello, léjos de proporcionarle un consuelo no hacia más que aumentar su pena.

—Manuel se muere, le dijo, lo sé tambien como tú y como él mismo que comprende su situacion desesperada.

Márcos no tuvo mas remedio que limitarse á consolar á Cecilia que hiciera uso de toda su fortaleza al lado de Manuel, para hacer menos desesperante su muerte.

—El me lo ha pedido así, dijo, tu eres valiente y podrás domínarte para que el pobre muera con su espíritu tranquilo.

Todos no pensaron así, sinó en endulzar los últimos momentos del pobre jóven, que parecia agradecerles con sus frecuentes sonrisas aquella conformidad tranquila.

De cuando en cuando llamaba á su lado á Márcos y Cecilia y les trechaba la mano cariñosamente permaneciendo así largos momentos.

Era imposible tener tanta conformidad en momentos tan solemnes.

—Muchos hombres bravos he visto muy cerca de mí, decia Rossi á Martínez, pero confieso que el valor de este jóven, me asombra.

La muerte de Manuel se preparaba de una manera lenta y desesperante, desesperante sobre todo, por los dolores bárbaros que, léjos de disminuir, aumentaban siempre.

El siguiente dia lo pasó en medio de dolores tan insoportables, que una vez le pidió á Márcos le prestara una pistola para descensar de una vez porque estaba cansado de sufrir.

La gangrena empezó á invadir rápidamente, los miembros empezaban á perder su soltura y la sangre á ponerse torpe: era el principio de la muerte por el tétano, cuya agonía tremenda se declaró aquella noche.

Terrible y larga agonía en que la vida se rinde en medio de dolores tremendos!

Manuel no hablaba ya: su boca se habia apretado y la lengua no jugaba, pero los ojos habian adquirido una elocuencia suprema.

Todos habian rodeado su cama, y mudos por el dolor y la angustia seguian los minutos de aquella agonía terrible.

De cuando en cuando Cecilia se separaba del lecho y se iba afuera unos minutos.

La pobre jóven iba á desahogar un poco su pena llorando donde Manuel no pudiera verla ni sentirla.

Y cuando lograba dominar el llanto, enjugaba los ojos y volvía al lado de la cama del moribundo á prodigarle sus íntimas y ardientes caricias que Manuel agradecía con miradas llenas de cariño y haciendo afluir á sus ojos todos los reflejos de su espíritu noble y bondadoso.

Por fin, á la madrugada se empezaron á notar en el jóven frecuentes convulsiones.

El brillo poderoso de sus ojos se fué apagando lentamente y la presion de su mano se hizo mas leve.

La muerte se acercaba rápidamente.

El jóven hizo varios esfuerzos como si quisiera hablar, pero convencido de la inutilidad de estos, se dejó estar quieto y solo halló en la elocuencia de sus ojos que no se movieron ya de la direccion donde estaban Márcos y Cecilia, y si los cerraba de

cuando en cuando, era tan solo para ocultar el dolor que podía asomar á ellos.

Quería ahorrar á sus hermanos todo el dolor posible, pero demasiado tendrian con el que les produciría la muerte misma.

Las convulsiones fueron cada vez mas violentas, hubo un momento en que cruzó por sus ojos una expresion de desesperacion suprema y quedaron inmóviles y como fijos en el vacío.

Todo habia concluido.

Un sollozo supremo partió del pecho de Cecilia, quien cayó de rodillas delante de la cama y empezó á llorar de una manera desconsoladora.

Márcos dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho y permaneció así inmóvil y abismado, vencido por el dolor que le causara aquel golpe tan rudo.

—Conformidad, amigo mio, conformidad, le dijo al fin Martínez golpeándole en el hombro y arrancándolo á sus pensamientos.

La vida no es eterna, y alguna vez tiene que concluir.

—La conformidad viene naturalmente, cuando lo que hiere es la mano de Dios: pero cuando es el crimen que nos arranca una existencia precisa, no hay conformidad posible.

Todas las fuerzas se las lleva la indignacion y el deseo de la venganza.

Y Márcos alzó su mirada magnífica, animada por una expresion terrible.

—Yo tendré conformidad, dijo, toda la conformidad que es posible tener ante semejante desgracia, pero será cuando haya cumplido con mi deber vendiendo á Manuel.

Es preciso que yo lo vengue, no solo para satisfaccion de mi conciencia, sinó para que estos bandidos vean que ciertas cosas no pueden hacerse impunemente y que siempre hay un castigo aún para los que se creen mas seguros.

Y era tal la resolucion que habia en el acento y el ademan de Márcos, que Martínez juzgó inútil hacerle la menor reflexion para disuadirlo, limitándose á decirle:

—Piense amigo que todavia tiene por quien vengar en esta vida y que la desgracia que á usted le sucede puede caer de rechazo sobre una cabeza querida.

E indicó con el ademan á Cecilia que seguía llorando abrazada del cadáver de Manuel.

—Pienso en todo y en ella tambien, pero tengo la conviccion profunda de que Dios ha de ayudarme en mi tarea de justicia y que he de poder vengar á Manuel sin que ella sufra las consecuencias de mi venganza.

Y enterrecido por aquel cuadro de dolor que presentaba la cama del muerto, Márcos se acercó á Cecilia y la miró dulcemente.

—Es necesario hermana mia que hagas fuerza de voluntad para no dejarte ganar por la desesperacion, le dijo, puesto que con esto nada ganarás ni podrás remediar.

Piensa que eres tú lo único que me queda en este mundo tan ingrato y que si llegas á enfermarte de

gravedad no habría para mi mas consuelo que la muerte.

—Estoy resignada y fuerte, respondió Cecilia alzando su hermosa cabeza, no te aflijas: lloro para desahogar la pena, porquesinó me sofocaria, pero no me dejo ganar por la desesperacion.

Es muy triste lo que nos ha sucedido, muy terrible, añadió levantándose y se puso á llorar entónces en el pecho generoso de Márcos que la estrechó en su brazos apasionadamente, como si temiera que de allí fuera á arrancarla algun poder extraño.

Y él mismo que se creia fuerte contra las adversidades de la vida, sintió que sus ojos se humedecian y que las lágrimas le quemaban el semblante yendo á perderse en la espléndida cabellera de Cecilia.

Y para arrancarla y arrancarse de aquel cuadro de dolor, la fué arrastrando suavemente de la habitacion, hasta que la sacó al pátio.

Y allí estuvo consolándola largo rato hasta que consideró que el ánimo de la jóven estaba fortalecido.

El cadáver de Manuel fué vestido y velado toda aquella noche por los habitantes de la estancia.

Cecilia mas confortada y dominándose todo lo posible por no afligir mas á Márcos, lloraba silenciosamente, atendiendo la conversacion consoladora de Martinez y del doctor Rossi.

De cuando en cuando se levantaba, daba un beso sobre la frente helada de Manuel, acariciaba silenciosamente su cabeza gentil y volvía á sentarse al lado de sus amigos.

Un nuevo sentimiento la dominaba.

Habia leído algo terrible que se dibujaba en la mirada de Márcos y conociendo de lo que era capaz aquel espíritu valiente, temia que para vengar á su hermano se espusiera á algun peligro sério.

Esto la aterraba al estremo de hacerle olvidar su dolor para pensar en Márcos y el peligro que éste pudiera correr.

Al dia siguiente se trató del entierro de Manuel, y se resolvió hacerlo por el momento en la misma estancia.

Si lo llevaban al pueblo, era revelar á la autoridad lo que habia sucedido y descubrir á Martinez como amparador de unitarios, cosa que no era posible.

Era preciso enterrarlo allí mismo y de manera que nadie supiese que el jóven habia muerto y por consiguiente que allí habia estado oculto.

Se improvisó pues, un cajon como se pudo y se cavó una sepultura en el centro de un montecito.

Y allí fué enterrado el pobre jóven bajo la benediction de sus hermanos y de aquellos buenos y piadosos amigos.

Todos necesitaban reposar de las fatigas físicas y morales que les habia causado la enfermedad y muerte del jóven.

Asi es que cumplido aquel último y piadoso deber se recojieron á dormir, temiendo siempre Márcos que la violencia de las emociones sufridas, fuesen á enfermar á Cecilia.

Y esto tal vez hubiera sucedido si la jóven no hubiera estado distraida por el terror que le inspiraba Márcos.

El amor que ella sentia por Márcos era suficientemente poderoso para absorber todo otro sentimiento de su corazon, asies que solo pensaba en aquella cosa terrible que habia leído en la mirada de su hermano y que no se podia explicar.

—Oh! no lo dejaré mover de mi lado, pensaba y si no tengo poder suficiente para contenerlo, meiré con él.

Yo lo conozco, y es capaz de hacer cualquier enormidad.

Todos estos pensamientos y temores distrian á Cecilia de su dolor, sumiendo su espíritu en un dolor nuevo.]

Ya hemos dicho que por Márcos tenia la jóven una especie de adoracion.

Es que sin sospecharlo, sin darse cuenta de ello, además del cariño de hermano, puesto que se habia criado mirándolo como tal. Cecilia se habia enamorado de Márcos con todo el vigor de su espíritu impresionable.

La hidalguia del jóven, su valor temerario, esos mil cuidados delicadísimos que tenia con ella, habian hecho nacer una pasion de que al principio no se daba cuenta y que despues de la muerte del pobre Manuel empezaba á comprender.

Por esto es que á la idea de que Márcos pudiera correr algun peligro sério, temblaba de terror sintiéndose ecodebarde ella que no tenia miedo al peligro personal.

Márcos tenia sus sospechar de que para auscultarse de allí tendria que luchar con Cecilia y pensaba en los medios de resistir á sus ruegos y de engañarla, porque estaba resuelto á vengar á Manuel de una manera terrible.

Si el Alcalde aquel que sin motivo alguno y solo para pasar por guapo los habia asaltado y causado la muerte de su hermano, vivia, él se encargaria de matarlo.

Y en seguida buscaria al Juez de Paz y lo mataria tambien entre su propia gente, pero no de la manera cobarde y desleal que mataban los federales, sinó frente á frente y con peligro de su vida como era capaz un Monges.

El solo habia prometido á Manuel allá en su pensamiento, el jóven debia haber leído en sus ojos esta promesa, y era preciso cumplirla á toda costa ó perecer en la empresa.

Y aquí venia la parte amarga de sus pensamientos.

¿Qué seria de Cecilia si á él le sucedia una desgracia? quién velaria por la jóven que quedaria abandonada y librada á su destino?

Pero no era posible que Dios lo abandonara en aquel trance é hiciera caer todo aquel cúmulo de desventuras sobre la inocente jóven.

Dios me ayudará, pensaba, y sentia que en aquella

lucha era invencible, porque con él estaban la razón y la justicia.

A Cecilia la engañaría, y si no podía engañarla, la convencería, mostrándole toda la razón que tenía para obrar así.

Adoptada esta resolución se entregó al sueño, no solo para descansar de las pasadas fatigas, sino para estar fuerte en la ruda lucha que iba á emprender.

Al día siguiente Márcos perfectamente descansado y resuelto buscó á su amigo Martínez cuyo noble espíritu conocía en todas sus manifestaciones y le comunicó sus planes y su resolución inmovible para realizarlos.

—Tengo la conciencia de que me irá bien, le dijo, siento que mi venganza será cumplida y que yo podré saborearla de lejos de todo peligro.

Pero es bueno ponerse en todos los casos y prever hasta lo imposible.

Si por casualidad me sucede alguna desgracia, si muero en mi empresa, he contado con usted de antemano, no para que se ocupe de mi ni se comprometa ayudándome, sino para que me ampare á Cecilia, que va á quedar huérfana en el mundo y sin tener quien vele por ella.

Ella es demasiado valiente para atender por sí sola á la vida y buscarse la subsistencia, pero no es esto solo.

Sobre ella se van á estrellar todos los ódios que nosotros hemos levantado contra la federación, la van á perseguir con mas encono que el que han empleado para perseguirnos á nosotros, porque la verán sola y desvalida, y es en este sentido que yo se la recomiendo, para que la mantenga oculta en su casa y la proteja mientras dure esta horrible tiranía.

Esto puede durar ya mucho, amigo mio y al gun día el partido de la libertad hundirá esta situación bárbara y los hombres de bien podrán vivir tranquilos.

Puedo contar con usted para la ayuda que le pido?

—Lo que usted me pide no vale nada, mi amigo, repuso Martínez noblemente—su hermana estará aquí en su casa, y ayudada por mi en todo, en quien hallará un padre, puesto que por miedo no puedo ofrecérmelo como hermano.

Yo velaré por ella como velaría por una hija, de esto puede estar usted seguro.

Pero no se trata de eso porque antes hay que evitar que usted haga una locura.

Yo no digo que usted no venga la muerte de Manuel, puesto que su corazón lo empuja á ello, pero sí sostengo que debe esperar una situación mas favorable.

Ahora esa gente está fuerte y todo lo tiene de su lado.

Ir á luchar contra ella es ir á estrellarse la cabeza contra la pared.

Matar á cae Juez de Paz será para que venga otro mil veces peor, mas enconado y prolongue una lucha en la que mas tarde ó mas temprano usted ten-

drá que perecer sin haber adelantado nada y dándoles el placer inmenso de hacerse degollar.

Deje que ellos vacíen en el poder, deje que empiencen á perder su estabilidad y entónces usted podrá vengarse de una manera mas segura y sin esponerse á una desgracia irreparable.

Piense á un amigo mio que una nueva desgracia en esta situación, tal vez costaría la vida á su hermana que tanto le interesa, porque no podría sobrelevaria.

—Todo lo he pensado antes de hablar á usted, por eso es que mi resolución es inevitable.

Ellos tienen que caer sobre el cadáver aun cubierto de Manuel y nada puede salvarlos.

Que yo pueda morir? paciencia—la vida no es eterna, pero antes de morir ellos han de caer bajo los golpes de mi mano, eso yo se lo aseguro á usted sobre mi vida.

No insista pues, se lo ruego, en disuadirme de mi propósito, porque seria inútil—es cosa resuelta de una manera inmovible.

No quisiera además gastar con usted las fuerzas que voy á necesitar para convencer á Cecilia, con quien estoy seguro que tendré que librar una batalla.

Martínez tuvo aquí una esperanza: lo que él no conseguía tal vez lo conseguiría Cecilia que tenía para Márcos una arma mas poderosa: el cariño.

Hombre de mundo, Martínez comprendía que entre los jóvenes había algo mas que el cariño de hermanos adoptivos y con esta gran fuerza contaba para disuadir á Márcos.

Pero no contaba con la asombrosa firmeza de carácter del joven, que cumpliría á pesar de todo, aquella promesa muda que decía haberla hecho á Manuel moribundo.

Ni Cecilia ni nadie le haría renunciar á su resolución, puesto que él habíala adoptado, según decía, despues de haber pensado en todo y haberse sondeado el corazón para estudiar las fuerzas con que contaba para resistir á Cecilia.

Martínez renunció pues, á disuadir á Márcos y éste abordó resueltamente á Cecilia, tratando de engañarla en sus propósitos y de convencerla que iba á hacer una diligencia que no ofrecía el peligro mas remoto.

—Yo me ausento por unas horas hermana, porque es preciso que sepamos con certeza lo que la autoridad medita sobre nosotros y si sospecha donde estamos.

Yo no puedo abusar de este amigo hasta el extremo de comprometer sus intereses y su vida y es preciso que busque tambien donde trasladarnos.

Está noche ó mañana á mas tardar estoy de vuelta y entretanto tú estarás aquí con la mayor seguridad.

Cecilia levantó dulcemente sus ojos al semblante de Márcos y le dijo:

—No te vayas: no te vayas Márcos porque yo no voy á estar tranquila ni puedo estarlo mientras tú no no estes á mi lado.

Tú no vas á lo que me dices solamente, tó vas á provocar algun conflicto para hacerte matar y yo no quiero que hagas locuras.

Basta con lo que nos ha sucedido, Márcos, no tenemos mas á Dios.

—Pero no seas niña, yo no voy á buscar ningun conflicto sinó simplemente á hacer lo que te he dicho.

No podemos estar aquí, toda la vida, harto hemos abusado ya y hasta hemos comprometido á este amigo.

Es menester que nos vamos de aquí y para esto es preciso que yo me busque donde estar.

—Lo harás despues: por cuatro ó cinco dias que permanceamos aquí no hemos de causar el menor perjuicio, ahora te pido que no salgas.

—Pero no seas niña Cecilia, yo tengo que ir al pueblo á tomar informes sobre la autoridad y lo que piensa hacer.

Cómo quieres que me quede aquí, cuando pueden descubrir nuestra guarida y traernos un asalto, no ya á nosotros solos sinó á nuestro amigo que matarian, pues quedaba probado que nos habia amparado.

Es preciso que yo busque donde podamos estar sin peligro y sin comprometer á nadie: esto es lo razonable, Cecilia y no hay mas remedio que someterse.

La fisonomia de la jóven cambió de espresion por completo, sus ojos se fijaron en Márcos con una intensidad portentosa, su semblante se animó de una manera sombría y tomando á Márcos de un brazo le dijo:

—Ya vas á vengar á Manuel, y por consiguiante á esponerte á que te maten y esto es lo que no quiero, entiendes?

—Pero de donde has sacado ese disparate? porqué dices semejante cosa?

—Lo he sacado de mis ojos que miran hasta el fondo de tu alma, me lo ha dicho mi corazon que se ha encogido al presentir un nuevo peligro.

Yo conozco Márcos hasta el último pliegue de tu espíritu y nada puedes ocultarme.

Ahora mismo estoy viendo en tus ojos la resolucion de venganza que te anima por completo y qué te domina: basta de desgracias Márcos, yo no quiero que te espongas.

—Pero hija mia es preciso que seas razonable, respondió Márcos, asombrado de la claridad con que Cecilia leia en su espíritu; mira que te equivocas, que yo no voy á hacer otra cosa que la que te he dicho y que es preciso que lo haga: no hay remedio.

Otra cosa seria pagar de una manera indigna la hospitalidad que se nos ha dado.

— Bueno, entónces yo iré contigo, asi no tendré que desesperarme en una angustia suprema.

—Estás loca? entónces cortarías toda mi accion y me espondrias á mil peligros obligándome á andar lleno de angustias y de miedo por lo que pudiera sucederte.

Es preciso que seas razonable, Cecilia y que me

dejes ir contento porque sé que me esperas en seguridad.

Yo te prometo que mañana estoy aquí á primera hora, no lo dudes: es preciso que asi sea, Cecilia porque otra cosa no es posible.

Y el semblante de Márcos adquirió cierta serenidad á la que la jóven no estaba habituada.

—Bueno, respondió tristemente, desde que asi lo quieres se hará, pero ya sabes que me dejas llorando hasta que vuelvas.

Otra cosa, Márcos—ya sabes que soy valiente y que no hay nada capaz de detenerme cuando se trata de tu vida amenazada: sabes ya de lo que soy capaz aunque no sabes hasta donde puedo dejarme arrastrar por la desesperacion.

Si mañana á la siete no estás aquí, yo me voy á buscarte á la Policia y de las tripas del Juez de Paz le sacó donde estás.

Ahora puedes irte, pero ya sabes lo que yo haré si te tardas, lo que quiere decir que si te espones á algun peligro me espones á uno idéntico y que la suerte que tu corras la correré yo tambien.

Y los magníficos ojos de Cecilia brillaron en una espresion valiente y resuelta.

No era posible dudar que haria cuanto habia dicho.

En vano Márcos trató de convencerla, en vano le dijo como por cualquier casualidad y á pesar de su voluntad podia detenerse, todo fué inútil.

—Te diría que no, respondió, te prometeria esperarte á que volvieras, pero seria mentira.

Á la siesta me pondria en camino hácia la policia para averiguar lo que ha sido de tí.

Para que te voy á engañar y decirte que haré una cosa que no podré esquivar?

Márcos no esperaba una resolucion semejante y quedó cortado.

Pero si la resolucion de Cecilia era inmutable, mas inmutable aún era la suya.

Y como tenia una estraña seguridad de cumplir sus proyectos con toda felicidad, aceptó aquella especie de condicion que su hermana le imponia.

Quiere decir que si no los podia realizar aquel noche, regresaria á la hora convenida aplazándolos para la noche siguiente.

Y separándose cariñosamente de su hermana ya sonriente como si fuera cierto cuanto le habia dicho, salió en busca de Martinez.

Márcos le refirió sin omitir un detalle cuanto habia hablado con Cecilia, y como le habia sido imposible convencerla, lo que provocó nuevos consejos de Martinez para que aplazara su venganza para un momento mas oportuno.

No hablemos mas en ese sentido, porque es inútil, contestó Márcos: voy á pedirle un último servicio, el mas importante de todos por que él importa la tranquilidad de mi espíritu, de que tanto necesito.

Si yo no estoy aquí mañan á la bora de la siesta, es porque una desgracia ó una casualidad imprevista me lo impide.

Cecilia es capaz entónces de montar á caballo y

hacer lo que me ha dicho; no tengo la menor duda.

Es preciso entonces que usted la entretenga todo el tiempo posible y cuando ya toda reflexion y engaños sean inútiles, que la retenga aquí por la fuerza.

De otro modo sería capaz de irse á la Policia y hacerse matar, porque Cecilia es mas valiente que el hombre mas resuelto.

—Difícil de cumplir es el encargo, por lo mismo que se trata de una persona tan resuelta, pero desde que no hay remedio y usted está resuelto á llevar adelante lo que yo llamo una locura, váyase tranquilo y seguro de que yo haré todo lo humanamente posible para que su hermana no se mueva de aquí hasta que usted no vuelva.

Márcos estrechó efusivamente la mano de aquel hombre generoso y empezó á hacer sus preparativos de marcha, que consistian únicamente en ensillar su caballo.

Pensaba no llevar mas armas que su sable y la mala pistola que le conocemos, pero Martínez lo obligó á llevar la misma pistola de dos tiros que le diera cuando fué á buscar á Cecilia.

Era una pistola de exelentes condiciones de tiro y de buen calibre.

Le ofreció tambien el mejor caballo de la estancia, pero Márcos prefirió el suyo, cuyas grandes condiciones conocia.

Su caballo habia descansado ya bien de sus pasadas fatigas, debia estar en magnificas condiciones.

Márcos se despidió de Martínez, como si fuera á dar "una vueltita" dió un beso á Cecilia que lo miraba de una manera intensa, y picó espuelas, partiendo al tranquito, con todo el alegre exterior del que va á dar un paseo agradable.

Nadie hubiera sospechado la tormenta que envolvia aquel corazon noble.

Recien cuando Monges dió vuelta el camino y los hizo con la mano la última señal de despedida, Cecilia se sintió abandonar por el valor que hasta entonces habia sostenido y rompió á llorar.

Pronto lo hemos de ver regresar y aquí voy á arreglarles dos buenas piezas para que puedan estar todo el tiempo que quieran.

—Márcos no quiere abusar, le dijo Cecilia, en lo que tiene razon y se apura en que nos vamos.

—Ustedes lejos de abusar me hacen un servicio, porque me acompañan en la vida solitaria que llevo.

Deje que vuelva Márcos, que todo lo hemos de arreglar.

—Si, pero la cuestion es que vuelva, respondió Cecilia, llorando con desesperacion creciente: Márcos ha ido á hacer algo de terrible, á mi no me lo puede ocultar, y esto es lo que me aflige.

Yo sé que él es valiente como ninguno, pero esto no quiere decir que no pueda sucederle algun accidente como el que nos ha arrebatado á Manuel.

Yo voy á sufrir de una manera horrible hasta ma-

ñana, y quiera Dios que despues de mañana no tenga que sufrir mas!

Márcos se fué directamente á la pulperia de un amigo unitario tambien, que estaba á unas dos leguas de allí.

Quería informarse antes con certeza de lo que pasaba en Goya para proceder con seguridad y no cometer una chabonada que fuera á dar al enemigo todas las ventajas.

El pensaba hacer algo de ruidoso, pero rdeándose de todas las precauciones tendentes á asegurar su golpe.

Su amigo que sabia todo el peligro que entrañaba el hecho de recibir á un salvaje reconocido como Monges, lo hizo entrar en el inmediatamente á donde nadie pudiera verlo, dándole en el acto todos los detalles y noticias que pudo necesitar.

El Juez de Paz habia mandado pedir socorro de tropa desde la noche que tuvo lugar el asalto y habian llegado cinco soldados que se agregaron á la fuerza de Policia.

El Juez de Paz habia hecho recorrer con patrullas todos los sitios de los alrededores donde podia haberse ocultado Monges con sus hermanos, hasta que se convenció que habian salido del Departamento de Goya, mandando pedir una captura á los departamentos vecinos.

De modo que en la Policia no habia fuerza temible, porque los soldados que no andaban de comision buscándolo, andaban de chasque.

El momento no podia ser mas oportuno para la ejecucion del plan que habia pensado Monges.

En cuanto al Sargento y al Alcalde que habia mandado el asalto á su casa, habian muerto al dia siguiente de resulta de las heridas, siendo esto lo que mas habia irritado al Juez de Paz, porque con aquel alcalde le llevaban su brazo derecho: era lo mismo que si en Buenos Aires Rosas hubiera perdido á Cuitiño su gefe de serenos.

Márcos se quedó en casa de su amigo, escondido para que nadie pudiera sospecharlo siquiera, y á la caida de la noche montó á caballo y se dirigió á la ciudad.

Era precisamente la hora en que todo empezaba á cerrarse, bajo el terror que inspiraba la federacion.

Las familias aterradas con los últimos sucesos cerraban sus casas á la tarde.

Los negocios lo hacian unas horas despues, no porque no desearan hacerlo sinó porque temian que cerrando temprano fueran á clasificarlos como sal vages unitarios.

El silencio á esa hora era general, no sintiéndose sinó los gritos y carcajadas de uno que otro borracho mazorquero que andaba por la calle.

Monges conoeia la ciudad y sus costumbres como podia conocerse á si mismo—conocia hasta el empleo del tiempo del Juez de Paz, al estremo de que sabia donde habia de encontrarlo á tal ó cual hora de la noche.

Era el Juez de Paz de Goya un mazorquero tre-

mendo y sanguinario, que contraía méritos con el Gobierno persiguiendo á sangre y fuego á los unitarios, despojándolos de sus bienes, que era la parte mas interesante, pues así se enriquecía el Gobierno á la par que se enriquecía él mismo.

Era un hombre valiente y resuelto, pero que no le gustaba mucho comprometerse en peligros personales por la federacion, porque habia empezado á tomarle el gusto á los placeres de la vida, refinados por la gran fortuna que habia improvisado en las estancias de los inmundos salvajes unitarios.

Toda aventura peligrosa la confiaba á sus subalternos de la Policia, mientras él esperaba tranquilamente su resultado, lo que no queria decir que no fuera capaz de meterse en asuntos peligrosos y jugar la vida á la par del mas bravo.

Habia ya dado muchas pruebas de su valor, por lo que no se preocupaba de lo que pudieran pensar si él no dirijía personalmente las capturas peligrosas.

Insigne calavera, empleaba sus noches en visitar las familias donde habia muchachas buenas mozas, llegando su afición á la farrá al extremo de que no se daba bailecito en las orillas del pueblo sin que él no estuviera presente.

Eso si, por el amor de una muchacha era capaz de meterse en cualquier pellejería y era precisamente por los desaires de Cecilia que detestaba á los hermanos Monges.

El hecho de que fuesen ó no unitarios ¿qué podia importarle?

Los perseguía á muerte y habia mandado asaltarlos, no solo por sus opiniones políticas, sino porque suprimiéndolos de entre los vivos, dejaba á Cecilia sin el menor amparo y á su completa merced.

Así la jóven voluntariamente ó por la fuerza tendria al fin que ceder y aceptar su amor repugnante.

Este Juez de Paz tenia sus preferencias por una familia que vivia frente á la plaza, familia compuesta de la viuda de un salvaje unitario degollado algunos años entes, dos hijas bastante hermosas y un hijo que no contaba entonces mas que diez ó doce años.

Como era natural, la viuda aquella detestaba con toda su alma á la mazorca que le habia arrebatado su marido, dejándola en medio de la mayor miseria y desamparo.

Pero aceptaba con muestras de placer las visitas del terrible Juez de Paz.

Qué otra cosa podia hacer aquella infeliz, en la situacion á que se hallaba reducida?

Portarse de otra manera habria sido para irritar á su enemigo que hubiera buscado su venganza, no contra ella, sino contra sus hijas y su hijo, que no eran otra cosa para la federacion que los hijos de un salvaje unitario degollado, es decir, seres desamparados entre los cuales se podria cometer toda clase de injurias en cumplimiento del deber federal.

La pobre viuda, devorando sus lágrimas muchas veces, recibia la visita diaria de aquel hombre, te-

niéndose por feliz de que no se le antojara otra cosa que visitarlas.

Y hacia todo lo posible por halagarlo y darle pruebas del mayor aprecio único medio de detenerlo en sus avances y de no darle lugar á que pretendiese otra cosa que una buena amistad.

Las muchachas alucinadas por la madre lo obsesquiaban de todos modos, lo seguian en sus bromas y le inventaban otras que el calavera recibia con la mayor satisfaccion.

Allí pasaba el Juez todas las noches, hasta las diez ó las once, hora en que se retiraba para asistir á algun bailecito ó á hacer una recorrida por las orillas, siempre solo, porque era hombre que no temia á nadie.

Esto lo sabia Monges como lo sabia todo el pueblo.

El Juez de Paz, aunque vestido de paisano, como acostumbra con frecuencia, llevaba siempre á la cintura su sable, símbolo de su autoridad federal.

Y no era cosa del otro mundo vérselo sacar en media calle, y dar con él una famosa paliza á cualquier compadron ó al ciudadano de mas copete que le hubiera faltado al respeto contrariándolo en alguna de sus grotescas pretensiones.

—Yo soy la única autoridad de aquí, decia, y el que no se me someta á buenas, se me someterá á garrotazos.

Y como con resistirsele no se conseguia otra cosa que hacerse degollar, cada cual aguantaba el chubasco como podia, felicitándose de que las cosas no pasaran de ahí.

Así procedieron todas las autoridades de la federacion, cosa que no estrañarán nuestros lectores que sabe que en el mismo Buenos Aires se vendian en carros y al grito de duraznos, las cabezas de los degollados la noche anterior.

Y aquel Juez de Paz, con tanto poder en Goya como el mismo Rosas en Buenos Aires, hacia temblar bajo su mirada á los hombres mas resueltos que no podian abandonar el pueblo porque habrian tenido que abandonar sus familias é intereses.

Solo los Monges se habian atrevido á alzar el gallo en Goya, sin que la autoridad, por temor, los persiguiera encarnizadamente.

Y á estos mismos ya hemos visto lo que les habia pasado.

Monges que conocia todos estos detalles, habia formado su plan de accion.

El queria matar al Juez de Paz, para vengar á Manuel, pero no queria matarlo como un asesino vulgar, al volver una esquina, y sin gran peligro, cosa que le hubiera sido facilisima.

El queria matarlo peleando con él, por lo mismo que era valiente y esponiendo su vida en la lucha, cosa dificil, pues el Juez de Paz no habia de aceptar una lucha semejante sino forzado por las circunstancias.

El sabia perfectamente que provocándolo de cierta manera y en casa de la viuda, por ejemplo, el Juez de Paz se habia de dejar arrastrar por la ira y por el amor propio y habia de aceptar entonces

pelear no solo con él sinó con cualquier otro enemigo mas terrible.

Al fin y al cabo él no era mas que un hombre como cualquier otro, el Juez de Paz era tan valiente como podria serlo él mismo tal vez, y no habia motivo para que aceptara un encuentro provocado de la manera que Márcos pensaba, y delante de muchachas á quienes el hombre hacia el amor y á quienes habia de querer mostrar su superioridad en todo.

Por eso es que Márcos esperaba pacientemente la hora en que el Juez de Paz debia de estar en casa de la viuda, para poder encontrarlo con toda seguridad.

Márcos conocia tambien el modo de pensar de aquella pobre muger y sabia que si recibia en su casa en carácter de cortesante al Juez de Paz, era por no comprometer la vida de sus queridas hijas y esponerse á las mil brutalidades consiguientes.

Ningun parage mejor que la casa de la viuda para ejercer su venganza y para provocar á su hombre.

Así siquiera dejaria el testimonio de tres personas en prueba de la manera como habia procedido y para que pudieran desmentir á los que dijeran que él habia tenido la menor ventaja ó que habia muerto á su adversario de mala manera.

Márcos estuvo esperando hasta que calculó que serian las nueve de la noche.

Y entonces se puso en camino hacia lo de la viuda, siempre atento para poder esquivar un mal encuentro que lo distrajera de su propósito.

La noche era espléndida y clara, pudiendo cohocerse una persona á media cuadra de distancia.

En la plaza, como en el resto de la ciudad, todo estaba silencioso y solo: no se escuchaba el menor rumor que acusara la presencia de una sola persona en la calle.

El caballo, en las calles desempedradas y llenas de tierra, á penas dejaba oír al ginete el rumor de su pisada.

Las nueve de la noche en Goya en aquel tiempo era como hoy las dos de la mañana, con la diferencia de que á aquella hora entonces, no habria quien se hubiera atrevido á salir á la calle.

Márcos cruzó la plaza escondiéndose entre las sombras de los árboles y entró á la calle donde vivia la viuda.

Allí desmontó y siguió caminando á pié, con el caballo de la rienda, para pasar mas cerca de la casa y escuchar lo que pasaba dentro.

Un solo temor lo asaltaba á intervalos con una impresion mortificante y este temor era que por una casualidad el Juez de Paz no estuviera allí y malograra su golpe por no saber con seguridad donde encontrarlo.

En la calle no se veia ningun caballo, prueba evidente de que el Juez de Paz ó no estaba allí ó que habia ido á pié por no tener dispuesta aquella noche ninguna correria.

Y siguió avanzando con paso cauteloso y tratando de producir el menor ruido posible.

Cuando pasó por casa de la viuda se detuvo un momento, experimentando una sensacion de placer infinito.

En el interior se sentia el rumor de una conversacion bulliciosa entre varias mujeres y un hombre segun permitia apreciarlo el rumor de las voces.

La puerta de calle estaba cerrada, pero habiéndola empujado Márcos débilmente, vió con alegría que solo estaba apretada, lo que venia á probarle de una manera indudable que adentró habia visitas.

Márcos arregló su caballo de modo de poder saltarlo facilmente en caso de apuro y penetró á la casa sigilosamente para no producir el mas leve ruido, pues su éxito principal estaba en la sorpresa.

Si lo sentian, aquel hombre podia salir, gritar y querer llamar en su socorro, lo que lo obligaria á proceder de una manera violenta y sin seguridad.

Márcos volvió á apretar la puerta de calle, echándole pasador por el lado de adentro.

Así, si á pesar de su prudencia algun escándalo se producía en la casa y acudia gente, siempre tendrian tiempo de disparar por los fondos, y salvarse antes de que pudieran entrar.

Márcos entró al pátio plenamente iluminado por la luz ámplia de la luna y se acercó á la segunda habitacion, donde se sentia el rumor de las voces.

La puerta estaba etornada y podia verse por la rendija lo que pasaba en el interior de la pieza.

Como él lo habia sospechado, allí estaba el Juez de Paz conversando alegremente con las hijas de la viuda, mientras estas cebaban mate en un calentador colocado sobre una mesita donde se veia tambien medio frasco de ginebra con la que el Juez de Paz asentaba el mate.

Este no tenia armas consigo, á no ser que tuviera alguna de fuego, pues su espada se veia en un rincon de la pieza, donde la habia dejado para librarse de su peso incómodo.

Monges estuvo escuchando y mirando un buen momento, mientras daba la última mano á su plan.

El Juez de Paz seguia conversando cada vez mas animado, mientras las muchachas lo seguian en sus bromas groseras y federales.

Márcos acomodó la pistola que le dió Martinez de manera que estuviese al alcance de la mano y que pudiese ser sacada con rapidéz, tanteó su sable, y con una rapidéz verdaderamente felina penetró á la pieza.

Y tan rápida fué su entrada, tan distraidas estaban aquellas personas en su conversacion, que antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba ya habia él tenido tiempo de cerrar la pieza y dominar con su actitud la habitacion y las personas que en ella estaban.

Las mujeres quedron heladas de espanto mirando á Monges que apoyaba la espalda en las hojas de la puerta, y sin reconocer á Márcos, dominadas por el espanto que les causara su presencia.

El Juez de Paz que daba la espalda á la puerta donde estaba Márcos, habia dado vuelta el sorprendi-

do semblante y estaba como idiotizado por la presencia de aquel hombre.

Márcos sacó de su cintura la pistola con una gravedad cómica y apuntando al Juez de Paz le dijo:

—No se mueva compañero ni trate de dar un grito porque entonces le aso los sesos sin el menor inconveniente.

He venido á matarlo, es verdad, pero como matan los hombres, como matamos los salvajes unitarios sin ventaja y sin alevosia.

Yo podria matarlo como un perro, y si esta fuera mi intencion ya le habria partido la espalda.

Pero yo quiero que usted se defienda, que pelee y haga por la vida, porque no soy un asesino y en algo nos hemos de distinguir ¡qué diablos! los salvajes unitarios de los federales.

A medida que Márcos hablaba, magnifico en la actitud y en el acento, el Juez de Paz se habia ido serenando y dominando su sorpresa.

Ya hemos dicho que era un hombre bravo, y como vio que solo se trataba de un enemigo, se repuso prontamente y se puso de pié.

— Parece que usted se hubiera propuesto morir á pesar de la suerte que lo protege, dijo: nunca habiera creido que fuese yo el destinado á hacerle el gusto por mi mano, pero veo que no hay mas remedio para complacerlo.

Lo siento por su hermana, pero qué le vamos á hacer si usted se empeña.

Aquellas palabras levantaron una tempestad en el alma de Monges, pero le dominó bien pronto comprendiendo que en aquel trance y para vencer, necesitaba de toda su serenidad.

La viuda, al reconocer á Márcos comprendió que no corria ningun peligro, y al oirlo hablar, una expresion de alegria que no pudo contener iluminó su semblante expresivo, pero no solo se contuvo sino que siguió fingiendo el mayor espanto.

Podia fracasar el plan de Monges y salir victorioso el Juez de Paz, y si ella dejaba ver su alegria no solo se esponia á la enemistad de aquel sino que esponia sus hijas á su venganza, pues podia creer que ellas eran cómplices de Márcos.

Signió pues, fingiendo el mayor espanto y aturdimiento y llevó sus hijas á la pieza vecina, regresando ella ávida de presenciar el final de la escena.

Lo único que lamentaba era que Márcos fuera á matarlo allí, porque la autoridad tal vez quisiera hacerla responsable del hecho.

Pero de todos modos la muerte de aquel hombre era para ella una felicidad suprema, pues la libraba de un hombre cuya amistad, por sus pretensiones, era mas peligrosa que su odio mismo, para ella.

—Es usted un miserable flojo bandido, continuó Márcos, pero yo quiero hacerle el honor de que pelee conmigo.

Así lo mataré con menos asco, y sin el remordimiento que dudiera causarme un perro.

Siento oírte hablar así, mata perros, porque me quitas todo propósito de perdonarte y te hubiera tal vez perdonado pensando en Cecilia, pero te has empeñado en morir y no hay remedio.

Como se vé el Juez de Paz queria irritar á Mon-

ges para que este se dejara arrastrar por la ira y llevarle siquiera la ventaja de la serenidad.

Por esto nombraba siempre á Cecilia comprendiendo la ira que deberia causarle.

Pero Márcos estaba inmovible en su serenidad, adivinando tal vez la intencion de su adversario y haciendo lo posible por no irritarse.

—Van dos veces, le dijo, que usted nombra á Cecilia, sin duda con el propósito de hacerme perder os estribos, y cometer un desacuerdo, pero es bueno que sepa que no estoy dispuesto á irritarme porque quiero proceder con toda calma.

Sin embargo, es bueno que sepa tambien que si vuelve á nombrar á Cecilia, aún contrariando los propósitos que aquí me han traído, lo dejo seco de un tiro.

Con que ya sabe á lo queda espuesto, su boca sucia.

El Juez de Paz hizo un gesto de impaciencia al verse descubierto en sus pensamientos y miró con cierta desconfianza aquella pistola de dos cañones que le seguia apuntándole á la cabeza.

No tenia miedo, pero no le hacia gracia tampoco que lo fuesen á matar de aquella manera.

—Concluyamos dijo, ya esto vá largo para broma y yo tengo que hacer.

Y fué al rincon y tomó su sable y sacándolo precipitadamente de la vaina.

—Si es que has venido á pelearme realmente, sacá el sable para hacerte el gusto de echarte pronto á la otra banda.

—Despacito por las piedras, replicó Monges sonriendo, lo que probaba el absoluto dominio que tenia sobre si: despacito por las piedras!

No es cuento de que vayamos aquí á pelear ante las mujeres, asustándolas mas de lo que están.

Préndase el sable y vamos donde nadie pueda asustarse de vernos.

Al oirlo la viuda sintió un gran peso que se le levantaba del alma.

Ya no podian hacerla responsable de la muerte del Juez de Paz, no realizándose en su casa.

Y rogó mentalmente á Dios que protejera á aquel jóven tan valiente y decidido.

Mientras el Juez de Paz se prendia el sable, Márcos se le acercó al lado, y siempre amenazándolo con la pistola le dijo:

—Aunque dicen que usted es guapo, y por esta creencia he venido á pelearlo, no seria extraño que al verse en la calle se le antojara disparar ó pedir auxilio á la federacion.

Como yo quiero llevarlo á pelear fuera del pueblo y donde nadie pueda vernos, le prevengo anticipadamente que el menor grito ó movimiento de disparar, aunque me repugne le hago volar los sesos.

Ahora otra cosa: como usted le pinta á esta gente porque tenia amores con todas ellas, quiero ponerlo en la peligrosa necesidad de matarme ó hacerse despreciable para ellas, quedando como el último flojo.

Así compañero, aquí está mi sistema de obligar à pelear.

Y sin que el Juez de Paz pudiera evitarlo, Monges le cruzó la cara de un terrible bofetón que lo dejó aturdido un momento.

Enceguecido por la ira, quiso sacar la espada para obtener inmediata venganza, pero Márcos le contuvo la mano al mismo tiempo que le acercaba à la frente los cañones de la pistola.

—Aquí no, aquí no, le dijo: no vé que sus novias están ya muertas de miedo.

Vamos fuera del pueblo donde estemos mas cómodos: así podrá usted volver à contarles que ha tenido que matar al hombre que lo ha cacheteado, trayéndoles para que no duden de la cosa, mis orejas ó mi cabeza, lo que le parezca mejor.

El Juez de Paz, à pesar de su valor estaba dominado.

Comprendía que para obtener una ventaja, para poderse defender siquiera, era necesario ceder y pasar por todo y devoró aquella tremenda ofensa y se dirigió à la puerta sin que Márcos se apartara de su lado ni dejase de buscarle la frente con los cañones de la pistola.

Salieron juntos, mientras el Juez de Paz sonriente como si nada le hubiera sucedido decía à la viuda:

—El tiempo de matar à este pillo y vuelvo para que sigamos conversando.

Y la viuda, fingiendo siempre un terror creciente no respondió una palabra.

Ahora la pobre mujer empezaba à aterrarse realmente, pero era solo por temor de que sucediera una desgracia el valiente Monges y vieran volver al Juez de Paz acompañado de su cabeza ó de sus orejas como él mismo lo habia dicho.

Los dos enemigos salieron à la calle, uno al lado del otro, tomando hacia la derecha, pues por allí el pueblo era mas habitado y estaban mas próximos à las quintas.

Monges habia tomado su caballo del cabestro y habiendo indicado à su enemigo el camino que debia seguir, él marchaba atrás, siempre con la pistola levantada, y apuntándole à la cabeza para cumplir su palabra en caso que gritara ó quisiera huir.

Pero ya el Juez de Paz se habia dominado, habia comprendido que no tenia mas remedio que pelear con Márcos ni mas salvacion que matarlo y marchaba tranquilamente dispuesto à partirlo de un sa-blazo.

Y no era solo esto—el hombre necesitaba vengar la afrenta recibida delante de las mujeres cuyo amor pretendia y necesitaba borrar aquella ofensa de una manera ruidosa.

Si sucumbia, Márcos podia estar seguro que su cabeza seria llevada à la viuda y no solo la cabeza sino la mano con que le habia dado el sonoro bofetón.

Si el Juez hubiera encontrado algun soldado al paso, ó jente capaz de sacarlo de apuros, hubiera llamado en su auxilio, pues ya estaba habituado à los crímenes fáciles y sin riesgo: era cuestion para

él de sorprender à Márcos y evitar el primer tiro con que lo amenazó si pedia auxilio, y entonces Márcos era hombre facilmente muerto.

Pero aún teniendo que luchar solo el partido no le parecia muy desventajoso.

Astuto como perro, iba pensando en irritar à Márcos para llevarle la inmensa ventaja de la serenidad y que se precipitara en el combate.

Ya habia ensayado esto en casa de la viuda y habia comprendido que hacia su efecto, aunque Márcos trataba de ocultarlo.

El bofetón aquel, estaba seguro que no era otra cosa que el efecto de sus palabras.

Aumentando la procacidad de estas, aumentaria la cólera del jóven y la llevaria à exesos que seguramente le darian el triunfo.

Si él hubiera llevado consigo armas de fuego, seguramente no habria seguido à Márcos con tanta resignacion y lo habria sorprendido en el momento menos pensado aventajándolo con el primer disparo.

Pero no tenia mas arma que su espada y aquel challo no apartaba un momento la pistola de la cabeza.

Así anduvieron mas de media hora sin cambiar una palabra.

Cuando salieron del pueblo y entraron à las quintas que lo rodeaban, Márcos hizo caminar al Juez hacia la derecha, donde el paraje era mas solitario y mas distante de los edificios.

—Así no hay que pensar en socorro alguno, le dijo, porque nadie podrá sentir desde aquí el ruido de los sables.

Me he propuesto matarlo con entera comodidad y donde nadie me interrumpa, lo que no me seria fácil en otro parage, porque siempre habria alguno que viniera à meterse en su favor, no por el cariño que le tengan, sino por quedar bien con la autoridad y evitar así toda persecucion.

—Es que te gusta mucho la charla, respondió el Juez siempre con el propósito de irritar à Márcos: te gusta mucho la charla y por eso tengo la certeza de partirte el corazon, porque nunca ha habido charlatan que valga cuatro reales.

—He hecho el primer propósito de no alterarme por nada, y así le dejo el derecho de decir cuanto le dé la gana.

Vaya por el largo silencio que tendrá que guardar despues que nos hayamos visto las caras un momento.

—El alma es lo que yo te voy à ver, no tengas cuidado: me conviene sacarte del medio, necesito matarte y antes que mueras tendré el gusto de decirte por qué.

Márcos comprendió adonde iba el tiro, pero guardó silencio.

Tuvo intencion de hacer volar la cabeza de aquel maldito, pero bajó rápidamente el arma como si temiera dejarse llevar por la violencia.

Y siguieron caminando siempre guardando la misma posicion un respeto al otro, hasta que llegaron à un pequeño descampado aparente para un encuentro como el que proyectaban.

La luna estaba en toda su plenitud, de modo que tenían tanta luz como pudieran deseñarla.

—Bueno, dijo Márcos, me parece que aquí estamos bien para saldar nuestra cuenta.

De aquí no se puede usted disparar, porque yo estoy á caballo y pronto lo alcanzaria.

Y si acaso se vé mal y quiere pedir auxilio, antes que puedan prestárselo tengo yo tiempo de hacer una mazamorra con sus huesos.

Con que hermanito á ponerse bien con el diablo para que no te reciba de mala manera.

Y sin perder de vista á su enemigo empezó á acomodar su caballo, atándolo á uno de los árboles del camino.

—Pero no seas zonzos, le decia el Juez de Paz, empezando su táctica de irritarlo: quien va á pensar en disparar ni en pedir auxilio, cuando sé que te voy á matar como á un perro.

Si se tratara de otro hombre, no digo que no, pero de tí, infeliz, qué miedo puedo tener!

Al contrario, con todo esto me proporcionan un placer que no puedes calcular; porque así Cecilia bueda libre de tontos que no la dejan hacer el gusto y se vendria conmigo: por eso es que tengo un placer infinito en matarte.

—No sé que me detiene la mano! exclamó Márcos, sintiendo á pesar suyo que la ira lo ganaba.

Pero ya caigo! usted quiere irritarme para que me atropelle y le dé esa ventaja.

No lo ha de lograr, bandido, su muerte es inevitable porque le llevo yo la superioridad del corazón.

Vamos pues, basta de palabras que me urge ya llevar la buena noticia de su muerte á la misma casa de donde lo he sacado y donde se rien de usted aguantándolo solo de miedo que haga una maldad.

Allí he de llevar yo su cabeza para que puedan escupirla, como salsa al bofetón que le sacadí delante de ellas.

Qué felices van á ser cuando sepan que usted no las embromará mas con sus pretensiones estúpidas que ellas tenían que soportar de miedo á una mazamorra!

Creo que se van á cansar á fuerza de cachetear y escupir semejante cabeza que iba á cantarles amóres y no veía el efecto de vomitivo que hacia.

Bruto! miren que figura, miren que facha para hacerse querer por muchachas jóvenes y bonitas y que de yapa lo detestaban por bandido y por estúpido.

Vamos pues, de una vez, que yo tengo prisa por llevar tan buena noticia!

Tocó ahora al Juez el turno de perder los estribos, irritándose mas de lo que él habia querido irritar á Márcos.

Las palabras del joven lo hicieron palidecer y temblaba de ira y sacando el sable rápidamente, invitó á Márcos al ataque tratando de dominarse.

El joven soltó una sonora carcajada al ver el efecto que habian producido sus palabras, carcajada que concluyó de echar al diablo el poco de pa-

ciencia que aún quedaba al Juez, quien se precipitó de una manera resuelta sobre el jóven.

Este sacó el cuerpo, y riendo siempre le dijo:

—Ola! parece que nos hemos olvidado de Cecilia, eh? y que fea que tiene la cabeza!

Caramba! si conserva esa espresion cuando se la lleve á la viuda y sus hijas, se ván á pegar un susto de todos los diablos!

Póngase buen mozo, ché amigo, póngase buen mozo, mire que asi se van á asustar!

El Juez de Paz, con esta farsa habia perdido por completo la cabeza, dejándose dominar por la ira y saltaba sobre Márcos enviándole una verdadera lluvia de sablazos.

Este, agíl y fuerte, comprendia la enorme ventaja que llevaba á su adversario, y saltaba de un lado al otro siempre riéndose con infinita travesura y multiplicando sus bromas y sus farsas sobre la propia cara del Juez de Paz.

El manejo del sable le era familiar porque se habia criado con él á la cintura, luchando siempre por la causa de la libertad y además poseia una fuerza muscular asombrosa que le daba un dominio fácil sobre el sable del adversario, á pesar de que éste era tambien un hombre vigoroso y práctico.

Pero estaba engeguecido por la ira al extremo de no saber lo que hacia y lanzarse á herir, sin cuidarse de los golpes que podria dirigirle el adversario.

—No sea zonzos! no sea zonzos! le gritaba Márcos, siempre alegre—mire que se vá á cansar y entónces á palos voy á concluir con usted!

Y esto irritaba mas todavia á aquel hombre enfurecido que no sabia ya lo que le pasaba.

Y cargaba sobre Márcos á cuerpo perdido y con golpes que á alcanzarlo le hubieran partido el cráneo seguramente.

Márcos trataba simplemente de evitar los golpes sin fatigarse, para aprovechar el momento en que el cansancio postrara al adversario y se lo entregase inerme, puede decirse.

Pero eran tales los golpes con que este lo acometia, que tenia que saltar de un lado al otro haciendo una gimnasia que al fin tendria que cansarlo tambien.

No era posible tampoco seguir asi toda la noche y era preciso dar un término á aquella lucha.

Márcos se detuvo y empezó á parar con el sable los golpes del adversario, notando que ya éste se hallaba sumamente debilitado.

Y empezó á responderlos, logrando herirlo en el flanco de la cabeza con el primer hachazo que le tiró.

—Y vá uno, gritó, este en nombre de la viuda.

Al recibir el golpe y la sátira, aquel hombre sintió crecer su corage y se lanzó con tal brio y tal empuje sobre Márcos, que este, descuidado no pudo evitar el golpe que fué á herirlo sobre el hombro izquierdo.

Y esto por Cecilia! gritó entonces lleno de alegría al sentir herido á Márcos.

—Y este otro por el gran diablo que te echó al mundo, volvió á decir al lanzarle un nuevo y formidable golpe.

Pero esta vez Márcos logró desviarle pegando un nuevo hachazo en la cabeza de su enemigo, que quedó aturdido un momento.

Márcos bajó su sable caballerezamente y esperó que el herido se repusiera.

Podría provechar el momento y concluir de una vez, pero no quiero que tenga usted el derecho de contar al diablo que le he llevado la mas mínima ventaja.

Estoy herido y esto me dá el derecho de aprovechar toda ventaja, pero no quiero: mientras matando viva mas tendrá que penar.

El Juez de Paz habia quedado mal con aquella segunda herida, y empezó á comprender que el resultado del combate, siguiendo así le seria fatal.

Y resuelto no ya á vencer sinó á morir matando, se lanzó sobre Márcos con una lluvia de sablazos cada vez mas récios.

El combate se hizo desde entonces sangriento y encarnizado, aprovechando cada cual todas las ventajas que obtenia sinó un buen golpe ó una buena parada.

Márcos habia recibido dos nuevas heridas, que aunque no eran de gravedad inmediata le hacian perder sangre y lo debilitarian si el combate lo prolongaba.

Pero su adversario habia recibido otras dos mas rérias y de peores conecuencias, pues una de ellas era un sablazo terrible del lado de la cabeza, uno de aquellos sablazos de revés que se clavan en el hueso y cuyo golpe comunica á la masa cerebral.

Y tan récio habia sido el golpe, que el Juez de Paz cayó de rodillas teniendo que apoyar las manos en el suelo para contener el cuerpo.

Márcos lo dejó levantar, aprovechando aquel momento para reponerse porque se sentia sumamente fatigado.

El combate empezó por tercera vez ya con menos brios por ambas partes, pero con mayor decision.

Los golpes de hacha habian sido reemplazados por los de punta, mas peligrosos, pues ambos se buscaban el corazon para herirse de muerte.

Menos herido y menos fatigado, Márcos estaba mas entero y mas fuerte.

Su rival estaba sumamente debilitado por la pérdida de sangre. aturdido con los golpes recibidos y fatigado por los ataques violentos que habia llevado.

No habia que pensar en el triunfo y él que lo comprendia así, solo trataba de morir causando el mayor daño posible.

En semejantes condiciones la lucha tenia que concluir rápidamente.

En un sablazo tirado con todo el cuerpo, el peso del sable hizo caer el brazo y Márcos pudo entonces fácilmente dar á su adversario una estocada en

medio del pecho, tan récia y tan violenta, que el sable fué á detenerse en la espina dorsal.

El Juez de Paz vaciló un momento, se tambaleó y fué á caer sobre el costado izquierdo, lanzando por aquella última herida, un borbollon de sangre.

Recien Márcos pudo detenerse á secar el sudor que le empapaba el semblante y limpiar de su frente la sangre que le brotaba de una herida recibida en la cabeza, herida que felizmente no habia pasado de la piel.

Todas sus heridas parecian leves, con escepcion de la del hombro, que era la que mas lo molestaba.

Así que se enjugó el sudor y se pasó un minuto, se acercó á su adversario, que no hacia el menor menor movimiento.

—Parece que nos vamos á cenar con el diablo? le dijo—mal recibimiento yo á tener amigo. Al diablo no le gusta la gente sin cabeza y yo le he dicho que la cabeza me la voy á llevar para que la escupan y la aboteen la viuda y sus hijas.

Qué buen momento van á pasar las pobres, que me estarán esperando ya llenas de impacion.

El Juez de Paz quiso incorporarse pronunciando débilmente sus últimos insultos.

Pretendió levantar aun el sable para inferir á su adversario una última herida.

Pero aquel esfuerzo solo sirvió parr hacerle arrojar una bocanada de sangre, y el brazo volvió á caer inerte como el cuerpo, vencido por el peso del sable que ya no tenia fuerzas para sostener.

—No quiere que le dé á Cecilia memorias de su parte? le preguntó Márcos con una sonrisa diabólica.

Es lástima que usted no me haya muerto, porque se hubiera divertido mucho con ella.

Levántese hombre, no sea flojo, vamos á cambiar el último golpecito.

A pesar de su estado de agonía, puede decirse, aquel hombre extraordinario hizo un esfuerzo supremo para levantarse, esfuerzo que se tradujo en una terrible contraccion de los músculos del semblante, pero no pudo ni siquiera cambiar de position.

Podria decirse que ya no tenia mas sangre en las venas porque toda habia salido por sus heridas.

Márcos lo contemplaba siempre sonriente, mortificándolo con nuevas sátiras.

—Es una lástima que muera tan importante personaje, decia, cuando tan útil podria haber sido aún al diablo y á los cementerios.

Cuantas cabezas de salvajes unitarios no habrian rodado ya de sus hombros, por orden suya, eh?

Si yo hubiera pensado en esto, no lo mato, seguramente.

Luego la pobre viuda cómo lo va á sentir! y las muchachas, pobrecitas—van á gastar cuanto dinero tengan en velas al diablo para que no le merme uno solo de sus martirios.

El moribundo habia fijado su mirada en una espresion feroz sobre el semblante de Márcos.

Y no lo apartaba de ella como si estuviera fija por una fuerza incontrastable.

Por fin aquella mirada se fué helando en su espresion, se fué cristalizando poco á poco, hasta que adquirió toda la fijeza y vaguedad de la muerte.

Márcos estuvo contemplando todavia un buen rato á aquel ser odioso y hablándole siempre de la misma manera burlona.

Pero viendo su inmovilidad y la fijeza de aquella mirada le tocó una mano, notando la dureza de la carne y el enfriamiento que empezaba á pronunciarse.

—Bueno, exclamó: ya nada tengo que hacer aquí y mi pobre Manuel está vengado, al mismo tiempo que aparto un peligro sério del camino de Cecilia.

Otro vendrá, tal vez mas cruel y mas feroz que este, porque la federacion es fecunda en bandidos, pero entretanto Goya descansará algunos dias, y algunos infelices ya condenados á muerte en el pensamiento de este bribon, podrán vivir en paz.

Monges tomó su caballo, y montó en él con alguna dificultad: la herida del hombro izquierdo,

sobre todo, lo mortificaba mucho, porque era sumamente dolorosa.

Si tenia un mal encuentro era hombre perdido, pues su mismo aspecto ensangrentado lo delataria como el autor de un crimen.

Era pues, necesario apresurarse á regresar, porque ya habia empezado á amanecer y en el estado en que se hallaba no le seria posible galopar.

Miró por-última vez el mutilado cuerpo del Juez de Paz y se alejó al tranquito á pesar de los dolores que el movimiento del caballo le hizo experimentar.

—Por su actitud y el sable que aún tiene en la mano, pensó, nadie puede creer otra cosa sinó que este hombre ha muerto en pelea—no se puede suponer que lo hayan asesinado, vista la actitud del cadáver y el sable que tal vez esté manchado de sangre en las partes de la hoja que me han herido.

Luego, cualquiera que mire un poco el suelo de ese parage, verá que allí se ha peleado de firme, y que los que han peleado no han sido sinó dos, no pudiendo por consiguiente haber sido asesinado.

Y sobre todo, terminó con infinita espresion de orgullo, en cuanto sepan que he sido yo quien ha muerto á ese trompeta, tendrán el convencimiento de que hemos peleado sério y que si lo he muerto ha sido porque soy mas guapo y porque tengo mas corazon que ninguno de ellos y tal vez que todos



El judío errante

Al día siguiente, ó mejor dicho aquel día, puesto que el lance tuvo lugar á la madrugada, la poblacion de Goya estaba en plena agitacion.

El Juez de Paz no parecia por parte alguna, á pcsar de ser un poco tarde, pero esto no llamaba la atencion porque no era la primera vez que andaha de jarana toda la noche y que quedaba dormido en algun ranchito hasta la siesta.

Ya apareceria pegando su mal humor con los empleados de la Policia como habia sucedido otras veces.

Pero à eso de las doce del día y cuando los empleados se preparaban à siese.r, recibieron una noticia que les hizo un efecto endiablado.

Segun la version de un paisano que decia haber pasado por allí y haberlo visto, el cadáver del Juez de Paz se hallaba tendido entre las quintas, cubierto de heridas, y conservando el sable en la mano como si hubiera peleado toda la noche.

Al principio dudaron de la cosa creyendo que el paisano estaba borracho.

Pero como aquelto coincidía perfectamente con la ausencia del Juez de Paz á quien nadie habia visto desde las primeras horas de la noche anterior, concluyeron por creer la version, trasladándose al parage que indicaba el paisano.

Y hallaron el cadáver en la misma actitud que aquel lo habia dicho y cubierto de heridas.

Desde el primer momento ninguno pensó en un asesinato.

El Juez de Paz no podia haber sido llevado allí violentamente, luego habia ido por su propia voluntad, á dilucidar alguna cuestion personal.

Pero quién les decia que no hubiera caido en alguna emboscada y hubiera sido muerto entre cuatro ó cinco cuando él solo pensaba pelear con uno solo.

Uno de los vecinos vino á sacarlos de duda, narrándoles lo siguiente:

Que al pasar por allí la noche anterior, le habia sorprendido un ruido de voces y armas que partian de aquel parage.

Que se habia acercado tratando de no ser sentido y habia visto à la luz de la luna dos hombres que peleaban de una manera encarnizada y bravía.

Que no los habia podido conocer, pero por los insultos que les habia oido cambiarse, sabia que

uno de ellos se llamaba Márcos Monges, y que éste al dirijirse al otro lo trataba de federal, de degollador y le decia que iba à librar à Goya de un verdugo infame.

Y hablaban de mugeres, una de las cuales se llamaba Cecilia y la otra le decian la viuda sin nombrarla.

Que al fin de la lucha y estando los dos combatientes muy heridos, el uno habia caido y el otro se le habia sentado al lado y despues de insultarlo un largo rato habia montado á caballo precisamente porque iba muy herido y se habia alejado al tranquito.

Y que él por no comprometerse, se habia ido tambien sin meterse à averiguar quien era el muerto.

Se sabia pues, que el matador del Juez de Paz no era otro que Márcos Monges, el salvaje unitario, pero que lo habia muerto en buena ley y peleando lealmente.

Un grito de asombro partió entonces de todas las bocas.

Se sabia que los Monges eran bravos, y que Márcos era tal vez el mas bravo de todos ellos, pero no se le suponía capaz de semejante temeridad.

El Juez de Paz era un hombre de valor asombroso, valor que habia demostrado en diversas ocasiones peludas, él sabia que era un hombre vigoroso y ágil en el manejo del sable.

De consiguiente el que lo habia puesto en aquel estado debia ser mas que *muñeca*.

Y todos rindieron un movimiento de respeto por Monges el Unitario, como le llamaban, suponiendo que andaria por allí cerca.

Segun el testigo aquel se habia retirado perezosamente y muy herido, por lo que creyeron habria caido por allí no mas, no pudiendo seguir la marcha.

El que hacia de Gefe de Policia en ausencia del Juez de Paz, mandó algunos soldados que exploraran los alrededores à ver si hallaban à Márcos, mientras él con el resto de la gente disponia lo conveniente para transportar el cadáver del Juez à la Policia, con toda la pompa federal que fuera posible.

La noticia habia ya circulado por todo el pueblo con la celeridad consiguiente.

Todos sabían que el Juez de Paz había sido muerto por Monges en buena y leal pelea, y en la mayor parte de los semblantes podía leerse claramente la satisfacción con que la noticia era recibida.

Otros enviados de la autoridad, guiados por lo que aquel testigo había escuchado á los combatientes, había mandado á casa de la viuda á tomar informes sobre lo sucedido y ésta había dicho que la noche anterior había estado en su casa á buscar al Juez de Paz, un hombre que ella no conocía y que habían salido juntos después de cambiar unas palabras que ella no pudo oír.

La viuda comprendía que habiendo muerto aquel maldito y habiendo huido Monges, nadie podía desmentirla y entonces arreglaba sus declaraciones de la manera que creía más conveniente.

El cadáver del Juez fué federalmente velado en la Policía á donde concurrió toda la federación de Goya, que era escasa, pero que fué aumentada por los unitarios que eran tenidos por federales y á quienes no convenía ponerse mal con la autoridad.

Otro Juez había de venir, que empezaría á robar y matar unitarios para acreditarse.

Entonces lo mejor era pasar por de la carnada y asistir al velorio con semblante compunjado, aunque la alegría interna fuera superior á toda ponderación.

Así es que el Juzgado estaba lleno de gente dispuesta á quedarse hasta el otro día en que se dispuso que se haría el entierro.

Muchos á quien poco importaba estar bien ó mal con la federación porque no tenían intereses ni familia por quién velar, venían también al Juzgado á hacer acto de presencia.

Pero esto era solamente para tener la íntima satisfacción de ver muerto á aquel verdugo, contar el número de sus heridas, y calcular por ellas lo que había ó no había sufrido antes de morir.

Y como en el semblante del cadáver había quedado bien acusada la espresión de angustia y de rabia que sentía el Juez de Paz al escuchar las últimas palabras de Márcos, estos se retiraban satisfechos calculando por la espresión, los dolores que debió experimentar aquella fiera antes de rendir la vida.

Y todos admiraban el valor imponderable de Márcos, que había cometido aquella verdadera hazaña que ninguno se habría atrevido á abordar.

La fama de Monges había crecido de tal manera, que aquella noche, mientras se velaba el cadáver, á cada momento salían soldados, oficial y empleados á explorar la calle, temiendo á cada rato que fuera á presentarse allí Márcos á emprenderla á hachazos con todos.

Y eso, que sabían por el testigo aquel, que Márcos se había retirado tan herido, que á penas podía montar penosamente á caballo y alejarse de allí á un tranquiño lento.

Los soldados que habían ido á explorar los alrededores, regresaron con la noticia de que Márcos no estaba en ninguna parte.

Era indudable entonces que tenía un escondite por allí cerca ó que había sido ayudado por alguien en la fuga, pues herido como iba, fuera de toda duda era imposible que hubiera podido alejarse mucho.

La verdad es que aquellos individuos no se habían preocupado mucho en buscarlo, porque lo sucedido los tenía aterrados y creían que si hallaban á Márcos éste los iba á pelear y á matar á todos.

Así es que habían ganado el monte, donde durmieron tranquilamente la siesta, regresando á la tarde con aquel parte de haber registrado todos los alrededores.

Se dispuso entonces que lo buscaran en el pueblo registrando todas las casas sospechosas, pero la pesquizada dió el mismo resultado: Márcos no estaba en parte alguna.

Y aunque Márcos hubiera estado en Goya no lo hubieran encontrado, porque de miedo no lo buscaban precisamente donde tenían sospechas que pudiera estar.

A su misma casa nadie se atrevía á entrar, presumiendo que era natural se hubiera ocultado allí.

Tenían miedo á Márcos y bastaba la sospecha de que estuviera en un punto para darlo por registrado.

Y en fin, para quitar el miedo que tenían al joven basta decir que en el velorio tenían el temor de verlo aparecer á cada momento.

Y si Márcos por un capricio ó un exceso de temeridad hubiera asomado por allí la cabeza, seguramente que todos hubieran desaparecido como por encanto.

Es que la autoridad ignoraba la muerte de Manuel, sabiendo que se había retirado herido de un puntazo en el brazo y temía por consiguiente ver aparecer á los dos hermanos á terminar su venganza.

La noche la pasaron en medio de mil zozobras y temores, durándole el miedo hasta que enterraron al Juez de Paz, pues aún en el cementerio temían un ataque de los Monges, porque conocían la audacia temeraria de los dos hermanos.

Y fué después de enterrado que se preocuparon de mandar avisar lo sucedido al Gobierno y á los departamentos vecinos para que les mandarían auxilio.

Porque la autoridad de Goya, para darle más importancia á la cosa, y no confesar que un hombre solo la había puesto en tales apuras, obligándola á pedir auxilio, decía que todo aquello era obra de un grupo unitario cuya importancia no conocían aun y que se había propuesto tomar á Goya.

Así no quedaban tan mal parados y el auxilio no tardaría en venir, siendo de gente elejida, pues á todos convenía contribuir á deshacer un grupo tan peligroso, que podría intentarse en los otros departamentos lo que había realizado en Goya.

Y pedían al Gobierno que el Juez de Paz muerto fuera reemplazado por un hombre enérgico y bravo, capaz de contener cualquier levantamiento del

pueblo y de la campaña por donde merodeaba tanto salvaje unitario

Veamos entre tanto lo que era de Monges.

El jóven comprendiendo lo que habia sucedido á su pobre hermana, se puso en camino al paso, para no agitarse y que sus heridas no pudieran echarse á perder.

Y empezó á caminar buscando el monte para quedar al abrigo del sol cuando saliera, y para no ser visto sobre todo.

En el estado en que iba, no habria podido sostener una nueva lucha y habria tenido que sucumbir á pesar de todo su esfuerzo.

Habia perdido bastante sangre y sus heridas, lo que se habian enfriado, le hacian sufrir mucho, sobre todo la herida del hombro, que era la mas seria y la mas recia de todas.

De cuando en cuando intentaba poner su caballo al galope, pero el dolor lo obligaba á sujetarlo y seguir al paso.

Márcos temblaba de que fuera á sucederle algun accidente por el camino, que lo hiciera demorar el viaje esponiéndolo á un peligro.

Pero no temblaba por su vida ni por su persona, cosas de poca monta para él, sino por las consecuencias que su tardanza podrian tener para Cecilia.

El pensaba con razon que si no estaba en la Estancia á medio dia, Cecilia, á pesar de todos los esfuerzos que hiciera Martinez, vendria á buscarlo al Juzgado, siendo capaz de hacerse matar si no lo soltaban.

Y pensando esto temblaba todo y apuraba el caballo poniéndolo al galope á pesar de sus dolores, hasta que la fuerza de estos lo obligaban de nuevo á conter la marcha.

Es que Márcos, aunque queria ocultárselo á si mismo amaba á Cecilia de una manera apasionada, considerando este amor su única felicidad sobre la tierra, puesto que la muerte y la federacion le habian robado todos sus afectos de familia.

Y él se ocultaba á si mismo su pasión y la ocultaba á Cecilia por un exeso de caballereza delicadeza.

No queria que Cecilia lo amara bajo la influencia de un agradecimiento, porque habia sido su hermano, mas que su hermano su padre, y fuera á sacrificarle su corazon tal vez comprometido.

El queria que aquella confesion partiera de ella, para tenerla purisima y sin que jugase en ello la menor influencia de agradecimiento.

Muchas veces habia creído ver en Cecilia algo mas íntimo, algo mas grande que el cariño de hermano adoptivo.

Muchas veces habia estado al borde de declararle su amor.

Y si Cecilia amaba á otro y sacrificaba su corazon por no causarle un dolor pensando en todo lo que le debia?

Y este pensamiento lo habia contenido, dejando que el tiempo, ó el convencimiento de que Cecilia no amaba á nadie trajera las cosas de una manera natural y lógica.

Y era tan profundo su amor por la jóven, que

Márcos hubiera tenido el convencimiento de que estaba enamorada, se habria hecho matar en la primera ocasion que se le hubiera presentado, para no sentir el horror de los celos que hubiera sido impotente tal vez para impedir que estallaran, haciendo la desgracia de la jóven tal vez para toda la vida.

Y el pobre Márcos, luchando con estos pensamientos que lo embargaban por completo, olvidaba su situacion desesperante y olvidaba el propio dolor de las heridas aumentado por la marcha del aballo.

El calor era sofocante y la fuerza del sol inaguantable, pero él siempre buscaba la sombra de los árboles, para evitar que el calor pudiera echar á perder las heridas y tener él el fin de su desgraciado hermano.

Así, galopando á cortos trechos y andando al paso la mayor parte del camino, se acercó por fin á la Estancia de su generoso amigo, donde hallaria todos los recursos que por el momento necesitaba, el cariño de Cecilia y la ciencia de Rossi que aún debia hallarse en la Estancia, tal vez esperándolo puesto que Martinez sabia á lo que él habia ido á Goya.

Siempre hidalgo y leal, antes de dirigirse á la Estancia Márcos estuvo observando los alrededores en todas direcciones y recién cuando se convenció que nadie pudo verlo se dirigió allí.

Por nada de este mundo, ni aún á costa de su vida, ni aún á costa de la tranquilidad de Cecilia hubiera comprometido la seguridad de su amigo permitiendo que otro lo viera entrar á la Estancia.

Si alguien hubiera podido observarlo, Márcos se hubiera retirado á esperar otro momento mas oportuno y de menos peligro para él que le abria con tanto desinterés su corazon y su casa.

Cómo podia pagar él con un descuido criminal tanta abnegacion y tanto cariño?

Demasiado se habia comprometido ya Martinez para hacerse sospechoso como protector de salvajes unitarios.

Si la autoridad llegaba á saber una quinta parte de lo que habia hecho, ya tenia bastante para cortarle la cabeza y apoderarse de su fortuna.

Convencido de que nadie lo veia y de que nadie andaba por los alrededores de la Estancia en aquel momento, Márcos se dirigió á la tranquera tratando de borrar de su semblante toda expresion de sufrimiento.

Allí lo esperaba Martinez con una ansiedad suprema, se conocia, pues apenas lo vió, corrió hácia á él conmovido y lo ayudó á bajar del caballo.

— Ah! juventud loca, juventud loca! exclamó cuando vió el estado en que venia.

No tiene perdon por lo que ha hecho! felizmente Rossi está aquí con todo pronto.

He cumplido mi venganza y estoy satisfecho, respondió Márcos bajando del caballo penosamente.

Tengo algunas lastimaduras es verdad, pero ninguna vale la pena de preocuparse.

Y Martínez avudado de su peon de confianza, condujo à Márcos á su pieza, à aquella pieza fatal donde habia muerto Manuel y donde lo esperaban su hermana y el doctor.

Cecilia, lo que lo vió pálido y ensangrentado, no pudo contener un grito de espanto, saltando como una loca hasta donde estaba Márcos.

—Mira si te conocia y sin saber donde ibas! bruta de mi que no te obligué á quedar por todos los medios á mi alcance!

Y rompió á llorar de una manera desconsoladora, porque acobardada con la muerte de Manuel, se figuró que á Márcos podía sucederle lo mismo.

El doctor Rossi trató de llevarlo á la cama con toda la suavidad posible para reconocer sus heridas, mientras Márcos sonriendo decia á su hermana:

—No te afijas, todas son lastimaduras que se curan con saliba.

Desde que Márcos salió de la Estancia, Cecilia habia quedado sumida en la mayor tristeza: no hablaba con nadie y de cuando en cuando rompía á llorar amargamente, como si un pensamiento fatal cruzara á cada instante por su espíritu atribulado.

Y cuando Martínez trataba de consolarla con juiciosas reflexiones, respondia siempre.

—Es inútil, no me diga nada en ese sentido.

Cómo quiere usted que yo pueda consolarme cuando sé á lo que ha ido Márcos y me doy cuenta de todos los peligros que corre?

He sido muy débil en dejarlo ir y ahora pago cara mi debilidad: sabe Dios si lo vuelvo ver á mi lado!

—Pero porque se ha de poner usted en el peor de los casos y ha de llorar desgracias que no han sucedido y que no han de suceder?

—Porque yo lo conozco á Márcos como él mismo no se conozca quizá, sé hasta donde va su bravura y sé que no se ha de contentar sinó hace una hazaña ruidosa.

Por esto me desconuelo, porque sé que si lo vuelvo á ver, no lo he de ver ileso.

Oh! Márcos, Márcos á que te dejaria ir!

Yo debia haberlo acompañado para impedirle que hiciera alguna temeridad ó se espusiera á mayores peligros.

—Pero por qué se ha esponer, por qué ha de sucederle nada malo?

—Porque él es así, señor Martínez, Márcos es muy prudente, pero cuando no está irritado como ahora.

No ha de mirar el peligro, con tal de lograr su venganza y como apurado porque me ha prometido volver antes de la siesta, va á tratar de concluir pronto sin reflexionar lo que pueda costarle.

Y de esto tendré yo la culpa porque lo he apurado amenazándolo con ir á buscarlo si no estaba aquí al medio dia de mañana.

Y la pobre jóven lloraba desconsoladamente, acusándose de la desgracia que pudiera suceder á Márcos.

—Pero por qué le ha de suceder nada? preguntaba Martínez, afligido ante la angustia de la pobre jóven? por qué ha de ponerse usted en el peor de los casos, cuando usted mismo le conoce la prudencia de Márcos?

—Porque se habrá apurado para terminar cuanto antes volviendo á la hora que ha prometido, y porque yo sé que Márcos no ha de hacer nada sin esponer su vida.

Es demasiado soberbiol no le ha de gustar que le digan que si hizo lo que hizo, fué porque no tenia nada que temer.

Martínez comprendió que no habia medio de vencer á Cecilia y cambió de conversacion, pretendiendo distraerla de otro modo, llamándole la atencion por otro lado.

Y ayudado por el doctor Rossi á quien la jóven se habia hecho muy simpática é inspirándole gran lástima por lo que la habia visto sufrir en tan poco tiempo, empezaron á hablarle primero de cosas indiferentes y luego de la necesidad que hiciera alejar á Márcos de Goya, donde al fin concluiria por encontrar la muerte.

—Es preciso que usted le aconseje que pase al Brasil hasta que termine este estado de cosas que no puede ser eterno.

En el Brasil se puede dedicar á mil trabajos y dejarla á usted aquí que esté segura y donde puede venirla á ver de cuando en cuando.

—Se lo diré con toda mil alma y no descansaré hasta que no se vaya.

Peró él no ha de querer irse sinó llevándome, y una muger en la emigracion es una carga demasiado pesada.

—Es que quedándose él aquí, seguiria corriendo siempre un peligro sério que se haria estensivo hasta usted y tal vez esta última consideracion pueda en él mas que todas las otras y lo obliguen a ceder á la razon.

Estas conversaciones distraian mucho á la jóven y la hacian olvidarse por largos ratos de los peligros que corria Márcos.

Peró siempre volvía á sus pensamientos angustiosos y á llorar amargamente, pensando lo que podia sucederle á Márcos.

—Un dolor la aliviaria de esta angustia tremenda que pueda engendrar una fiebre grave, dijo Rossi á su amigo, tal vez recordando al hermano muerto se distraiga del temor que le inspira el vivo.

Y empezaron á hablarle de Manuel, de lo que habia sufrido, de su bravura y de aqnel triste é inesperado desenlace.

—Esto es lo que á mi me aterra, decia Cecilia: ya verán ustedes; quién habia de pensar que por una herida en el brazo viniera á morir tan rápidamente y tan sin consuelo! y si sucede lo mismo á Márcos?

A pesar de estos pensamientos, el dolor que le causó el recuerdo de su hermano muerto, inutilizó

algo sus temores por el vivo y se fué á resar sobre el parage donde aquel habia sido enterrado.

Y allí pasó una buena parte del dia, orando y llorando, pero tranquila y resignada y sin pensar al parecer en ninguna otra cosa.

La llamaron á comer, pero aunque vino adentro no quiso probar nada.

En vano Martinez la rogó y le hizo mil reflexiones juiciosas, no logró hacerla tomar sinó un poco de caldo, asegurando éste que si comia con aquella situacion de espiritu, se enfermaria irremisiblemente.

Sin embargo, con sus instancias y sus razones, siempre lograron distraerla un momento mas y hacerla olvidar de sus angustias y aflicciones.

A la noche, estos crecieron, como era natural y su zozobra se aumentó de un modo imponderable.

Cediendo á las razones de sus amigos que llegaron á decir que era necesario se conservara fuerte por lo mismo que temia le sucediera algo á Márcos y para poder serle útil en su asistencia, Cecilia se convenció y trató de dormir.

Pero en vano puso todo empeño en dormirse, no lo pudo lograr.

Era precisamente la hora en que Márcos debía estar espuesto á un sério peligro y si dormitaba un momento era para ver visiones terribles que la hacian saltar de la cama en medio de horribles sobresaltos.

Habia momentos en que deseaba saltar hasta Goya para acudir en defensa de Márcos.

Cuánto lamentaba entonces no hallarse en su casa para haberse ido al Juzgado á averiguar lo que sucedia!

Mucho ántes de amanecer, ya Cecilia se hallaba vestida, pensando en ir á buscar á Márcos.

Esperaba solo que amaneciera para no incomodar y pedirle hicieran el servicio de casillarle un caballo.

Como lo pensaba Rossi, aquel estado de agitacion habia engendrado una intensa fiebre bajo cuya influencia se hallaba desde el principio de la noche.

Una vez que fué de dia Cecilia salió afuera, y empezó á gestionar un caballo para ir á Goya.

Era indudable para ella que á Márcos le habia sucedido una desgracia, sacando esta deduccion desesperante:

Cualquier cosa que haya hecho, la habrá hecho anoche mismo y entonces ya tenia tiempo de estar aqui porque él se habria apurado sabiendo que solo su presencia podria calmar mi angustia.

Si él no ha venido, es entonces porque le ha sucedido algo que se lo ha impedido.

Tal vez á esta hora esté muriendo y llamándome: yo me voy, señor Martinez, yo me voy al pueblo porque sino siento que me voy á volver loca.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer Martinez para contenerla, pues hasta se queria ir á pié.

—¿Y si no le ha sucedido nada y la toman á Vd. por hacerle daño?

Piense entonces á los peligros que lo espondria

por libertarla y estése tranquila que ya no puede tardar en llegar.

El ha prometido estar aqui á la siesta, y como supone que hasta esa hora no le han de esperar, no tiene por qué apurar su regreso.

Tal vez se haya quedado dormido vencido por el cansancio de las fatigas que ha pasado y usted se está imaginando desgracias que no pueden suceder.

Con estas reflexiones la jóven se calmó un poco, pero fué necesario para tranquilizarla que Martinez le prometiera mandar en el acto un peon al pueblo para que averiguase si algo habia sucedido la noche anterior.

—Así, sabiendo que no ha sucedido nada, ó conociendo lo que ha sucedido, usted podrá estar tranquila y esperar la vuelta de Márcos.

Así por lo menos se ganaba tiempo, que era lo que Martinez buscaba.

Mandó á un peon de confianza, dándole instrucciones de que se emboscara por allí cerca y regresara dentro de una hora diciendo que en el pueblo no habia sucedido nada.

Es que Martinez estaba tambien con cuidado, y al mismo tiempo que engañaba á Cecilia queria engañarse á si mismo, esquivando saber la verdad de lo que habia pasado.

Así ganaron una hora en que Cecilia descansó un poco el espíritu en la certeza de que al fin iba á saber lo que habia pasado.

—Y si está preso y quieren degollarlo? preguntaba ahogada por el llanto.

Trataremos de hacerlo soltar empeñándonos de todos modos, le decia Martinez.

Para eso pasamos por federales y de algo le hemos de poder servir, no se aflija.

Así pasó una larga hora, durante la cual Cecilia no se apartó de la tranquera un solo momento creyendo que á cada rato iba á ver llegar á Márcos herido y agonizante.

El peon volvió al gran galope, sonriendo como si quisiera decir en aquella sonrisa que nada tenian que temer.

Cecilia se precipitó hácia él queriéndole arrancar de golpe todo cuanto habia viste y averiguado.

—No ha sucedido nada, dijo echando pié á tierra.

He preguntado en las pulperias y á unos amigos que tengo en la Policía y no saben qué haya sucedido alguna novedad digna de contarse.

Lo único que saben es que hay órden de prender á los hermanos Monges, porque no saben que uno ha muerto y la única novedad de la noche es un pobre viejo que mataron estando borracho, porque estaba gritando vivas á Lavalle en la misma esquina donde se mamó.

Y el peon se fué como á desensillar el caballo á una indicacion de Martinez, que tenia miedo de que Cecilia lo apurase con sus preguntas y concluyera por confesarle la verdad del engaño.

—Ya vé usted como todos sus temores han sido en vano, le dijo y como se ha estado asustando de sus propios pensamientos nomas.

Su hermano ya no está en edad de cometer bro-

mas y antes de decidirse á nada grave habria pensado en usted misma.

Cecilia desde aquel momento pareció mas contenta y satisfecha.

Se estuvo riendo de las bromas que le daba Martinez y esperando la vuelta de Márcos, con lo que se ganó un par de horas mas.

Pero á medida que la siesta re aproximaba, Cecilia empezó á agitarse nuevamente, y á no poder dominar un sentimiento extraño que le hacia latir el corazon como á la influencia del miedo.

—Nosé porqué tengo miedo y ganas de llorar, decía, tengo el corazon oprimido.

Ah! por mas que me digan, y por mas que yo quiera creerlo, á Márcos le ha sucedido algo: me lo está gritando el corazon que no me ha engañado nunca.

Y tan íntima y tan intensa era la angustia de la jóven, que Martinez no encontró razones con que consolarla.

El mismo se habia dejado ganar por el espanto, y sin saber por qué, estaba aterrado.

Cecilia que comprendió lo que pasaba por el espíritu de Martinez sintió aumentar su dolor y rompió á llorar de una manera conmovedora.

—Yo quiero irme, dijo, hágame ensillar un caballo porque me voy á volver loca si sigo con esta incertidumbre horrible.

—Un momento, dijo, voy á mandar un peon que se asome al camino y ver si viene: Márcos ha de regresar á la hora que he dicho y solo cuando esa hora pase vd. tendrá el derecho de aflijirse y entonces yo la complaceré.

Antes no hay porqué abrigar temor alguno, menos desde que usted sabe que en el pueblo no ha sucedido nada anoche.

Cecilia se retiró á las habitaciones y Martinez quedó al lado de la tranquera, mas aflijido y angustiado que la jóven misma.

Sabiendo á lo que Márcos habia ido, aquella tarde lo desesperaba, porque le hacia presentir una desgracia.

Fué entonces que llegó Márcos á la tranquera en el estado que hemos dicho, aumentando con su aspecto ensangrentado el temor que tenia.

Lo ayudó á bajar del caballo cariñosamente, mientras el jóven, haciendo esfuerzos por dominar sus dolores le decía:

—No es nada, garanto que no es nada, son arañazos que ni vale la pena de hablar de ellos.

Y Cecilia?

—Ahí está desesperada, en este momento se acabó de ir adentro, esperando que yo le haga ensillar un caballo porque quiere irse al pueblo.

—Yo no quisiese que me viese con este aspecto, porque se va á asustar: es mejor que me lave y me arregle un poco antes que ella me vea y así el susto será menor.

—Felizmente aquí está Rossi que lo atenderá en el acto, dijo Martinez: vamos á ver como lo ocultamos de Cecilia, porque si ésta ve sangre va á ser una cosa espantosa.

Iba Martinez á llevar á su amigo para el otro la-

do de la casa, pero Cecilia que habia sentido su voz venia corriendo en direccion suya. El efecto de su vista no pudo producirle una impresion mas terrible.

Se detuvo, vaciló un momento y tuvo que agarrarse del doctor Rossi que venia tras de ella.

Fué un desvanecimiento que pasó pronto, vencido puede decirse, por la fuerza de voluntad de la jóven.

Márcos se conmovió poderosamente, ante la impresion que su aspecto habia hecho en la jóven y se acercó á ella pensosamente sostenido por Martinez.

—No tengas miedo Cecilia, lé dijo, no tengas miedo, yo te juro que no tengo ninguna herida que pueda llamarse tal, estoy débil por la pérdida de sangre solamente, pero no por las heridas y eso mismo te lo dirá el señor Rossi una vez que me reconozca, no te aflijas.

—Mira si te conozco, sollozó Cecilia, mira si te conozco!

Ah! es la última vez que me engañas, porque en adelante y en iguales casos no me separaré de tí, aunque te enojes.

Animo fuerte y sereno, comprendió que llorando solo lograria mortificar á Márcos, mientras que dominándose podria dedicarse con esmero á su asistencia, que eralo necesario en el momento.

Y se dominó y limpió sus lágrimas, sirviéndole tambien de apoyo hasta que llegaron al aposento de Martinez, á aquel mismo aposento que habia servido para Manuel.

Márcos era un hombre de una voluntad verdaderamente de fierro.

Porque Cecilia no tuviera motivos de aflicion y de temor, soportaba sonriente todos los dolores que le causaban sus heridas al despojarse de la ropa.

De esta manera evitaba que sufriera.

Pero ella, que lo conocia á fondo, le decia cariñosamente:

—No te hagas violencia por disimular Márcos, porque yo sé que sufres y que disimulas por no aflijirme.

No se pueden recibir semejantes heridas y hacer con ellas una jornada á caballo sin sufrir seriamente.

Pero Márcos queria convencerla á toda costa que sus heridas no lo mortificaban, y su voluntad servia á su propósito admirablemente.



El doctor Rossi reconoció todas aquellas heridas, con una proligrdad delicada y cariñosa, procediendo á su inmediata curacion y admirando á aquel hombre que con semejantes heridas y debilitado por la pérdida de sangre habia hecho una jornada de dos leguas y aún tenia ánimo para conversar, tan indiferente á sus dolores como si no se tratara de su cuerpo.

Mientras lo curaban y reconocian, él narraba en todos sus detalles su lucha con el Juez de Paz hasta el último momento, diciendo que todo aquello lo habia hecho para que nadie se permitiera pensar que lo habia muerto con la menor ventaja.

Era aquella una prueba de valor, que dejaba asombrados á sus amigos y hacia sonreír de orgullo á Cecilia, á pesar de la pena que la embargaba.

—Así Manuel queda vengado, agregaba Márcos y nadie tiene la menor cosa que reprocharme.

Concluido el vendaje y la curación, Márcos dijo á Rossi que dijera con toda franqueza á Cecilia su estado.

Yo estoy bien seguro que mis heridas no valen la pitada de un cigarro, que sin ser médico me pronostico cuando mucho, ocho días de cama.

Cecilia que no se habia apartado un momento de la cama de Márcos y que tambien habia apreciado sus heridas, pidió á Rossi que no la engañara como con su otro hermano y le dijera toda la verdad, pues mil veces peor seria recibir un golpe inesperado, de aquella magnitud.

—Y como de todos modos yo no lo habia de sobrevivir, añadió, no se lograria nada en querer ocultarme un peliño que he de ser la primera en adivinar, no lo dude usted.

—Yo empeño mi palabra de honor esplicó Rossi tranquilamente, de que ninguna de estas heridas puede comprometer la vida, sinó viene una complicación fatal que no espero, pues ahora el herido está bien curado.

Pueden ustedes estar tranquilos á este respecto y recomendar al enfermo que descance y no se ajite para que la fiebre que ya ha empezado, decline.

—Yo me encargo de que el enfermo obedezca como un niño las prescripciones del médico, respondió Cecilia.

Con que así, ya lo sabe Márcos, ahora no hables una palabra mas y trata de descansar, no es cuento que por caprichos y niñerías echés á perder la cura que se te ha hecho.

Márcos sonrió con una placidez infinita y cerró los ojos.

—Ahora, dijo Martínez, yo me voy al pueblo, puesto que ustedes quedan tranquilos por el estado de ese loco.

Es necesario que por el bien de todos y por lo que pueda suceder, que yo siga representando mi papel de federal: así no desconfiarán de esta casa, aunque me delataran como salvaje unitario.

Yo tengo que ir á finjar un sentimiento profundo por la muerte del Juez de Paz, y ayudar al velorio y al entierro.

Así sabré tambien de paso las medidas que se toman, y lo que debemos hacer para que este loco siga estando aquí completamente seguro.

Es probable entonces que no pueda volver hasta mañana, salvo que algo grave ocurra para la seguridad de Márcos, que entonces en el acto estaré aquí.

No se alarmen pues, si me tardo y queden ustedes en su casa.

Márcos quiso hablar, pero Cecilia le impuso silencio y él obedeció con una docilidad asombrosa, lo que hizo sonreír á Rossi y esclamar.

—Pues con semejante obediencia, garanto que antes de ocho días el amigo está en pie, pues así n

tendremos que luchar con caprichos de enfermo y no habrá fiebres ni complicaciones.

Martínez se fué al pueblo, fingiendo una alarma federal de las mas famosas.

Si el mismo Monges le hubiera oído vociferar contra él, hubiera dudado de que aquel no fuera un federal de los mas famosos.

El se indignó, dijo que era un escándalo que e asesino de un federal quedara impune, y cuando se le contó de qué manera habia sido hallada la víctima y cómo habia sido muerto peleando con Monges, sostuvo que aquello no podia ser cierto porque el Juez de Paz su amigo era la bravura personificada y que solo á traicion y entre muchos podian haberle inferido semejantes heridas.

Y era inútil tratar de convencerlo, porque él siguió suspirando y diciendo que si no se castigaba á los asesinos, él mismo iria á Corrientes y hasta á Buenos Aires si era necesario, á pedir justicia.

—Es preciso que se les persiga sin trégua, decia exaltado—sinó tienen caballos, hay en mi Estancia y si no tienen dinero yo lo daré.

A donde vamos á parar si semejante crimen queda sin pena.

Serán entonces los salvajes los dueños del pueblo y nosotros tendremos que bajar la cabeza para que nos degüellen con mas comodidad.

Nada, no hay que omitir sacrificios y perseguirlos hasta dar con ellos y traerlos aquí para degollarlos al lado de la tumba de este noble y federal amigo.

El celo federal de Martínez tenia á todos con la boca abierta: nunca se habia visto un federal tan completo y decidido.

Los misinos unitarios que estaban allí finjiendo como él, dudaban si aquélera realmente el patriota Martínez que todos conocian.

Como para darle una satisfaccion cumplida y que se retirara tranquilo, los que habian quedado representando la autoridad, le contaron las medidas que se habian tomado para dar con Monges y las que aun tomarian para aprehenderlo, pues tenian la seguridad de que estaba escondido en el pueblo.

La persona que lo habia visto montar á caballo despues del lance, asegura que lo hizo tan pensosamente á causa de las heridas que habia recibido, que no cree que en ese estado haya podido andar mas de dos cuadras.

—Luego, agregaban, el bandido está escondido en el pueblo y si no lo han descubierto es porque, á mas de ser torpes le han de haber tenido miedo, no lo dude amigo.

En cuanto vengan los refuerzos de Policia que se han pedido á los departamentos vecinos, se le ha de buscar como se debe, y solo que ese brujo se nos podrá escapar.

Ya lo hemos de arriar á su casa, señor Martínez, para que usted quede tranquilo y satisfecho de nosotros.

Martínez estuvo toda aquella tarde y toda la noche, vociferando siempre contra los salvajes unitarios:

y decia que se debía concluir con ellos una vez por todas y quedar así los federales libres de semejante polilla.

Solo al dia siguiente y despues que el cadáver del Juez de Paz fué enterrado, se despidió y se retiró á su Estancia, recomendando lo tuvieran al corriente de lo que sucediera y lo ocuparan en todo lo que pudieran necesitar.

Y sobre todo si agarraban á Monges se lo avisaran en el acto, porque queria darse el infinito placer de verlo degollar.

La autoridad lo acompañó hasta las quintas, en donde se separaron, plenamente convencidos de que aquel hombre era el federal mas legítimo y puro que habia no solo en Goya sino en todo Corrientes.

—No hay que envidiarle la suerte á Monges si cae en semejantes manos, decian: es capaz de poner á secar esos sesos para tomar mate con ellos.

Y el noble Martinez reia pasmosamente en su interior de la manera como habia engañado á aquellos bribones, que no se atreverian nunca á dudar de él.

De esta manera aseguraba la estadia de Monges en su Estancia y se imponia de las medidas que contra él se tomaran, para evitar así con tiempo cualquier mal accidente.

Por el momento, nada absolutamente tenian que temer por el lado de la autoridad.

Cuando Martinez llegó á su casa, encontró á sus amigos perfectamente tranquilos.

La fiebre de Márcos habia desaparecido, y las heridas seguian su marcha curativa con toda felicidad.

Obedecia como un niño las órdenes de Cecilia sin permitirse el menor desarreglo por temor de disgustarla.

Ya no necesitaba siquiera la presencia del cirujano, porque Cecilia estaba ya sumamente práctica en el cambio de vendas y en el lavado de las heridas.

Sin embargo habia decidido quedarse aún un par de dias, esperando que las heridas se pusieran en franca cicatrizacion, pues todavia un mal movimiento podia abrirlas y determinarse una hemorragia, que era preciso evitar.

Monges se sentia fuerte, como para repetir un lance igual, segun decia.

—Dios te libre, le contestaba Cecilia, lo que es una locura igual no lo vuelvas á hacer en tu vida.

Cuando Martinez le referia los furiosos discursos y proclamas que habia echado contra él en medio de la admiracion de los federales, todos reian como si les hicieran cosquillas, al estremo que fué necesario suspender la relacion, por temor de que aquella risa hiciera mal á Márcos.

—Así es que por ahora estamos bien seguros, dijo Martinez.

Cuando vengan los refuerzos, lo buscarán en el pueblo, donde está escondido y despues lo buscarán en los alrededores.

Para entónces es bueno estar sobre aviso, porque una delacion, un mal pensamiento, una sospecha nos haria perder todo lo ganado.

Y es bueno estar alerta, Márcos, no por nosotros, que en último caso y en un buen caballo podemos golpearlos la boca, sino por ella que no puede hacer lo mismo y en quíese se vengarian con mas agrado.

—Los libre Dios! respondió Márcos en un arrebato de ira: creo que entónces seria capaz de concluir con toda la federacion.

Pero con eso no adelantaria nada ni podria remediar el mal causado.

Es mejor que siganmi consejo que es el mas prudente.

Cuando usted esté bueno y fuerte, que espero será pronto, llevando una buena tropilla, se vá á los Libres y por allí pasa á territorio brasileiro, donde puede estar con entera seguridad.

ACe cilia la deja aquí conmigo, donde puede venir á verla siempre que la providencia lo permita y mas adelante si usted arregla algo por allí, se la lleva á su lado y quedamos en paz.

Esto es lo que á mi me parece mas prudente, sin perjuicio de que ustedes hagan lo que les dé la gana.

Pensar en que ninguno de los dos puede volver á Goya, es una locura de que ustedes no serán capaces, entonces lo mejor es lo que yo digo, desde que Cecilia, que es lo que mas interesa al amigo queda en completa seguridad, bajo la garantia de mi cabeza.

Márcos consultó con la jóven este plan que ella aceptó en todos sus partes.

—Llevarme contigo ahora, sin recursos de estabilidad, seria una carga seria que me mortificaria en el alma.

Cuando estés acomodado y podamos estar libres de trabajos para tí, entonces me llevas y asunto concluido.

Yo sé por lo menos planchar como la mejor planchadora y con eso solo se gana la vida en cualquier parte.

—Lo sé y no tengo mas pena por que separar me de tí porque por tu seguridad no tendria nada que temer, quedando al lado de Martinez.

—Sí, pero mas pena seria que nos fueran á separar por la prision ó por la muerte, lo que no seria lo mismo.

El consejo de tu amigo es prudente y lo debes seguir, que asi tendremos tiempo de vivir felices y juntos, aunque sea penando en tierra estraña.

Esta separation del momento la siento yo mas que tú, pero me conformo porque antes todo está tu vida que es la mia propia, desde que si te mataran me haria matar yo tambien para dejar de penar mas pronto.

—Bueno, por el momento dejemos eso á un lado, que ya tendremos tiempo para discutirlo con calma.

Es que Márcos queria discutir aquello intimamente con su hermana para poder espresarse con entera libertad.

El estado de Márcos era tan bueno, que el doctor

Rossi armó viaje de regreso, asegurando que no había nada que temer y que las heridas seugirían cicatrizando por sí mismas, sin necesidad del menor remedio ni atención.

—La quietud hasta que estén bien cicatrizadas, es lo único que puedo recomendar.

Dos días después el doctor Rossi dejaba la Estancia y Márcos abandonaba la cama tan bueno y tan fuerte como si nada hubiera tenido.

Y si entonces preciso discutir el consejo de Martínez y decidirse pronto, porque el peligro aumentaba diariamente.

A Goya había venido de Juez de Paz un coronel de la Federación que se proponía concluir con todos los unitarios y se había empezado á buscar á Monges en el pueblo, casa por casa, para hacer con él, según, decía un escarmiento ejemplar.

Martínez había ido á visitar á la nueva autoridad, con todo el celo de un federal, para ponerse á sus órdenes.

Y lo había felicitado por el empeño con que se buscaba á Monges, echando una de aquellas peroratas que tanto entusiasman á los federales y que había dejado maravillado al Coronel, que le había dicho:

—Ah! si todos hicieran lo que usted, qué distintas marcharían las cosas.

Por él supo Martínez que se pensaba no descansar hasta no dar con Monges y esto apresuró la marcha de Márcos.

Por el momento y dada la confianza federal que inspiraba Martínez, era seguro que no irían á buscarlo en su casa.

Pero andando el tiempo podían desconfiar algo, podrían ser delatados de una manera inesperada, y aunque Martínez tenía en su Estancia excelentes escondites, ya la fuga se haría mas difícil y estarían viviendo con una eterna zozobra.

Así, se decidió que Márcos se iría al Brasil dejando á Cecilia en casa de Martínez, donde vendría á visitarla así que se olvidaran un poco la impresión causada por la muerte del Juez de Paz, y se convencieran que Márcos no estaba en Goya.

No se esperaba sino el tiempo necesario para que se pusiera bueno y en estado de hacer aquella jornada.

El diálogo que con este motivo mantuvieron los dos hermanos fué triste.

La fuerza de espíritu de Cecilia que ocultaba todo el dolor que le causaba aquella separación, hizo que Monges tuviera el valor suficiente para realizarla.

—Sabiendo que no corres el menor peligro, decía ella, seré feliz y viviré todo lo contenta que puedo vivir lejos de ti.

Ya vendrá un día en podamos juntarnos para no separarnos mas, y entonces daremos por compensado todo lo que hemos sufrido aqui y lo que penaremos por vivir uno lejos del otro.

—Una pregunta quisiera hacerte antes de separarme de tu lado, Cecilia, pero quisiera que me la

respondieras con toda la franqueza de que eres capaz.

No tengo otro interés que satisfacer una simple curiosidad por el inmenso cariño que te tengo.

Márcos trataba de dar á su acento una expresión indiferente y juguetona, pero su voz temblaba revelando toda la ansiedad que lo dominaba.

—Habla Márcos, ya sabes que yo para ti no tengo ni puedo tener secretos

—Díme en tantos hombres como se te han acercado, ninguno ha interesado tu corazón, á ninguno has querido, ninguno te ha hecho pensar en la vida de la familia?

Ante aquella pregunta Cecilia se puso densamente pálida, tembló toda y guardó silencio un momento.

—Si he pensado y si he querido, dijo al fin bajando los ojos y poniéndose tan encendida como pálida había estado antes.

El cariño que tengo por ti, Márcos, ahoga todos los cariños de la tierra: yo misma no podría decir cómo ni cuánto te quiero.

Te quiero como todo y solo puedo decirte que el día que me faltaras me faltaría la vida, no tengas la menor duda: ya me conoces que no sé mentir por ninguna consideración en este mundo.

Márcos no sabía lo que le pasaba, temblaba como no recordaba haber temblado nunca y puede decirse que su vida estaba pendiente de la palabra de la joven.

—Y si yo te propusiera casarme contigo, que dirías?

—Diría que el cielo había abierto para mí todas sus puertas de felicidad y que ya nada podía esperar de la vida puesto que tenía todo lo que ella encerraba para mí.

—Y no te quedaria ningun pesar adentro del corazón?

—Si Márcos, soy tan avara, que me quedaria el pesar de no haber sabido esto antes, de haber perdido tanto día venturoso, que para mí eran otros tantos días de pena porque temía que de un momento otro fueras á empeñar tu corazón con otra mujer.

—Bárbaro! exclamó Márcos, entregándose por completo á la caricia de aquella felicidad suprema, y aún tenía miedo de hablarte así porque creí que habías empeñado tu cariño, y prefería vivir de la duda antes que tener una cruel certeza!

No me perdonaré nunca el haber llamado esto, que mas de una vez me ha quemado el corazón.

Y los dos jóvenes se entregaron por completo á gozar de la inmensa alegría en que los había sumido aquel sencillito diálogo.

—Ahora sí me voy feliz, dijo Márcos, feliz como el avaro que deja bien asegurado su tesoro.

Me voy á volver cobarde ahora Cecilia, muy cobarde, porque voy á tener miedo que la muerte me arrebatte de tu lado.

En la emigración se vive feliz cuando se espera un porvenir como el que me guarda tu cariño: no

temas ya por mi vida Cecilia, porque desde hoy en adelante, seré yo el mas interesado en guardarla.

Cecilia, lloraba amargamente, y descansaba la penosa dabeza ocultándola en el pecho varonil de Márcos.

—Porqué lloras Cecilia, preguntó Márcos acariciando la mata de rgrisimos cabellos, te pesa algo de lo que has dicho?

—Lloro de felicidad, le dijo la jóven, lloro porque la alegría me ahoga y tengo miedo que vaya á morir.

Yo no sabia que la felicidad producía los mismos efectos del dolor.

Creo que llorarir todo el día y que me llevaría llorando toda la vida sin poder consolarme nunca.

—Loca! seca las lágrimas y hablemos de nuestro porvenir que es nuestra vida, hablemos de nuestro porvenir que me ha hecho nacer á una vida nueva que yo no sospechaba.

Veremos de lo que vamos á vivir olvidando todas las desventuras que nos han agitado hasta ahora.

Y ahora me voy al Brasil, donde estoy seguro de no ser perseguido, á donde no alcanza el poder de esta tiranía menguada que nos oprime.

Si llego á encontrar allí trabajo y estabilidad, vendré á buscarte y viviremos allí tan felices como en cualquier otra parte, no temas.

Sinó, cuando aquí me hayan olvidado un poco, vendré con frecuencia á pasar unos días á tu lado y me ausentaré en seguida para no comprometer al amigo y para no comprometerme yo mismo.

Ya te he dicho que ahora yo soy el primer interesado en conservar mi vida y que la he de cuidar tanto como la descuidé antes.

Esto no puede ser eterno, Cecilia, no puede ser eterno y algun día tiene que concluir.

Y cuando el partido de la libertad haya concluido con esta tiranía brutal, entonces volveremos á Goya, á la misma casita donde nos hemos conocido desde niños y donde tan felices hemos de ser.

Entonces nada nos ha de faltar Cecilia, para vivir felices.

Conversando de su amor y de sus preyeetos para el porvenir, las horas pasaban sin sentir para los jóvenes.

Solo Martínez venía de cuando en cuando á arrearncarlos de su éxtasis para hablarles de la realidad de su situacion.

Parezco un enemigo malo, les decía, que quieero esperarlos á toda costa y que siempre les venga hablar de lo mismo, este dichoso viage.

Pero qué le vamos hacer! esta gente sigúe buscando con un empeño particular y tengo miedo que al fin y al cabo den con el nido.

Mis escondites son buenos, ya lo saben, pero mejor es la distancia Márcos, no por mi sino por Vd.

—Ya lo sé amigo mio, me voy por nosotros y por Vd. mismo á quien estoy comprometiendo de un modo imperdonable.

—Eso no es nada Márcos, para eso somos unitarios, para correr juntos todos la suerte que el cielo nos depare.

Ustedes no me comprometen y pueden quedarse

todo el tiempo que quieran, pero la vida de Márcos corre peligro aquí y yo no estoy tranquilo hasta que no sepa que está en tierra Brasileira.

A otro yo no le diría esto, porque tendría miedo que fuera á interpretar mal mis palabras y á tacharme de egoismo.

Pero á Márcos que me conoce intimamente y que sabe de lo que soy capaz por él, no tengo inconveniente en decirselo.

El sabe que solo me guía el cariño y el interés de que se ponga á salvo.

Márcos se levantó y abrazó á Martínez con todo el cariño que podía haberlo hecho con un hermano, diciendo:

—Si yo hablo aquí de agradecimiento lo echo á perder, porque no hay palabras ni acciones capaces de pagar todo lo que le debo.

Día llegará en que podré demostrar todo loque yo soy capaz de hacer para corresponder á los beneficios recibidos, y digo corresponder porque estas cosas no se pagan nunca.

—Si siguen hablando una palabra mas en el mismo sentido, dijo Martínez, me mandó mudar adentro y no me ven la cara en cinco días.

Y fué necesario hablar de otra cosa porque ya Martínez se habia puesto sério.

Y se ocuparon entonces del viaje de Márcos, participando á Martínez de un modo discreto los proyectos que habian formado para el porvenir.

—Así, dijo Márcos sonriente y feliz, nos hemos cansado de ser hermanos en el mundo y hemos decidido casarnos, cuando la situacion mejore y podamos hacerlo cómoda y felizmente: desde ya queda nombrado padrino.

—Ah trompetas! y por eso andaban tan contentos los muy canallas! exclamó Martínez alegremente.

Voy á engordar dos terneras para que podamos carnearlas con cuero ese día, no tengan cuidado, que hemos de echar la Estancia por la tranquera.

Aplaudo el proyecto y mas voy á aplaudir el hecho.

Con que por eso mismo á volar, y á conservar la vida para que una desgracia no venga á terciar en los proyectos.

Se convino entonces en que Márcos dentro de dos días, tiempo que aún necesitaba para reponerse del todo, se iria á Uruguayana, donde su amigo le tendría al corriente de lo que sucedía y de donde podría venir á visitar á Cecilia cuando él se lo avisara.

—Pronto se han de aburrir cuando vean que no lo encuentran, decía, y entonces hasta podría quedarse unos días acá sin el menor peligro

Para evitar toda sospecha, el jóven iria vestido de peon de Estancia y arriando su tropilla, aunque era tan querido en Goya que no habia el mas. remoto peligro de una delacion contra él.

Cualquiera que lo reconociera en la travesía, en vez de delatarlo, trataría de ayudarlo para que pudiese efectuar la fuga con mayor facilidad.

—Lo que es Cecilia queda á mi cargo, terminó Martínez, y á la menor calaverada que haga por venir á verla, se la escondo y ni en un mes le dejo ver la cara.

A ver si ahora puedo ó no puedo hacerme obedecer.

La felicidad fué el mejor medicamento que pudo tomar Márcos para fortalecerse del todo.

Dos dias despues estaba tan robusto como si nunca hubiera tenido nada.

Solo notaba el brazo izquierdo un poco entorpecido por la herida del homoro, lo único que le causaba aún molestias, molestias que él ocultaba por no aflijir á Cecilia.

Y tan fuerte y alegre andaba, que el mismo Martínez solía enbromarlos, diciéndoles:

—Pues ya sé para cuando me caigan y me postren á punta de heridas lo que tengo que hacer para curarme.

Me enamoro de una muchacha bien linda, y le propongo que nos casemos.

—Si, respondió Cecilia siguiéndole la broma, pero la cosa es que ella tambien se enamora, y me parece que ya no está Pedro para Cabrero.

Y con este motivo reian y jugaban como chiquitos.

El dia de la partida llegó par fin y con él el doloroso y triste momento de la separacion.

El dolor esta vez era para Cecilia mucho mas duro que otros.

De un solo golpe perdia á su hermano y á su amante, y quien sabe cuando lo volveria á ver.

La pobre creia que el gobierno de aquellos bárbaros debia ser eterno, y no veia mas salvacion que emigrar.

Però para emigrar era preciso que Márcos tuviera donde llevarla, que lo que es en ganarse la vida ella se sentia con fuerzas bastantes para ayudarlo, aunque solo fuera lavando y planchando.

—Asi, le decia, no te aflijas por dinero, que eso es lo de menos: trata de hallar un techo bajo el cual podamos guarecernos, que lo demás es fácil y me vienes á buscar en seguida.

Ya sabes que mi mayor felicidad consiste en estar á tu lado.

—No tengas cuidado que en esto tengo que ser activo por mi propio interés: nuestra separacion no ha de ser larga Cecilia; yo te aseguro que muy pronto nos hemos de volver á ver.

Yo voy tranquilo porque aquí quedas tan segura como á mi lado, y sé que nada te ha de pasar.

—Por eso no hay que tener cuidado dijo, Martínez, sino fuera así no lo diria porque no habia de cargar sobre mi con una responsabilidad semejante.

Yo respondo de la seguridad de Cecilia y de que nadie tocará un cabello de su cabeza.

En esto Márcos y Cecilia podian descansar por completo, pues cuando Martínez hablaba así, no habia que temer.

Márcos se habia cortado el pelo y se habia vestido con el traje de uno de los peones de la Estancia, lo que les hacia reir alegremente por la naturalidad con que lo llevaba.

Nadie se habria sospechado que aquel hombre era otra cosa que un peon aporreado y haragan.

Y Márcos seguia la broma de su amigo diciendo:

—El único peligro que corro es que alguno me ataje en el camino para quererme conchar.

Martínez le habia hecho alistar seis de sus mejores caballos y le habia dado para que lo acompañaran su peon de mas confianza como lealtad y como bravura, recomendándole que en caso de peligro no lo abandonase un momento.

El peon tenia órden de acompañarlo hasta la misma Uruguayana para que pudiera regresar trayéndoles la noticia de hallarse el amigo en completa seguridad.

Para partir habian esperado la caida de la noche, porque así podria salir de Goya mas fácilmente y sin que ningun ojo federal pudiera verlo.

Fuera de Goya ya podia estar tranquilo porque en los otros departamentos que atravesaran ni lo conocian tan bien, ni habia tanto interés en prenderlo, por mas que de Goya se habia recomendado su captura.

Aquellas autoridades *sui generis* cuidaban cada una su pellejo y sus robos sin importárselés mucho de auxiliar al vecino cuando el peligro que éste corriera no pudiese envolverlos.

—Si le salen al camino, no tienen mas que huir, y huir de prisa, le habia dicho Martínez, puede estar seguro que en todo Corrientes nadie andará tan bien montado como usted.

No hay que pelear sinó en último caso y cuando ya no haya mas remedio, y entonces no olvidar que con usted lleva un soldado de primer órden y bien armado.

—Ya he dicho que soy yo el mas interesado en cuidarme, dijo Marcos y que me he vuelto mas flojo que tabaco pátrio.

Para que yo pelee ahora seria necesario que me hubieran tomado todas las salidas; y así mismo garanto que solo pelearia para abrirme paso y poder disparar mas libremente.

Oh! ahora tengo verdadero interés en vivir, en vivir siquiera cien años sobre los que tengo.

Y miró de tal modo á Cecilia, que ésta se puso colorada como si toda la sangre se le hubiera aglomerado al semblante.

—Comprendo, dijo Martínez picarezcamente, pero no está la monta en hacer un propósito sinó en cumplirlo.

Conforme le habia dado á su amigo sus mejores caballos, le dió sus mejores armas, que Martínez le entregó jnnto con algun dinero para que pudiera atender sus necesidades en los primeros dias.

Monges aceptó las armas, pero rehusó el dinero, diciendo que no lo necesitaba.

Fué necesario que Martínez se enojara y que Cecilia se lo suplicara para hacérselo aceptar.

—El Brasil no es Corrientes donde cada cual encuentra lo necesario en el primer rancho donde llega.

Allí es preciso pagar lo que se consume ó morir de hambre.

No sea pues delicado que no me he de arruinar por tan poco.

Y si quiere quedarse con los caballos que lleva porque crea necesitarlos ó para venderlos, hágalo sin recelo alguno.

Ya sabe que los caballos me sobran y peor será que mañana vinieran á pedírmelos para una necesidad los federales mis amigos y tuviera yo que dárselos sin volverles á ver mas la cara.

Es que cuando la autoridad de Goya necesitaba buenos caballos para montar una comision, se los pedia prestados á Martínez, pero nunca se acordaban de devolvérselos, y él, como buen federal, jamás gestionaba su devolucion.

Y como le conocian su smejores caballos, no habia medio de ocultárselos desde que queria pasar por el mejor federal de todo Corrientes y estar asi en situacion de ocultar y proteger á sus amigos los unitarios como habia hecho con los Monges.

Arreglado todo para la partida y hechas recíprocamente las últimas recomendaciones, Márcos abrazó á su amigo Martínez y saltó á caballo despues de haber dado un beso de fuego en la pálida frente de Cecilia, quien al ver llegar el momento de la marcha, tenia que hacer sérios esfuerzos para contener sus sollozos y no amenazar con ellos el espíritu de Márcos, quitándole el poco valor que debia de tener.

—Adios amigo, gritó Márcos desde su caballo: ya sabe que soy leal y agradecido y que por consiguiente en la vida olvidaré lo que le debo.

Mi dia mas feliz seria aquel en que pudiera demostrarle de cualquier manera todo lo que mi corazon le debe.

Hay deudas que no se pueden pagar sinó con el agradecimiento eterno y esta es una de ellas.

—Loco! respondió Martínez, no encontrando otra palabra con que disimular la emociion que entorpecía su palabra.

—Adios Cecilia—te llevo en el pensamiento! continuó el jóven que no te abandonará un segundo. Dios en su infinita bondad ha de permitirme que nos veamos pronto.

Y oprimiendo las espuelas sobre el caballo que montaba, se alejó como un rayo seguido del peon que arriaba rápidamente la tropilla, temiendo no poderlo alcanzar.

Cecilia y Martínez inmóviles como dos estatuas permanecieron delante de la tranquera un largo rato.

Parecia que esperaban el regreso de Márcos que viniera á buscar algo que hubiera olvidado.

La jóven sentia aún sonar en los oidos la melodía de sus últimas palabras.

Martínez tenia los ojos húmedos, como si la partida del amigo le hubiera sacudido rudamente el corazon.

Cuando el rumor de los cabellos se perdió en la inmensidad del campo y nada del viajero llegó hasta ellos, Martínez que fué el primero en reponerse invitó á Cecilia á pasar á las piezas para sacarla asi de su honda pena.

Fué entonces que Cecilia rompió á llorar amargamente dejándose vencer por el dolor, puesto que con su llanto ya no podia entristecer á Márcos.

Y como Martínez se aflijiera buscando el medio de consolarla, ella le dijo mirándolo al través de sus lágrimas:

—No se aflija señor Martínez, que este llanto me hace bien, porque siento que él alivla mi corazon de su honda pena.

Yo misma lloro sin saber por qué; estoy contenta porque Márcos vá á ponerse á salvo de todos los peligros que aquí lo acechan y sin embargo lloro.

Pero es un buen llanto, no se aflija, ya se yó que la alegría tambien hace llorar, asi es que no se ocupe en consolarme.

Y siguió á Martínez que la condujo al interior, habiéndole del risueño porvenir que la esperaba y de que pronto tendrian por el peon la noticia exacta de que Márcos se hallaba en completa seguridad.

—Ya lo olvidarán aquí, porque todo es olvido, añadió, y entonces podrá venir á pasar una ó dos semanas á su lado.



IGNACIO

Nos hemos detenido en estos antecedentes de familia mas de lo que habíamos deseado, pues queríamos mostrar la tradicion unitaria de Monges.

Hijo de Cecilia, espíritu fuerte y valeroso y con toda la tradicion heroica de Márcos y los suyos, Ignacio Monges abrió los ojos á la razon, aprendiendo á odiair la tiranía federal y los déspotas que habian reducido á la miseria y á la ruina la Provincia de Corrientes.

Ignacio Monges nació en el departamento de Goya, el año 49, viniendo á llenar con su cariño la vida de Cecilia que lo amaba con ciega idolatria.

La causa unitaria sabia reclamar con frecuencia el brazo valeroso de Márcos en los pequeños movimientos que se iniciaron en Corrientes contra la tiranía de Rosas, y Cecilia quedaba sola cuidando de Ignacio, de su pequeño Ignacio que constituia su única y constante preocupacion.

El Departamento de Goya es uno de los mas bravos de Corrientes y donde el partido Liberal ha echado profundas raíces desde aquellos tiempos en que tan difícil era la lucha contra la Federacion.

Las autoridades federales tenian que marchar allí de cierta manera, porque no podian luchar contra la masa de aquella poblacion esencialmente unitaria y soberbia.

Urquiza habia empezado á imponerse en el litoral obrando por su sola cuenta, y puede decirse que no era ya Rosas sinó Urquiza quien imponia su voluntad en aquellos departamentos esclavos de la tiranía hasta cierto punto, pues allí nadie habia podido concluir con las ideas de libertad.

Cecilia vivia feliz en Goya, todo lo feliz que se podia vivir en aquella época luctuosa, pues la autoridad nose metia con ella paránada por temor de ofender á Márcos, al terrible Márcos que empezaba á ser caudillo de ciertas condiciones, disponiendo de grupos que lo seguian ciegamente, atraidos por su prestigio y su bravura escepcional.

Temian atraer sobre ellos la venganza del joven y temido caudillo y respetaban á Cecilia para atraerse las simpatias y el agradecimiento de Márcos.

Este que habia comprendido que se le temia y se le consideraba, se ausentaba tranquilamente á sus correrías patrióticas, en la conciencia de que

Cecilia y su hijo quedaban en la mas perfecta seguridad.

Los sucesos empezaron á precipitarse. Urquiza se independizó primero y se alzó despues contra el poder de Rosas y la provincia de Corrientes fué la primera que lanzó el grito de guerra contra la feroz tiranía de Rosas.

Y esta Provincia heroica se levantó como un solo hombre y se lanzó á la lucha.

Nuestros lectores enocen ya todos los episodios que terminaron en el triunfo de Caseros, porque todos ellos han sido minuciosamente narrados en nuestra historia de Rosas.

Cecilia quedó en Goya donde esperó la vuelta de Márcos.

La felicidad empezó entonces á sonreir para aquellos que tan desgraciados habian sido hasta entonces.

Márcos dedicado al trabajo con una constancia asombrosa, empezaba á recompensar lo perdido tratando de formar para los suyos una posicion y un porvenir, cosa difícil, pues entre la tiranía y los sangrientos hechos á que ello dió arijen, la Provincia de Corrientes habia quedado arruinada.

Márcos contaba con la poderosa ayuda de Martinez que lo ayudaba y protejia cuanto le era posible, como ayudaba á otros muchos Unitarios que habrian quedado en la miseria mas dcesperante.

Para Márcos toda su ambicion era llegara á poseer lo bastante para en caso de que él faltara.

Cecilia y su hijo pudieron tener con que vivir sin depender de nadie.

La miseria y la emigracion habian hecho tambien de Cecilia una trabajadora infatigable.

Ella creia, como lavaba ó planchaba haria cualquier otro trabajo que le pudiera dar dinero.

La gran cuestion para ella era que su hijo no careciese de nada y pudiera crearse en medio de la mayor abundancia.

Vigoroso y fuerte, Ignacio iba creciendo bajo la mirada de aquella madre ejemplar que solo pensaba en él y puede decirse que solo vivia para él.

El rostro gentil é inocente del niño le traia á la memoria aquel idilio de amor que habia precedido á su nacimiento y que le parecia no concluiria nunca.

El niño se criaba á la intemperie sin que la mas leve enfermedad hubiera hecho prodigarle mayores cuidados.

Así se deslizaron los primeros años de aquella vida que habia de ser tan agitada mas tarde, y tan azotada por el destino.

Muy niño aún Ignacio Monges recibió al lado de la madre los primeros rudimentos de la educacion, aprendiendo á leer y escribir rápidamente.

En Goya no habia entónces elementos de educacion, y el que sabia leer y escribir no tenia allí nada mas que aprender, porque no habia quien le enseñara mas.

Cuando el padre estaba á su lado, lo iniciaba en en aquellos ejercicios varoniles que tan útiles habian de serle mas tarde.

Montaba á caballo como un hombre y se hacia ya una jornada de tres ó cuatro leguas sin la menor fatiga.

El niño se criaba en una atmósfera de libertad y de principios que iban educando su corazon ardiente y apasionado al amor de la patria sobre todas las cosas de la vida.

Escuchaba la narracion de los tristes y frescos episodios de la tirania con un horror profundo, aprendiendo á odiar la tirania federal que tan funesta habia sido para su familia.

El conocia en sus menores detalles todos los episodios de la muerte de Manuel y todos los actos de patriótica bravura que llenaban la vida de su padre, y deseaba ser un hombre para imitarlos y ser un unitario dispuesto siempre á sacrificar su vida en aras de las libertades de Corrientes.

Y era sumamente gracioso escucharlo hablar con tal entusiasmo y tales bríos, á aquella edad en que solo se piensa en juguetes y golosinas.

No habia para su gusto infantil mejores cuentos que los episodios guerreros de unitarios contra federales y lloraba amargamente cuando los vencedores eran los federales maldecidos como él los llamaba.

Todo el amor de su vida se encerraba en sus padres á quienes queria con idolatria y en la Provincia de Corrientes cuya historia heroica exaltaba su corazon de niño.

Apenas tenia diez años y ya queria tomar un fusil para acompañar el padre en sus escursiones guerreras en favor de la causa de la libertad.

La madre que conocia todos los horrores de la vida militar se aflijia al ver las inclinaciones de Ignacio y trataba de contrariárselos, pero él, con sus razones infantiles le citaba el ejemplo de su padre y de sus tíos, sosteniéndole que él como ellos debía ser soldado de las libertades y nada mas.

Su valor temerario y soberbio se mostraba desde aquella tierna edad, haciendo sus ensayos guerreros con muchachos mas crecidos y vigorosos con quienes no tenia inconveniente en trenzarse á puñetazos ó á palos.

Varias veces habia venido á su casa cubierto de sangre, y cuando la madre transida de dolor venia á curarlo preguntándole porqué estaba en aquel estado, le respondia con rara entereza:

—No te aflijas madre, que en peor estado han quedado ellos.

Son unos federales que me insultaron y me dijeron que yo era un salvaje unitario que me habian de degollar y peleamos duro: no te aflijas que ellos van con las narices rotas.

Y reía como un loco, contando como habian puesto la cara cuando él les pegó, y como les habia quitado una navaja ó un palo que mostraba como un verdadero trofeo de guerra.

Cuando sea mas grande, añadió, voy á andar con fusil y con sable y entonces al primer federal que me diga algo, lo mando á visitar al diablo.

El padre reía como un loco cuando le contaban estas hazañas del hijo, que aplaudia francamente á pesar de las protestas de Cecilia que sostenia que no queria que su hijo fuera militar.

—Demasiado he pensado contigo para que me lo enseñes á andar tirando la vida á la vuelta de cada esquina.

—Quieres criar un maricon entonces en quien cualquiera se limpie las manos impunemente?

Pues apresúrate á cambiarle sangre, porque mientras tenga sangre de Monges, Ignacio ha de ser así.

Tiene que salir á los Monges, Cecilia; y á tí misma que eres mas valiente que nadie.

Pero ya te digo, si quieres hacer de él un maricon, vistelo de muger y enseñale á orar, á planchar y á coser pañales para los hermanos.

Y todas estas discusiones concluian siempre así, en medio de risas y de cariños.

A pesar de su modo de ser y de pensar, Márcos no queria hacer de Ignacio un aventurero, cuyo porvenir estuviera únicamente en su espada.

Pensaba que, sin contrariar sus instintos y sin combatir su amor ideal que profesaba el joven á la causa de la libertad, podia darle otra carrera de mejor porvenir y con la cual pudiera formarse una posicion holgada é independiente.

Con la separacion de Buenos Aires del resto de la República, Corrientes, como todo lo que se llamó Confederacion, habia caido de nuevo bajo la mano de los federales.

No era ya Rosas quien dominaba, pero eran Urquiza y Derqui que se imponian por el terror siguiendo la escuela de Rosas.

Y aquel poder se hacia insoportable, porque él venia á pesar con sangre y todo género de crueldades, cuando el partido liberal habia respirado un poco de libertad y habia empezado á rehacerse de sus pasadas desventuras.

Los departamentos de Corrientes como de Entre Rios empezaron á ser gobernados por corifeos de Urquiza que, como los de Rosas, venian á hacer fortuna saqueando los bienes de los unitarios, á quienes se clasificaba de amigos de Buenos Aires, delito terrible á los ojos de aquella nueva federacion compuesta con los elementos dispersos de la federacion de Rosas.

Las persecuciones empezaron de nuevo hácia los liberales, que no tuvieron mas remedio que emigrar ó someterse hasta que vinieran tiempos mejores á

romper aquel sistema odioso de terror y de interminables persecuciones.

Márcos, exaltado liberal, no podia someterse como no se habia sometido nunca, y empezaron nuevamente para él y su familia, todas aquellas penurias interminables que tan desgraiciado lo habian hecho en las épocas mas crudas de la tiranía.

Los liberales no veian mas salvacion que la que podia prestarles la Provincia de Buenos Aires, y ésta tenia tambien que reponerse de las pasadas penurias antes de emprender una campaña contra el poder de Urquiza, que entonces era sério.

Y era preciso que se repusiera á gran prisa porque entre Derqui y Urquiza estaban tramando planes de guerra para hacerla caer en sus uñas.

Necesitaban las rentas de la rica Buenos Aires, necesitaban su Aduana y su Banco y la posesion de todas estas cosas bien valia la pena de hacer un sacrificio.

Corrientes, como la Provincia mas brava y resuelta empezaba á ser militarizada á gran prisa y con todo el rigor de que era capaz Urquiza y sus agentes.

Todas las ciudades eran buenas y cuidado con resistirse porque este delito solia pagarse con la vida.

La situacion entónces lejos de mejorar empeoraba para los liberales, que en el triunfo de Urquiza veian la restauracion del sistema federal, mas sangriento y vengativo que en la peor época de Rosas.

Y Corrientes empezó á despoblarse insensiblemente, porque sus hijos heroicos no podian mirar tranquilamente aquellos preparativos de muerte que se harian contra las libertades que tanta sangre y tantos sacrificios les habia costado reconquistar.

Los que pudieron emigrar lo hicieron, los que no, fingieron someterse y el buen pueblo sofocó sus instintos nobles y se sometió esperando el dia en que pudiera volver aquellas armas que le daba la tiranía misma, contra la misma tiranía.

Habian salido de los dientes de Rosas para caer entre las garras de Derqui.

Ignacio empezó á respirar aquel ambiente de odio que contra los federales habia en todo Corrientes y á alimentar su espiritu con aquellas purísimas ideas de libertad é independencia que oía pronunciar por todos los labios.

Pero tuvo que superar sus sentimientos cediendo á los consejos del padre y ocultar su odio por la federacion.

Ignacio no podía permanecer en Goya sin esponeerse á serios peligros.

Márcos veia venir el momento en que tendria que separarse de su familia, forzado por el Gobierno y tembló á la idea del peligro que por todos lados amenazaría á aquel hijo que tanto amaba.

Y no pudiendo emigrar con él y no queriendo abandonar á Cecilia á quien amaba inmensamente resolvió mandarlo á Buenos Aires.

De esta manera lo conciliaba todo: apartaba á su hijo de los peligros que podian rodearlo, y lo inicia-

ba en alguna carrera que pudiera formarle un porvenir, la del Comercio, por ejemplo, que era la mas fácil, la mas arreglada á sus medios y tal vez la mas lucrativa.

Y pensó que ingresando á una casa de comercio respetable, tendria la mitad del camino andado.

Cecilia creyó morir de alegría ouando supo la determinacion que Márcos habia tomado respecto á Ignacio y empezó á prepararle todas aquellas cosas que pudiera necesitar lejos de ella, y en las que solo una madre piensa.

Tan embebido estaba Ignacio en sus ideas guerreras, que costó gran trabajo convencerlo de que aquellos no eran mas que rumores y que pronto terminaria el dominio federal para dar el triunfo y el Gobierno al partido de la libertad.

Acostumbrado al respeto y á la obediencia á sus padres, Ignacio se sometió al fin y se sometió contento porque vió el placer inmenso que causaba á la madre la certeza de su viaje.

No se habria perdonado jamás ser él la causa de una lágrima derramada por Cecilia y esta sola consideracion le hubiera obligado al mayor sacrificio.

Monges tenia buenas relaciones en Buenos Aires, donde habia estado despues de la batalla de Caseros en que tomó parte y donde se habian establecido muchos comprovincianos, huyendo de las persecuciones de Urquiza.

Estaba pues, seguro de que su hijo no careceria de nada y de que podia hacer carrera, dada las condiciones de su hermoso carácter, su inteligencia y su honradez acrisolada.

Estas condiciones por si solas constituian un capital, capital que es la base de toda felicidad en la vida.

Decidido á separarse de aquel hijo por la propia felicidad y bienestar que para él habia ambicionado siempre, Monges no solo escribió sus cartas de recomendacion para sus relaciones en Buenos Aires sino que las solicitó de sus amigos para casas importantes de comercio.

Monges tenia amistad con todos los hombres que algo valian en Corrientes y que lo apreciaban por sus virtudes y su patriotismo, de modo que lo que le sobraron fueron cartas de recomendacion que le garantian que Ignacio no se encontraria abandonado en Buenos Aires, en ningun caso, habiendo familias que lo recibirian y lo tratarian como á un hijo.

Reunidas todas aquellos cartas, las puso en la bolsa junto con todo el dinero que pudo realizar.

No faltaba ya á Ignacio mas que aquel capital inestimable de consejos que pensaba entregarle á último momento para que fuera la última impresion que recibiera en su hogar el que quien sabe cuando regresaria.

Márcos dió asi á su hijo todos aquellos consejos inestimables que dá un padre de sus condiciones en los momentos supremos de la vida y que el hijo

que lossigue al pié de la letra, no tiene jamás porqué arrepentirse.

—La icaltad y la honradez sobre todas las cosas de la vida, le decia conmovido, estrechándolo sobre su pecho y acariciándolo con su mirada tranquila y valiente.

Para el hombre leal y honrado no hay ninguna puerta cerrada ni mano que no esté tendida.

Tú tienes esas dos grandes virtudes y no necesitas hacer esfuerzos para conservarlas.

Cuando te encuentres en una situacion difícil, piensa en mi, hijo mio, piensa en tu madre, que nuestro recuerdo te ha de ayudar á salir airoso, porque entonces tendrás presente toda nuestra tradicion donde no hay una sola mancha, una sola sombra que pueda oscurecerla.

Ama siempre al partido de la libertad y que nada pueda apartarte de esa ruta, pues por duro que sea el camino á recorrer siempre á su fin se alcanza la recompensa.

La satisfacion del deber cumplido es la mas grata á que un hombre debe aspirar: procura estar satisfecho de tí mismo y yo te juro que asi siempre tienes que ser feliz.

Ignacio escuchaba aquellos nobles consejos lleno de emociion y prometia á su padre no apartarse de ellos un ápice.

—Así, cuando vuelva á verte, le decia, estarás satisfecho de tu hijo y con esto solo yo daré por compensado todo lo que pueda haber sufrido.

Y Márcos tenia la completaseguridad de que Ignacio no se apartaria jamás de aquellas reglas de conducta, porque conocia toda la pureza de aquel corazon que él habia educado y toda la fortaleza de aquel carácter noble y abierto.

Ignacio pensaria en ellos y muy grande habia de ser la tentacion que lo apartase de sus propósitos.

Para el caso de guerra con Buenos Aires que tanto se temia, Márcos habia enviado ya á su amigo de mas confianza la fé de bantizmo de Ignacio, rogándole la usura para sacar á este de cualquier batallon á donde su entusiasmo pudiera llevarlo.

Nada mas tierno y tocante que aquella despedida!

A Cecilia le parecia que no iba á ver á su Ignacio y no tenia fuerzäs suficientes para apartarlo de sus brazos.

Solo la consideracion del peligro á que le arrancaban con aquel viaje, era capaz de hacerle consentir eu aquella separacion cuya duracion ella misma no podia calcular.

—Ánimo hija mia, murmuró Márcos á su oido, mira que puedes hacer flaqueer el valor del pobre amargando el último momento que pasa á nuestro lado.

Cecilia se dominó por completo, su espíritu valiente sufrió el enternecimiento maternal y apareció serena y sonrienté.

—Bueno hijo de mi alma, dijo, piensa en mi, pien-

sa en mi siempre, y escríbeme con frecnencia para que yo vea que me recuerdas á cada instante.

El pobre jóven estaba conmovido y aturrido por aquellas impresiones que sacudian su corazon.

Era el primer momento de amargura que pasaba en su vida, capaz de arrancarle lágrimas.

Pero ya no habia como echarse atrás y dejó correr sus lágrimas silenciosamente, no encontrando en sí bastante fuerza de voluntad para contenerlas.

Márcos y Cecilia acompañaron á Ignacio hasta el embarcadero, para darle el último beso, el último abrazo y el último consejo.

Y no regresaron hasta el hogar, sinó cuando la silueta del vapor se perdió en las vueltas del rio.

Aturrido aún por las impresiones de aquella separacion, Ignacio llegó á Buenos Aires, donde presentó las cartas de recomendacion que le habia dado Márcos, siguiendo al pié de la letra sus intruccionés.

La imájen de su buena madre no se habia apartado de su pensamiento, estrañando desde que de ésta se separó, todas aquellas pequeñas delicadezas que solo la madre tiene y que solo alcanzamos á valorar cuando la perdemos.

Le parecia que nunca iba á poder habituarse á vivir lejos de ella, privado de sus cariños y de sus cuidados.

Que iba á ser de él solo y aislado, sin tener un amigo ni una persona á quien comunicar las impresiones intimas de su corazon?

Su espíritu valiente afrontó la situacion y se resignó á su suerte.

Muchas veces estuvo tentado de regresar á Goya pero lo sostuvo el mal rato que con su regreso daría á sus padres y entró de lleno en la nueva vida á que lo arrojaba el destiuo.

Ea familia en cuya casa se alojó Ignacio los primeros dias, comprendiendo la situacion de aquel niño, hacia lo posible para hacerle llevadera su soledad, de manera que poco á poco se fué habituando á su trato y empezó á mirarla como la suya propia.

Bondadoso con todo el candor de su edad y prudentecomo podia serlo un hombre, Ignacio se hacia querer de cuantas personas lo trataban.

No necesitando nada, nada pedia niaceptaba tam poco lo que pudiera estarle de mas.

Salia á dar sus pequeños paseitos para ir conociendo la ciudad cuyo movimiento y tamaño lo habian aturrido los primeros dias, regresando á la casa á las horas prudentes y teniendo cuidado de que su ausencia no fuera demasiado larga como para alarmar á la familia que lo cuidaba como un hijo.

Pocos dias despues Ignacio encontraba acomodo en el registro de los señores Crossa y Galuppi, situado en la calle del Perú, donde hoy está la Ciudad de Lóndres.

Era cuanto el jóven necesitaba y á cuanto aspiraba.

Un trabajo que lo distrajera de sus pensamientos tristes y le hiciera ganar lo suficiente para costearse la vida.

Fué aquel el primer momento de alegría que pasó Ignacio desde que llegó á Buenos Aires.

Habia repartido su dia con tal discrecion, que despues de sus horas de trabajo y de descanso aun tenia tiempo para estudiar cuentas y gramática y perfeccionarse en la escritura, cosas que debian de serle muy necesarias en la carrera del comercio á que pensaba dedicarse.

Aquel no parecia un niño, en su conducta ni en su modo de ser serio y reflexivo.

Tenia toda la discrecion de un hombre que ha corrido todas las borrascas de la vida y todo el reposo de una persona juicosa é inteligente.

Asombrados de su juicio y de su carácter, los señores Crossa y Galuppi habian tomado un cariño qaternal al nuevo dependiente y lo consideraban no como tal sino como á un miembro de su familia digno de todo cariño y de toda consideracion.

E Ignacio que recorria constantemente en su memoria los consejos del padr, procuraba hacerse digno de aquel cariño y aumentar si era posible la consideracion y confianza que se le dispensaba.

Sus quehaceres por el momento no eran difíciles ni requerian gran trabajo.

Desde que se levantaba se ocupaba en doblar algunas piezas de género que hubieran quedado desacomodadas del dia anterior, arreglar el escritorio de sus patrones y cuidar los almacenes, junto con los otros empleados de su categoria, hasta que llegaban los dependientes principales de la casa.

Desde entonces quedaba á sus órdenes para todo aquello en que quisieran ocuparlo.

Era el que llevaba las cartas de cierta importancia y hacia las mas delicadas comisiones, pues tenian en él una confianza sin límites y sabian que siempre habia de hacer lo que se le mandaba al pie de la letra.

Cumplido, exacto y respetuoso, asi como se habia ganado pronto el afecto de sus patrones, se habia conquistado tambien el de los dependientes principales con quienes le gustaba darse porque de ellos no esperaba ni un mal consejo ni un mal ejemplo.

Con ellos salia á pasear los domingos, y su diversion favorita era alquilar un mancarron y dar un largo paseo por los alrededores de Buenos Aires.

Con los otros empleados de su categoria y edad, no se daba sino á las horas de escritorio.

De estos sí temia malos ejemplos y evitaba salir con ellos y esquivaba toda conversacion de cierta intinidad.

Los patrones le iban aumentando el sueldo poco

á poco, y como él no aumentaba sus necesidades, al fin del mes se encontraba con un pequeño sobrante que guardaba para juntarlo con otros y tener con qué enviar un obsequio á la madre como muestra de su cariño y prueba de que su recuerdo no lo abandonaba un momento.

Siempre le escribia contándole sus adelantos en la instruccion que se daba y detallándole hora por hora el empleo de su tiempo.

A los dos años de estar en el registro de Crossa y Galuppi, Ignacio Monges era un hombre puede decirse, á quien podia confiársele la mas delicada comision.

Era él quien atendia los despachos de Aduana, era él quien cobraba las cuentas mas valiosas y quien llevaba la correspondencia confidencial de sus patrones.

Entre los mismos comerciantes con quienes se daba por asuntos de la casa, se le habian propuesto empleos mejores como remuneracion y categoria.

Pero nunca habia querido abandonar á sus patrones, que asi como habian sido los primeros, queria que fueran los últimos que tuviera.

Esta prueba de lealtad hacia crecer el intrés que algunos tenian en llevarlo á su lado, pero con el jóven Monges todo tentacion de dinero era inútil.

El habia comprendido que su porvenir estaba al lado de sus patrones, y nunca los habria abandonado por su voluntad.

Por aquel tiempo se inició la campaña de Pavon á Ignacio sintió renacer sus instintos militares que lo empujaban á las filas del Ejército.

Pero los prudentes consejos de sus patrones y el recuerdo de los que le diera su padre, lo contuvieron, y sofocó sus deseos permaneciendo tranquilo en su empleo.

Entonces su diversion favorita y su paseo se reducia á ir hasta la plaza del Retiro y mirar desde lejos el movimiento de los cuarteles y el ejercicio de la tropa, con un encanto particular.

Tal vez la tentacion de aquel espectáculo lo hubiera arrastrado á pesar suyo, sino hubiera recibido una carta de Márcos, en la que le prohibia salir de Buenos Aires y de la casa donde se hallaba empleado.

Sin duda sus amigos ó los mismos patrones habian escrito á Márcos avisándole las ideas de marcha que agitaban el espíritu del jóven, y aquel, entonces se habia apresurado á escribirle prohibiéndole se moviera de Buenos Aires.

Ignacio vió salir de Buenos Aires hasta el último batallon de aquella brillante Guardia Nacional y quedó tan triste y preocupado, que ya no queria salir á parte alguna.

Y por mas de dos meses renunció á sus faenas y hasta su diversion favorita de pasear á caballo.

La idea de que Márcos habia marchado tambien á campaña lo preocupaba tristemente, porque si habia marchado forzado por los federales, no era imposible que se hiciera matar de desesperacion.

No podia recibir noticias de su familia, porque la

comunicaciones con Buenos Aires se hallaban cortadas.

Felizmente aquella campaña fecunda fué corta y pronto se recibió la noticia del triunfo de las armas de Buenos Aires en la récia batalla de Pavón, é Ignacio no tardó en recibir las ansiadas noticias de su familia.

Por no servir á los federales sus eternos enemigos, Márcos habia emigrado nuevamente de Corrientes, refugiándose en territorio brasilero.

Durante sus otras emigraciones habia hecho muchas amistades en Uruquayana, de modo que para él ya la emigracion no era tan penosa ni tan llena de miserias.

Vencidos los federales que habian dominado tantos años, Márcos volveria feliz á Corrientes, le decia su buena madre, y se podria dedicar tranquilamente á sus negocios y trabajos bajo la garantia de un gobierno liberal y estable.

Yo te avisaré cuando regrese, hijo mio, para que puedas tambien venir á hacernos una visita.

Desde entónces ya Ignacio no pensó sinó en su vuelta á Corrientes.

Todo su afán era en juntar dinero para llevárselo á la madre, y con este fin se privaba hasta de lo necesario, renunciando hasta sus paseos á caballo que eran su única y favorita diversion.

Cuando Márcos volvió á Corrientes y la República se habia tranquilizado y entrado en el camino de su organizacion, Ignacio pidió y obtuvo de sus patrones una licencia para ir á visitar á sus padres.

Aquellos le habian asegurado que por larga que fuese su ausencia siempre le conservarían el puesto en la casa, haciéndoles juiciosas reflexiones para que volviera, pues su porvenir estaba en aquella casa, y en el comercio, donde podria contar despues á aprovechar los conocimientos adquiridos.

Llevaba además una carta de sus patrones para Márcos, ponderando la conducta irreprochable de Ignacio y pidiéndoles no lo apartaran del comercio donde tenia ya un porvenir asegurado por su conducta y su inteligencia.

Con qué placer inmenso desembarcó Ignacio en Goya y con qué rapidéz vertiginosa tomó el camino de su hogar!

A cada momento le parecia que iban á atajarlo para impedirle llegar, y corria como un desesperado sin mirar á nadie ni responder á los cariñosos saludos que sus compañeros y vecinos le hacian al pasar.

Hasta que no estuvo en los brazos de su buena madre, Ignacio no se consideró seguro.

No queria desprenderse de su regazo, pareciéndole un sueño aquella sensacion indefinible que sentia en la frente y en los ojos, al contacto supremo de los lábios de la madre.

Esta á su vez no podia dominar la emocion poderosa que experimentaba á presencia de aquel hijo querido, ausente de su lado tantos meses!

Ignacio pasó al lado de sus padres seis me-

ses que le parecieron seis años de felicidad infinita.

Su padre feliz y orgulloso ante la carta de los patrones de Ignacio que éste le habia llevado, no cesaba de acariciarlo un momento, encomiándole su conducta y exhortándolo á proceder siempre de la misma manera, cuyo punto final seria una fortuna y el aprecio de cuantos lo conocian.

Márcos comprendia que era una locura quedarse con Ignacio en Goya, cortando bruscamente su carrera y sin poderse reemplazar con otro.

El comercio en Goya era entónces muy miserable y sin el menor aliciente de lucro.

Qué podia hacer Ignacio de dependiente de una pulperia ó de un tendejón?

Era preciso que volviera á Buenos Aires y al lado de aquellos comerciantes que tanto lo habian favorecido y tanto lo apreciaban.

La misma Cecilia, aunque le dolia profundamente volverse á separar de su hijo, comprendia toda la razon que tenia Márcos al pensar de aquella manera y se conformaba con la nueva separacion.

Allí Ignacio no tendria mas porvenir que cuidar cuatro vacas miserables y ser *arriado* en la primera guerra civil que se iniciara.

Ahora las cosas habian cambiado, Corrientes tenia un Gobierno del partido liberal, con cuya buena administracion la Provincia prosperaria rápidamente.

Habia garantias de bienestar para todos, y entonces Ignacio podria venir todos los años á hacerles una larga visita permaneciendo á su lado un par de meses.

Era preciso que el jóven no perdiera su tiempo y los hábitos de trabajo que habia adquirido.

El mismo concluiria por fastidiarse de estar de vago y tal vez adquiriera en el ocio vicios que no debia conocer.

Márcos y Cecilia, con mucho pesar por la nueva separacion, decidieron que Ignacio volviera á su empleo en Buenos Aires, resolucion que éste escuchó con alegria.

No podia habituarse á aquella vida de no hacer nada y extrañaba su trabajo en el Registro.

No tenia mas distraccion, que el amor de sus padres, porque como antes no queria hacer amistad con los jóvenes de su relacion, y así, cuando no estaba al lado de sus padres, sentia un hastio invencible.

Como ahora podria venir todos los años ó cada vez que asi lo deseara, el viage á Buenos Aires lo miraba ahora como un paseo y sin la pena invencible de la primera vez.

Volvia además á un centro de relaciones y cariños que se habia formado, y el porvenir no le preocupaba en manera alguna.

Ignacio se despidió de sus padres con ese sentimiento natural que engendra todó viage que nos aleja de los seres queridos, y regresó á Buenos Aires, instalándose desde el primer día y sin tomarse una hora de descanso, en el Registro de sus patrones.

Tenia verdadera avidez de trabajo.

Ignacio se hizo cargo de sus antiguas obligaciones, que en seis meses habian aumentado como él no se figuraba.

El comercio habia prosperado en aquellos seis meses de paz que parecia asegurada ya para siempre, y la importacion habia crecido de una manera vertiginosa.

Los despachos de aduana lo entretenian la mayor parte del día, dejándole apenas tiempo libre para atender la correspondencia.

Pero si el trabajo habia doblado, tambien habia aumentado la compensacion, quedando en actitud de ocupar un puesto mas importante aún.

Conquistada en absoluto la confianza de sus patronos, podria decir que habia conquistado un porvenir seguro.

La conducta de Monges no habia variado en nada.

El tiempo que sus obligaciones le dejaban libre, lo ocupaba en estudiar y en leer libros amenos, prefiriendo los que se referian á historia, y sobre todo á historia americana.

Para sus paseos, que eran siempre á caballo hasta Palermo y Belgrano, no se juntaba nunca con los dependientes principales de la casa, de quienes nose separaba el Domingo hasta las primeras horas de la noche.

Otro género de diversiones no existia para él.

Visitaba con frecuencia á todas las personas para quienes habia tenido cartas de recomendacion, para conservar aquellas relaciones que lo estimaban tanto y que podrian serle de utilidad en cualquier momento de apuro.

Mientras tuviera á sus patronos estaba seguro de no carecer de nada.

Pero estos podian faltarle por cualquier causa imprevista y encontrarse aislado y sin amparo.

De cuando en cuando visitaba tambien á aquellas personas que habian querido emplearlo, pues podia tambien llegar el caso en que necesitara de ellas.

Tratando de imitar siempre los buenos ejemplos y huyendo de todo contacto que pudiera dañarlo, Ignacio fué haciéndose un hombre de provecho, á la edad en que muchos son niños inocentes y sin malicia de la vida.

Al año volvió á hacer una visita á sus padres, vi sita que ahora fué solo de un mes, porque ya su presencia se habia hecho necesaria en la casa de comercio, donde en ciertos quehaceres de confianza no tenia reemplazo posible.

Márcos estaba satisfecho y orgulloso de su hijo, no cesando de prodigarle sus consejos para que observara siempre aquella regla de conducta que le habia ya merecido el aprecio de cuantas personas lo habian tratado, por su bondad proverbial y su integridad intachable.

No por esto habia perdido Ignacio su aficion á las armas y á la guerra.

Siempre que tenia tiempo para ello se venia á la Plaza del Retiro á observar los cuarteles y los ejer-

cicios militares, atraido por una fuerza incontrastable.

Con qué placer infinito habria sentado plaza en uno de aquellos bizarros batallones.

Pero habia que respetar la voluntad de Márcos y sobre todo no dar un disgusto á la buena Cecilia que tan feliz era de verlo educado en la carrera de Comercio.

Al oirlo hablar de la milicia con tan juvenil entusiasmo, el señor Galuppi combatia por su parte aquellas inclinaciones, mostrándole con razones y ejemplos ilevantables, que la carrera de las armas era entre nosotros una carrera de sacrificios terribles, sin la menor compensacion y sin otro horizonte que la muerte ignorada ó el cuerpo de inválidos.

Ignacio cedia á la razon y encontraba exactas todas aquellas reflexiones, pero conservaba sus ilusiones y sus deseos.

—A pesar de encontrar exacto todo lo que usted me dice, respondia, siento en mí que seria mejor militar que comerciante.

Hay en mí una fuerza extraña que me empuja á las filas del ejército con un deseo mas fuerte que mi voluntad.

Y le aseguro que si no fuera por las órdenes de de mi padre y porque no quiero ser la causa de que mi madre derrame una sola lágrima, hoy no seria el dependiente mimado de su casa sinó el soldado Ignacio Monges.

Sufriria mas, mi porvenir seria mas problemático pero tal vez en los momentos de peligro para la patria, conquistara para mí un nombre ó una posicion mas respetable en el número de sus buenos hijos.

Es que en el jóven habia condiciones militares de primera fuerza.

Si se las hubieran dejado seguir, si á aquella edad Monges hubiera entrado á prestar sus servicios en el ejército regular, habria llegado á conquistar una de las primeras posiciones en sus filas, ó hubiera muerto como tantos otros de una manera gloriosa, dejando un ejemplo y un nombre para la historia.

Pero combatidas sus inclinaciones de una manera tenáz, lo apartaron de aquella senda, cerrando para él una carrera en que tanto habria brillado, por su inteligencia y su valor asombroso.

Márcos que conocia las inclinaciones de su hijo, le escribia constantemente prohibiéndole de una manera terminante hasta de pensar en la milicia.

—Si alguna vez quieres ver morir de pena á tu madre y causarme á mí el mayor disgusto de mi vida, no tienes mas que ingresar al ejército.

Piensa que mi vida tan trabajada ya no es eterna y que faltando yo eres tu el único sosten de tu santa madre.

Estas cartas concluyeron por hacer renunciar del todo al jóven á sus proyectos, pero nunca pudieron arrancarle sus inclinaciones, aunque entonces se dedicó de lleno al comercio.

Los héroes de la patria

La guerra del Paraguay vino á sorprender á Ignacio cuando mas engolfado se hallaba en sus despachos de aduana y en su correspondencia comercial.

El entusiasmo con que la noticia de aquella guerra se recibió en Buenos Aires tuvo como era natural un eco poderoso en el corazon de Ignacio Monges.

La juventud de Buenos Aires llenaba los cuarteles, presentándose á los cuerpos de línea para aumentar sus filas.

Y los cuerpos de Guardia Nacional se reunian con una celeridad asombrosa sin esperar el llamado del Gobierno.

Ignacio Monges estaba aturrido con aquel movimiento guerrero que lo hacia temblar de deseo y de ansiedad.

Apenas concluia sus tareas en el Registro, se iba á los cuarteles, mezclándose entre los Guardias Nacionales ya que no podia ser uno de tantos.

Era Ignacio Monges entónces un espléndido moceton de diez y seis años, vigoroso y entusiasta, y cuyos ojos espresivos y de noble mirada atraian con una fuerza de simpatia irresistible irresistible.

Galuppi, que lo queria como un padre, vió el entusiasmo de que estaba poseido el jóven, y temió que olvidado de todo se enrolase en alguno de los batallones que iban á marchar primero, y lo llamó á su escritorio donde le hizo las mas serias reflexiones.

Y vió que no se habia equívocado, pues el jóven le comunicó sus ideas de enrolarse en la Guardia Nacional.

—La patria ofendida y herida por un bárbaro llama á sus hijos, decia, la Provincia de Corrientes, mi provincia madre está en poder del enemigo y un Monges no puede quedarse trás el mostrador de de una casa de comercio sin esponerse á que lo escupan en la cara.

—Es que yo tengo órdenes severas de tu padre, que pienso cumplir al pié de la letra.

Me dice que si te olvidas de él hasta el extremo de desobedecerlo, que te saque de los cuarteles porque aún no tienes la edad que marca la ley.

—Esperaré á tenerla, respondió el jóven, y si aún dura la guerra iré á cumplir con mi deber.

—Pero habrás torturado inútilmente el corazon de tu buena madre y habrás pagado á tu padre todo el cariño que te ha profesado, con un acto de desobediencia.

Habrás procedido mal Ignacio, habrás cometido una accion mala sin provecho de ninguna clase.

Espera por lo menos la palabra de tu padre que

es un hombre razonable y que te ha de aconsejar bien.

Ignacio se encontró perplejo ante las reflexiones de su patron y convino en esperar cartas de su padre antes de proceder.

Galuppi escribió á Márcos dándole cuenta de lo que sucedia, y para distraer mejor á Ignacio, empezó á recargarlo de trabajo para no darle tiempo de pensar en la guerra.

Concluida la ruda tarea del dia, se lo llevaba á comer con él y volvía despues al escritorio á poner en órden la correspondencia atrasada ó á revisar facturas y conocimientos.

Ignacio no podia pensar en otra cosa para no distraerse en su trabajo y cometer algun error, cosa que nunca le habia concedido.

Pero su corazon estaba en los cuarteles, ó acompañando á los batallones que se embarcaban á órdenes del general Paunero, para recuperar la capital Correntina que seguia en poder de los Paraguayos.

El jóven estaba violento, se desesperaba, pero se contenia esperando noticias del padre, aunque no tenia seguridad que le vinieran.

Corrientes invadido por un ejército estrangero será un caos, decia, y tal vez mi padre haya marchado con las fuerzas que se habrán organizado para repelar la invasion.

Por lo mismo debes esperar, decia Galuppi, tratando siempre de contenerlo: tal vez como dices haya tenido que marchar despues de poner á tu madre en camino para Buenos Aires, contando con el apoyo que solo tú puedes prestarle.

Cuán dolorosa seria su sorpresa si al venir se encontrara desamparada y sin recursos, porque al loco de su hijo, desobedeciendo al padre, se le habia antojado entrar á un cuerpo de línea y marchar donde no hace falta.

Buen consuelo tendria la pobre al verse abandonada por su hijo que viene á buscar y esponerte á pasar todo género de miserias.

Y bien remordimiento tendrás toda tu vida si tal cosa llegara á suceder!

Aterrado Ignacio con este género de reflexiones ya no pensó mas en la milicia ni en la guerra, preocupándose solamente de las noticias de su casa, que tardaban ya mas de lo que él hubiera deseado.

Qué habia sucedido en su casa desde la invasion Paraguaya?

Hé aqui el único pensamiento que empezó á dominarlo, haciéndolo olvidar de las demás cosas.

La misma falta de cartas lo confundia y agitaba haciéndole temer una mala noticia respecto á su familia.

Por fin llegó la ansiada carta que lo hizo lanzar una exclamacion de alegría, pues habia reconocido la letra de Márcos, y desde que este le escribía era natural suponer que se hallaba bueno y fuera de todo peligro.

Márcos le daba en aquella carta todo género de detalles de la invasion Paraguaya, que se habia apo-

derado de la capital Correntina y de los buques de guerra fondeados en su puerto.

No habia sido posible organizar la menor defensa, porque ella habia sido una sorpresa en toda regla, teniendo que huir los habitantes de la Capital à los mas lejanos departamentos, para organizar un Ejército con que defendiese el resto de la Provincia.

“Yo he marchado en el batallon del Coronel Sosa, agregaba la carta, donde van Baibiene y Plácido Martinez, teniendo que dejar à Cecilia sola, aunque en paraje seguro, porque los momentos son solemnes.

No podemos entregárnos à los Paraguayos sin siquiera organizar una defensa hasta que el gobierno mande un ejército para desalojar à estos bandidos.

Confio en que cuidarás de tu madre, pues à ti la dejo confiada en tan duros momentos.

Ya sabes lo que es la guerra hijo mio, y mas una guerra como esta.

Yo puedo faltar de un momento à otro y entonces no tendria mas apoyo que tú.

Cuidala hijo mio, con todos tus recursos, viniéndote à Goya en cuanto los Paraguayos salgan de Corrientes.

No pienses tú en marchar ni en sentar plaza, mira que yo te he prohibido de la manera mas terminante, en tan solemnes momentos.

Si tal cosa hicieras serias para mí un mal hijo y para tu madre un verdugo, porque estoy seguro que no podria resistir este doble golpe.

Confio en su corazon cuya nobleza no se ha desmentido nunca y renuncia à todo proyecto de servicio militar, y cuida de tu buena madre haciendo mis veces.

Mira que no tendrá mas recursos que los que tú puedas darle.

Esta carta vino à desarmar à Ignacio en todos sus proyectos entusiastas.

Aquella carta venia à imponerle un deber ineludible como era el de velar por la vida de la madre.

No habia pues, que pensar en milicia, ni en campaña, ni en nada que fuera à distraerlo de aquella santa obligacion.

Para trasladarse à Goya era necesario esperar que los Paraguayos hubieran sido rechazados de Corrientes, y mientras esto sucedia Ignacio empezó à preparar todos sus recursos para llevarlos à su buena madre y volverse à trabajar, porque si perdia el empleo ¿de donde sacaria recursos?

Ignacio mostró la carta de su padre à Galuppi que era con quien mas confianza tenia, y este, como siempre corroboró los consejos de Márcos, diciéndole que no debía pensar en otra cosa que en atender à su buena madre y que él lo ayudaria en todo.

La toma de Corrientes no tardó en suceder: los paraguayos desalojados de territorio correntino pasaron à territorio brasilero y paraguay, à donde los siguió el Ejército aliado, é Ignacio pudo ausentarse à Goya.

Con qué mimosa alegría estrechó Cecilia entre sus brazos à Ignacio!

La pobre pensaba que su hijo habia marchado tambien à la guerra y el espanto que esta idea le causaba la habia enfermado y enflaquecido.

El noble Márcos antes de marchar le habia prometido hacer todo cuanto estuviera al alcance de su mano para que Ignacio no se moviera de Buenos Aires.

Pero ella que conocia el carácter patriótico del hijo dudaba mucho que se contuviese, mas, sabiendo que el padre estaba en campaña.

Lo probable era que se hubiera ido à su lado y quisiera acompañarlo en la terrible guerra que empezaba de una manera tan sangrienta.

Asi es que cuando vió llegar à su hijo, la pobre madre pensó que su corazon iba à estallar de felicidades.

Ignacio estuvo un mes al lado de Cecilia, jurándole que no iria à la guerra y que se quedaria à su lado para cuidarla en todas sus necesidades.

Y esta no se cansaba de oír aquellos juramentos haciéndole presente que él era el único sosten que le quedaba, el único apoyo con que podia contar en la vida si Márcos no volvía de la guerra.

Conocia lo sensible del corazon de su hijo y la buena madre explotaba aquella sensibilidad para borrar del espíritu del jóven toda idea de marcha.

Ignacio al fin tuvo necesidad de volver à Buenos Aires para ocupar su empleo y poder atender con su sueldo las necesidades de ambos.

Y Cecilia lo instó para que regresara pronto porque en Goya no habia bastante seguridad para él.

El entusiasmo patriótico que habia en la poblacion podia comunicarse al jóven y además la autoridad buscaba altas para el Ejército, sin exceptuar aquellas escepciones naturales de la ley.

Unos primos de Márcos, Roman, Ricardo y Honorio, que vivian en Corrientes, y con quienes Cecilia habria podido contar, habian marchado tambien à campaña, segun le habia escrito Márcos, de modo que no le quedaba mas amparo que su hijo.

Ignacio volvió à su empleo y para no tener ninguna tentacion que lo arrastrase, no salia sinó à las diligencias indispensables del Registro, que eran mas reducidas porque la guerra lo habia paralizado todo.

No iba mas à los cuarteles à mirar los ejercicios militares que tanto lo entusiasmaban antes, porque tenia miedo que el atraente espectáculo le hiciera olvidar sus propósitos.

En cuanto terminaba sus tareas se recogia en su pieza como un viejo, y no volvía à salir hasta el dia siguiente para engolfarse en su trabajo.

Al fin de mes remitía à la madre por intermedio de sus patronos su sueldo, sin distraer mas que aquello estrictamente indispensable para sus necesidades mas apremiantes.

Galuppi queria sacarlo á pasear con frecuencia temiendo que el encierro en que vivia lo enfermara.

Pero él se negaba la mayor parte de las veces, alegando que temia contaminarse con el entusiasmo guerrero que se respiraba en la ciudad.

Y Galuppi no insistia entonces comprendiendo toda la razon del jóven.

Varias veces habia intentado irse á Goya á visitar á la madre, pero esta le habia escrito que no fuera, que no se moviera de Buenos Aires donde estaba seguro.

En Goya la autoridad era muy severa y aunque Ignacio no tenia aún la edad de servir, su aspecto viril, y un físico vigoroso y desenvuelto hubiera hecho que la autoridad no atendiera su fé de bautismo, único documento que podia librarlo del servicio.

E Ignacio queriendo complacer á la madre hasta en su menor deseo, no se movia de Buenos Aires.

La guerra seguia adelante y se prolongaba á pesar de todo cálculo y esto era lo que mas alarmaba á Galuppi por Ignacio, pues si la guerra duraba mas, para nada le serviria ya aquella fé de bautismo que hasta entónces lo habia librado del servicio.

Márcos escribia muy de tarde en tarde recomendando siempre á Ignacio el cuidado de su buena madre y prohibiéndole siempre el pensar en el servicio militar.

El jóven contestaba, tranquilizándolo por ambos temores y prometiéndole de bajo juramento no apartarse de sus órdenes.

Los combates sangrientos empezaron á sucederse con una frecuencia asombrosa, y Ignacio recibió un día una noticia que lo dejó helado.

Márcos Monges habia sido muerto de una manera heroica, en la batalla de 24 de Mayo, una de las mas sangrientas que tuvieron lugar durante la guerra.

No habia que fiarse mucho en la exactitud de aquella noticia que se tenia por referencias, pues á cada momento se sufrían equivocaciones de ese género.

Pero de todos modos la impresion que recibió el jóven era terrible.

Era vano que sus patronos le hicieran reflexiones de todo género para que no se aflijera hasta no tener una confirmacion de la noticia, Ignacio habia recibido el golpe en medio del corazon y la impresion primera era imposible borrarla.

El jóven sintió que toda su fuerza de voluntad, que toda su alma lo abandonaba ante tamaña desgracia y abandonándose á su dolor estuvo enfermo mas de quince dias bajo la influencia de una fiebre que alarmó seriamente al señor Galuppi, que le dijo:

—Es necesario sobreponerse á esta desgracia amigo mio y sobreponerse con toda su voluntad.

Si la noticia es cierta, ha llegado el caso tantas veces previsto por su pobre padre.

Usted es el solo omparo de su buena madre y hay que conservarse á toda costa, no hay remedio.

Quién va á consolarla en tan horrible desventura si usted se entrega por completo al dolor de su situacion?

Animo pues, que ahora es cuando es mas necesario tenerlo.

Ignacio se sobrepuso á su pena y se resignó, esperando la confirmacion de la noticia.

Habia escrito á Baibieni y á Plácido Martinez, el inoivdable Plácido Martinez, compañeros de Márcos, y si estos vivian no tardarian de sacarlo de dudas.

La confirmacion de aquella fatal noticia no tardó en venir.

Al poco tiempo recibió de Plácido Martinez una carta sentida, dándole detalles sobre la muerte de Márcos.

En la batalla del 24 de Mayo, Márcos habia cargado sobre un cuadro de infanteria, con el denuedo que le era habitual.

Allí habia combatido de una manera heroica, hasta recibir un bayonetazo que lo obligó á retirarse del combate un momento.

Pero un bayonetazo no era nada para aquella naturaleza robusta y una vez vendada la herida por sus mismos soldados, Márcos volvia al combate con mas entusiasmo y mas bravura que nunca.

Mas de una hora combatió así, alentando á sus soldados con su ejemplo, y creciendo su valor y denuedo.

Las balas llovian sobre el heróico batallon Correntino, que parecia ser el único blanco de los Paraguayos, y en las filas se abrian inmensos claros.

Pero los claros eran cerrados con una rapidéz asombrosa y el heróico batallon se mantenía en su puesto.

La pérdida de sangre habia debilitado mucho á Márcos, que de cuando en cuando separaba y llevaba una mano á la herida.

Pero pronto se reponia y su voz sonaba entre las voces entusiastas:

El Coronel Sosa quiso hacerlo retirar del fuego varias veces, pero todo fué inútil.

—Me retiraré cuando haya sonado el último tiro de la batalla, dijo Márcos y se metió en lo mas recio del fuego.

En momentos en que mandaba á su compañía romper el fuego sobre un peloton paraguayo que avanzaba á paso de trote, Márcos recibió un balazo en el ojo izquierdo que lo hizo caer como herido por un rayo.

Todos sus compañeros se acercaron á levantar aquel héroe y á prodigarle todos los auxilios posibles en aquel momento critico.

Peró todo fué inútil, Márcos murmuró un viva Corrientes, como quien habla entre sueños y quedó inmóvil para siempre.

Ya no podia quedar al jóven la mas remota duda y lloró amargamente por primera vez de su vida, sobre aquella primera desventura con que lo azotaba el destino.

Ahora es necesario que me vaya á Goya, dijo á

sus patrones, para ir preparando poco á poco á mi pobre madre, que nada sabe.

—Quiero evitar que le den esta terrible noticia de la manera como me la dieron á mí, porque tan tremendo dolor, recibido así, podría matarla.

Yo la iré preparando poco á poco, le diré que Márcos está herido y la noticia no le causará así una impresion mortal.

Y volveré cuando la vea mas consolada, y cuando mis cuidados no le sean ya tan necesarios.

Ignacio se fué á Goya llevando la promesa de sus patrones de que le conservarían el empleo y de que lo servirían en cuanto necesitara.

Era la compensacion natural á la lealtad y honradez con que los habia servido, compensacion que hizo recordar á Ignacio los nobles consejos que le diera su pobre padre.

Una vez á bordo el jóven se quitó el luto, pues si Cecilia veia aquel luto, comprenderia en el acto la causa y sabe Dios cuales podrian ser las consecuencias de aquella impresion terrible.

Desembarcó en Goya y se fué á su casa directamente, pensando en la grata impresion que iria á recibir Cecilia á quien no habia prevenido de aquella visita.

Al entrar en su casa Ignacio recibió una impresion terrible.

Allí estaba Cecilia flaca y demacrada, envejecida de diez años y como si acabara de salir de una larga y grave enfermedad.

El traje de Cecilia le indicaba claramente la causa de aquel estado.

Cecilia vastia de riguroso luto, prueba de que conocia ya la muerte de Márcos.

Y hacia tiempo que debía saberlo, pues la transformacion de su fisico no era la obra de una semana ni de un mes.

En cuanto vió á su hijo se lanzó sobre él sollozando y lo estrechó en sus brazos con cariño infinito.

La presencia del hijo renovaba todo el dolor en el corazon de la pobre viuda.

—Sabias la desgracia y no me habías dicho una palabra! exclamó Ignacio, quitándome así el único placer que podia haber tenido en mi infortunio: venir á consolarte.

—No me resolvía á darte tan tremenda noticia, sollozaba la madre—no tenia el corage de dártela y queria retardar el mismo dolor que ella habia de causarte.

—Y sin embargo yo lo sabia antes que tú, pero no habia querido decirte nada á mi vez hasta no tener una confirmacion indudable de esta desventura para venir y prepararte poco á poco á recibirlas.

Tan es así, que para venir á verte y que nada pudieras sospechar, me he quitado el luto que visto hace tres meses.

Las palabras se sucedian una á otra, recordando la nobleza y bondad ejemplar del hombre á quien ya no verian mas y ambos lloraban uno en brazos

del otro, renovando el fntimo dolor al recibir ambos la noticia de una manera inesperada.

Hacia ya cuatro meses que la pobre viuda sabia la noticia de su horrible desventura, cuatro meses que sufría sola aquel dolor inmenso, por no aflijir al hijo.

La habia sabido un mes antes que este y no se habia atrevido á escribirle una palabra que pudiera hacérsela sospechar.

Un mes estuvo Ignacio al lado de la madre, prodigándole sus cariños y sus cuidados.

Pero era necesario pensar en todo y ausentarse á Buenos Aires para seguir atendiendo su empleo, única fuente de recursos que les quedaba.

Cecilia no tenia mas bien de fortuna que la casita en que vivía y unos terrenitos que nada valian entónces.

Ella se ayudaba trabajando de costurera y hasta de planchadora, pero tenia que ocultarse de Ignacio, que mas de una vez le habia dicho:

—Para atender tus necesidades basta mi trabajo, así, mientras yo viva, soy yo quien he de trabajar para los dos.

Yo me he de conservar para ti, exclusivamente para tí.

Así lo queria el noble Márcos, y así lo ha de hacer, pues sus deseos han de ser hoy para mi órdenes sagradas.

—Entónces no pienses mas en el servicio militar que ya ves lo que nos cuesta hoy: recuerda él no queria que sirvieras.

—No serviré madre, no serviré, no te aflijas, al menos mientras esto dependa de mi voluntad.

—A este respecto ahora estoy mas tranquila, pues desgraciadamente tienes ahora una inmundad mas sagrada, que tu falta de edad. Eres hijo único de madre viuda.

Estas palabras vinieron á renovar otra vez su dolor, y la pobre madre rompió á llorar amargamente.

Ignacio se quedó aún algun tiempo mas á su lado pues le dolia abandonarla en aquel estado, pues temia volviera á enfermarse.

Pero al fin fué preciso separarse, pues el jóven tenia ahora toda la responsabilidad del bienestar de Cecilia.

Y volvió al trabajo munido del certificado que lo acreditaba como hijo único de madre viuda.

Ignacio estaba transformado.

Su hermoso y espresivo semblante estaba velado por una profunda tristeza y no habia para él mas distraccion ni mas descanso que el trabajo, y el trabajo continuo que lo hiciera olvidar la tristeza de su situacion.

Habia momentos en que sentia el imperioso deseo de marchar al Paraguay y vengar la muerte del padre.

Pero qué seria entonces de Cecilia sin recursos ni sosten de ninguna clase?

Esta consideracion lo detenía, pero no era bas-

tante á destruir aquel deseo que lo trabajaba continuamente y cada vez con mayor fuerza.

Si él hubiera podido asegurar la subsistencia de la madre, no habria vacilado un solo momento y se habria ido al Paraguay.

El recuerdo del padre lo ahogaba y el trabajo del escriptorio no era bastante para distraerlo de su dolor.

Su espíritu viril necesitaba impresiones mas fuertes y estas impresiones solo en la guerra podria conseguir las.

A fuerza de pensar en la manera de resolver este árduo problema de atender las necesidades de la madre y sus patrióticas inclinaciones, Ignacio creyó por fin hallar la manera de hacerlo.

No iria al Paraguay como soldado, porque esto quitaria á la madre los recursos que su trabajo le proporcionaba, pero iria como sargento, lo que le permitia ganar con que sostenerla tal vez mas ventajosamente y con mas holgura, y mezclarse en el combate los días de batalla.

Buscando la proteccion de sus patrones, les comunicó la faz negociante de una operacion, ocultándoles la faz bélica que sabia estos le habian de desaprobado.

Tentado por la fortuna que otros están haciendo, les dijo, se me ha ocurrido irme al Ejército con un pequeño negocio de vivandero.

Y puede ser que Dios me ayude y logre hacerme sinó de nueva fortuna, cosa difícil, de algun capitulito que me permita trabajar por mi cuenta y hacerme de una posicion comercial.

Los patrones de Ignacio creyeron en la sinceridad de estas palabras, sin sospechase la doble causa del negocio y encontraron muy justo lo que el jóven pensaba.

Los negociantes que seguian al ejército, hacian negocios asombrosos, por la misma carestia de los artículos de primera necesidad, y no era extraño que con un poco de suerte Monges podria levantar una fortunita, y un fuerte capital que le permitiera hacer operaciones en mayor escala.

Le prometieron no solo ayudarlo, sinó proporcionarle cuanto podria necesitar, renovándole el surtido así que lo fuera consumiendo.

Ignacio vió el cielo abierto y no pensó ya mas que en el momento de la partida.

Hizo á gran prisa su surtido en Buenos Aires y se fué á Corrientes á comprar los carros y demás cosas que pudieran necesitar para seguir al ejército.

En Goyz se detuvo algunos días, porque era necesario engañar á Cecilia, de manera que ésta no viera en el negocio que emprendia, el menor peligro.

Le dijo que se iba á establecer á Corrientes con un negocio que le ponian sus patrones, y que de allí mandaria un carro con un dependiente para que negociara en el ejército los artículos que él mandaria.

Y le pintó el negocio con tal entusiasmo, que alejó copletamente del pensamiento de la madre el punto que queria acultar.

Esta no vió mas que el negocio que su hijo le presentaba y como teniéndolo en Corrientes lo tenia mas cerca que en Buenos Aires, no opuso á su hijo el menor inconveniente.

Por el contrario alabó mucho á Ignacio aquel deseo de hacerse independiente y dueño de un capital que aunque poco, seria la base de su tranquilidad y bienestar.

Logrado el consentimiento de su madre nada tenia que hacer en Goya y pasó á Corrientes donde compró dos carritos y un caballo, tomando un dependiente para que lo ayudara, pues segun los propósitos que llevaba Ignacio él solo no iba á poder atender su negocio, y un dependiente le era de absoluta necesidad.

Arregladas todas sus cosas volvió á Buenos Aires donde tomó el surtido que habian de llevar sus dos carros regresando con él á Corrientes para el arreglo definitivo y partida al Paraguay.

A Cross y Galuppi les dolia el alma de desprenderse de aquel dependiente tan práctico, tan vivo y tan honrado, pero por conservarlo con ellos no podian sacrificarlo é impedirle que se formase un porvenir por otra senda de trabajo rápido y seguro.

Ignacio Monjes se fué al Paraguay con sus dos carros bien provistos, buscando en el acto su reincorporacion al Ejército, y sobretudo á los batallones correntinos á cuyo lado queria vivir.

El vivandero

Monges se había hecho de un traje que no era militar pero que tampoco era civil.

El so componía de una ancha bombacha y un cinturón de cuero crudo, á cuyo costado derecho se veía un revolver de gran calibre y de seis tiros.

No había querido llevar mas armas, suponiendo con razon que, mientras andaba en el ejército las armas que necesitara le habrían de sobrar.

Desenvuelto y ágil con su fisonomía espresiva y nobles, Monges representaba un espléndido mocetón de veinte y dos años, aunque solo contaba diez y siete.

Mezclado á un candor infantil, había en aquella fisonomía cierto aspecto de incontrastable bravura estrañó en su corta edad.

Aquel hermoso pulpero ambulante cayó al ejército en medio de la general simpatía, disputándose los batallones el placer de llevarlo á su lado.

Pero Monges quería incorporarse á la division correntinay buscar el batallón del Coronel Sosa, en cuyas filas había muerto Márcos y donde estaban los oficiales que habían recibido sus últimas palabras, como Baibiene, Plácido Martínez y Reyna, que mas tarde debían ser la gloria de la heroica provincia de Corrientes.

La division Correntina, siempre en la vanguardia era la que mas rícidamente se batía y esto era uno de los motivos que tenía Monges para buscar su incorporacion, pues anhelaba batirse con los paraguayos para vengar la muerte de Márcos.

En cuanto el joven llegó á la division ansiada, fué recibido con indescriptible cariño y todo género de agasajos.

Bastaba que fuera hijo del heroico Márcos, tan bueno y tan bravo, para que la brillante oficialidad correntina creyera en el deber de ampararlo y recibirlo como á un hermano comun.

Y tuvieron desde aquel dia no solo el vivandero mas gentil del Ejército, sino su compañero de cuyo bravura y denuedo estaban orgullosos.

Monges era un pésimo negociante; en poco tiempo se podía haber hecho relativamente rico multiplicando hasta lo infinito aquel pequeño capital que había llevado.

Pero para esto era necesario explottr al pobre soldado y al oficial miserable que cada tres ó cuatro meses recibía uno de su sueldo y esto no estaba en el caracter caballeresco de Monges.

Su corazón noble se sublevaba ante la usura espantosa con que vendían sus artículos los otros vivanderos y franqueaba sus carros á todo el que quería servirse de su negocio.

Sacando él lo bastante para socorrer á Cecilia, estaba satisfecho puesto que él nada necesitaba.

Vivia del Ejército y para el Ejército y lo demás poco le importaba.

Con el dinero que sacaba de mas, renovaba el surtido de sus carros y volvía tan contento como si hubiera doblado su capital.

—Es preciso que me paguen algo, decía á sus compañeros, por la cuenta que les tenía, porque sino me pagan no voy á poder surtirme y entonces ustedes serán los perjudicados porque no tendrán pulperia donde acudir con igual franqueza.

Y convencidos de esta verdad, cada vez que iba el comisario pagador todos entregaban á Monges lo mas que podían y éste se venía á Corrientes y muchas veces hasta Buenos Aires para poder proveerse de buenos artículos y á precios acomodados.

Si le hubieran pagado todo lo que le debían, Monges hubiera tenido en poco tiempo diez veces mas de lo que llevó.

Pero con esto no había que contar, porque los pobres milicos sino pagaban era porque á ellos tampoco les pagaban y no habían de inventar dinero.

Los carros de Monges estaban abiertos para todos, sin la menor distincion.

El que tenía y podía le pagaba y el que nó, lo dejaba para otra vez.

El solo los molestaba cuando venía el comisario y tenía que renovar el surtido, que sino no era capaz de molestar á nadie para que le pagara, pues el que no lo hacia voluntariamente era porque no podía.

Y como en el interés de todos estaba frecuentar el negocio de Monges, único donde tenían crédito ilimitado, cuidaban de pagarle siempre las mayores sumas posibles.

Monges se había hecho querer así con idolatría por todos los que formaban la division Correntina, donde había establecido su campamento

Viendo lo que vendía, y la frecuencia con que renovaba sus surtidos, los demás pulperos incapaces

ces de dar un trago de ginebra al que no llevaba la plata en la mano, lo creían sumamente rico.

Pero Monges no poseía mas que el capital encerrado en sus carros, y el que sumaban los apuntes incompletos de su libreta.

Y estos apuntes no eran incompletos por falta de órden ó de memoria sino porque lo creía inútil pues decía:

—El que me debe ya vendrá á pagarme, porque á ninguno le tiene cuenta que yo quiebre.

Y como el que no me paga es porque no puede, que saco yo con tenerlo apuntado en mi libreta?

Como cada baja que tenía la division me lleva una parte de mi capital ¿qué gano en tener apuntado al muerto?

El trabajo de borrarlo de mi libreta y nada mas.

Así la mayoría de sus deudores no estaba apuntada en la libreta, bastándole su memoria asombrosa como el mejor libro de apuntes.

En los días de batalla Monges se transformaba y dejaba de ser pulpero para ser soldado.

Inútiles eran las reflexiones de los oficiales, como eran inútiles las órdenes de los gefes para que no le permitieran meterse en las filas.

Hubieran tenido que rechazarlo á culatazos y como esto no era posible lo dejaban no mas.

En cuanto sabía que iban á pelear, dejaba á su dependiente en los carros y tomando un fusil y una cartuchera de que se había provisto con aquel objeto, se metía entre las filas de los soldados, de donde no lo hubieran sacado ni á bayonetazos.

Y era entonces uno de los soldados mas bravos y prácticos de la compañía.

Se había instruido de ver instruirse á los otros y no era posible hacerle la menor observacion.

Cuando el batallon en que él se hallaba quedaba en la reserva salía disparando á meterse en las filas de la vanguardia, teniendo siempre cuidado de hacerlo donde se peleaba mas rícidamente.

Y alegre siempre y siempre jovial y lleno de ocurrencias, asistía á todo el combate siendo siempre de los últimos que se retiraban, porque siempre se metía en el último peloton que quedaba en el campo de batalla.

Y terminado el combate regresaba á sus carros y se tendía debajo de uno de ellos á descansar las yudas fatigas de la batalla.

Y como durante ella andaba de un lado para otro reincorporándose siempre á los que iban adelante, siempre quedaba verdaderamente postrado.

—A este muchacho del diablo lo van á matar el día menos pensado, decía el Coronel Sosa, encantado con la bravura imponderable de Monges.

—No crea mi coronel, respondía Ignacio juvenilmente.

El enemigo se desquita del mal que le hago matándome los mejores parroquianos y los deudores mas fuertes.

Nunca matan á uno que no me deba nada.

Miren muchachos, añadió riendo con infinita travesura: el que quiera que las balas no lo toquen, que no me deba un céntimo y es probado—ahora el que quiera suicidarse no tiene mas que hacerme euenta grande.

Y era imposible dejar de reirse con semejantes farsas y la manera traviesa con que eran hechas.

—Pero por qué diablos no entras en el batallon á servir? le preguntaba el Coronel Sosa, si de todos modos has de esponer la vida así en cada combate.

Así te espondrias menos porque no podrias andar siempre entre las compañías que pelean y te oprovecharia mas porque ascenderias y con las malditas disposiciones que tienes pronto harias una carrera que envidiarían muchos.

—Desgraciadamente no puedo respondió Monges, poniéndose sério entonces y abandonando su aire jugueton.

Si yo me hago dar de alta en el batallon, no podré yo ser pulpero y entonces ¿quién le lleva á Cecilia lo que necesita para vivir?

Tengo que trabajar para sostenerla y entonces no hay mas remedio que hacerle el gusto al corazon peleando de afuera.

Además, si mi madre supiera que yo me había metido de soldado, se moría de pena la pobre.

Por esto es que yo no estoy de soldado desde que murió Márcos, que sino ya sería sargento por lo menos.

—Y oficial, canalla—si no puedes negar la sangre que tienes.

Monges era pues pulpero, en los días de descanso y de marcha.

En los días de combate era soldado y soldado valiente y denodado, que muchas veces había sido el asombro de los oficiales, por el brillo de su comportacion.

Dotado de una musculatura poderosa, como la de Márcos, se cuenta de él el siguiente episodio.

Huyendo un peloton de caballería paraguaya que había traído una carga sobre el batallon de Coronel Sosa, al oficial se le cayó el morrion.

El jóven paraguayo, bajo el mas rícido fuego dió vuelta su caballo y se volvió á recogerlo.

Monges entonces se desprendió de las filas como un rayo, para correr mas ligero tuvo que tirar el fusil, y así, sin armas se precipitó sobre el oficial paraguayo á disputarle el morrion.

Y los soldados tuvieron que suspender el fuego para no matar á Monges junto con aquel oficial.

El oficial paraguayo, corpulento y bravo, se fué sobre Monges alzando el sable y el jóven que no podía parar el golpe porque no tenía armas, se le abrazó del cuerpo estrechándose á él de manera que no podía ofenderlo.

La lucha fué tan violenta como rápida.

Algunos paraguayos habian intentado volver á socorrer á su oficial, pero una compañía del Batallón Sosa acudia tambien á paso de trote, y tuvieron que abandonarlo.

Cuando los soldados llegaron al sitio donde peleaban Monges y el paraguayo, estos habian rodeado por el suelo al lado del morrion, y Monges, mas agil y tan fuerte como era el adversario, se le habia trepado encima del pecho y le apretaba el cuello haciéndole sacar una cuarta de lengua.

—Nadie lo toque! gritó á sus compañeros—demen una soguita para atarlo, que es un dependiente que he tomado para mi pulperia.

Y amarró á su prisionero en medio de las carcajadas que soltaban sus compañeros.

Y estos combates cuerpo á cuerpo se repetian en cada batalla donde Monges hacia personalmente uno ó dos prisioneros, sin que jamás se le viera maltratarlos ó insultarlos á pesar del ódio que les tenia por la muerte de Márcos.

Sus prisioneros eran cuidados y respetados hasta que los entregaba á su Coronel quien los remitia al Estado Mayor.

Así se hizo conocer Monges como valiente y como carácter, por sus compañeros de armas.

Cuando habia orden de hacer un reconocimiento peligroso ó de prepararse para algun combate Monges andaba de fiesta.

Se le veia dar alegremente á su dependiente las órdenes de retirarse con su pulperia ó esperar allí, segun el caso, y meterse en las filas de los soldados á esperar el toque de marcha.

Despues del combate y antes de entregarse al reposo, pedia siempre cartuchos para llenar su cartuchera y tenerla lista para un momento de apuro.

Así es que por precipitada que fuera la orden de marcha, siempre lo tomaba dispuesto y con todo lo necesario para el combate.

Cada dos meses Ignacio se iba á Goya á llevar dinero á la madre y á hacer su surtido.

Entonces tenia muy buen cuidado de despojarse de toda prenda que pudiese oler á pólvora y á soldado para que Cecilia no sorprendiera la verdad de lo que suceda.

Está le preguntaba por sus negocios y él siempre le ponderaba su estado de prosperidad, asegurándole que tenia diez veces mas el valor del capital que levó, pero que la mayor parte de sus utilidades estaba en fiados.

—Yo podria vender al contado como hacen los otros vivanderos, decia, y entonces mi ganancia estaria conmigo.

Pero no tengo corazon para hacer ciertas cosas, y negar mis articulos á oficiales desesperados de necesidad, pues esto seria lo mismo que decirles: pe rezcan ustedes si no tienen dinero.

Si no me pagan, es porque no les pagan á ellos tampoco, pero así mismo, ya ves que nunca me falta dinero con que renovar mis surtidos y con qué atender á nuestras necesidades.

Se puede ser negociante, madre mia, sin dejar

de ser cristiano y que quieres hacerle, yo no he nacido para judío.

Como estos diablos de Correntinos pelean con tanto brio, cada batalla me lleva algo de mi capital en fiados, pero que le hemós de hacer, ya nos desquitaremos por otro lado.

Cecilia quedaba orgullosa del proceder de su hijo.

—Me parece que en tí oigo á tu padre, siempre generoso y bueno, le decia, pero es bueno que pienses tambien que no tienes mas amparo que tú mismo y que la generosidad no sea tanta que te haga quedar en la calle, porque entonces no has de hallar quien sea contigo como tú eres con los demás

Monges pasaba una semana al lado de la madre, y regresaba en seguida al Ejército á incorporarse á sus carros y á su barallon, como él llamaba al del Coronel Sosa, en cuyas filas combatia con frecuencia, porque allí estaban Plácido Martinez, Baibiene y otros oficiales brillantes, que lo atraian poderosamente con su valor magnífico.

Si durante su ausencia habia tenido lugar algun combate el jóven se ponía triste y de mal humor hasta que se producía otro donde peleaba con doble ardor y denuedo.

Y aunque ni siquiera figuraba su nombre en las listas de la tropa, no le llamaban sus compañeros mas que el alférez Monges, y sus carros eran conocidos por la "pulperia del alférez".

La guerra del Paraguay debia ser fatal para los Monges.

Roman Monges, primo hermano de Márcos y tío de Ignacio habia ingresado como Sargento á la compañía de granaderos que mandaba el capitán Baibiene.

Como todos los Monges, era un carácter impetuoso y bravo, patriota sobre toda exajeracion y unitario hasta los huesos, como el decia.

Roman habia venido al batallon de Sosa, por que en sus filas habia muerto Márcos porque allí, aunque de aficionado combatia Ignacio y le parecia que aquel cuerpo era algo como de la familia y que en sus libros debian estar presentes todos los Monges.

Roman, como todos los que formaban aquel batallon se proveian al fiado en la pulperia del alférez quien sabia decirle traviesamente:

—No me haga cuenta larga tío, no me haga cuenta larga, porque los paraguayos parece que han jurado arruinarme y en cuanto pueden me matan los deudores mas fuertes obligándome así á chancelarles la deuda.

Y el sargento reia y por lo mismo le compraba mas seguido, teniendo cuidado de que sus gastos del mes no fueran superiores á su sueldo de sargento.

Ignacio se habia hecho un hombre completo.

Aquella vida militar de fatigas interminables y de peligros sin número, lo habia desarrollado por completo haciéndolo todo un buen mozo.

Su estatura no era elevada, pero su cuerpo era

musculoso y esbelto y su cabeza sobervientemente erguida completaba aquel conjunto simpático y atractivo.

La batalla de Curupaití fué ruda y sangrienta para el batallón Correntino, que vió desaparecer sus mejores plazas.

Nunca se había peleado con tanto entusiasmo y tanto denuedo.

Fuó allí donde Plácido Martínez empezó á mostrar que habían en él condiciones de ser gran general, pues era él quien tomaba siempre la iniciativa, evolucionando con brillo y precisión, allí donde el fuego era mas récío y el pèlgrro parecia mas inevitable.

El sargento Roman Monges fué el primero en caer, con un brazo hecho pedazos por un casco de metralla y una récia contusion en el pecho.

Y quedó allí tendido entre sus compañeros, porque aquella cruda batalla no daba un momento de tregua para atender á los heridos.

Cuando los restos del batallón correntino fueron relevados en su puesto de peligro y de gloria, recien el Capitan Baibiene pudo pensar en el sargento Monjes.

Y lo hizo levantar del campo de batalla y conducido á la pulpería del Alférez, donde fué trasportado hasta el hospital de sangre mas próximo.

Los cirujanos no daban á basto para atender los miles de heridos que habia producido aquella batalla sangrienta, y Roman no pudo ser atendido hasta el dia siguiente, en que le amputaron el brazo inmediatamente, porque no solo la herida era incurable, sino que la gangrena habia empezado á presentarse.

Ignacio habia perdido aquel dia mas de la mitad de su capital, porque eran mas los muertos que los vivos que habian quedado, pero no por esto se aflijó ni perdió su buen humor.

—Se ha, peleado lindo y con provecho, decia y desde que he sacado los huesos sanos, no tengo porque quejarme.

El sargento Monges entretanto, curó de su horrible herida y fué enviado á Corrientes á convalecer.

Para qué habia de quedar en el Paraguay, si de todos modos estaba inválido para el servicio?

Ignacio que habia salido ileso, á pesar de haber andado en la compañía de Martínez que tantas bajas tuvo, lo acompañó hasta Corrientes, imponiéndole la condicion de que no habia de decir á nadie, para que no llegara á oídos de Cecilia, que él habia tomado parte en la batalla.

Ya completamente restablecido, escribió á Baibiene, ya sargento mayor, que queria incorporarse al cuerpo.

Pero Baibiene le contestó que aquello era una locura, porque manco como estaba, era inútil para el servicio, añadiendo que lo iban á dar de baja y hacerlo revistar en inválidos para que no perdiere su sueldo ni las ventajas de su grado.

—Mientras yo esté con vida sirvo, dijo el Sargento Monges.

No podré pelear como antes, pero para manejar un sable basta una mano y para guiar la compañía

al combate basta con tener la boca y las piernas en buen estado.

La pérdida de un brazo no es nada—peor hubiera sido perder una pierna, pues entonces no habria podido seguir sirviendo.

Y sin esperar mas órdenes y aprovechando un viaje que á surtirle hizo Ignacio, se incorporó á su batallón con asombro de todos.

Así formó en aquel cuerpo brillante, á pesar de los consejos de todos y así asistió á varios combates.

El fin de la guerra se aproximaba, pues el Ejército marchaba hácia Humaitá, último baluarte del tirano, sin que el manco Roman, ya Alférez hubiera faltado un solo dia, ni á la lista de diana.

En las batallas que se dió frente á aquellas fortalezas, Roman como siempre, ocupó un puesto de honor y mandó el primero en la primera compañía de ataque.

En lo mas récío del combate Roman recibió un balazo en el pecho que lo hizo caer como herido de muerte, pero pronto sus compañeros lo vieron alzarse y seguir la marcha gritando: viva la pátria y viva la libertad.

De su noble pecho salia la sangre en abundancia y el semblante palidecia sensiblemente.

Roman vaciló un momento pareciendo que iba á caer, pero siguió adelante con paso inseguro, entusiasmando á la tropa con el ejemplo y la palabra.

Daba un viva mas entusiasta á la provincia correntina, bajo una verdadera lluvia de balas, cuando sintió simultáneamente una herida sobre la barba y otra en el ojo izquierdo, cayendo muerto en el acto.

Así murió este otro Monges, tan patriota y bravo como todos los que llevaron su apellido.

Concluido el combate y antes de entregarse al justo descanso, el batallón correntino hizo los debidos honores á este otro héroe de sus filas y le enterró señalando con una cruz el sitio donde debia reposar para siempre.

La muerte de Roman hizo en Ignacio una impresion profunda, pero no por ésto se acobardó en el servicio.

Siguió tomando parte hasta en las mas insignificantes guerrillas, por el placer de hacer fuego contra los paraguayos.

—Lástima será que á éste muchacho vaya á sucederle una desgracia, exclamaba Plácido Martínez al ver la bravura y entusiasmo que desplegaba en el combate.

Hay en él tela para un militar de primer orden, y si vive él ha de hacer sonar su nombre de la vulgaridad.

Monges habia concluido por abandonar el servicio de su negocio para atender el de su batallón.

Teniendo dinero que remitir á Cecilia estaba contento y ya de todos modos se trataba de regresar á Corrientes porque la guerra tocaba á su fin.

Las últimas batallas le habian arrebataado sus principales deudores, y ya poca cosa tenia por realizar.

Recojió todo lo que le pagaron unos pocos deudores vivos, y no pensó en renovar su surtido sino

en liquidarlo, pues terminada la guerra ya su negocio no tenia razon de ser.

Su empleo en Buenos Aires estaria ya ocupado por otro y como le habia ya tomado el gusto á negociar por su cuenta, habia pensado venirse á establecer á Goya donde estableceria un boliche y no se separaria de Cecilia.

Terminada la guerra, Monges regresó á Corrientes con los restos del heroico batallon y de allí pasó á Goya con sus dos carros que eran la base de su capital.

Llevaba muy poco dinero, pero era lo bastante para él que nunca habia tenido nada y cuyo gran capital era el trabajo.

Un amor contrariado

Monges regresó á Goya ocultando siempre su conducta heroica por no alijir á la madre, y comunicó á ésta la idea que tenia de establecerse á su lado, con lo que la pobre mujer creyó morir de felicidad.

Tener á su lado á su hijo y no separarse de él nunca, era para ella el colmo de la dicha.

Si Ignacio volvia pobre porque la guerra le habia llevado sus pocos intereses, qué le importaba á ella, si lo tenia á su lado y se sentia con fuerzas para trabajar para ambos?

Monges vendió sus carros en una buena suma que juntada al dinero que ya tenia, le permitió establecer una pequeña pulperia, al lado de la casa de Cecilia.

Allí era el punto de reunion de sus amigos los liberales, que iban á charlar de la triste situacion del pais, y á lamentar que el general Mitre se hubiera separado del Gobierno de la República.

Pero si Monges por su carácter noble y generoso ganaba en amigos y en relaciones, haciéndose una especie de caudillo, perdía sus intereses viendo con pesar que su negocio no le producía sino lo escaso necesario para vivir.

El pais estaba pobre á consecuencia de la guerra del Paraguay y Corrientes mas pobre todavia por que empezaba á ser victima de los Gobiernos locales.

Sucedió el asesinato de Urquiza, Lopez Jordan se levantó con un fuerte Ejercito y el partido liberal llamó á sus filas á sus buenos leales hijos.

Y Cecilia tuvo el dolor de verlo partir para la guerra sin poder evitar esta nueva desventura, pues si Ignacio no marchaba con los liberales, seria tomado por los federales y entonces su compañía seria mucho mas penosa y mas peligrosa, pues Monges nunca habia hecho fuego contra sus amigos de causa.

Liquidó apresuradamente su negocio para dejar algunos pesos á su madre querida y marchó en el batallon Goya, célebre mas tarde y que entonces empezaba á organizar Plácido Martínez su comandante.

Aquí Monges esperimentó un nuevo dolor que no conocia y que habia de contribuir mas tarde á amargar su combatida existencia.

Monges se habia enamorado con toda la vehemencia de su naturaleza ardiente, de una jóven que vivia en la campaña de Goya.

Los ratos que robaba á sus quehaceres y á la cariñosa compañía de Cecilia era para dedicarles á Mercedes que correspondia el amor de Monges con toda la intensidad de que son capaces las mujeres de Corrientes.

Monges habia logrado mantener aquellos amores en completa reserva, porque la madre de la jóven teniendo proyectos mas convenientes para su hija, cuando supo que Monges la galanteaba, se opuso terminantemente á aquellos amores y notificó á su hija que no pensara mas en eso.

—Yasabes que yo te tengo un partido bueno que hará tu felicidad, mientras que Monges vendria á labrar tu desgracia eterna.

Ya ves lo que ha pasado á Cecilia por haberse casado con un militar!

No pienses en Ignacio, hija mia, mañana te lo llevaria una guerra, una revolucion cualquiera y estarias espuesta á quedar viuda con un enjambre de hijos.

Con don Bartolo no corres ese peligro porque él es extranjero y rico, que te haria pasar una vida regular.

—Pero madre, si yo no lo quiero, habia contestado Mercedes pretendiendo ablandarla así y con él seria desgraciada toda mi vida.

—No hay tal, el cariño es una costumbre y nada mas, habia dicho la vieja.

Ya lo has de querer con toda tu alma porque él se hará querer y porque él te ha de proporcionar todo aquello que hace agradable la vida.

—Pero madre, Ignacio es trabajador y mañana puede ser tan rico como don Bartolo? por qué me he de casar con un hombre que no quiero?

—Todo lo que quieres, pero con Monges esta espuesta á que mañana te deje viuda una guerra y no tengas con que comprar pan á tus hijos.

No hablemos mas de esto y no quiero que Monges te visite.

En vano lloró y suplicó Mercedes, todo fué inútil.

El don Bartolo á quien la buena vieja protegía creyéndolo hacer la felicidad de su hija, era un italiano, rico negociante de Goya que se habia enamorado de la gentil Mercedes y que queria casarse con ella á todo trance.

Para la época y la localidad, era poseedor de una gran fortuna y de un gran negocio de almacen cuya prosperidad iba siempre en aumento, porque era el negocio mas importante del pueblo.

Era un hombre bueno y honrado, pero algo entrado en años y dueño del físico menos aparente para entrar en amores.

Mercedes al principio se habia reido de las pretensiones amorosas de don Bartolo.

Pero cuando vió que su madre lo protegía abiertamente, cuando, se apercibió que estaba amenaza-

da de casarse con él, le cobró una profunda antipatía, antipatía que no pasó desapercibida para el italiano.

Pero él la amaba profundamente y pensaba como la madre que el cariño vendría con la costumbre de estar uno al lado del otro, y que él, á fuerza de finezas y obsequios, concluiría por conquistar aquel corazón que le era tan rebelde ahora.

Mercedes contó á Monges la terrible desgracia que le sucedía, porque la madre no cedería nunca á sus propósitos.

—Y no me casaré jamás sinó contigo, añadía la pobre jóven, pero ya ves lo que para esto tendremos que pensar.

—No te aflijas mi alma, respondió Ignacio tranquilamente, porque estando seguro del amor de la jóven poco le importaban los planes de la vieja.

Todo se reduce á hacerles creer que has renunciado á mis amores y que no nos vemos mas.

Así ella no te apurará y esperará que tarde ó temprano consentias en entrar como un nuevo término de yerba al almacén de don Bartolo.

Ya que no quieren que te vea y pretenden arrebatarme este amor que hace la felicidad de mi vida, te veré como un ladrón, de noche y cuando todos duerman.

Así nadie medisputará mi tesoro porque nadie sabrá que lo tengo y tú vivirás mas tranquila, pues no tendrán entonces pretexto para mortificarte.

Ahora si las cosas siguen adelante á pesar de haberme retirado yo aparentemente y don Bartolo sigue en sus pretensiones, yo me entenderé con él y verás que pronto renuncia á sus planes.

—Por Dios Ignacio, no quiero que te espongas por mí, no quiero que te espongas.

Déjalos que hagan y que proyecten, puesto que todo lo que hagan no puede quitarte un átomo de mi cariño.

Déjalos que piensen todo lo que quieran puesto que no habrá fuerza humana que me haga casar con ese hombre.

No te espongas tú porque entonces me harás vivir en medio de una agitación tremenda.

Basta con la desesperación de lo que me sucede para que añada una desesperación mas.

Monges tuvo que renunciar á verse con don Bartolo y prometiéndole así á Mercedes, jurándose apasionadamente que nunca dejarían de quererse.

Y convinieron en verse todas las noches, cuando nadie pudiera sospechar su presencia en la casa.

Como aquellos amores desgraciados serian un disgusto mas añadido al ánimo de la pobre Cecilia que no cesaba de llorar la muerte de Marcos, Ignacio se los ocultó por completo.

Para que iba á afligirla con sus sinsabores, si la pobre madre nada podría hacer para remediarlos.

Así, cuando todos dormían en su casa y Cecilia lo creía entregado al reposo, Monges ensillaba su

caballo y se iba á casa de su gentil amante, que lo esperaba bajo el alero, tierna y apasionada.

Con su retirada de la casa, la madre había cesado de abogar por don Bartolo, que las visitaba todas las noches sin hablar una palabra de sus proyectos, esperando que vencida por su discreción y su cariño, Mercedes concluiría por aceptar el matrimonio propuesto.

Y sabiendo que esto era lo que mas halagaba á la vieja, hablaba siempre de su fortuna, fortuna que atoraba para hacer la felicidad de la esposa que había elegido.

Y como Mercedes ocultaba profundamente la antipatía que le inspiraba don Bartolo, éste se manifestaba contento, pues aquello era para él un indicio de que iba ganando terreno en el corazón de la jóven.

Los dos amantes pasaban la noche colmándose de cariños, hablando de su felicidad futura y riéndose de las inocentes tragaderas del pobre italiano.

Semejantes conferencias no se tienen impunemente, cuando los jóvenes no obedecen mas que á la pasión que domina sus corazones.

Ignacio y Mercedes estrecharon sus relaciones al extremo de que solo la muerte podría arrancarlos uno del otro.

En un año no habían dejado de verse una sola noche sin que nadie se apercibiera de ello.

Ni Cecilia había notado la ausencia de su hijo, ni la madre de Mercedes la presencia de aquel yerno que se le había impuesto tan contra su voluntad.

Como don Bartolo seguía visitando en la casa cada vez mas contento del cambio que se figuraba irse operando en Mercedes, la buéva vieja estaba contenta, y por no recordárselo, no había hablado una sola vez de Ignacio Monges.

Pero dada la libertad y la intimidad de aquellos amores, el secreto de Mercedes no podía ocultarse mucho tiempo mas, porque la misma naturaleza se encargaría bien pronto de revelarlo.

El choque iba á ser violento porque la noticia iba á tomar de sorpresa á la vieja, desbaratando todos sus planes de riqueza futura con don Bartolo.

Pero no había mas remedio que apurarlo é irlo preparando poco á poco, precisamente para evitar la violencia.

Quién abordaba aquel primer momento de ira? quién se atrevería á hablar primero?

Ignacio no se atrevía temiendo que la vieja en su natural furor rompiera con él para siempre.

Y no quería tampoco que Mercedes afrontase aquellos primeros momentos de ira, temiendo que la vieja fuera á hacer con ella una heregía.

Qué hacer en aquella situación tan violenta? quién podría desempeñar misión tan delicada y á quién poner en posesión de aquel secreto que importaba una vergüenza para la jóven?

El tiempo pasaba en estas vacilaciones, y era

necesario, era urgente tomar una resolución, porque el estado de la joven se hacia cada vez mas visible.

Ignacio pensó por fin en Cecilia y un gran peso se le levantó del corazón.

Quién mejor que su buena madre para comprender su situación angustiosa y quien mejor que ella para apartar la temida entrevista con la madre de Mercedes?

Ella me sacará del mal trance, dijo á su amante, no lo dudes, yo le voy á contar hoy lo que nos pasa y esta noche te avisaré lo que se resuelva.

Ignacio abrió su corazón á la noble Cecilia, contando sus amores y el resultado natural que estos habian tenido, añadiendo la esplicación del peligro en que se hallaban y la necesidad de evitar contra Mercedes cualquier acto violento de la madre.

Es preciso que me ausilies, madre mia, y que protejas á Mercedes mientras la vieja se apasigua, porque cualquier violencia cometida contra Mercedes podia serle fatal dado el estado en que se encuentra.

Cecilia quedó maravillada ante la confesión de su hijo, pues aquello era lo que mas lejos estaba de su espíritu.

Ignoraba que su hijo se hallase enamorado á aquel extremo y mucho menos por su situación por formar una familia fuera tan apremiante.

Por otra parte la noticia la habia llenado de placer.

Los hijos de Ignacio criándose en su regazo y á su lado, distraerian su espíritu, haciéndole olvidar sus desventuras y engañando su corazón del dolor en que le habia sumido la pérdida del noble Marcos.

—Yo veré á la madre de Mercedes, dijo á Ignacio sonriendo de aquella manera que solo las madres sonrien.

Yo la veré y cederá al fin, no tengas duda, por que ella es madre, y antes que todás las consideraciones de la vida están los hijos y su felicidad.

—Si, pero yo quiero evitar á Mercedes un disgusto sério que en el primer momento de ira pueden darle, y esto es lo que me aflige por las consecuencias que puedan venirle por su estado.

Yo quisiera traerla aquí mientras tú ves á la madre y arreglas las cosas: de esta manera no hay nada que temer.

Qué podria negar Cecilia á aquel hijo querido cuya felicidad era lo único que la preocupaba?

En todo consintió y á todo se prestó con tal deberlo tranquilo y contento.

—Traela aquí le dijo, que de todos modos viene á su casa, mientras las pobres madres arreglamos esta calaverada de ustedes.

Aquí nadie la molestará, puesto que en mi ausencia tú quedas con ella.

Ignacio abrazó á su buena madre lleno de felicidad, pues sabia que nadie como ella arreglaría las dificultades que se presentaran y que nadie como ella

vencería todos los obstáculos que podía oponer la vieja.

Ignacio llevó esa noche á Mercedes, que estaba aterrada de su situación, aquellas buenas nuevas, añadiendo:

—Tú te vienes á casa mientras Cecilia arregla nuestro asunto y así nada tienes que temer y yo estoy tranquilo por tí, mi vida, pues se que así ningún disgusto podrán darte.

Mercedes que no tenia mas voluntad que la de su amante, accedió á todo cuanto este le dijo, y aquella madrugada, en vez de volver á la casa como lo hacia diariamente, Mercedes salió á las ancas de Ignacio que la condujo á su casa donde lo esperaba la buena Cecilia.

—El único que se va á tirar los pelos es don Bartolo, dijo Monges, para distraer en algo la angustia que domiaba á la joven.

Quién lo mete á pretender los bienes ajenos y á figurarse que para semejantes rotes ponga Dios sobre la tierra mujeres de tu esplendor.

No tendrá porqué quejarse el veje y debe darse por feliz si le permitimos asistir á nuestro casamiento.

Aquella fué la nota cómica de la noche.

A pesar de su situación triste, el recuerdo de don Bartolo hizo prorumpir á Mercedes en una sonora carcajada que no pudo dominar.

Y tu madre que te dedicaba para almacenera! añadió: seria gracioso que yo te hubiera ido á comprar una libra de yerba!

Cecilia recibió á los dos jóvenes cariñosamente, tratando de endulzar en lo posible la angustia y la vergüenza que se transparentaban en el bello semblante del joven.

No se haga violencia hija mia que todo se ha de arreglar para la felicidad de todos.

En cuanto sea de día yo me pongo en viaje y hablo con su mamá antes que pueda apércibirse de su ausencia, para tomarla del mejor humor posible.

Así la encontrará mas accesible á mis ruegos y razones y espero que antes del medio dia podré traerles buenas noticias.

En cuanto amaneció Cecilia se fué á casa de Mercedes.

Era preciso llegar antes que la madre notara la ausencia de la hija, porque esto la pondria de un mal humor inabordable haciendo fracasar por el momento todo un buen arreglo.

No sabiendo ella que la joven se habia ido, su espíritu se hallaría mas accesible, y madre al fin, se pondria en un terreno razonable, mas, desde que lo sucedido ya no tenia remedio.

La madre de Mercedes recién se levantaba cuando llegó Cecilia y como Mercedes acostumbraba á levantarse un poco tarde su ausencia no podia haber sido notada.

Las dos madres se entendieron como tales.

Al principio la buena vieja queria tragarse la casa y como le parecia un sueño cuanto se le decia fué al cuarto de su hija para oír de su propia boca cuanto le habia dicho Cecilia.

Y fué precisamente la ausencia de la jóven la que la convenció de que no la habían engañado.

Como era natural en el primer momento maldijo al cielo y la tierra, insultó á Cecilia porque se había prestado á semejante trapisando y aseguró que antes de consentir en aquella iniquidad mataría á Ignacio y mataría á la misma Mercedes.

—Pero que va usted á remediar con toda esto? preguntóla Cecilia, si lo sucedido no tiene remedio?

Hagámoslos felices, señora, y seremos felices nosotros mismas viéndolos quererse y querernos de una manera entrañable.

Madre al fin, la buena mujer se fué ablandando poco á poco, á medida que se le fué pasando la primera impresion.

La partida jugada por los jóvenes á don Bartolo empezó á parecerle menos negra y al fin encontró muy razonable lo que Cecilia le decía, consintiendo por último en que los dos jóvenes se casaran, puesto que así lo había querido el destino.

Fué aquel un verdadero dia de fiesta para las dos familias, cuando las dos madres aparecieron en casa de Cecilia á llevar á los jóvenes la noticia del perdon á su calaverada.

A la noche Mercedes regresó á la casa de la madre, y quedó arreglado el casamiento para cuando fuera posible.

Esta noticia hizo desaparecer de Goya á don Bartolo, que liquidó sus negocios y desapareció de Goya sin saberse hácia qué lado había tendido su enamorado vuelo.

Un casamiento no se improvisaba en Goya á dos tirones, en aquella época de revueltas y mal andanzas, porque ni siquiera había un sacerdote que lo celebrara.

Era preciso esperar la llegada de alguno y que Monges se pusiera en condiciones pecuniarias de casarse decentemente.

Entretanto y en medio de la felicidad en que vivian, Mercedes había dado á luz un niño que se criaba en el regazo de ambas madres, ó mejor dicho de ambas abuelas que se habían dedicado por completo al cuidado de aquel nieto.

Fué en esta situacion que vino á estallar la guerra en Corrientes, arrancando á Ignacio de su hogar

feliz, para hacerle experimentar todo género de desventuras.

La situación era violenta porque no podía sacar cuerpo á la campaña que se iniciaba.

Si no se iba en el partido liberal, voluntariamente, se esponia á que los federales lo arriaran como estaban habituados á hacerlo y á servir entre las filas de sus tradicionales enemigos.

Era preciso decidirse sin pérdida de tiempo, y Monges, con el corazon partido ante la felicidad que dejaba, abandonó su hogar y se plegó á las filas del partido liberal.

Aquella campaña fué dura y penosa para Monges, que no podía olvidar un momento todo cuanto había dejado en Goya, entregado á la miseria y á la ruina, puesto que él no podía atender á la subsistencia de todos.

Ya se sabe lo que es nuestro pobre soldado en campaña, para quien todo es miseria y desamparo, hasta que la muerte viene á saldar todas sus cuentas con el Gobierno, á quien la viuda y los hijos no podrán jamás cobrar un céntimo de los sueldos adeudados al padre.

La invasion que Lopez Jordan llevó á Corrientes en aquella época, había sido una invasion de salvajes que habían entrado á saco en los pueblos, sin respetar nada.

Los hogares abandonados por los hombres que estaban en el ejército fueron el campo de rapiña y de pillage por parte de los invasores, que no respetaron como era natural las familias de los liberales.

Y el hogar de Monges corrió la misma suerte que el de sus compañeros.

No se imaginaba el desgraciado el cuadro de desolacion y espanto que había de hallar despues de la dura batalla de Noembé, y cuando creia venir á recoger el cariño de los seres queridos que había dejado y á reparar las fatigas de aquella campaña que no le había dejado otro beneficio que la satisfaccion del deber cumplido.

Qué había sido de su hogar durante su ausencia? qué de los seres mas queridos que en él dejó cuando partió á la guerra.

Un malon de cristianos

La invasion de Lopez Jordan habia caido como un verdadero azote sobre la Provincia de Corrientes.

La mayoría de aquel ejército, compuesto de elementos malos, no podia dar otro frente que el que puede esperarse de una invasion de indios.

Regimientos sin organizacion ni disciplina, sin jefe muchos de ellos ó con un jefe improvisado é incapáz, no obedecian mas que á sus propios instintos y á su propia voluntad.

Nada esperaban del triunfo porque sabian que unavez que el ejército nacional se pusiera en campaña no podrian trunfar á pesar de todos los recursos de su jefe.

Y se esforzaban por encontrar la compensacion de aquella campaña, en el saqueo que llevaron á sus poblaciones indefensas.

Y el saqueo que habia empezado en Entre-Rios podia terminar en Corrientes con un buen provecho para todos.

Era necesario para ellos arrebater todo lo que allaran al alcance de la mano, no solo para llenar sus necesidades, sino porque, al presentarse el enemigo no encontrara donde llenar las suyas.

Al pueblo de Goya cayó un regimiento de caballeria mandado por un Comandante Meaña, criminal que se habia hecho célebre por sus ferocidades y su valor asombroso.

Sus hazañas y sus crueldades le habian valido el apodo del *Clinudo*, con que era conocido, no por el espeso ni el largo de su cabello, sino porque segun decian los que le habian conocido y tratado no solo tenia pelos en el corazon, sino clines.

Era el Clinudo un facinoroso, en todo el significado de la palabra que tenia gran prestigio entre la gente de alma atravesada, por lo que nuestros lectores podrán suponerse lo que seria un regimiento mandado por semejante hombre.

Toda esa jente que lo habia buscado para engrosar sus filan, suponiendo por eso semejante jefe no podia irles mal en la invasion.

Y como toda era jente entrañada y resuelta, el Clinudo la aceptaba sobre tablas, suponiendo á su vez que con semejante jente ninguna empresa de saqueo podria salirle mal.

La cuestion era emanciparse del Ejército, con pretestos diferentes, y poder operar por su cuenta donde lo estimara mas conveniente, sin tener que

rendir cuenta alguna de lo que hiciese y sobre todo sin tener que dar parte de lo que realizara.

Allí no habia mas disciplina que la disciplina del terror que todos tenian al Clinudo, porque sabian que era capaz de hacer cualquier enormidad y de dejar seco de un tiro á quien mejor le pareciese.

Sabiendo que era un Rejimiento de gente brava y decidida, en el Ejército se tenia la mayor consideracion por el Rejimiento del Clinudo, siendo el cuerpo que se destinaba siempre á las mas peligrosas bombeadas y á las expediciones mas audaces.

Como hombre, el Clinudo era un tipo monstruoso.

Su cabeza enorme y desproporcionada á su pequeño cuerpo, estaba adornada por un pelo largo y crespo, por cuyas hebras no habia pasado un peine hacia mas de veinte años.

Picado de viruelas, con una nariz roja é hinchada por el alcohol, con dos ojitos pequeños y negros á los cuales asomaba toda la ferocidad de su alma, aquella fisonomia era verdaderamente espantosa.

En ella estaban impresas todas sus pasiones, todos sus vicios y todas sus maldades.

Su persona descuidada y sucia, era repugnante.

No se podia mirar aquel sér sin sentir un movimiento de espanto y repulsion.

Y esto era precisamente lo que mas prestigio le daba entre aquella jente feróz de que se habia rodeado, entre los que figuraban los presidiarios á quienes aquella revolucion abrió las puertas de la cárcel.

El rejimiento del Clinudo era el que mejor montado andaba, porque entraba á las poblaciones en busca de los mejores caballos que arrebataba sin consideracion alguna, prefiriendo como es natural los que estaban mejor cuidados y aquellos que, creyendo salvarlos por este medio, decian los peones que eran animales de estimacion.

Este famoso rejimiento fué el que la suerte destinó á Goya.

El Clinudo habia ido á sus alrededores á sacar caballos, y se habia detenido precisamente cerca de la casita de Mercedes, porque el Clinudo tenia la costumbre de campar siempre cerca de una casa donde se metia para pasarlo bien y al abrigo, mientras sus soldados quedaban á campo aptos para merodear y hacer daño en los alrededores.

Así es que mientras estos bombeaban el pueblo

para saber si había guarnición y donde estaban situados los negocios si los había, aquel ganó la casa de Mercedes con el mismo desembarazo que habría entrado á la suya propia.

Ya él había hecho bombardear si había hombres en la casa y sabiendo que allí no había mas hombre que el pequeño hijo de Monges, y que se trataba de dos mujeres, entró pidiendo que le dieran buena cama donde reposar la hosamenta y que le dieran que comer.

Terrible fué la impresion que produjo en las pobres mujeres la presencia de aquel hombre de tan siniestra facha.

La buena vieja creyó morir de miedo cuando supo que era el jefe de las fuerzas campadas cerca de allí y la pobre Mercedes se puso á llorar de terror sin atinar si debía huir ó quedarse allí.

De qué le serviría huir, de todos modos, si una vez afuera caería entre las manos de aquella soldadesca?

Podía ser que obedeciéndole y contentándolo no les hiciera daño, resolviendo tratarlo de la mejor manera que les fuera posible.

Le dieron la cama de Mercedes donde el Clinudo se tendió cómodamente y ambas empezaron á hacerle de cenar, con lo mejor que había en la casa.

Si la fealdad del Clinudo había llenado de espanto á las mujeres, éste había quedado deslumbrado por la belleza de Mercedes; asaltándole desde el primer momento la idea de apoderarse de ella.

Tanta hermosura lo había embriagado, haciéndole olvidar por el momento todos los proyectos de saqueo que lo habían llevado á aquel paraje.

Se hizo servir la comida con la misma Mercedes, entablando con ella amoroso diálogo, con la groseria comprensible en aquella alma nepravada.

—Parece somos casada, por el potrillo que te veo en los brazos? dijo sonriendo como quien dice una gracia: y donde está el marido?

La pobre vieja, viendo que el terror había anudado la lengua de Mercedes, y creyendo que con sus datos hablaría la groseria de aquel hombre respondió que el marido de su hija había marchado á campaña y que por esto no podían hacerle mejor recibimiento, pues estaban sumamente pobres.

—No importa, respondió el Clinudo: así como los quita, la guerra dá tambien maridos, y sinó aqui estoy yo que me pinto solo para éllo.

Linda muchacha, caramba, se me está haciendo aguala boca de solo mirarla.

La pobre Mercedes hacía rudos esfuerzos para contener las lágrimas, mientras la pobre vieja se encomendaba á Dios y á todos los santos.

Ambas empezaban á entrever una desgracia horrible, pues no tenían defensa alguna contra aquel ser monstruoso.

El Clinudo, una vez que comió llamó á su ayudante y le mandó que pusiera un centinela en la puerta de la casa, con órden de no dejar

salir á nadie mientras él dormía, absolutamente á nadie.

—Ya halaremos de eso, ya hablaremos de eso, dijo á las mujeres, porque ahora voy á descansar un poco: que tengan pronto el mate para cuando me despierte.

Y el Clinudo que había bebido en grande mientras comía, de una damajuana que tenía buen cuidado de traer siempre llena, se acostó á dormir, roncando poco despues con una tranquilidad envidiable.

Las pobres mujeres se echaron á llorar una en brazos de la otra, comprendiendo que aquello no podía concluir sinó por una tragedia.

Nada podían hacer para escapar á las intenciones que pudiera abrigar aquel hombre, puesto que estaban encerrados allí como prisioneros y con un centinela á la puerta colocado espresamente para que no pudieran salir.

Mercedes pensaba en Monges único que podía librarlo de aquel peligro tremendo.

Pero Monges no estaba allí para protegerla.

No tenía ni el recurso de hacer avisar á Cecilia el peligro que las amenazaba, puesto que nadie podía salir de la casa, y la situacion se hacía para ellas cada vez mas desesperante.

La vieja se había asomado al campo y había visto la casa rodeada por los fogones y los grupos de soldados tendidos por todas partes con la mayor tranquilidad.

Muy seguros debían estar de que nadie los incomodaría cuando permanecían así.

No había pues, mas recurso que encomendarse á Dios y esperar los acontecimientos.

El Clinudo estuvo durmiendo una siesta que duró hasta la noche.

Nadie se atrevía á despertarlo y si el Clinudo no se recordaba por sí mismo, lo hubieran dejado dormir hasta el otro dia.

Varios individuos habían estado entrando á la casa con diferentes pretestos, para conocer á Mercedes cuya belleza era el tema de los fogones, pero ninguno se había atrevido á decirle la menor palabra, por no provocar las iras del Clinudo.

Pensaban que éste había echado sus cálculos sobre ella cuando había ordenado que nadie saliese de la casa, y no se atrevían á tontriarlo.

En cambio mientras el Clinudo dormía ellos habían dado sus malones por los alrededores y en el pueblo mismo trayendo provisiones abundantes con qué pasar alegremente el dia.

La guitarra sonaba en alguno que otro fogon donde aumentaba la ginebra y el campamento iba poco á poco tomando un aspecto poco tranquilizador.

La vieja exploró las salidas varias veces pensando que el centinela se había ido con sus compañeros, pero siempre tropezaba con él, convenciéndose al fin que toda tentativa de fuga era imposible.

La noche avanzaba entretanto, aumentando el terror de las dos mujeres, que se imaginaban que las irían á matar por robarles, creyendo que podían tener plata escondida.

Mercedes tenia abrazado en su regazo à su pequeño hijito, temiendo que se lo fueran à arrebatarse y hacer con él alguna herejía, pues el aspecto de aquellos hombres no podia ser mas alarmante.

A cada rato llegaban los grupos que iban al pueblo de momento en momento, cargados con nuevas provisiones de bebida.

Por fin el Clinudo se despertó y llamó para que le dieran mate.

La vieja, que tenia todo pronto y que se esmeraba en complacerlo para tenerlo contento, le llevó el mate preguntándole si habia pasado bien la tarde y si habia descansado.

Pero el Clinudo la recibió con un terno formidable mandándole que se llevase el mate al infierno.

Quiero que me lo traiga tu hija, vieja fiera, esclamo, para conversar con ella y hacerle el amor.

Si tú vuelves à aparecer por aquí, te deslomo de un garrotazo.

La pobre vieja se retiró apresuradamente, porque el Clinudo hizo ademán de tirarse de la cama y mandó à su hija con el mate, convencida de que lo peor seria siempre irritar à aquella fiera.

Mercedes dejó à su hijo en los brazos de la madre y se resignó à todo, presentándose llorosa y aterrada en el cuarto donde el bandido se paseaba à grandes trancos riendo del julepe que habia pegado à la vieja.

—Con que esa vieja se habia figurado que yo le tomaria el mate? dijo, que bruta!

Quiero que tu me lo cebes, mi hijita, para que te vayas acostumbrando porque ya no nos hemos de separar mas.

Pienso llevarte conmigo cuando me vaya y verás que vidorria vamos à pasar.

—Yo no puedo hacer eso, sollozó Mercedes, porque no puedo dejar mi casa y abandonar à mi hijo y à mi madre.

—Ya tendrás mejores que ese, no te aflijas.

En cuanto à la vieja dejó que se la lleve la trampa, que para nada sirve mas que para asustar à la gente.

Que se quede en la casa para cuidarla y para contarle à tu marido si vuelve, si no lo hacemos reventar por ahí, que tu te has ido conmigo porque te ha dado la gana.

La pobre joven rompió à llorar de una manera desconsoladora, midiendo rápidamente todo el peligro que corria si aquel hombre si no renunciaba à su propósito.

Pero su llanto solo sirvió para irritar al Clinudo, que la trató malamente, notificándole que si hacia paradas, no lograria mas que hacerse pegar una paliza.

Mercedes siguió cebando mate para engañar su miedo, resolviendo que aquella noche huiria de la casa aunque la mataran, puesto que la muerte seria mucho mas aceptable que aquella situacion tremenda.

A cada mate el Clinudo seguia hablando de la buena vida que pasarian juntos, pretendiendo acariciar à Mercedes que se retiraba aterrada cada vez

que él se aproximaba, lo que empezó à irritar al bandido por la resistencia que se le oponia.

—No seas tonta y no te espongas à que te sienta la mano para hacerte entrar en vereda, le decia.

Es preciso que cedas à la razon y veas lo que te conviene.

—Si no tomamos una resolucion heroica estamos perdidas, dijo à la madre Mercedes.

Yo me animo à salir sorprendiendo el menor descuido, puesto que desde que él se ha despertado han retirado el centinela.

Si me sienten me espondré à que me peguen un tiro, pero como la noche no está clara no me verian y aunque me hagan fuego no podrán pegarme.

Y si nos agarran la situacion será la misma, pues no puede ser peor.

Pero mi hijo es lo que me detiene, madre, podrian matarlo de un tiro, ó matármelo de gusto y para vengarse, si nos llegan à agarrar, y esto es lo que yo temo.

—Me quedaré yo con él, dijo la noble madre.

A mi no tienen porque perseguirme y tal vez no nos hicieran nada.

—Tal vez, sollozó Mercedes, pero como lo que quisieron seria vengarse y desahogar la ira, la matarian à usted y lo matarian à él.

—Pero no podemos entregarnos sin defensa à una situacion tan terrible! es preciso hacer algo para conjurar el peligro y este algo es que huyamos con la ayuda de Dios.

Asi las dos mujeres, llorando, discutian el mejor medio de salvarse cuando se sintió afuera un gran tropel y pronto vieron entrar un grupo de hombres corriendo donde estaba el Clinudo.

Era uno de los tantos grupos que viajaban al pueblo para proveerse de bebida, y que traian una noticia poco tranquilizadora para ellos.

A Goya venia llegando una fuerza Correntina cuyo número ignoraban y como en el pueblo les darian la noticia de que ellos estaban allí, era preciso ponerse en marcha y buscar la incorporacion del Ejército.

—Pronto gritó el Clinudo, que preparen los caballos y que el Rejimiento esté listo para marchar inmediatamente.

Las mujeres no pudieron contener un grito de alegria, pues la presencia de aquellas fuerzas correntinas que hacia huir aquellos bandidos, venia à salvarlas en el momento mas crítico.

Y cayeron de rodillas dando gracias à Dios por aquel socorro inesperado.

Poco debia durarles à las infelices aquella alegria repentina.

No bien concluyó el Clinudo de dar sus órdenes referentes al Rejimiento, cuando se acercó à ella y le dijo:

—Y tu, prenda, prepara lo que quieres llevar que nos vamos y no quiero dejarte.

Mercedes quedó helada de espanto, pues lo que menos esperaba era una orden semejante.

Miró á su madre llena de angustia y permaneció muda, sin saber qué contestar.

Entre tanto la madre, que habia presentado una exena de lucha y de violencia, habia llevado el niño á su cuarto, para evitar que pudiera ser maltratado casual ó voluntariamente.

Y habia vuelto á donde quedaron su hija con el Clinudo y tres ó cuatro personas mas que habian entrado á tomar órdenes.

Tan seguro estaba el Clinudo que Mercedes lo seguiria sin la menor resistencia, que le habia mandado ensillar un caballo para ella, recomendando que fuera manso y de buen andar.

—Y pronto; sobre todo, habia agregado.

Es necesario salir de aquí antes que amanezca, para que no vean el rumbo y no nos puedan perseguir.

—Y tú no te estés durmiendo ahí á lo zonga y prepara pronto lo que has de llevar porque el tiempo nos corre y no podemos perderlo por tu estimable persona.

—Es que yo no puedo irme de aquí dijo Mercedes, dominando su llanto y tratando de mostrar cierta energía.

—Adios diablos! no te espongas á que te lleve á la fuerza ó te haga aceptar la oferta con unos cuantos moquetes: te he dicho que te apures que no podemos perder tiempo y te prevengo que yo no estoy acostumbrado á repetir dos veces las cosas.

Con que vamos de una vez y no pretendas hacerme perder la paciencia que no la tengo muy larga que digamos.

—Yo no tengo que ir con usted para nada, respondió Mercedes resueltamente y no me moveré de aquí.

En ese momento entró un hombre que venia del pueblo, anunciando que las tropas estaban muy cerca de Goya y que dentro de poco entrarían al pueblo.

—A caballo todo el mundo! gritó el Chinudo y tú marcha de una vez, antes que te haga marchar yo á rebencazos.

Mercedes quiso disparar: ya no habia centinelas en las puertas y tal vez no la perseguirian mucho por el apuro que tenian en marchar.

Pero el Clinudo se le fué encima como un rayo y la alcanzó á agarrar del vestido cuando la jóven lograba franquear la puerta, entablándose un día logo violento seguido de una lucha repugnante.

Mercedes con la desesperacion se habia abrazado de la madre, que trataba de protegerla y ayudarla á resistir.

—Soltá vieja maldita! gritó el Clinudo completamente exasperado, soltó antes que te rompa el alma.

Y sacudió á la pobre muger tres ó cuatro rebencazos.

Por esta en vez de soltar se prendia á su hija con mas fuerza dando ambas espantosos gritos.

Cuatro ó cinco hombres de aquella gente desalmada presenciaba la escena riendo desafortadamente y esperando solo una indicacion del Clinudo para ayudarlo.

Irritado este con la resistencia, dió vuelta el rebenque y con todas sus fuerzas descargó un golpe terrible sobre la cabeza de la muger que cayó desmayada y con la cabeza partida.

Mercedes, que estaba fuertemente abrazada de la madre, fué arrastrada por el peso del cuerpo que caia, y cayó tambien, manchándose con la sangre que salia abundantemente de la cabeza de la madre.

El Clinudo la tomó por la cintura queriéndola separar del cuerpo que tenia abrazado con toda su fuerza, pero no pudo y entónces empezó á pegarle con el rebenque sin lograr otra cosa que hacerla gritar de una manera desesperada.

—A ver una manito aquí para separar á esta estúpida porque sinó la voy á matar, dijo el Clinudo.

Y sus compañeros se echaron sobre Mercedes, desatendiéndola no sin mucho trabajo del cuerpo de la madre.

La pobre jóven se defendió cuanfo pudo siendo sacada entre todos, atada para que no pudiera incomodarlos con sus esfuerzos y puesta delante de un gaucho fornido, como una carga cualquiera, encargando á éste que la llavara durante la marcha.

Y el regimiento se puso en camino al trote y galope, sin ocuparse mas de la vieja que quedaba en cuenta de muerta, ni del cliquilin que felizmente habia pasado desapercibido en la lucha, pues de lo contrario es mas que probable que lo hubieran degollado.

Recien al dia siguiente los vecinos mas próximos á la casa de Mercedes, que habien sentido que algo estraordinario sucedia allí durante la noche, se atrevieron á acercarse á tomar informes, puesto que el enemigo se habia retirado y estaria muy léjos de allí.

Y hallaron á la madre de Mercedes tendida sobre un charco de sangre y con todo el aspecto de uncadáver, pues aun no habia recobrado el sentido.

Temiendo que hubiera muerto y despues de buscar inútilmente á Mercedes por toda la casa, se trasladaron á Goya á buscar auxilios y á avisar á Cecilia lo que sucedia, mientras otros se quedaban allí y hacian lo posible por volver á la vida el inanimado cuerpo.

Cuando estos llegaron á Goya, ya la ciudad habia sido ocupada por las mismas fuerzas que hicieron huir al Clinudo, las que se preparaban á emprender la persecucion sabiendo que el enemigo habia marchado esa madrugada.

Cecilia, aterrada con lo que se le decia, se trasladó á casa de Mercedes, donde se encontró con el horrible cuadro que hemos pintado.

Y pensando en el efecto horrible que estos sucesos harian en el ánimo de Ignacio, rompió á llorar amargamente á pesar de su valor reconocido.

La madre de Mercedes seguia en el mismo estado, comprendiéndose apenas que vivia por los débiles latidos de su corazon.

En cuanto á Mercedes nadie sabia con certeza lo

que habia sido de ella, porque la madre era la única que podia dar detalles, pero como no se le hallaba en parte alguna, no era difícil suponer lo que habia sido de ella.

Cecilia, se hizo cargo de su pequeño nieto y quedó en la casa cuidando á la herida, acompañada por algunos vecinos.

A los dos dias, recién la madre de Mercedes pareció mejorarse, y recibió el uso de la palabra, narrando entonces penosamente todo lo que habia sucedido.

Poco duró aquella reaccion favorable que á todos halagó haciéndolos pensar en que la pobre muger curaría.

Sin los elementos necesarios para curarla y desfallecido su espíritu por la pena, á los ocho dias de aquellos sucesos, murió en brazos de Cecilia, ignorando lo mas terrible de todo.

La tropa que marchó en persecucion del Clinudo no pudo darle alcance, aunque apuraron la marcha todo cuanto le fué posible, pero hallaron una señal espantosa de su paso maldecido: el cadáver de Mercedes arrojado allí, á unas quince leguas de su casa.

Sin duda la jóven habia luchado, se habia resistido de una manera heroica, y aburrido el bandido,

irritado por aquella resistencia tenaz y firme, le habia dado de puñaladas.

El hermoso cuerpo de la jóven, desnudado de la ropa de que solo conservaba algunos girones que delataban la lucha mantenida, presentaba dos puñaladas—una en el vacío derecho y otra bajo el seno izquierdo que indudablemente le habia herido el corazón produciendo la muerte.

Y como una prueba de la hazaña de su asesino su hermoso semblante cuya belleza no habia alterado la muerte, presentaba un largo tajo que partiendo de la frente cruzaba la mejilla y se perdía en el cuello.

Aquel tajo era sin duda la despedida que el asesino habia dado al cadáver, pues se conocia que habia sido inferido mucho despues de la muerte.

De aquella familia tan feliz poco antes, solo quedaba el pequeño hijo de Ignacio con quien Cecilia se trasladó á Goya despues de sepultar el cuerpo de la desventurada Mercedes, que fué tambien traído no sin gran trabajo.

Solo quedaba á Cecilia este recuerdo y la zozobra infinita de la suerte que Ignacio podria correr en la guerra.

Solo le faltaba recibir una noticia funesta a su respecto, para apurar todas las desventuras de la vida.





Artista y héroe

Esta fué la historia que recibió en su hogar á Ignacio Monges, cuando despues de la guerra creyó venir á estrechar en sus brazos á su bellissima y querida Mercedes.

Lz impresion fué terrible, pues era aquello lo que mas lejos estaba de su espíritu.

No le quedaba mas consuelo que visitar la tumba que encerraba los despojos de la única mujer que habia querido en su vida, con toda la pasion y con todo el encanto de que era susceptible su corazón valiente.

Ignacio Monges repartió todo su cariño entre su madre y su hijo, únicos seres que le quedaban en la vida y reconcentró todo su odio contra los federales causantes de todas sus desventuras y de todas las desventuras de esa Provincia por cuyas libertades siempre habian luchado los suyos sin poder alcanzarlas mas que temporalmente y para perderlas en seguida.

—Yo ya no sirvo mas que para la guerra contra los federales, decia, porque es preciso que paguen todo lo que han hecho sufrir á los Correntinos.

—Piensa que tienes un hijo cuyo solo amparo eres tú, le decia la buena Cecilia.

—Porque lo tengo á él y á tí madre mia es que me quedo en Goya, respondió el jóven con melancolia infinita, sinó sabe Dios lo que hubiera hecho, porque la noticia de lo que ha sucedido en mi ausencia, madre querida, es como para enloquecer al hombre de ánimo mas firme.

Monges se quedó en Goya desde entónces, dominado por una estraña melancolia y se dedicó á ganar la vida para que nada pudiera faltar á aquellos dos seres queridos,

Su único placer, su única diversion favorita era tener en los brazos á su hijito, y conversar con Cecilia de sus pasadas desgracias y de la vida penosa que lo esperaba.

—No te alijas Ignacio, decia la valerosa muger, piensa en todas las desgracias que han agitado mi vida y verás que con resignacion y valor todo puede sobrellevarse.

Ya vendrán tiempos mejores, hijo mio, y tal vez todavia podamos ser relativamente felices.

—Ya no hay felicidad para mí, mi madre, porque parece que yo he nacido con mala estrella.

La única felicidad mia será en adelante la de ustedes y la de Corrientes, cuando hayamos concluido con el último federal, porque mientras haya federales no podrá haber felicidad para nuestra tierra desgraciada.

Monges pensó en trabajar: pero en qué habia de trabajar él, sin capital y sin ayuda?

Una colocacion de dependiente en una casa de comercio de Goya, le habria proporcionado un sueldo miserable insuficiente para sus necesidades personales mas inferiores.

Y no se atrevia á salir de Goya dejando aquellos dos seres queridos por temor de que fueran á perecer victimas de alguna otra tragedia.

Para ver si en algo se remediaba por el momento y en la esperanza de juntar algunos recursos que le ayudaran á vivir algun tiempo, trató de cobrar algun dinero que le debian en Goya y en Corrientes.

Y aunque la época era mala y los recursos de dinero escasos, pudo juntar algunas pequeñas sumas que sirvieron para tranquilizarle el espíritu

pues ellas, aunque por poco tiempo venian á asegurar las necesidades de los suyos.

Uno de los mas fuertes deudores de Ignacio y que no tenia absolutamente con qué pagarle su dinero, le ofreció en pago un banco de carpinteria con todo género de herramientas que él tambien habia recibido en pago de un dinero y que de nada le servia pues él no era carpintero.

—Tampoco lo soy yo, respondió Monges, pero algo es algo y tal vez se pueda vender bien á alguno que lo necesite.

Y aceptó como cancelacion de su cuenta al banco y el surtido de herramientas de carpinteria que era bueno y completo.

Aquello guardándolo, podia tener una oportunidad de venta y mientras servirle para ir aprendiendo el oficio de carpintero.

Quién sabe si aquellas herramientas no serian con el tiempo el sosten de los suyos.

Monges se trasladó á Goya con sus herramientas y las acomodó en una pieza de su casa, que arregló á modo de taller de carpinteria.

En Goya habia entonces un español, oficial carpintero, á quien le faltaba trabajo porque no tenia taller.

Monges que lo conocia lo buscó y le proporcionó el suyo para que trabajara, á cambio tan solo de que le enseñara el oficio.

—Una vez que yo sea carpintero, pensaba Monges, no me ha de faltar trabajo y quien sabe si estas pobres herramientas no son la base de mi fortuna.

Con una constancia asombrosa y una voluntad inquebrantable, Ignacio se dedicó á su nuevo oficio bajo la direccion del Español y en poco tiempo aprendió á manejar los instrumentos y pudo ayudarle en las obras mas sencillas.

Como en Goya no habia carpinteros un taller tan completo, tenia trabajo en abundancia, ganándose lo suficiente para atender las necesidades de la familia.

Inteligente y contraído, dedicado esclusivamente al trabajo y con el firme propósito de aprender, al año Monges era un carpintero de primer orden, y sus obras dejaban maravillado al Español maestro, cuyo discípulo sabia mucho mas que él.

Los amigos se habian habituado ya al nuevo oficio de Monges y le proporcionaban cuanto trabajo tenian.

Así cuando el Español se retiró de Goya llevando algunos pesitos ganados en el taller de Monges, éste era un carpintero de crédito que apenas podia dar cumplimiento al trabajo que tenia, ayudado por un oficial y varios aprendices que habia tomado.

Monges era tan feliz como podria serlo en medio de sus funebres recuerdos.

Su vida se dividia entre el trabajo rudo de la carpinteria y el amor de aquellos dos seres que constituian toda su felicidad en la tierra.

En ellos habia concentrado todos sus afectos y puede decirse que para ellos vivia exclusivamente.

Cecilia queria ayudarlo con su oficio de costure-

ra que tantas veces la habia sacado de apuros, pero Ignacio no la dejaba trabajar, diciéndole que mientras él viviera no habia necesidad de semejante cosa, puesto que él ganaba lo bastante para todos.

—Demasiado quehacer tiene con cuidar del nieto, le decia alegremente, que ha venido á robarme la mitad de su cariño.

Así vivian aquellos tres seres, rogando á Dios de que aquella felicidad no fuese á ser interrumpida por alguna nueva desgracia.

Cuando Monges pensaba en todas sus desgracias pasadas, sentia que su corazon rebozaba su odio contra los federales autores de todas ellas.

Odiar al partido fatal que tanto daño habia causado á su provincia y á su familia, era para Monges una especie de religion, un culto al que no renunciaria nunca.

—Que no vuelvan á dominar nunca en Corrientes, pensaba, pues siento que su dominio vendria á ser causa de nuestra ruina.

Siempre mantenía correspondencia con sus amigos del partido liberal y los gefes con quienes habia servido y cuya amistad habia sabido conquistar-se con su conducta intachable y su carácter franco y leal.

Ser liberal, era la mejor recomendacion con que un hombre podia acercársele: hubiera hecho cualquier sacrificio por ayudar á su correligionario político, aunque no lo hubiera conocido antes ni estuviera ligado á él por la mas lejana amistad.

Monges no solo atendia á su carpinteria en la ciudad de Goya, sino que cuando lo necesitaban en los establecimientos de la campaña, se trasladaba á ellos con las herramientas necesarias y allí permanecia hasta que se terminaba el trabajo, regresando á su casa con su ganancia, que poca ó mucha la entregaba íntegramente á su buena madre.

Aquel trabajo rudo y sin descanso, le probaba admirablemente.

Jamás se sentia enfermo y nunca se habia encontrado tan fuerte y vigoroso como entonces.

A fines del año 74, Ignacio Monges se encontraba en el establecimiento de campo del señor Diaz Colodrero, situado á unas nueve leguas de la ciudad.

De allí lo habian mandado buscar para que hiciera unas importantes obras de carpinteria, y como le pagaban bien, no habia tenido el menor inconveniente en ir.

Se hallaba Monges en lo mas interesante de su trabajo, cuando recibió noticias de los movimientos que habian tenido lugar en Corrientes.

Se decia que en el Cuartel de Policia el Gobierno reuniria sus tropas para fusilar al pueblo liberal que no estaba conforme con sus inspiraciones, y el valiente Plácido Martinez habia llevado un rudo asalto al cuartel, acompañado de la oficialidad del legendario batallon Goya.

Plácido Martinez habia tomado el cuartel con toda la tropa y armamento que contenia, en seguida

habia formado su batallon y habia marchado á campaña seguido de la entusiasta juventud liberal.

Aquellas noticias vinieron á sacar á Ignacio de su tranquilidad habitual, sintiendo que él no podia estar entregado á sus trabajos mientras sus amigos se batian por la causa liberal, pues allí entre sus filas estaba su puesto.

Monges previno al señor Diaz Colodrero que abandonaba el trabajo porque tenia que ir á compartir el peligro con sus amigos de causa, y se vino á Goya, presentándose en el acto al comandante Martinez que lo reconoció en su grado de sub-teniente y lo colocó en el batallon como su ayudante.

Monges no quiso ir á su casa, temiendo que los ruegos de la madre y la vista de su hijo lo hicieran flaquear en su determinacion.

Remitió á Cecilia todo el dinero que tenia enviándole una espresiva carta en que le decia que iba á otro trabajo en Corrientes y marchó á campaña con todo el entusiasmo de que era capaz.

La campaña aquella fué corta y penosa.

El Gobierno de Corrientes protegido por el Gobierno Nacional, fuerte en elementos de guerra, si impuso al fin, y el partido liberal se vió nuevamente condenado á la emigracion y á las persecuciones de todo género de que los hacian victimas los federales en el poder.

Monges con dos amigos pasó á la Uruguayana, donde buscó trabajo en su oficio de carpinteria.

Trabajador incansable y artista consumado en aquel oficio, prontó halló trabajo en abundancia y pudo ganar no solo con qué sostenerse él, sino que tambien pudo enviar á Cecilia lo bastante para que pudiese atender á sus necesidades.

Despoblada Corrientes porque la mayoria de sus habitantes eran liberales y opositores al Gobierno, emigrando todos para escapar á las persecuciones politicas, el Gobierno se vió obligado á dar un decreto de amnistia, pudiendo entónces cada cual volver á su casa.

Ignacio Monges regresó entónces á Goya, y se dedicó de nuevo al cuidado de los suyos y á su trabajo.

Ya era preciso ir pensando en la educacion de su hijo y era necesario trabajar sin descanso para poderle atender en todo lo que fuese necesario.

Atendiendo á su trabajo en el taller y á los frecuentes trabajos que en la campaña se le proporcionaban, el trabajo no le faltó un solo dia, permitiéndole no solo cubrir sus necesidades con holgura sino hasta guardar un poco de dinero, que vendria á servir á los suyos en el caso de que una nueva patriada lo alejara de Goya.

Corrientes habia entrado en una época de tranquilidad que parecia prolongarse y el trabajo aumentaba, siendo muy bien compensado.

Monges tenia siempre sus tiestos fuera de Goya que le dejaban sus buenas utilidades y parecia que al fin iba á poder formar cabeza.

Toda su ambicion era poder educar á su hijo de una manera conveniente, y para hacerlo no economizaba sacrificio.

El oficio de carpintero era muy pesado y el de militar muy penoso y muy sin compensacion.

El hubiera deseado enviarlo á Buenos Aires donde hubiera recibido una educacion completa, pero no se atrevia á separarse de él, Cecilia no lo hubiera consentido, ni aún al precio de haberlo visto mas tarde convertido en un abogado ó en un médico.

El colegio de Goya no era malo para recibir los primeros rudimentos, rudimentos que mas tarde podria completar en el Colegio Nacional de Corrientes.

Asi se deslizaron tranquilamente algunos años mas que Monges partió siempre entre el trabajo y el amor de la familia, hasta que los sucesos del 77 vinieron á sacarlo nuevamente de aquella vida tranquila y provechosa.

El Gobernador de Corrientes Sr. Madariaga pretendió pasar el mando al Dr. Derqui y la poblacion de toda la Provincia se habia alzado en armas contra imposicion semejante.

Inútil era luchar en el terreno del derecho y de la legalidad contra el poder oficial que queria á todo trance entregar el mando al funesto doctor Derqui, y este fué recibido de Gobernador empezando una guerra ruda y de persecuciones contra el partido liberal que lo habia resistido.

El partido liberal se levantó en armas como un solo hombre y Monges volvió á abandonar su carpinteria y su familia para ir á prestar su contingente de sangre y de bravura.

Y el heróico batallon Goya volvió á contarle entre sus filas.

La guerra civil no pudo ser mas cruda y mas sangrienta.

De un lado estaba el pueblo heróico de aquella Provincia soberbia y del otro el poder oficial en cuyas filas formamaban los elementos federales que querianmedrar á sangre y fuego.

Bien pronto el Gobierno de Derqui comprendió que no se podía luchar con un pueblo que se defendia de aquella manera heróica.

Sus destacamentos eran batidos entusiastamente por la revolucion, que se iba apoderando uno á uno de todos los departamentos.

Pero sostenido por el Gobierno de la Nacion el doctor Derqui resistia y pensaba que una batalla campal la suerte tendria que serle favorable, porque la revolucion no tenia armas ni municiones con que contrarrestar un poder y sus elementos militares.

Monges, á las órdenes del heróico Plácido Martinez habia tomado parte en todos los asaltos dados á los Departamentos, comportándose siempre con un brillo y una bizarría admirable.

En el sangriento combate que tuvo lugar entre las fuerzas del Comandante Alvarez, conocido por el porteño Alvarez y las de un Coronel Paiva, Igna-

cio Monges pudo lucir todas las condiciones de su carácter soberbio y de su inteligencia clara y rápida.

Paiva, como todos los gefes del Gobierno fué derrotado, teniendo Monges en este rudo encuentro la fortuna de hacer prisioneros à un Mayot y dos oficiales, tomando en seguida el pueblo de la Cruz.

La batalla de Ifran vino en seguida y todos saben de que manera heróico combatió y triunfó el Ejército del pueblo guiado por el heróico Plácido Martínez.

Despues de la toma de Corrientes que vino à coronar el triunfo del partido Liberal y à dar en tierra con el poder odiado de Derqui, todo parecia haber concluido.

El Gobierno liberal parecia dominar toda la Provincia.

Pero una fuerte division Derquista mandada por el Coronel Toledo se habia alzado en Curuzú-Cuatiá, amenazando convulsionar los departamentos vecinos.

Fué enviado allí el Coronel Reyna, gefe prestigioso y bravo, que levantó la Guardia Nacional del Paso de los Libres.

El célebre Gallino andaba tambien por allí merodeando con algunas fuerzas, pero al sentir la aproximacion de Reyna cacareó y pasó al Uruguay.

Monges se incorporó al Coronel Reyna, quien conociendo los raros méritos de este oficial, le confió el mando de un piquete de caballeria, poniéndose en marcha hácia las Tunas, donde se habia atrincherado Toledo con una fuerte division de infanteria armada à remington.

Las fuerzas de Reyna eran compuestas de un batallon de infanteria como de ciento cincuenta plazas y doscientos hombres de caballeria desmontada.

La lucha iba à ser dura, pues à mas de la superioridad de en número y armas, Toledo tenia la ventaja de estar atrincherado tras una palizada construida à manera de reducto.

El choque fué sério.

El fuego que hacia la gente de Toledo era tan nutrido y sostenido que parecia imposible que uno solo pudiera volver con vida.

Y Monges fué rechazado en su primer tentativa con inmensas bajas.

Lejos de acobardarlo, aquel contraste pareció enardecerlo y hablando à su gente con palabra entusiasta y animosa, volvió à la carga sorprendiendo el fuego de la trinchera con todo el vigor posible.

Este segundo choque fué mas violento pero el asalto se llevó à cabo con un valor y una seguridad asombrosa.

El enemigo, impuesto por el coraje de aquella tropa soberbia empezó à ceder y Reyna avanzó entonces por el claro que habia abierto Monges, con el resto de la tropa.

Al llegar donde se batia el bravo oficial, Reyna lo vió cubierto de sangre, notando que tenia la espada en la mano izquierda.

Y conmovido ante tanto valor le preguntó si estaba herido.

—No es nada mi coronel, respondió Monges, sonriendo, un refilon de bala que me ha ensangrentado un poco, y entusiasta y hablando siempre à su tropa siguió avanzando.

Monges habia recibido en el primer encuentro un terrible balazo en el hombro derecho yendo la bala à salir por la espalda del mismo lado, pero no habia dicho una palabra tratando de ocultar su herida para no desanimar à su tropa.

La pérdida de sangre que le bañaba el uniforme del lado de la herida, le habia debilitado muchísimo pero el bizarro oficial se mantenía en pié merced à su fuerza de voluntad incontestable y seguía en lo mas récio del combate.

El mismo Coronel Reyna narra este soberbio episodio de la manera siguiente:

“Monges fué atravesado por una bala que le entró por el hombro derecho, en el momento en que levantaba la espada para dar un cintarazo à un soldado que demostraba miedo.

Me apercibi en el acto de que Monges estaba herido aunque sin conocer la gravedad y solo porque lo veía bañado en sangre.

Le preguntó si estaba herido de gravedad y me contestó que no era nada.

Pero poco despues lo ví vacilar: haciendo un esfuerzo sobrehumano, cambiò la espada à la mano izquierda, y siguió mandando el avance, pero instantes despues y no pudiendo sostenerse mas, caía al suelo como herido por un rayo y dando un viva sonoro y claro à la causa que defendíamos.

El Coronel Reyna siguió avanzando intrépido, pues no era posible desatender el combate un solo momento y Monges quedó allí confundido con los otros muertos de aquel glorioso campo de batalla.

La noche empezaba ya à tender sus densas sombras y era necesario apresurar el resultado del combate, antes que la oscuridad de aquella noche lo envolviera todo.

Las tropas de Toledo acosadas sin descanso de aquella manera tremenda, no pudieron sostenerse mas y empezaron à retirarse buscando el paso del Arroyo que en un cuarto de hora los pondria en territorio Entreriano.

Y la persecucion principiò con la misma tenacidad con que se habia llevado el ataque.

Aquella noche cayó un aguacero terrible, que obligó à las tropas del Coronel Reyna à detenerse y campar.

Al otro dia, cuando el bizarro gefe se retiraba del campo de batalla tan ruda y disputada, su primer cuidado fué recojer à Monges.

El pobre jóven estaba con vida aún, pero en un estado lamentable, porque todo el aguacero le habia caído encima, formando à su alrededor un enorme charco de agua y de sangre.

No hablaba, ni conocía à las personas que se le acercaban.

En aquel estado y con todas las delicadezas po-

sibles el Coronel Reyna lo envió á Curuzú-Cuatiá, junto con otros heridos, para que allí fuera curado, pues en Curuzú Cuatiá habia recursos y un cirujano, á quien mandó recomendar la curacion de aquel bravísimo herido.

Dotado de una naturaleza rica y de una salud verdaderamente incommovible, Monges escapó á la muerte aunque contrajo la enfermedad penosa que tan desgraciado debia de hacerlo mas tarde.

De resultados de aquella mojadura tuvo en el hospital de sangre su primer ataque de captalesia que se repitió dos veces mas en el espacio de mes y medio.

Pero su herida iba mejorando visiblemente sin la menor complicacion.

A los dos meses Monges era dado de baja del hospital de sangre, completamente bueno de su herida, pero inútil para el trabajo en su oficio de carpintero y con aquella enfermedad terrible que lo acometia en el momento menos pensado y lo postraba por dos ó tres dias.

Aquel estado miserable lo desesperaba inmensamente, haciéndole desear la muerte, preferible al estado de miseria en que quedaba.

Pero el recuerdo de la madre y del hijo lo sostenian en sus momentos de mayor angustia, pensando talvez su epilepsia se acercara al fin, y su brazo con el tiempo le permitiria trabajar.

Qué hacer en situacion tan desesperante?

No habia que pensar en el trabajo porque el menor esfuerzo haria abrir su herida y en aquel estado lastimoso no queria volver á su casa.

Monges hizo escribir á Cecilia diciéndole que estaba bueno y que pronto volveria á Goya, y se fué al Paso de los Libres á presentarse á su gefe, pues si estaba inválido para el trabajo no lo estaba para el servicio de las armas.

La guerra habia terminado ya con la derrota del ambicioso Derqui, y el Gobierno de la Nacion que tanto lo habia protegido, se vió forzado á reconocer el Gobierno liberal que la voluntad del pueblo correntino habia elegido para regir sus destinos.

Felizmente el Coronel Reyna habia sido nombrado gefe militar del Paso de los Libres y encargado por el Gobierno de formar allí un piquete que sirviera para guarnecer el punto y prestar servicio de Policia de seguridad.

Nadie mas digno que Monges de comandar aquel piquete y nadie mas competente que él por su inteligencia, su valor probado y su acrisolada é insuperable honradez.

Y pensando siempre en su valiente oficial cuya conducta lo habia cautivado, el Coronel Reyna habia empezado á formar el piquete sin nombrar comandante.

Quería antes informarse del estado de Monges, para llevarlo á su lado y al comando de aquel piquete que iba á ser la seguridad del pueblo de los Libres.

Monges no supo como agradecer al Coronel Reyna aquella muestra de verdadero aprecio y cariño.

Aquel puesto venia á salvarlo de la miseria momentánea en que se hallaba y darle una posicion segura y estable.

Revistando con su grado de capitán, Monges se hizo cargo del piquete y en poco tiempo el pueblo de los Libres tuvo una policia de seguridad como nunca la habia soñado, educada en el respeto absoluto al ciudadano y en el estricto cumplimiento de sus deberes.

Su sueldo, aunque escaso, le permitia atender á sus necesidades mas imperiosas y remitia el resto á su buena madre que velaba por la educacion de su hijo querido.

Teniendo seguro el bienestar de los suyos, de su persona poco se cuidaba.

El ataque de epilepsia no habia vuelto á acometerlo, por lo que se consideró curado.

Cuando estuvo perfectamente bueno de su herida, como para que esto no fuera sospechado por la familia, Monges pidió licencia y se vino á visitarla, pasando á su lado quince dias, dias que fueron un verdadero bálsamo para su espíritu atribulado.

Trabajando sin descanso, la buena Cecilia no habia dejado faltar nada en la casa y su hijo seguia educándose, sabiendo ya todo cuanto en Goya podian enseñarle.

Era un hermoso jóven, con todo el bello aspecto varonil del padre, y el carácter que habia distinguido siempre á los que llevaron aquel apellido.

En el colegio donde se educaba hacia las veces de Monitor, y se instruía él mismo en los libros del colegio de aquellas materias que no podian enseñarle.

Por este lado la ambicion de Monges estaba satisfecha.

Su hijo seria un hombre de provecho, digno y útil á la sociedad.

Monges les contó que estaba de servicio en los Libres, como Comandante del piquete, pero que muy pronto volveria á su trabajo, puesto que la guerra habia concluido y tenian al fin un gobierno del partido liberal que haria prosperar al pais y que todos podrian vivir tranquilos entonces.

Nada se sospecharon en su casa de su terrible herida y él nada les quiso decir.

Para qué aflijirlas con el conocimiento de una desgracia que no tenia remedio?

Monges volvió al Paso de los Libres con la esperanza de que tal vez, despues de una temporada de vida tranquila, su herida cerraria de una manera completa y le permitiria trabajar en su oficio.

Su ataque de epilepsia solo lo acometió una vez en cuatro meses, viendo con este motivo á don Manuel G. Martínez, médico distinguido, quien le aseguró que siguiendo su buen réjimen curativo, tal vez al fin se veria libre de tan afligente enfermedad.

Pero estaba de Dios que Monges no habia de pa-

sar mucho tiempo una vida tranquila á la que era tan acreedor.

La conducta intachable y la bondad de su carácter le habian granjeado el aprecio de toda la poblacion, que pedian al Coronel Reyna no sacara de allí á Monges.

Y el pobre inválido pasaba así una tranquila vida á la que era tan acreedor, cuando estallaron los luctuosos sucesos del memorable año 80.

Y el partido liberal de Corrientes, como el partido liberal de Buenos Aires se prepararon á la lucha que se presentaba tan llena de ódios y enconos.

Corrientes se aprestó á la lucha, contando con los elementos que le ofrecia el Gobernador de Buenos Aires y la heroico provincia se levantó como un solo hombre.

Ignacio Monges con su piquete fué de los primeros en presentarse al Coronel Reyna quien lo incorporó en la columna á sus órdenes.

Aquel Ejército salió á campaña, sin las armas y municiones necesarias, y esperó tranquilo y firme las que debian remitírsele de Buenos Aires.

Pero esas armas no llegaban nunca y aquel Ejército no podia operar, manteniéndose en una expectativa llena de angustia y zozobras.

Demasiado conocidos son aquellos sucesos desgraciados para que insistamos sobre ellos!

Buenos Aires cayó despues de sostener una lucha sangrienta, y en su caída arrastró á la valerosa provincia de Corrientes, donde intervino el Gobierno Nacional, y les puso el gobierno que ellos habian volteado en fránc.

Los federales volvieron á imperar en Corrientes y Reyna, como los demás gefes liberales, tuvieron que emigrar de la pátria, huyendo á las persecuciones sangrientas de que serian víctimas.

El coronel Reyna pasó á la Uruguayana, su eterno refugio, y allí lo siguió Monges, su fiel amigo á compartir la miseria del destierro.

Otra vez Monges se veia obligado á abandonar su hogar á la miseria, pero esta vez en peores condiciones que nunca.

Inutilizado ya su brazo derecho, no podia pensar en su oficio de carpintero que tantas veces lo habia sacado de apuros permitiéndole atender á su familia en todas sus necesidades.

Qué seria ahora de Cecilia y de su pobre hijo, fiados á sus propias fuerzas para ganarse la vida?

La mas honda tristeza empezó á ganar al valiente oficial y el resultado fué que su antigua enfermedad, que parecia curada recrudecié y los ataques de catalepsia empezaron á repetirse, no solo mas frecuentemente, sinó con mayor violencia que nunca.

Permanecer en la inaccion era morir de hambre y aquellos hombres tenian el temple demasiado duro para entregarse así sin defensa á una situacion tan desesperante.

El Coronel Reyna reuniendo los pocos recursos que habia llevado y valiéndose de las muchas relaciones con que contaba en Uruguayana, estableció

un cafecito del cual Monges debia ser el mozo principal, compartiendo con el Coronel Reyna las curiosas tareas de aquel nuevo oficio y tambien las utilidades que pudiera dejar.

Era curioso y graciosísimo ver á aquellos brillantes militares armados de un largo delantal blanco, despachando un café con copa ó sin ella á cualquier parroquiano que fuese á solicitarlo en mas ó menos buen modo.

Al "Café dos Correntinos", como se le llamaba, caia la mejor sociedad de Uruguayana, pero eso no impedia que concurriese tambien algun mulato trompudo, á quien era preciso atender con el mismo comedimiento que á los demás, pues trompudos ó no eran tan marchantes como los otros y pagaban en la misma moneda.

Dotado de tanta paciencia y resignacion como valor, Ignacio Monjes se habia hecho un perfecto y activo mozo de café, en el cual nadie hubiera sospechado al militar retirado, á no ser por el natural erguimiento de la hermosa cabeza y la soberbia magnífica de su mirada altiva.

Reyna reia alegremente de ver á su brillante oficial convertido en el mas humilde y activo mozo de café, y éste reia á su vez al ver á su heroico gefe convertido en simple patron.

El cafecito se iba acreditando poco á poco y la clientela iba aumentando de una manera sensible, atraida por los buenos modos y el excelente servicio de aquellos mozos tan finos y educados, siendo la diversion de todos ver la seriedad con que recibian una propina y la paciencia estupenda con que escuchaban las frases insultantes de algun borracho.

Quando el café se cerraba al público y ellos se dedicaban á la limpieza del establecimiento porque aun las utilidades no daban para permitir el lujo de un par de ayudantes de trabajo, Monges se entregaba por completo y sin defensa á la íntima amargura de sus pensamientos.

Y pensaba entónces en su familia y en la Provincia tiranizada por un gobierno inicuo; y entónces asomaba á sus ojos en un poderoso relámpago todo el ódio que le inspiraban sus eternos enemigos los federales.

Pensaba en lo mas noble de la sociedad correntina, saqueada, arruinada y perseguida por el partido enemigo, pensaba en su provincia escarnecida y mártir, y aquellos ojos altivos, húmedos por la indignacion y la pena, brillaban de una manera siniestra.

En vano el Coronel Reyna le hacia toda clase de reflexiones para que no pensara en aquellas cosas, todo era inútil.

—Es mas fuerte que mi voluntad, decia Monges: quiero siquiera tener el consuelo de pensar en ellas y contarme á mi mismo todo el ódio en que reboza mi corazon, hasta que llegue el supremo momento del desquite y barramos del territorio de Corrientes á toda esa canalla que lo domina.

Aquel martirio diario á que Monges sujetaba su espíritu agravaba su mal.

Los ataques de epilepsia se sucedian con una violencia inusitada y lo atacaban en el momento menos

pensado, sin dejarlo sentir ningun signo por el cual pudiera preveerlos, sorprendiéndolo de todos modos.

Monges no se daba cuenta de lo que le pasaba durante los ataques, permaneciendo insensible generalmente durante dos días, lo que trastornaba la marcha del café y provocaba muchas veces sérios disgustos é incidentes desagradables.

Monges se entrstecia profundamente cuando le narraban algun incidente desagradable habido entre Reyna y algun cliente á causa de sus disgustos.

Pero el pobre nada podia hacer para remediarlos y esto era lo que mas lo apesadumbraba.

Muchas veces al servir una taza de café lo acometia un ataque y caia inerme sobre el cliente, volcándole encima el café, y dejándolo aturrido y sin saber que pensar hasta que venia Reyna à levantarlo y esplicaba la causa del accidente.

Y de aquí nacian todos los disgustos, pues muchos le recriminaban de una manera grosera el hecho de tener allí un enfermo tan peligroso y desagradable.

La gente distinguida que concurría al caté de Reyna tenia gran aprecio por Monges, sabiendo quien era y seducidos por sus modales finos y su conversacion amena y entretenida.

Pero los demás clientes empezaban á retirarse del café, temiendo que en algunos de sus ataques le diera por emprenderla á golpes con los concurrentes.

El caté estaba entonces en su apogeo: ya podia permitirse el lujo de un par de mozos, habiendo pasado Monges á la categoria de encargado del establecimiento.

Comprendiendo que su presencia allí era un verdadero estorbo, estorbo que amenazaba la vida del negocio, Monges se decidió á separarse con gran pena suya y profundo sentimiento del Coronel Reyna, que lo miraba no ya como un amigo, sinó como un verdadero padre.

Las utilidades del café le habian permitido hacer algunas remesas de dinero á su buena madre, en quien no dejaba de pensar un solo momento y economizar unos trescientos patacones, con los que dijo á Reyna que pensaba establecer un pequeño almacen en los suburbios de la ciudad, donde tal vez le fuera bien y donde sus ataques epilépticos no perjudicarian tanto el negocio, mas desde que pensaba ponerse en una cura séria.

Reyna le dió sérios consejos en ese sentido, repitiéndole que libertara su espíritu de aquellos pensamientos tristes que eran la única causa del recrudecimiento de su mal.

Y de todos modos, ya sabe que aquí está siempre el café y que si el negocio de almacen va mal, siempre este será un buen refugio donde poco ó mucho siempre habrá para los dos.

Monges, con los trescientos patacones que habia economizado y usando del crédito que su honradez proverbial le habia abierto en todas partes, estableció un pequeño almacen en las orillas del pueblo y se dedicó por completo á su negocio, haciéndose asistir por un médico de Uruguayana y usando de algunas recetitas que antes le diera el doctor Martinez, lo que lo alivió de una manera notable, haciendo que sus ataques fueran mas débiles y que se repitieran muy de tarde en tarde.

Con esta asistencia alejando de su espíritu las agitaciones del pensamiento Monges se alivió notablemente.





La última desventura

Industrioso por naturaleza y de un carácter activo: Monges no se contentó con la monótona ocupación de almacenero, que se reducía á despachar en el mostrador y en la trastienda los comestibles ó copitas que iban á buscar.

Todo el tiempo que le dejaba libre el despacho lo ocupaba en fabricar licores, dulces y conservas, en lo que se había hecho un verdadero maestro.

Se había proporcionado un "Manual del licorista y del confitero", aprendiendo así la fabricación de los mas famosos licores y dulces, que hicieron de su almacencito una verdadera especialidad.

La concurrencia de su casa no era la misma que la del "Café dos Correntinos", pero no por esto era menos numerosa.

Ella se componía de los sirvientes que iban á "hacer el gasto" y de los soldados y trabajadores que llenaban la trastienda en busca de sus famosas copitas de especial licor.

Sus antiguos amigos como los de Reyna, no concurrían al almacén, sinó de tarde en tarde á visitarlo, pero lo protegían mandando buscar el gasto á su casa y consumiendo sus famosos licores y dulces en los que se había hecho una especialidad.

Distraído así con su negocio y el nuevo oficio que con tanta felicidad había aprendido, no tuvo tiempo de pensar en las desgracias de su vida y de su provincia y los ataques de captalepsia parecieron abandonarlo por completo, al extremo de creerse radicalmente curado.

Monges se había hecho un verdadero negociante y su casa había tomado una fabulosa importancia relativa, pues ya se permitía tener en ello un capital como de cinco mil patacones propios y el doble de capital en giro.

Recibía en ella consignaciones de diversos artícu-

los y había extendido su negocio llevando buenos artículos de tienda y de campo, entre los que figuraban hermosas prendas de plata y vistosas riendas y monturas de valor.

Como su negocio estaba en las orillas del pueblo allí acudía la gente de campo á hacer todo género de provisiones.

Monges había hecho gran amistad con el gefe político de Uruguayana que lo visitaba con frecuencia, y podía decirse que la tropa de policia no salía de su almacén, ya tomando copitas, ya conversando, ya armando jaranas de guitarra que provocaban gran despacho de bebidas.

Y Monges pasaba una existencia feliz, pensando que al fin podría hacerse una fortuna y volver á su patria cuando las cosas cambiaran y hacer con ella la felicidad de los suyos que tan acreedores eran á una existencia mejor.

Siguiendo su negocio en la misma prosperidad que hasta entonces, pronto doblaría su capital efectivo, lo que constituía para él una fortuna fabulosa.

Pero estaba de Dios que Monges no había de gozar mucho tiempo de una vida feliz y de un trabajo estable.

En aquel tiempo empezó á agitarse en el Brasil nuestra cuestion de límites y se pensó que el estallido de una guerra entre los dos países no podía tardar en producirse.

La gente ilustrada miraba friamente la cuestion y no creía en la guerra, pero no sucedía lo mismo con el populacho que hablaba de ella como cosa inevitable, aprovechando aquellos rumores para dar salida al ódio que tenían por los argentinos.

Monges, por el momento, no podía temer las consecuencias de aquella creencia del populacho, por-

que contaba con verdaderas simpatías en la población y tenía en ella amigos de importancia.

Pero muchos otros argentinos emigrados, correntinos en su mayor parte, tuvieron que abandonar el pueblo, comprendiendo que eran antipáticos á la población ignorante y queriendo evitar así hechos desgraciados.

Estos incidentes dieron margen á que el Gobierno nombrara un Cónsul Argentino en Uruguayana, siendo elegido para ello el Coronel Reyna, como el argentino mas respetable que allí residía.

Quien mejor que aquel patriota para velar por los intereses argentinos?

No era propio que el Cónsul Argentino fuera al mismo tiempo dueño de un café y Reyna hizo este nuevo sacrificio: vendió su café, cuyo crédito y clientela eran verdaderamente notables, y se quedó en el empleo gratuito á servir los intereses de sus amigos y comprovincianos, pues toda la población argentina de Uruguayana se componía de liberales Correntinos que no pensaban volver á la patria oprimida entónces.

Su amistad con Monges se estrechaba cada vez mas, pues cada dia tenía un nuevo motivo de admirar el carácter honrado y leal de aquel hombre extraordinario.

Los soldados de Policía como el populacho, no podían olvidar que Monges era un argentino y aun-que seguían demostrándole el mismo cariño y amistad de antes, siempre andaban pensando el medio de jugarle una mala pasada, cosa que no habían hecho ya, sabiendo la amistad que lo ligaba al Gefe de Policía y temiendo justamente que este fuese á castigarlos.

El Gefe de Policía tuvo que ausentarse entonces de Uruguayana por asuntos de los mismos choques que se habían producido entre argentinos y brasileros, y esta fué la oportunidad que eligieron para llevar á cabo su plan de injusta venganza.

Una noche Ignacio Monges tomaba tranquilamente el fresco debajo del alero de su almacén.

Había dado permiso á sus dependientes para salir y esperaba así su vuelta para cerrar la casa, operación que hacia siempre antes de la media noche.

Aquel día había estado con un fuerte dolor de cabeza y no se sentía bueno.

Monges pensaba en la patria y en la familia, á cuyo lado podría volver relativamente rico el dia que Corrieates volviera á ser gobernada por un hombre de su partido.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la presencia de un sargento y un soldado de Policía que con su habitual franqueza y modo cariñoso le pidieron que les despachara unas copas de bebida.

Monges, á pesar del traje liviano en que se encontraba, fué á la trastienda, les dió dos copas y la botella para que se sirviesen á su satisfacción y pidiéndoles disculpa si no los atendía mejor porque estaba enfermo, volvió á acostarse en su catre.

No habían pasado cinco minutos, cuando fué in-

terrumpido por las mismas personas, que empezaron á hablarlo de un modo injurioso y agresivo.

El soldado venía con el sable en la mano y el Sargento lo llenaba de insultos, enrostrándole su nacionalidad de argentino y diciéndole que lo iba á matar y á llevar preso en seguida.

Como aquel Sargento era precisamente la persona mas amiga suya de todo el personal de Policía, Monges pensó en el primer momento que era una broma y se puso á reír de una manera sonora, lo que irritó mas al Sargento que concluyó por ordenarle lo siguiera á la Policía.

Iba Monges á incorporarse para averiguar si aquello era realmente una broma ó los efectos del licor bebido, cuando el soldado se le fué encima rápidamente y le tiró á la cabeza un sablazo que vino á herirlo sobre la frente.

Ya no se podía dudar que la cosa iba de veras y que amenazaba concluir de una manera trágica.

El Sargento había sacado también su sable y enfurecido trataba de secundar la acción del soldado que acosaba á Monges de todos modos.

Este, sin armas y tomado de improviso, empezó á defenderse heroicamente, con los brazos, donde recibía la mayor parte de los golpes y á retroceder hasta el mostrador en busca de una arma.

Los policianos por su parte, que se consideraban perdidos si Monges llegaba á apoderarse de una arma, hacían todo género de esfuerzos por herirlo seriamente, pero sin poderlo conseguir.

Monges, retrocediendo á saltos y siempre poniendo sus ágiles brazos al filo de los sables, llegó al mostrador, donde vió brillar las pesas de bronce al lado de la balanza.

No había tiempo que perder.

En un movimiento ágil tomó dos de las pesas mas grandes y las lanzó una tras otra sobre sus dos enemigos, que las recibieron en pleno pecho como un tiro de metralla.

El efecto fué salvador.

Soldado y Sargento rodaron por el suelo, mientras Monges, sin tomarse tiempo para descansar, los aeometia vigorosamente, desarmando al Sargento y yéndose sable en mano sobre el soldado que aún permanecía en el suelo, aturdido por el golpe de la pesa.

Monges le pidió las armas, á lo que no opuso resistencia, despidiéndolos en seguida de la casa y previniéndoles que no les hacia daño alguno, porque inmediatamente de vestirse iría á quejarse al Gefe interino, que era el Comisario de Ordenes, individuo un poco brusco y compadron, pero que como todos ellos estaba ligado á Monges por una buena amistad.

Monges entró á su dormitorio, siendo su primer cuidado tratar de contener la sangre que seguía saliendo de su larga herida, herida que lo incomodaba mucho por el paraje de su situación.

Vendada de una manera conveniente, empezó á vestirse para ir á dar cuenta de aquella verdadera

tentativa de asesinato, no dudando que se le haría justicia.

Pero no bien había empezado à ponerse los pantalones, cuando su casa fué invadida por una turba de soldados de Policía guiados por un oficial, que le intimidaban apuntándole con sus armas se diera à preso.

En vano Monges quiso explicar que se estaba vistiendo para ir él mismo à la Policía à dar cuenta del atentado de que había sido víctima, se le repitió que se diera à preso ó procederían à matarlo.

Resistirse contra unos veinte soldados que lo rodeaban de manera amenazadora era una locura.

Pero era una locura también entregarse sin condiciones à gente que procedía de aquella manera arbitraria y cobarde.

—Entreguese, repitió ya sumamente irritado el oficial viendo la indecisión de Monges que respondió.

—Lo haré siempre que se me garanta que no han de hacer ninguna iniquidad y que han de respetar mi persona.

Y como el oficial prometiera hacerlo así, Monges cedió à la indicación de los vecinos amigos que habían acudido al tumulto y se entregó bajo la palabra de aquel oficial que había prometido hacerlo respetar y respetarlo.

Una vez que hubo entregado el sable de que estaba armado, fué atado de los brazos como un verdadero criminal, y sin permitirle que concluyera de vestirse, lo sacaron à la calle, donde lo entregaron al mismo Sargento que había dado lugar à toda aquella escena con su proceder infame.

Una vez que lo tuvieron atado en la calle, principiaron à descargarle golpes de sable y de puño, en presencia del mismo oficial que le había garantido lo respetarían y sin atender la indignada protesta que aquel proceder incalificable arrancaba à los numerosos vecinos que habían acudido y que presenciaban el atentado.

Monges hizo esfuerzos sobrehumanos por desprenderse de las ligaduras, pero no lo pudo conseguir.

Y fué llevado à golpes à la Policía, mientras su casa quedaba entregada à un piquete de Policía.

Monges iba enloquecido bajo la influencia de los sucesos y los golpes.

Aquel proceder monstruoso lo había exasperado profundamente, pues comprendía que se trataba de un asesinato alevoso, y pedía solamente que le desataran las manos para defender su vida y no morir así como un perro.

Pero cada protesta, cada palabra suya, era respondida con un garrotazo ó golpe de puño.

Los vecinos que en son de protesta lo siguieron hasta la Policía, fueron obligados à retirarse bajo la amenaza de proceder con ellos como se había procedido con Monges.

Monges tuvo la esperanza de que una vez en la

Policía cesara todo maltrato, atendiéndose la queja que iba à formular contra aquellos bárbaros, pero sucedió precisamente lo contrario.

El jefe interino, à pesar del estado lastimoso en que iba, à pesar de su protesta, no solamente no le hizo caso, sino que lo insultó como habían hecho sus subalternos.

Monges pidió entonces se le permitiera mandar cuatro letras al Cónsul Argentino, Coronel Reyna, para que éste cuidara su casa de negocio que había quedado abandonada.

Pero se le dijo que no tuviera cuidado à ese respecto, que la Policía mantendría una guardia en su casa todo el tiempo que durara su prisión.

Y aquel compadron permitía que en su misma presencia los soldados y el sargento siguieran insultándolo y hasta amenazándolo de muerte.

En aquel estado lo pasaron à un calabozo, donde quedó el resto de la noche sin que se le permitiera siquiera llamar un médico para curar sus heridas.

Al día siguiente recién le desataron las manos y como acusara à la Policía enérgicamente por la manera salvaje con que había procedido, fué llevado nuevamente à presencia del jefe interino quien le intimó se callara la boca sino quería pasarlo peor.

Monges narró entonces de qué manera habían pasado los hechos y como él se consideraba inocente, pero fué desmentido por el Sargento agresor, quien decía que Monges en su casa había querido asesinarlo sin motivo alguno, lo que hubiera logrado à no ser por el pronto socorro que le prestaron sus compañeros.

Monges desmintió al Sargento con la energía de que era susceptible, por lo que el Sargento intentó apalearlo nuevamente.

Pero Monges no tenía ya los brazos ligados, y aunque postrado por la fatiga y los dolores de los malos tratamientos, se defendió de tal manera, que poco después, desarmaba al Sargento que se puso en fuga llamando à la guardia en su socorro, la que procedió à atar à Monges nuevamente, una vez que vió que este no hacía resistencia.

Otra vez fué conducido al calabozo donde por primera vez, después de tanto tiempo, lo acometió uno de los mas violentos ataques de catalepsia, viéndose obligados aquellos verdugos à llamar un médico, creyendo que Monges se moría.

Al siguiente día recién el Coronel Reyna supo los detalles de la iniquidad cometida con Monges, y se presentó en la Policía à reclamar al preso, pero allí se le dijo que hiciera un reclamo por la vía diplomática, pues Monges estaba acusado de haber querido asesinar à un Sargento de Policía.

La actitud digna y firme del Coronel Reyna acordó al Jefe de Policía, quien hizo conducir à su presencia al preso, notificándole que estaba en libertad.

—Pero cómo en libertad? preguntó Monges aborrito: si se me pone en libertad es porque soy inocente y si soy inocente por qué se me ha golpeado, por qué se me ha maltratado de esta manera?

—Basta con que se le ponga en libertad y no empecemos de nuevo.

—Pero yo no puedo quedar conforme con semejante proceder, no quiero la libertad que se me dá, quiero esperar preso la vuelta del Gefe propietario, quien estoy seguro me hará justicia.

—Usted sale en libertad inmediatamente, porque sí y por qué á mi me dá la gana, notificándolo que si no se vá, lo haré sacar á palos con los mismos que lo trajeron.

Como aquella gente era muy capaz de hacer mas de lo que decia, Monges no quiso esponerse á nuevos vejámenes y golpes, y salió de la Policia, presentándose á su amigo el Coronel Reyna, que le prometió ayudarlo en todo como era su deber.

Monges se fué entonces á su casa á mudarse y á asistirle porque se encontraba enfermo, pero se encontró con la casa saqueada como si á ella hubieran entrado los indios.

La casa habia estado siempre custodiada por un piquete de Policia, pero segun lo informaban los vecinos mismos, mientras el centinela estaba de facion en la puerta, los demás soldados procedian al saqueo por las ventanas.

Se habian llevado todo lo que habia de valor, dejando las cosas inservibles y las botellas vacias, como testimonio de lo que habian bebido.

La situacion se presentaba para Monges de una manera tremenda.

Otra vez se hallaba en la miseria, enfermo y estropeado de una manera inicua.

Lo habian saqueado y lo habian arruinado, puesto que aún quedaba debiendo en plaza muchas de las mercaderias robadas, que no podia pagar.

Reyna lo alojó en su casa, entablado la reclamacion consiguiente, patrocinado por un abogado Brasileiro.

Pero esta amenazaba no dar el menor resultado, por la misma tirantez en que se hallaban las relaciones de ambos paises.

Éra preciso que la reclamacion se entablara por intermedio del Ministro y para esto era preciso que Monges viniera á Buenos Aires munido de todos los documentos necesarios, é informes del Cónsul Argentino.

Le dió Reyna todo lo que pudiera necesitar para su viaje, incluso las mas espresivas cartas para sus amigos en esta, y Monges se vino á Buenos Aires alimentando la esperanza de poder salvar por medio de una reclamacion, aunque mas no fuera que parte de lo que le habian robado, atentando contra su vida de una manera tan cobarde y tan inesperada.

Siempre miseria

Monges vino á parar á casa del doctor Mantilla, para quien traia la recomendacion mas espresiva del Coronel Reyna.

Corazon noble y generoso, y conocedor de las desgracias y antecedentes de aquel hombre, el doctor Mantilla lo alojó en su propia casa propor-

cionándole cuanto necesitaba, y encargándose de gestionar la reclamacion que lo habia traído á Buenos Aires.

El doctor Plaza, Ministro de Relaciones prometió atender con preferencia aquel justísimo reclamo y Monges creyó que algun día podria recuperar lo perdido.

Monges venia en un estado de estrema violencia, no podia buscar trabajo en su oficio, porque la reciente aventura de Uruguayana habia concluido con la poca fuerza que le quedara en el brazo y la vida de haragan era para él insoportable.

No queria ser una carga pesada para aquel hombre generoso que le habia recibido en su casa como un hermano y su impotencia para el trabajo lo tenia sumamente triste y mortificado.

Varias veces habia pedido al doctor Mantilla que le buscase trabajo, pero éste le contestaba que no se ocupase, que su reclamacion se resolveria pronto y que entonces podria regresar á Corrientes á atender su familia y sus negocios.

Este estado de tristeza causado por su situacion violenta, hizo recrudescer su mal, y los ataques de catalepsia empezaron á repetirse con frecuencia lo que hizo mas dificil aun su situacion.

Varias veces intentó retirarse de lo del Dr. Mantilla, comprendiendo que aquella enfermedad lo hacia aun mas incómodo tocavia, pero su noble amigo se opuso siempre á aquella determinacion, aconsejándole que tuviera paciencia, pues ya su asunto no podria tardar en resolverse.

Pero el asunto de Monges, á pesar de lo que decia el Ministro dormia el sueño pesado de las carpetas ministeriales, á pesar de los empeños del doctor Mantilla y otros amigos cuya influencia este habia tocado.

Desesperado de su situacion y no pudiendo soportar que su amigo estuviera atendiéndolo hasta en sus menores necesidades, Monges empezó á buscar trabajo entre los compromovianos y amigos de que se iba haciendo poco á poco, hasta que halló la oportunidad de irse á La Plata como peon de unos hornos de ladrillo.

Que le importaba lo penoso de la ocupacion, si ella le permitia no ser grosero á su amigo y poder atender á sus necesidades?

En vano Mantilla hizo todo lo posible por disuadirlo, pidiéndole que se quedara á su lado, todo fué inútil.

Monges queria trabajar á toda costa, ganar su vida miserable como él decia, hasta que se desengañara que su reclamacion era un sueño que nose realizaria nunca.

Monges partió á La Plata y se entregó á su nuevo trabajo con todo el ardor de que era susceptible su naturaleza valiente y activa.

Pero solo allí, sin un amigo con quien poder comunicarse, empezó á caer mas profundamente en la tristeza en que lo sumian sus pensamientos.

El recuerdo de que todo aquello era obra exclusiva de los gobiernos que oprimian á Corrientes sostenidos por la autoridad nacional lo exaltaba de una manera exajerada, y el fin de todo esto era un

ataque de catalepsia que le duraba dos días imposibilitándolo para el trabajo.

Muchas veces, viéndose impotente para luchar con las desgracias de la vida pensó en el suicidio, pero el recuerdo de su hijo detuvo siempre su mano, confortándolo en medio de sus miserias.

El joven Monges, á pesar de sus pocos años, se habia aplicado al estudio de tal manera, que habia ganado el puesto de segundo profesor en el colegio de Goya donde aún permanece.

Monges no se atrevia á cortar la quietud en que vivian aquellos seres queridos y se resolvió á sufrirlo todo con paciencia hasta ver si su situacion se modificaba en algo.

Los hornos en que Monges trabajaba empezaron á marchar mal, hasta que tuvieron que suspender sus trabajos para escapar su dueño á una ruina segura.

Y Monges volvió á encontrarse sin trabajo, mas enfermo que nunca y sin dinero, porque no le habian pagado los últimos meses.

Quedarse en La Plata donde no tenia amparo de ninguna clase era una locura, pues era esponerse á morir de miseria en media calle y Monges regresó á la Capital buscando siempre el amparo del doctor Mantilla.

Su reclamacion habia seguido un trámite lento pero se hallaba en buen estado y se tenia la promesa de que pronto seria despachada.

Pero el doctor Plaza habia salido del Ministerio y el nuevo Ministro doctor Ortiz poco ó nada se ocupaba de ese asunto.

Es inútil todo trabajo y mejor es que vuelva á Corrientes, solia decir Monges: los liberales estamos malditos en estos tiempos, y el delito de ser liberal es cosa que se paga duramente.

No me hacen caso, doctor Mantilla, no hacen caso porque soy muy poca cosa y porque soy liberal.

Pero Mantilla lo aconsejaba siempre que tuviera paciencia y esperase y el esperaba resignado á todo.

Los ataques de catalepsia se repetian con menos frecuencia y esto lo tenia mas consolado.

Una noche Monges no fué á dormir á casa de su noble amigo, y este acontecimiento puso en alarma al doctor Mantilla.

Al día siguiente no fué tampoco y la alarma de Mantilla creció presintiendo una desgracia.

La conducta intachable de Monges lo ponía á cubierta de toda sospecha respecto á alguna aventura policial y no habia que pensar en un accidente de este género.

Para el doctor Mantilla era indudable que á Monges le habia sucedido una desgracia capaz de hacerle faltar al método que él mismo se habia impuesto en su vida.

O Monges aburrido de su fin se habia suicidado, ó habia sido sorprendido en la calle por algun ataque de catalepsia mas violento que los anteriores y habia sido conducido á algun hospital.

Mantilla empezó á hacer todo género de diligencias en busca de Monges, recorriendo todas las co-

misarias y los hospitales, pero sin obtener resulta do alguno.

En ninguna parte se tenian noticias de Monges, por lo que se arraigó mas en él el pensamiento de que Monges se habia suicidado en algun parage oculto, resignándose á esperar que algun acontecimiento casual le explicara lo que habia sucedido.

Ya empezaba á perder toda esperanza, cuando una mañana se apareció Monges en su casa, en un estado lamentable.

Venia cubierto de polvo y en su semblante se notaban los rastros de una fatiga inmensa y de un estado verdaderamente miserable.

Era necesario una explicacion clara y terminante porque así lo exigia su aspecto poco tranquilizador y que podia interpretarse de una manera poco favorable para él.

Traía las piernas cubiertas de barro hasta la rodilla y el pelo adherido por el sudor á su frente alta y espaciosa.

Mantilla interrogó á Monges preguntándole de donde venia y á donde habia estado aquellos días sin hacerle saber su paradero.

Y Monges que no sabia mentir, dijo con su indudable acento de verdad, que venia de La Plata á donde habia ido á cobrar los jornales que le debian, porque necesitaba dinero.

Pero porque se habia ido sin avisar sabiendo la alarma que causaria su ausencia? Por qué venia en aquel estado miserable?

La explicacion no podia ser mas sencilla.

Monges habia necesitado dinero y no queriéndole pedir á su protector á quien tantas incomodidades causaba ya, habia resuelto irse á La Plata á cobrar sus sueldos y habia hecho el viaje de ida y vuelta á pié y sin mas alimento que unos fiambres que llevó de casa del doctor Mantilla á su salida.

No habia querido decir nada de su viaje, porque si el doctor Mantilla llegaba á saberlo, le daria dinero y él no queria serle gravoso hasta ese extremo porque le daba vergüenza pedir dinero para hacer un viaje que podia hacer á pié.

Esto dá una prueba patente de toda la delicadeza de que era susceptible Monges.

El doctor Mantilla lo reprendió cariñosamente, diciéndole que debia usar con él de mayor franqueza y Monges volvió á su vida tranquila, olvidándose de lo que le debian en La Plata, convencido de que el pago de esta deuda como su reclamacion, no lo obtendria nunca.

El doctor Mantilla se convenció de que aquel hombre esencialmente activo y delicado no podia vivir sin trabajar, y empezó á buscarle un trabajo descansado que estuviera en relacion con sus fuerzas y que no lo agitaran mucho.

Como Monges tenia una letra clara y correcta le buscó trabajo en el estudio de algunos comprovincianos, á lo que Monges se dedicó con verdadera pasion, pues todo su anhelo y todo su empeño era trabajar para no ser gravoso á su protector, si quiera en el dinero que con frecuencia le obligaba á aceptar.

Estas cópias, además de proporcionarle algun dinero, lo distraían en sus preocupaciones al extremo de que ya los ataques de catalepsia se repetían muy de tarde en tarde.

Siempre se hacían empeños y trabajos por su reclamación, con alguna esperanza para Mantilla, aunque para Monges era cuestión resuelta de que no se haría nada en su beneficio.

El veinte y cinco de Mayo del año anterior, Monges asistió á la plaza, para ver la ceremonia de Te-Deum y la parada militar, espectáculo que lo atraía en sumo grado y que nunca había visto en la Capital.

Debía formar toda la primera división del Ejército y no quería perder espectáculo tan soberbio.

Desde temprano se fué á la Plaza para elegir un buen sitio, y desde allí estuvo contemplando la llegada de las tropas y la posición que iban ocupando al formar la línea.

Cuando el doctor Mantilla se separó de Monges, este quedaba contento y absorto en el bello espectáculo militar que vería por vez primera efectuarse con tanto lujo de tropas y uniformes.

Pero Monges regresaba poco después á casa del doctor Mantilla en un notable estado de agitación y tan fatigado como si hubiera andado veinte cuerdas á toda carrera.

¿Que le había sucedido que regresaba en aquel estado y antes de concluirse la parada que tanto había deseado ver?

Hé aquí la explicación que él mismo daba, y que tal vez sea la explicación patológica del atentado que mas tarde realizara contra el Presidente Roca.

Yo estaba parado en la Plaza frente á la Catedral, decía Monges al doctor Mantilla, para presenciar mejor la fiesta: me parecía que nunca había estado tan bien de salud ni tan alegre de espíritu.

La Plaza estaba llena de gente que, como yo, contemplaba aquel bello espectáculo y aquel ir y venir de oficiales llevando ó trayendo órdenes.

Yo estaba absorto en la contemplación de aquella larga línea de soldados, tan bien vestidos y tan marciales en su puesto y actitud de descanso.

Yo había visto líneas mas numerosas que aquella, en el Paraguay, pero no había visto nunca una línea tan bien uniformada y vestida, con tanto lujo, me parecía ya que me hallaba en un campo de batalla, que sentía el olor á la pólvora y que ya íbamos á entrar en combate.

De cuando en cuando volvía la vista, creyendo hallar á mis espaldas otros tantos soldados esperando una voz de mando para entrar en fuego.

Pero la vista de los ciudadanos, sonrientes y embebidos como yo en el espectáculo, me traía á la realidad de aquella hermosa parada.

De pronto el jefe que mandaba la línea dió la voz de firme, y al ruido que produjeron las culatas al golpear sobre el pavimento, me hizo estremecer al extremo de que me parecía que bajo de mi sombrero el cabello se me erizaba.

Con que placer infinito hubiese formado entre aquella tropa espléndida.

El oleaje de la muchedumbre voló entonces al lado de la casa de Gobierno, á donde se dirigían todas las miradas.

Un grapo formado por los miembros del Gobierno y seguidos de jefes militares vestidos también de gran parada avanzaba por aquel lado, y entraba en aquel momento á la línea militar.

Yo no pude dominar entonces mi sentimiento de odio profundo al mirar aquella gente que venía á hacer un paseo triunfal entre las bayonetas del Ejército y todo mi pasado se agolpó como una tormenta á mi cabeza, haciéndome zumbiar los oídos.

Aquel era el Gobierno que había arruinado á mi provincia, imponiéndole un Gobierno de bárbaros que había empezado por arrebatar la fortuna á los liberales y había concluido por arrebatar las libertades públicas.

Por aquel Gobierno andábamos como párias miserables los liberales de Corrientes, viviendo de la limosna de los amigos.

Aquel era el Gobierno que no había hecho caso á mi reclamación, cuando lo que en Uruguayana se había cometido conmigo era un ultraje inferido á la Pátria en la persona de un ciudadano argentino.

Y mientras yo contemplaba aquel espectáculo con hambre en el estómago, ellos paseaban la línea de bayonetas con que oprimieron al pueblo, satisfechos y sonrientes y llenos de honores y de felicidad.

Un sentimiento de profunda pena envolvió mi espíritu y sentí deseos de llorar, necesidad de llorar.

Tenia fiebre, mucha fiebre y temblaba como bajo la impresión del chucho.

En aquel momento las bandas empezaron á tocar el Himno Nacional y un sentimiento de profunda veigüenza se apoderó entonces de mí.

Me pareció que aquello era una degradación monstruosa, que el Himno Nacional tocado en honor de aquella gente era una ofensa á la pátria y mi carne se estremeció como al contacto de una pila eléctrica.

Confieso que hubiese deseado estar entonces debajo tierra para no escuchar ni presenciar aquello.

Mi vista se iba oscureciendo poco á poco y algo como un vértigo me asaltaba sin poderlo yo evitar.

A medida que aquella comitiva avanzaba á los acordes del Himno Nacional yo iba sintiendo necesidad de hacer algo, pero algo que estuviera en relación con la monstruosidad que presenciaba.

Parecía que alguien me empujara y me hablara al oído cosas tremendas.

Pero que me hablaban, que me aconsejaban aquellos seres desconocidos? á qué me impulsaba aquella fuerza misteriosa?

Yo no lo sé, pero era algo enorme, algo que sin saberlo ni poderlo explicar, me aterraba.

Y los grandiosos acordes del himno de la pátria seguían sonando y aquella gente avanzaba siempre

en direccion al templo, sonriendo siempre con una satisfaccion suprema.

Quise saltar sobre ella y sofocar entre mis brazos que me parecian en aquel momento tener una fuerza de Hércules, pero me contuve y quedé clavado.

Entónces maquinalemente y sin darme cuenta precisa de lo que hacia, me saqué el sombrero y grité, ¡viva la pátria! vivan nuestras libertades!

Dí vuelta entónces como buscando en la muchedumbre el efecto de mis palabras y ví que se reian de mí y me miraban con curiosidad como se mira á un loco ó á un borracho y me dió vergüenza.

Me puse el sombrero entónces y siempre repitiendo mentalmente aquel grito de viva la pátria! eché á correr sin detenerme un momento hasta que he llegado aquí.

Yo quisiera esplicarme esto que me ha sucedido, quisiera hallar la razon de esto que yo pienso hacer pero por mas que pienso no la puedo hallar.

El doctor Mantilla no halló en aquello otra explicacion que el amago de un nuevo ataque de catalepsia que habia pasado sin producirse y así le hizo ptesente á Monges, aconsejándole que se tranquilizara y se cuidara, única manera de evitar que se reprodujera.

Monges trató de olvidar aquello que sentia como el recuerdo de una pesadilla y no volvió mas á la plaza.

— Se me han quitado todos los deseos de presenciar flectas politicas, decia, me vá á suceder en ellas algo que quiero evitar á toda costa.

Y se dedicó desde entonces á sus pequeños trabajos de copista.

El tiempo desocupado que tenia, lo empleaba en hacer pequeñas obras de carpinteria y tapiceria en casa del doctor Mantilla.

Las copias no eran muy frecuentes, pero siempre le daban lo bastante para comprar sus cigarros y atender otras pequeñas necesidades sin hacerlas pesar sobre su noble protector.

Así pasó Ignacio Monges un año, esperando siempre la resolucio de un asunto que le aseguraban estaba en trámite.

Su espíritu habia decaído sensiblemente, por el recuerdo de la Provincia madre oprimida y el pensamiento de que el partido liberal estuviera muerto para siempre.

Sentia deseos, necesidad íntima de volver á Goya y abrazar á los suyos.

Però no lo hacia por no volver pobre y miserable despues de tan larga ausencia, esperando que su asunto se resolviera de un momento á otro y poder entónces efectuar viaje de regreso con algun dinero.

La única cosa que lo llenaba de alegria, era saber que su hijo seguia de profesor en Goya, ganándose honradamente con que ayudar las necesidades de la vida.

Durante este año habia hecho dos ó tres viajes á La Plata en la esperanza de que le pagaran lo que le debian, pero estaba de Dios que todo habian de ser para él desgracias y sinsabores.

No habia podido conseguir ni siquiera que le diesen algo á cuenta de las sumas adeudadas.

Para penar aquí, lo mismo era penar allí, y Monges resolvió entónces esperar hasta mediados del año presente en que, si no lo habian despachado, regresaria á Goya á correr la suerte que Dios se sirviera repararle.

Una tormenta entre el cráneo

El mayor desencanto se iba apoderando poco á poco de aquel hombre tan perseguido por todos los contratiempos y adversidades.

En la última época de miseria que habia tenido, Cecilia, vendió su casita y no tenian para vivir entónces mas que lo que ellos pudieran ganarse con su propio trabajo y lo que ganara su hijo en su mal compensada profesion.

Él que habia querido hacer de aquel hijo un hombre útil é ilustrado, él que habia trabajado con un empeño incommovible para tener dinero con que educarlo, se encontraba al fin de tanta lucha con que ni siquiera tenia lo necesario para ayudarlo en sus mas imperiosas necesidades.

Pensar en un empleo era pensar en un sueño, pues los empleos se daban á los amigos del gobierno que él tanto habia combatido y nó á los que habian militado en las filas del partido liberal.

No habia mas remedio que contentarse con aquellas miserables cópias hasta que sus amigos pudieran ayudarlo con algo mejor.

Un empleo militar en la provincia de Corrientes no lo podria obtener hasta que la situacion no cambiara y esta amenazaba no concluir nunca.

Varias veces habia intentado refugiarse en su oficio de carpintero, pero aquella maldita herida del brazo le impedia totalmente hacerlo.

Lo que es en su reclamacion no habia que hacerse ilusiones.

El Gobierno no se ocupa de otra cosa que en dar lecciones de Presidente y no tenia tiempo de echar una firma en su asunto que ni siquiera importaba un voto para la cuestion electoral.

Monges se resignó lleno de pena á aquella vida de privaciones y sufrimientos, hasta que la casualidad ó la muerte le sacara de ella.

El aprecio que el doctor Mantilla tiene por aquel hombre, aumentaba cada vez mas al ver su irreprochable conducta y la resignacion valiente con que se sometia á sus desgracias.

Y trataba siempre de andar espiando sus necesidades para ayudarlo en lo posible, porque Monges era incapáz de pedirle dinero aunque lo hubiera necesitado para la mayor urgencia.

Ya hemos visto como se fué y volvió á pié á La Plata por no pedirle dinero para el pasaje.

Cualquier hombre hubiera tratado de aturdirse en el vicio para olvidar así sus propias miserias y engañar sus sufrimientos.

Però Monges era incapáz de hacer algo que no fuese correcto y no podria hacerlo descender en la estimacion que los demás le tenian.

Así pasaba su vida entregado á sus cópias y á ser útil en todo lo que le fuese posible á aquel hombre que tanto le habia protegido y amparado.

Así llegó el día fatal en que Ignacio Monges, sin

la mas leve premeditacion y obedeciendo á una extraña fuerza de su espíritu, cometi6 elatentado que asombr6 á los habitantes de la Capital por la manera con que fué ejecutado.

El dia de la apertura del Congreso, Monges se habia levantado temprano como era su costumbre y habia salido á dar un pequeño paseo.

Como el 25 de Mayo, le parecia que nunca se habia sentido tan bien de salud.

Estaba mas alegre que nunca, alegria que le hacia pensar que tal vez fuera el presagio de algo bueno é inesperado.

Hacia ya algun tiempo que sus ataques de catalepsia le habian dejado tranquilo y se encontraba relativamente feliz en su miseria.

Ningun peligro lo amenazaba y el dia anterior habia tenido cartas de Goya en las que se le daban buenas noticias de la salud de los suyos que era cuanto ambicionaba por el momento.

El dia anterior le habian pagado unas copias y ese dia no tenia que hacer hasta las doce ó la una, hora en que se habria el estudio del abogado que se las daba.

Cansado de pasear y sintiéndose con apetito, Monges entr6 á la fonda de Robustiano Fernandez con quien tenia relacion y á donde solia ir á conversar con algunos conocidos.

Allí se encontró con su amigo Ensebio Aguiar que lo invit6 á almorzar, pues segun le dijo aquel dia no tenia nada que hacer y lo habia destinado á pasearse y á asistir á la fiesta de la apertura del Congreso.

Monges hubiera deseado ir, porque aquel dia estaba con ánimo de divertirse, pero precisamente á la hora que su amigo le dijo que se abria el Congreso, tenia él que ir á hacer sus copias que le interesaban mas que aquella fiesta.

Tan alegre se sentia Monges ese dia, que no habló ni una sola palabra de sus desdichas pasadas y presentes, limitándose á conversar de cosas ajenas á la política.

Así estubo almorzando tranquilamente como siempre que lo hacia en aquella fonda, aunque mas contento que otras veces en que se ocupaba apasionadamente de la cuestion política y de sus deseos de ver otra vez triunfante al partido liberal.

Cuando se concluy6 el almuerzo, los amigos trataron de separarse, pues era la hora en que debia ir al estudio á hacer sus copias.

Algunos otros conocidos que allí habia se fueron y solo quedaron despidiéndose Monges y su amigo.

—Vamos al Congreso, le dijo este, vemos la formacion de la tropa, escuchamos el discurso del Presidente y nos retiramos en seguida.

—Aunque mis copias las puedo hacer mañana no me siento con ganas de ir al Congreso por que yo no conozco á nadie por allí ni me van á dejar entrar, respondi6 Monjes demostrando muy poco deseo.

—La formacion la podemos ver en la calle, dijo entonces aquel amigo que habia destinado ese dia á divertirse. Cuando entren al recinto yo soy baqueano en la barra por que he estado otras veces ya y me comprometo á buscarle un buen sitio para que pueda verlo y escucharlo todo comodamente.

Ademas el acto de apertura siempre se acaba temprano y si en ello se empeña, todavia tendrá tiempo de hacer sus copias.

Seducido por la idea de ver una formacion mas que por otra cosa y ya que su amigo se comprometia á hacerlo estar con comodidad, Monges concluy6 por aceptar, y juntos tomaron la direccion del Congreso, informándose Monges de como se efectuaba la ceremonia, pues jamás la habia visto y en donde se habian de colocar para presenciarla mejor.

Así llegaron á la plaza de Mayo, por el lado de la calle de Balcarce donde se habia tendido la línea de los cuerpos que debian hacer los honores.

Monges se situ6 en aquella vereda con su amigo, pues éste le dijo que por allí debia pasar la comitiva oficial y que desde aquel parage, podrian verla mejor ocupando la primera fila de los curiosos.

Monges, con su habitual encanto por los espectáculos militares.

Una gran muchedumbre se habia agolpado allí, ávida de curiosidad y Monges se embebió en sus filas ocupando el primer rango desde donde podia verlo todo con perfecta curiosidad.

Habia un calor sofocante aumentado por la gran agrupacion que se apiñaba empezando á sentir Monges alguna pesadéz en la cabeza á lo que no hizo caso atribuyéndolo al excesivo calor.

La tropa estaba formada en descanso con los lucientes pabellones armados en medio de la calle, esperando el momento de deshacerlos para presentar las armas al Presidente así que éste se aproximara.

El momento solemne y de todos esperado llegó por fin: alguien avis6 la llegada del Presidente y á la voz de su gefe se deshicieron rápidamente los pabellones, y la tropa en órden de parada presentó las armas mientras la banda tocaba el Himno Nacional.

La comitiva oficial salia entonces del Palacio de Gobierno, viniendo el Presidente vestido de gran parada en primer término; en seguida los ministros y alrededor de éstos los edecanes de Gobierno y gefes de alta graduacion.

Algo tremendo pasó entonces por el espíritu de Monges, que empezó á experimentar las mismas impresiones que habia sentido el 25 de Mayo, y que hemos descrito ya.

Le pareció que todos aquellos honores eran una farsa monstruosa, que aquel Himno Nacional y aquellas armas presentadas eran una insignia inferidas á la patria y como el 25 de Mayo sintió una fuerza extraña y poderosa que lo impulsaba á hacer algo grande, pero algo que él no comprendia ni podia explicarse.

Aquellas mismas bayonetas lucientes que hubieran impuesto al mas valiente, lo impulsaban mas en aquella resolucion desconocida é inesplicable para él.

Monges trat6 de dominar aquellos impulsos pero no pudo, quiso huir de allí como el 25 de Mayo, pero uo tuvo fuerzas para arrancar sus piernas de aquel parage.

Y la comitiva seguia avanzando entre las armas presentadas.

Un vértigo poderoso se apoderó de Monges que no fué ya dueño de sí; ni pudo darse cuenta de lo que hacía.

Su rostro se había oscurecido y su cabeza no razonaba mas

Buscó en sus bolsillos febrilmente y nada halló; miró en el suelo á su alrededor y viendo un pedazo de piedra, lo alzó rápidamente y lo ocultó bajo su saco.

Para qué levantaba Monges aquella piedra? él mismo no lo habria podido decir.

Al ver al Presidente avanzando en medio de aquellos honores, se agolparon á su recuerdo los sufrimientos de Corrientes escarnecida y los sufrimientos propios, y algo como una ola de odio y de indignacion se volcó en su espíritu.

Y esperó tranquilo sin saber él mismo lo que esperaba.

Y oprimió en su mano vigorosa aquella piedra, pensando que seria bueno golpear con ella á aquel hombre que tan fatal habia sido á su provincia.

Recien en ese momento, cuando el Presidente cruzaba por delante del Correo, Monges se daba cuenta de que tenia aquella piedra en la mano para pegar con ella al Presidente.

Aquello iba á costarle la vida indudablemente.

Cómo golpear al General Roca en medio de aquellos batallones que le hacian los honores, de aquella Policia que cuidaba el órden, agolpándose á su paso y de aquella muchedumbre que lo rodeaba?

—Es cuestion de corazon mas ó menos bien puesto, pensó Monges y esperó un minuto mas.

Todo aquel mundo de pensamientos y de resoluciones fué obra solamente de segundos.

El Presidente y su comitiva avanzaban siempre tranquilos y ajenos al drama que allí iba á desenvolverse.

Tranquilo y sonriente, enviando mentalmente un recuerdo á la madre y al hijo, porque tenia la conciencia que golpear era morir, Monges salió de la fila de los curiosos y avanzó sereno y rápido como quien cruza la calle en direccion al Congreso, calculando encontrarse con el General Roca antes de que este pisara la vereda.

Una vez frente uno al otro, con una rapidez felina, Monges lo tomó del cuello y levantando el brazo derecho armado de la piedra, golpeó la frente del General Roca con toda la fuerza de su brazo inválido.

El Presidente aturdido por el golpe y la sorpresa cayó al suelo con la frente bañada en sangre, pues el golpe de piedra, aunque no habia fracturado el duro hueso frontal, habia abierto una larga herida en el cuero cabelludo.

Todo aquello fué tan rápido como el pensamiento.

Monges quedó allí parado esperando las consecuencias de su accion; que debia serle fatal.

Rápido y ágil, el Ministro de la Guerra saltó sobre Monges y lo sujetó entre sus fuertes brazos para que no pudiera huir, pues en aquel momento pensó

que aquella accion obedecería á un plan combinado.

La policia acudió en seguida á aquel sitio y el jefe de la línea mandó cargar las armas, mientras los otros ministros y personas que acompañaban al General lo levantaban y lo llevaban al recinto del Congreso.

Un inmenso clamoreo se levantó entonces de la multitud, lanzando voces que nadie pudo entender, mientras mil brazos se dirigian sobre Monges, que miraba sonriente la accion general.

Unos lo tomaban de los cabellos, otros lo agarraban de la poblada barba y lo golpeaban bruscamente, mientras los agentes de policia ponian en sus manos las esposas de seguridad, apretando las cadenas tanto como les era posible.

Dos jefes avanzaron entonces sobre él, espada en mano con la clara intencion de darle muerte, pero fueron contenidos por las veces de la multitud que gritaba de una manera desahogada: no lo maten, no lo maten.

Monges sereno siempre, sonriente ante los golpes que recibia de todas partes, miraba aquella escena imponente, sin comprender como vivia aun.

El gentío aumentaba á medida que la noticia corria y los golpes aumentaban, pues cada uno que se aproximaba á Monges se creia con el derecho de darle un golpe de puño.

Sus cabellos y su barba eran arrancados á puñados mientras su rostro noble y activo era el blanco de todos los puños.

Y aquellas malditas cadenas oprimian sus manos con una fuerza desesperante amenazando separarlos de los brazos.

La materia menos fuerte que el espíritu empezó á ceder, y Monges estenuado por los golpes perdió completamente el sentido, cayendo en un profundo desmayo.

Cuando llegó á la Policia, sujeto por los vigilantes y escoltado por un piquete de linea, parecia un muerto.

Las cadenas habian interrumpido la inoculacion de la sangre, internándose en su carne y el rostro altivo y hermoso parecia un ecce homo, tal era la cantidad de golpes que se le habian asestado.

Fué inmediatamente conducido á un calabozo hecho libre de las cadenas que oprimian sus manos, volvió al conocimiento, dándose inmediatamente cuenta de su situacion.

El sumario empezó á instruirse en el acto, con una actividad asombrosa, pues era necesario tomar á los cómplices de Ignacio Monges, puesto que aquel hecho no era aislado, segun el criterio policial.

Monges con el brazo que habia herido, indudablemente, pero era necesario hallar la cabeza que habia ordenado el golpe y dispuesto el plan de asesinato.

Muchas prisiones se habian llevado á cabo y se habian mandado hacer muchas mas, entre los enemigos politicos del General Roca.

Entre éstos debian estar las cabezas que habian organizado aquel asesinato felizmente frustrado.

Era Monges quien mayor luz debía proyectar en el sumario y en cuanto se le vió en el perfecto dominio de la razon, fué llamado á declarar.

Desde el primer momento aquel hombre extraordinario asumió toda la responsabilidad del hecho, asegurando que era él el único culpable, y que no tenia cómplices pues no habia obedecido á otras sugerencias que la de su propio corazón.

— Y qué motivos ha tenido usted para herir al Presidente tratando de matarlo?

— El mal que ha hecho á mi Provincia y á la Nacion entera.

Creí pues, matándolo haria un bien á la patria, y sabiendo lo que hacia, sabiendo á lo que me esponia, en el pleno goce de mis facultades, lo hice.

Lo único que siento es que el golpe no haya sido mortal.

— ¿Y por qué ha sido una piedra el arma de que usted se valió?

Por que no tenia otra, pues no vine con la intencion de herir. Esa idea la tuve cuando ví salir de la casa de Gobierno á aquel hombre que tan funesto ha sido para nosotros y alzé la piedra que la casualidad habia puesto al alcance de mi mano.

Sinó hubiese visto aquella piedra, me hubiese sacado un botín, ó lo hubiera herido con las simples manos.

Si dijese otra cosa faltaria groseramente á la verdad y yo no falto á la verdad por nada de este mundo.

Estaba loco aquel hombre que de semejante manera se espesaba?

Nó, él mismo decia: he estado y estoy en el pleno goce de mis facultades, sé lo que he hecho y á lo que me espongo: todo lo acetpo con conformidad, puesto que al hacer lo que he hecho sabia bien á lo que me esponia.

Esto es lo que ha dicho Monges cada vez que ha sido llamado á declarar, en su confesion y en sus conferencias con su noble defensor el doctor Argerich, que ha hecho justicia á su carácter en los siguientes párrafos de su notable defensa:

“Hoy, como resultado de tales estudios, creo en la *veracidad* del procesado, hasta el extremo de considerar esta condicion como el rasgo prominente de su sér moral.

Esto, por otra parte, palpita en todos los detalles de la causa, si es permitida la expresion. No se le puede increpar una sola inexactitud.

Por el contrario, sus dichos aparecen plenamente corroborados. Con palabras sencillas, destruye las ilusiones ópticas de los que creyeron verlo en parages donde jamás estuvo.

Un factor decisivo y culminante domina todas sus manifestaciones. No tiene *interés* de mentir.

Su actitud en este proceso ha sido un verdadero paréntesis á la táctica ordinaria de los criminales vulgares.— Nada de innobles argucias para eludir responsabilidades.

Todo lo contrario. Parece que una fuerza misteriosa y superior lo colocara en la necesidad inaudible de olvidar hasta la propia conservacion, es

decir, el mas poderoso y avasallador de los humanos instintos.

Hastiado de la vida, valiente, desesperado, ó enfermo, se muestra todo un carácter. Luego, es lícito creer que un hombre semejante habla el lenguaje puro de la verdad”.

El proceso seguía instruyéndose con gran celeridad y sin descanso.

A cada momento se llamaba á Monges á practicar una nueva declaracion y siempre sus mismas palabras, siempre la verdad palpante en todas ellas, siempre aceptando la responsabilidad del hecho en todas sus consecuencias.

El acto se ha atribuido á un ataque epiléptico que puede ser científicamente comprobado.

Aquel hombre no se dió cuenta de lo que hacia, obrando bajo una fuerza estraña que lo inducia á pesar suyo.

Pero él ha rechazado indignado esta suposicion, diciendo siempre:

He estado en mi entera razon, sé lo que he hecho, lo he hecho porque he querido y acepto todas sus consecuencias, pero no se me injurie diciendo que he estado loco en aquel momento.

Esto mismo no será una consecuencia del estado patológico de aquel hombre extraordinario y de una bravura tan asombrosa?

Hé ahí un misterio que solo la ciencia puede aclarar, si como se espera ella tome parte en este proceso.

El juez del crimen ha instruido este sumario con pasion.

Todos sus procedereshan sido hechos á puerta cerrada sin dar al pueblo el derecho de presenciar las audiencias, y olvidando que así como el juez es la garantia de las leyes, el pueblo debe controlar sus actos, tiene el derecho de controlarlos, para garantirse tambien de que sus leyes serán bien aplicadas y solo en defensa de la sociedad á quien el juez debe cuenta de sus actos.

El fiscal del crimen, como acusador, pide la pena de presidio perpétuo, calificando el hecho de tentativa de asesinato próximo con premeditacion.

La defensa, representada por el noble y distinguido letrado Jorge Argerich, fundado en leyes y procedimientos y razones de una solidez incommovible, pide tres meses de arresto por tratarse de lesiones corporales.

Veremos quien triunfa en el duro combate de la inteligencia y la razon, contra la sin razon de una justicia apasionada.

Mucho ha sufrido Monges durante la instruccion en la Policia y mucho sufre durante su prision en la Penitenciaría.

Pero aquel carácter asombroso y aquel corazón valiente, no han desmayado un solo momento:

Cada vez mas entero, sonrie con lástima ante las monstruosidades de la acusacion y espera tranquilo y altivo siempre el fallo de la justicia.

Pronto sabremos el desenlace de esta causa.

